



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

P

Don Roselao de Grecia

Edición del Libro III del Espejo de Cavallerías Tomo 2

Autor:

Ciapparelli, Lidia Beatriz

Tutor:

Cavallero, Pablo A.

2012

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Letras

Posgrado

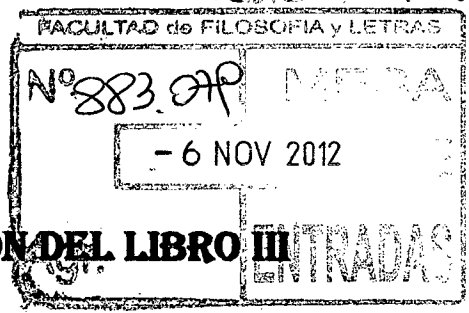


FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

Tesis 19-1-22-2

Tesis
19.1.22.2



DON ROSELAO DE GRECIA: EDICIÓN DEL LIBRO III
DEL ESPEJO DE CAVALLERÍAS.

Tesis presentada a la Facultad de Filosofía y Letras
 de la Universidad de Buenos Aires
 para optar al grado académico de Doctor,
 por la Lic. Lidia Beatriz Ciapparelli,
 con la dirección del Dr. Pablo A. Cavallero

Buenos Aires, 3 de noviembre de 2012

Parte II

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
 FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
 Dirección de Bibliotecas

CAP. XXVII²⁴³. De cómo los cavalleros que en la nave de la vela dorada yvan, tomaron tierra en la ysla de Epiro y de las aventuras que allí les avino.

Ya os hezimos mención de cómo se embarcaron en el puerto de Aguas Muertas, en la nave de la vela dorada, el conde don Roldán y el duque don Estolfo y el conde Galalón y Malgesi y Ricardo y Ricardeto, hermanos de don Reynaldos, por industria y petición de Malgesi, que aviso del sabio Atalante tenía. Pues avéys de saber que anduvieron por la mar adelante, después que de Aguas Muertas salieron, tres meses y medio, que jamás la [f.46vb] mar ni el tiempo los dexó tomar tierra y ya que alguna vez la tomaron, no se les ofreció cosa que de contar sea. Pues a cabo deste tiempo, una mañana antes que amaneciese, llegaron a un puerto no conocido, de lo²⁴⁴ qual los cavalleros ovieron mucho plazer, porque venían cansados y fatigados de la mar, por poder tomar algún refresco; y quando el día fue bien claro y vieron la tierra, que les pareció muy áspera y montuosa, mandaron echar una barca y saltando todos en ella, mandan a sus escuderos sacar sus armas y cavallos con desseo de saber en qué tierra estaban.

Por lo qual avéys de saber que en la costa de Alexandria se hazía una gran montaña en medio de dos braços que el río Nilo haze en la entrada de nuestro mar Mediterráneo, en la qual montaña el navío, que oys en que estos señores venían, avía tocado y —como dezimos— ellos saltaron en tierra y dende a gran rato que en ella avían refrescado, el conde don Roldán dixo a sus compañeros que porque la tierra le parecía montuosa y que devía de ser tierra en que alguna aventura devía de aver, que sería bien que se partiessen y que fuesen a saber qué tierra era aquella adonde su navío avía surgido mientras la mar amansava. A Malgesi pareció bien lo que el conde don Roldán dezía y luego determinan de la hazer así; y Ricardo y Ricardeto, apartándose a una parte, toman la buelta de un hondo valle que allí se hazía, quedando acordado que dentro de quatro días, cada uno allí bolviessé para dar cuenta de lo que avía hallado y luego tomaron la vía de la montaña el conde Galalón y el duque don Estolfo y por otra pequeña vereda, que cerca de la marina guiava, se metieron el conde don Roldán y el bueno de Malgesi, de los quales os diremos lo que aquí les avino. Que avéys de saber que ellos anduvieron más de quatro horas por un camino tan áspero y poblado de muy grandes peñascos, que muchas vezes les convino apearse y llevar [f.47ra] los cavallos de diestro; y a cabo de todo esto, salieron a un gran raso que en la ladera del monte se hazía, en medio del qual vieron una grande laguna de agua tan clara

²⁴³ Cap. XXV BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

²⁴⁴ lo Mu, Y: la BA, UV, M1, Maz, S, L.

como la blanca nieve y en medio de ella vieron una grande y alta torre, toda ella hecha de madera, tan crescida y sobervia que de grande argamassa no pareciera más firme; de la vista y estrañeza de la qual, los dos cavalleros quedaron espantados* y dende a pequeña pieça que allí llegaron, vieron por el otro costado do estaban una gran barca, en la qual dos crescidos jayanes y tres donzellas a la torre guiavan y, llegándose más cerca, oyeron que las donzellas se lamentavan, como mugeres que alguna fuerça les era hecha; el conde don Roldán, buelto azia su primo Malgesi, le dixo:

– Assaz hemos visto para que por falta de razón no dexemos de favorecer con nuestras personas a aquellas donzellas que en la barca van, porque si no me engaño, ellas deven de yr robadas.

– Señor primo –dixo Malgesi–, no dexéys de hazer lo que viéredes *que* más nos cumple, que como cavallero *con* toda mi posibilidad me hallaréys presto para morir en vuestro servicio; y sed cierto que, aunque supiesse mil vezes perder la vida, no enojaré más al Alto Señor con encantamientos, por esso ordena de mí por estotra vía, lo que vos veáys que más nos conviene.

– Muchas gracias, señor primo –dixo don Roldán–, por la que me hazéys *con* vuestras palabras; y para effecto de nuestras voluntades es menester que guíemos a aquella parte donde la barca salió y de allí, que me parece más cerca de la torre, tomaremos aviso de lo que avemos de hazer.

– Sea así –dixo Malgesi.

Y guiando por entre unas grandes peñas que cerca de la gran laguna se hazían, vieron estar entre ellas dos grandes cavallos *que* los jayanes allí avían dexado. En esto dixo Malgesi a don Roldán:

– Señor, si os parece, atendamos aquí hasta que los seño|res [f.47rb] destos cavallos buelvan y ascondámonos por que no nos vean.

Y así lo hizieron, que apeándose de sus cavallos y dándoselos a Sirindo, escudero de don Roldán –que como oýstes, era la hermosa Doralice^{B3}–, y a otro escudero que Malgesi traía, atendieron todo lo que de aquel día quedava y toda aquella noche hasta otro día a más de las diez, que vieron que del gran castillo echaron la barca y dende a pequeña pieça, vieron a los dos jayanes solos, que entrado en ella, azia tierra la guían, lo qual visto²⁴⁵ por el conde don Roldán y por Malgesi, en un punto toman sus armas para esperar que los jayanes a tierra llegassen, lo qual no uvieron bien hecho ni saltado en tierra, quando

²⁴⁵ visto Mu, Y: vido BA, UV, M1, Maz, S, L.

el conde don Roldán y Malgesi fueron con ellos; y llegando cerca el conde don Roldán les dixo:

– Dezid cavalleros, ¿quál razón tuvistes para meter en el castillo que allá parece tres donzellas que como forçadas trayedes?

A esto respondió Artadelfo –porque os hago saber que estos eran los dos hermanos que a la princesa Florimena y a la infanta Melisandra y Roselinda avían robado; y la causa porque aquí las traxeron, adelante oyréys–:

– ¿Quién soys vosotros que nos demandáys cuenta de la que no os devemos dar en razón de cavallero?

– Nosotros –dixo el conde don Roldán– somos dos cavalleros que por os la demandar, según lo que a las donzellas vimos hazer, aquí hemos toda esta noche aguardado, por lo qual y por lo que somos obligados, querria que nos diéssedes razón de la que nos parece que a las donzellas no hezistes.

A esto respondió el jayán Artadelfo:

– Cavalleros, no tenéys ninguna en lo que nos pedís, por lo qual no es justo que nosotros os la demos, porque ni la calidad de nuestras personas lo manda²⁴⁶ ni nuestros negocios lo permiten, por esso andad a la buena ventura, porque nos así lo pensamos hazer, [f. 47va] porque tenemos más que negociar que no vosotros devéys de tener.

– Para la orden de cavallería que rescibí –dixo Malgesi–, que tengo de morir a saber lo que desseo y os emos demandado.

– No tenéys razón ni lo hazéys como cavalleros –dixo Artadelfo– en nos impedir * nuestro viaje, mas pues que vuestra voluntad es de hazer con nosotros batalla, no para en esso, antes pienso que, venidos en ella por aventura, os arrepentiréys.

– No sé cómo ay será –dixo el conde don Roldán.

Y assí echado mano a sus espadas, todos quatro se vienen a herir mortalmente, donde Artadelfo y el conde don Roldán empieçan su batalla muy cruel y ásperamente y Malgesi ni más ni menos por su parte. ¡Qué os diré que era tan terrible y espantosa* la furia con que se herían y tan a menudo los golpes que se davan, que gran maravilla era de ver cómo se podían sostener sobre los pies!

El escudero Sirindo y el otro de Malgesi no hazían sino llorar viendo a sus señores en tanto aprieto –y assí era la verdad que jamás el conde ni Malgesi ovieron otra batalla co-

²⁴⁶ nuestras personas lo manda Mu, Y: ni nuestras personas lo manda ni nuestras personas lo manda BA, UV, MI, Maz, S, L.

mo esta-, porque eran²⁴⁷ tan terribles y fortísimos los golpes y tan menudos y con tanta destreza tirados los que los jayanes tiravan, que harto tenían que hazer en se defender dellos. Más de dos grandes horas, los quatro cavalleros se anduvieron hiriendo muy mortalmente sin que ventaja de una parte a otra se conosciesse ni un punto de reposo tomassen²⁴⁸; lo que en esta hora el conde don Roldán hazía era cosa espantosa*, según el coraje y saña rescebía, viendo que estos dos jayanes tanto les duravan. Tanto os hago saber que ninguno dellos estava herido, porque todos quatro traían armas encantadas, por lo qual no lazeravan sus personas, aunque eran tan terribles los golpes que se davan que las carnes debaxo de las armas muy cruelmente se lastimavan.

En este comedio, el conde don Roldán de puro enojo se quería defazer, viendo cómo [f. 47vb] ni herir ni sobrepujar a su contrario podía, por lo qual arremetiendo a él como un desesperado, tan cruel y desapoderado* golpe le arroja que, si encantado no fuera, sin dubda deste solo su batalla feneciera, mas fue tan fuerte y sin piedad que, aunque no le hirió, no por esso dexó de le hazer venir al suelo de manos y, como assí le viesse, en un punto fue sobre él y de otros desapiadados y crueles golpes le empieça de herir muy a menudo. El jayan Artadelfo, como se viesse en la mayor congoxa y aprieto, qual nunca en sus días se avía visto, y viendo que de sus fuerças y armas no se podía aprovechar, acordó de socorrerse con su saber y, diciendo ciertas palabras que de encantamento sabía, él quedó invisible y el conde don Roldán, espantado* de ver cómo no hallava al caballero con quien pelear y, santiguándose muchas vezes, contra Galtezino, que en su batalla con Malgesi estava, guía, el qual traýe a Malgesi a muy maltraer; mas como el conde don Roldán llegó, de muy duros y pesados golpes le empieçan a herir y de tal suerte que el jayán se vido en muy gran fatiga, por lo qual, viendo que su hermano avía usado del postrer remedio que sabían, él ni más ni menos aquellas palabras dize y él y Artadelfo, que algo más descansado estava, sin ser vistos, los empieçan a herir de tal suerte que ni a bien ni a mal se podían defender; y como se sintiessen herir y tan mortalmente y sin ver a sus enemigos, estavan desesperados y mil vezes se herían el uno al otro, pensando de herir a sus enemigos, los quales, como assí los viessen, dexándolos en su devaneo a una parte y a otra²⁴⁹ buscando a sus contrarios, ellos se parten de allí a descansar del trabajo de la batalla que avían avido y, metiéndose en su navío, que cerca de allí estava, los dexaremos por os contar lo que don Roldán y Malgesi hizieron, los quales, como se viessen burlados, aunque

²⁴⁷ eran Mu, Y: era BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁴⁸ tomassen Mu, Y: tamassen BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁴⁹ otra Mu, Y: otro BA, UV, M1, Maz, S, L.

bien cansados de la batalla passada, no por esso [f. 48ra] dexaron de buscar modo como poder yr al castillo, el qual no hallavan. Porque avéys de saber que, como los jayanes salieron en tierra, a la hora dos ximios que la barca traían y llevavan, se la tornaron al castillo, donde atándola a una gran aldava, ellos se lançaron en un lago sin ser vistos; pues como esto don Roldán viesse, a Malgesi rogó que le aconsejasse para que aquella aventura provassen, mas él como ya tenía determinado de no seguirse por encantamento en cosa ninguna, no supo dezirle lo que pedía, de lo qual estava el conde muy enojado; y como aquel que jamás peligro ni affrenta, por rezia *que* fuesse, temió, empeçó a cortar con su espada unas grandes ramas de árboles que allí eran y él y Malgesi y sus escuderos hizieron una ramada* travando unos ramos con otros, en la qual sólo don Roldán sube y con un grande ramo al modo de remo, contra el castillo guía, al qual llegó con *gran* trabajo y peligro, porque no uvo empeçado a andar por el lago, quando con crecidas olas, se embraveció de tal manera que a gran trabajo pudo llegar; y juntándose a la barca, saltó en ella y llegándola a la puerta del castillo, queriendo llamar con una aldava, a la qual no uvo bien tocado con la mano, quando se puso a una alta finiestra uno de los ximios que el barco remavan y con un gran canto dio al conde, en mitad del yelmo, tan gran porrazo que desatinado le hizo caer en la barca; y luego abrieron la puerta otros dos grandes ximios y, el uno por los pies y el otro de la cabeça, al conde que sin sentido estava, tomaron y lo metieron en el castillo y, antes que en su acuerdo* tornasse, le quitaron todas las armas y, sin poder valerse, más de ciento de aquellos ximios le ataron tan fuertemente que en gran cuyta le pusieron; el qual estava tan enojado y corajudo de verse donde se veía y atado de pies y manos, que se quería deshazer de puro enojo.

En este comedio, como [f. 48rb] Malgesi uviessse visto meter al conde de la suerte que oýs, él se avía desarmado y echándose a nado, sin que fuesse de los ximios sentido por estar todos con el conde don Roldán en el patio del castillo, tomó la barca y trúxola a tierra y mandó entrar a su escudero y a la Linda Doralice y, tornándose a armar, mandó a los dos escuderos que remassen la barca azia el castillo y, llegando antes que los ximios cerrassen, entró y viendo al conde, que los ximios en medio tenían y que le avían atado y desarmado, con un son ravisoso arremete a ellos y los empieça a herir de tal suerte que a unos hendía las cabeças y a otros cortava los braços y a otros tullía muy malamente, de suerte que como ellos no tenían con qué se defender, más de con uñas y dientes, de más de ciento dellos en media hora mató más²⁵⁰ de cinquenta y todos los otros, dando grandes chirríos, le huían,

²⁵⁰ más de cinquenta *nos*: más de los cinquenta BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

unos a unas grandes salas que allí estavan, otros a unas grandes bóvedas y, viéndolo el conde dixo:

– Señor primo, venime^{h3} a desatar antes que más acudan, porque no me vea en otro peligro como el passado.

Luego Malgesi le cortó las sogas y, tomando su espada y armas, se tornó a armar y, como estuviese muy enojado de lo que le avía acontecido, así con los dos jayanes como con los ximios del castillo, dixo a Malgesi:

– Señor primo, hazedme tanta gracia que vos y²⁵¹ estos escuderos me aguardéys aquí y también guardéys la puerta y la barca, porque si nos fuere menester, no lo perdamos, que yo quiero andar todo este gran castillo, donde yo os prometo que he de morir o tengo de ver adónde los jayanes pusieron las tres donzellas y buscallos para que me paguen el trabajo en que nos han puesto.

– Sea así –dixo Malgesi–, y a Dios vays, que yo haré lo que me mandáys.

Y así se fue contra una sala que allí se hazía y, entrando dentro, vido un gran cavallero armado de muy fuertes armas [f. 48va] y un león, que abraçados estavan, y parecióle al conde que el cavallero avía perdido la espada de la mano y que el león, echándole sus fuertes uñas y dientes a la garganta, parecía ahogalle; y el buen conde, movido a piedad de ver así tratar el cavallero, al león llega y de todo su poder le hiere por encima de los lomos, que le parecía a él que le avía abierto hasta las entrañas, mas no fue así, que en esse punto se buelve a él y el cavallero, tomando su espada que colgada tenía de la cadeni-lla, juntamente con el león le vienen a herir; mas el valiente conde, como aquel que sin pavor ninguno en semejantes peligros estava, hirió al león, que más delantero venía, de tal golpe por encima de la cabeça, que en dos partes se la hendió y cayó en tierra muerto. En este comedio, el cavallero, que su león vido muerto, empeçó de herir al conde don Roldán con mucho corage, mas él le paró tal que dentro de media hora que la batalla con él y con el león avía començado, como muerto le hizo tender en el suelo y yendo sobre él, le quitó el yelmo por ver si era muerto y, desarmándole, vido que era hecho de cobre y el león que con él estava también, lo qual como el conde viesse, los dexa y metiéndose por una pequeña puerta, que en la sala estava, vido en otra quadra* tres donzellas que sobre un rico lecho fuertemente dormían y, llegándose a ellas, conoció a las dos, que eran la infanta Melisandra y la princesa Florimena, y a la infanta Roselinda nunca pudo conocer, porque no la avía visto en su vida; el qual quedó muy espantado* y, llegándose a la cama, a la infanta

²⁵¹ y Mu, Y: u BA, UV, M1, Maz, S, L.

Melisandra asió de un braço y, despertándola, recordó* muy despavorida y, como se sintiesse asir de aquel cavallero y estoviesse encantada, empeçó a dar muy rezios gritos, a los quales, por la misma puerta que el conde avía entrado, vido entrar un viejo anciano que a Malgesi en una gruesa cade|na [f. 48vb] traía metido por la garganta; y como al conde don Roldán llegó, tendiendo un ñudoso cayado, en el qual su cansado cuerpo sostenía, tocó con él la cabeça del conde y no lo uvo bien hecho, quando quedó assí fuera de sentido y tan enagenado que no parecía que avía en él memoria de cosa alguna, antes con mesurados passos contra el viejo Sarraceno –que era este que a Malgesi traía– se va y, hincándose de rodillas delante d'él, las manos le pide y ruega que le mande lo que hazer deve.

– Lo que yo quiero –dixo el antiguo²⁵² Sarraceno– es que guardéys este castillo y defendáys de todos aquellos que a él vinieren; y de hoy más estaréys aquí hasta tanto que mi señora, la emperatriz Ysifilea, de vos y de todos los demás, mande lo que a su servicio tocare.

Y como el conde este mandato oyesse como si fuera salvar el ánima, con todo su juycio y memoria, que para solo lo que el sabio mandó, le tenía despierto sin conocer a su primo Malgesi²⁵³ ni a sus escuderos, a la gran barca se sale y en ella se mete por demostración del gran sabio, donde le dexó, echando a sus escuderos fuera, sobre el qual hizo tales conjuros y encantamientos que de otra cosa, por virtud dellos, no se acordava, salvo de guardar el gran castillo de la Laguna Blanca, metido en aquella gran barca; y como alguno de tierra llamava, él la guiava allá y, aunque fuesse su propio amigo y pariente, con él peleava y los llevaba al gran castillo.

Todo lo qual, este gran Sarraceno²⁵⁴ ordenó, conociendo ser este cavallero el que su señora Ysifilea desamava y por temor que su don Roselao de Grecia, que para su cabeça cortar avía hurtado y criava, no viniessse con él en batalla, porque por su saber alcançava que vernía muy gran daño dello. Y si algunos dixeren cómo este gran Sarraceno yva contra lo que Malgesi y Atalante obravan, a esto avrán de saber que era tan excelente y aventajado hombre sobre quan|tos [f. 49ra]²⁵⁵ en el mundo en su tiempo ovo, que²⁵⁵ todos ellos no sabían nada delante d'él²⁵⁶, por lo qual él pudo hazer esto contra don Roldán y Malgesi, que eran encantados, y contra otros muchos que después oyréys, donde le dexaremos a él y al conde don Roldán por portero del gran castillo; y la Linda Doralice y el otro escudero de

²⁵² antiguo Mu, Y: antigua BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁵³ primo Malgesi Mu, Y: primo al Malgesi BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁵⁴ Sarraceno Mu, Y: Saraceno BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁵⁵ vo que *non legitur in L pro lacuna*.

²⁵⁶ d'él *non legitur in L pro lacuna*.

Malgesi fueron echados del castillo –porque os hago saber que este sabio no quería personas de baxa suerte en su prisión–, los quales, tomando el cavallo de Malgesi y el buen Briador, llorando muy agramente, por el camino que avían venido hazia su gran nao guiaron, do los dexaremos por os contar lo que a los dos hermanos Ricardo y Ricardeto avino.

CAP. XXVIII²⁵⁷. De lo que a los dos buenos hermanos, Ricardo de Ayamonte y Ricardeto de Montalván, avino después que del conde don Roldán y sus compañeros se apartaron.

Ya se os dixo cómo los dos buenos hermanos Ricardo de Ayamonte y Ricardeto de Montalván guiaron la buelta de un hondo valle después que del conde y sus compañeros se apartaron: pues avéys de saber que ellos anduvieron todo lo que de aquel día quedava y reposando al pie de un alto y encumbrado peñasco que en la ladera del valle se hazía, donde estuvieron platicando todo lo más de la noche hasta que el alva rompía y, tomando sus cavallos y escudos y lanças, a su començado camino se meten, por el qual anduvieron más de dos horas sin que cosa viva topassen, al cabo de las quales, siendo maravillados de ver tierra tan sola, con grande y espantoso* ruydo, vieron baxar por una ladera del valle que ellos yvan, un sagitario, medio hombre y medio cavallo, que una donzella consigo traía, [f. 49rb] y tras ellos vieron venir un jayán²⁵⁸ salvaje con un ñudoso y largo²⁵⁹ bastón, dando fuertes y terribles²⁶⁰ baladros. El gran Sagitario, como viesse a los dos cavalleros que espantados* de su estrañeza estaban, algún tanto su camino retuvo, lo qual fue ocasión que el gran salvaje allegasse y, tomándole descuydado, con su bastón le dio un tan terrible golpe, que assí a él como a la donzella²⁶¹ hizo venir al suelo y en un punto con sus fuertes braços ase de la donzella y con sus descompassados colmillos la empieça a despedaçar y comérsela, que ni los gritos que los dos buenos hermanos le dieron ni el correr contra él, fueron parte para que él y el Sagitario, que de su cayóda tornava, no la despedaçassen y comiessen en un punto, de lo qual quedaron los dos buenos cavalleros en extremo lastimados* y, arremetiendo contra ellos, los vieron bolver por la montaña arriba y el Sagitario delante con la misma donzella, ni más ni menos, huyendo. De lo qual Ricardo y Ricardeto quedaron muy maravillados y, determinadamente, juntos se determinan de saber

²⁵⁷ CAP. XXVII BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

²⁵⁸ y tras ellos vieron venir un jayán *non legitur in L pro lacuna*.

²⁵⁹ con un ñudoso y largo *non legitur in L pro lacuna*.

²⁶⁰ fuertes y terribles *non legitur in L pro lacuna*.

²⁶¹ donzella Mu, Y: dozella BA, UV, M1, Maz, S, L.

el fin de aquella aventura y, apeándose de los cavallos por ser la montaña áspera, allí los ligaron y tomando sus yelmos en las manos, con harto afán empieçan a subir por la vía que a los dos monstruos vieron llevar y por entre grandes riscos y silvestres árboles, todo lo que de aquel día quedava, con harto trabajo caminaron sin poder hallar cosa cierta de lo que buscavan y viendo que la noche venía, acordaron de reposar en la ladera de aquella alta montaña, donde estuvieron platicando de la aventura y de cuán estraña les parecía lo más de la noche; al cabo de la qual, antes que bien fuesse de día, tomando sus armas, de nuevo bolvieron a su camino, en el qual gastaron más de medio día primero que acabassen de subir aquel alto y encumbrado monte y, a cabo deste²⁶² tiempo, en la mayor furia quel sol hería²⁶³ [f. 49va] los dos cavalleros se hallaron encima de²⁶⁴ aquella montaña, dende la qual, mirando²⁶⁵ a todas las partes, vieron la mar y otros muchos montes que en aquella ysla se hazían y no pudieron ver cosa que llana les pareciesse, salvo un pequeño raso que encima de aquel monte se hazía, en medio del qual vieron una hermita que muy antigua les pareció, aunque ninguna cosa della faltava. De lo qual fueron muy alegres, pensando de hallar en ella alguno que les dixesse qué tierra era en la que estavan y qué ventura era la del sagitario²⁶⁶ con el salvaje y la donzella. Y llegando que llegaron a la puerta, vieron la señal de la cruz, que de un gran madero estava hecha, de lo qual, no poco alegres, hincadas las rodillas, la adoraron y, levantándose de allí, entraron dentro, donde vieron un altar y, en él, otra cruz y unas ymágenes como de retablo; y después de aver hecho oración, andando por la yglesia, llamaron a una pequeña celda que estava pegada a la nave de la yglesia y de dentro les respondió con una boz baxa y humilde, un hombre anciano que dentro yazía y, abriéndoles la puerta, le vieron. Porque os hago cierto que era tan viejo y arrugado que no parecía sino una cosa del otro mundo; la barba y cabellos tenía como la blanca nieve. Quando los cavalleros le vieron, mucho se espantaron* y él ni más ni menos y, hablándoles en lengua griega, que ellos bien entendían, les preguntó de dónde eran y qué buscavan por aquella tierra.

– Reverendo padre –dixo Ricardeto–, Vuestra Reverencia, sabréys que nosotros somos naturales de Francia, si la avéys oýdo nombrar, y la fortuna de la mar nos ha lançado, juntamente con otros compañeros que en una nave venimos, en esta tierra y por infor-

²⁶² umbrado monte y a cabo de *non legitur in M1 pro lacuna*.

²⁶³ en la mayor furia quel sol hería *non legitur in M1 pro lacuna*.

²⁶⁴ -valleros se hallaron encima de *non legitur in L pro lacuna*.

²⁶⁵ -taña dende la qual mi *non legitur in L pro lacuna*.

²⁶⁶ sagitario Mu, Y: sagittario BA, UV, M1, Maz, S, L.

marnos bien de ella mientras la mar amansava, nos²⁶⁷ salimos, dividiéndonos por ciertas veredas para lo saber²⁶⁸ y, viniendo este cavallero y yo ayer por²⁶⁹ una dellas, vimos [f. 49vb] una²⁷⁰ aventura que nos puso en necesidad de saber qué era la causa porque dos fieros salvajes a una donzella despedaçavan y comiéndosela, en un punto la tornamos a ver, ni más ni menos como era al principio y, dando muy tristes bozes, de nuevo el uno en su huýda con la donzella y el otro en su siguiamiento se tornaron, que fue causa de nos hazer subir a esta alta montaña, donde no hallamos más noticia de lo que buscamos de averos, padre, hallado, por lo qual damos nuestro trabajo por bien empleado y, pues que en vos se parece la virtud de que devéys de ser adornado, os suplicamos nos deys razón de vuestra persona y desta tierra y de nuestra demanda.

– Grandes gracias hago a Nuestro Señor Dios –dixo el hermitaño–, por las que me ha hecho en ver cavalleros christianos y tales quales me parecéys, por lo qual yo satisfaré a vuestra demanda, mas porque venís fatigados del camino, sentaos y reposad, mientras yo os traygo alguna provisión de la que de algunos árboles desta montaña tengo para mi mantenimiento.

Luego ellos se sentaron en una gran losa que en el templo estava y el viejo hermitaño les sacó muchas castañas y otras frutas silvestres que para comer tenía, de lo qual comieron lo que les cumplía y, quando ya ovieron acabado, al hermitaño ruegan que les diga lo que le avían demandado, a los quales desta suerte, él respondió:

– Aveys de saber, cavalleros, que yo soy natural de Francia y en mi tiempo yo fuy cavallero como vosotros agora soys; y como todas aquellas cosas que la naturaleza produce sean de su propio natural flacas y poco durables en su primer ser, después que por largos años ove andado biviendo en el mundo, un día con gran fortuna, una nave en que yo y otros passajeros veníamos a esta ysla, la qual de la *Veritura* se dize, aportamos* donde, como el tiempo fuesse tan malo, no ovo bien llegado a tierra quando [f. 50ra] en menudas pieças, dando en una alta roca, la nave fue desecha y todos los que dentro venían, anegados*; yo, como viesse nuestro perdimiento, con el temor de la muerte, asiéndome a una tabla que del navío en la mar hallé, con harto trabajo llegué a tierra, donde estuve descansando del trabajo y miedo passado una gran pieça, al cabo de la qual me metí por esta tierra buscando alguna población donde mi fatiga descansasse, mas a cabo de dos días que por ella anduve, no hallé ninguna cosa poblada, salvo esta hermita que antiguamente aquí fue

²⁶⁷ n *inversa* BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁶⁸ veredas para lo saber *non legitur in M1 pro lacuna*.

²⁶⁹ este cavallero y yo ayer por *non legitur in M1 pro lacuna*.

²⁷⁰ -mos una *non legitur in L pro lacuna*.

fundada, donde llegué harto fatigado y solo y hallé en esta hermita un muy antiguo y sancto hombre natural de Grecia, en cuya compañía moré por largos tiempos, como aquel que a cabo de catorze años que aquí aporté*, no he visto otros christianos, sino ha sido agora a vosotros, bien que hartos navíos a la ysla llegan, mas todos son de infieles y de ellos me aparto por partes que ellos no me vean. A cabo de seys años que aquí avía estado, mi compañero falleció, de cuya muerte quedé bien triste y solo en esta pobre morada, cuya vida no es sino el desprecio del mundo. Mi nombre natural es Silvano, mis padres y abuelos fueron nascidos de la clara y noble sangre de Claramonte, si por dicha avéys oýdo nombrar, de cuya estirpe²⁷¹ y genealogía yo me solía presciar, y tuve un sobrino que no sé si agora bive, cuyo nombre era don Reynaldos de Montalván, que, al tiempo que empeçó a ser cavallero, era de muy valiente ánimo y muy generoso.

Mucho fueron los dos valientes hermanos maravillados de oýr hablar al buen hermitaño Silvano y mucho más quando vieron que tan cercano parentesco tenían, del qual a sus parientes avían oýdo hablar; por lo qual con mucha voluntad le fueron a abraçar, pidiéndole las manos para se las besar, dándosele a conocer, de lo qual el sancto hombre infinito goz[o] [f. 50rb] rescibió y, abraçándolos muchas vezes, los empeçó a preguntar por Francia y por todos sus parientes y amigos y por el Emperador y Emperatriz y por todos los demás, de todo lo qual le dieron muy entera cuenta, como aquellos que bien lo sabían.

También le dixeron como el conde don Roldán estava en aquella ysla y que todos juntos avían aportado* allí y, mientras la mar amansasse, procuravan, cada uno por su parte, de saber qué tierra era aquella donde avían llegado y ellos, siguiendo el camino que avían traydo, avían visto el sagitario con la donzella y el salvaje, de lo qual desseavan saber por extremo el caso de tan estraña aventura.

– No os maravilléys, señores primos –dixo Silvano–, dessa²⁷² aventura ni de otras muchas que en esta tierra podríades ver, que por todo extremo ay infinitas, de las quales n’os sabré dar más razón de las aver oýdo y visto. Mas si la razón desta que aquí os truxo, quisiéredes saber, yo os llevaré bien cerca de aquí, donde pienso que esos monstruos abitan y assí podáys saber la causa de su aventura; y porque ya es tarde y no podremos llegar allá a tiempo suficiente, reposad aquí esta noche y a la mañana podremos caminar allá y de ay bolveremos al navío, si la voluntad del Alto Señor fuere de daros en este caso buena salida, porque yo quiero yr con vosotros en Francia y morir entre mis parientes y amigos.

²⁷¹ estirpe Mu, Y: stirpe BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁷² dessa Mu, Y: de esse BA, UV, M1, Maz, S, L.

– Sea así –dixo Ricardo de Ayamonte–; todo se hará como la Vuestra Merced ordenare.

Con lo qual reposaron todo lo que del día les quedava, do los dexaremos hasta su tiempo por os contar lo que a los otros dos, sus compañeros, avino.

CAP. XXIX²⁷³. En el qual se da cuenta de lo que al duque Estolfo y al conde Galalón en esta ysla aconteció. [f. 50va]

Tanto anduvieron el duque don Estolfo y el conde Galalón por aquellas ásperas montañas después que de sus compañeros se apartaron, que ya que la noche sobrevino, se hallaron gran trecho alongados de donde avían partido y, por ser la noche cerrada, se apearon de sus cavallos, dexándolos pascen, y comieron de lo que para tal menester consigo traían. Pues como estos cavalleros estuviessen con cuydado y temerosos de lo que en tierra tan estraña venirles podría, no reposaron mucho, mas antes que el alva rompiesse, echando los frenos a sus cavallos, por una ladera de una grande montaña²⁷⁴, empezaron a caminar donde siendo el día claro, se hallaron en un muy hondo y solitario valle, por el qual un caudaloso río corría, poblado de infinitos²⁷⁵ árboles salvajes, y anduvieron por él hasta que fue hora de vísperas sin que del río se apartassen; y a esta hora, quando más descuydados yvan, vieron ante sí una temerosa y obscura entrada²⁷⁶ que en el camino que ellos llevavan, entre dos grandes peñascos, se hazía. Esta entrada o forma de cueva era tan ancha que ellos y los cavallos holgadamente podían caber, lo qual viendo el duque Estolfo que no avía otro camino, dixo al conde Galalón que entrassen, el qual no rehusó el entrar, como de presente no se le ofreciesse otro peligro más de la gran soledad que de la luz padecían, aunque no era tan extremo la escuridad que el uno al otro no se viessen. Pues yendo así platicando por una cuesta abaxo, del todo se hallaron a escuras y metidos en una horrible y obscura cueva y tal que ni las espuelas eran parte para que los cavallos un solo passo diessen, ni ellos para los bolver por do avían venido, por lo qual dixo el conde Galalón:

– Señor duque, sin que otro alguno aya sido parte para nos engañar, me parece que estamos burlados y en parte donde no sé cómo salir podamos.

²⁷³ CAP. XXVIII BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

²⁷⁴ montaña Mu, Y: montana BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁷⁵ infinitos Mu, Y: infinitas BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁷⁶ entrada Mu, Y: antrada BA, UV, M1, Maz, S, L.

– Mi pa|recer [f. 50vb] es –dixo el duque– que nos apeamos y con la voluntad de cavalleros, llevamos la vía que con noble coraçón, por la aver empeçado, estamos obligados a seguir.

– Bien será como dezís –dixo el conde Galalón–, que más vale en el mayor peligro determinadamente rendir la vida que parece estar perdida, para de nuevo cobralla con osadía, que no por falta della dar ocasión a que el miedo nos la haga perder; por tanto vedme aquí en tierra, apeaos vos de vuestro cavallo.

Lo qual luego el duque hizo y, embraçando sus escudos y sacando sus espadas, como valientes cavalleros siguieron todavía por aquella cuesta abaxo, dexándose allí los cavallos, los quales, dando fuertes bufidos como desatinados, de una parte a otra andavan. No uvieron mucho andado los dos valientes cavalleros quando oyeron que por la grande y obscura cueva, un gran golpe de agua atravessándola corría, adonde con el mejor tino* que pudieron, se llegan, lo qual no uvieron bien acabado quando de muy duros y pesados golpes se sintieron muy bravamente herir, de lo qual, como descuydados viniessen, en grande aprieto se vieron; mas como fuessen de valientes ánimos, no tardaron de les dar la respuesta, tirando muy fuertes y pressurosos golpes, pugnando siempre passar adelante; y tanto hizieron que llegaron al arroyo donde con mayor furia se sintieron herir. Pues llegados que fueron, el valiente y esforçado duque don Estolfo, que más delantero se halló en el agua, sin ver lo que hazía, se mete de pies, lo qual no ovo bien acabado de hazer, quando con terrible sonido vieron salir, por donde ellos avían entrado, infinitos sagitarios, conforme a aquel que atrás se os dixo que Ricardo de Ayamonte y Ricardeto de Montalván avían topado. Pues como el conde Galalón viesse, al resplandor de alguna pequeña luz *que* por la boca de la cueva en|trava^{k3} [f. 51ra]¹³, aquella manada de sagitarios tan desapoderados* salir y los viesse con ñudosos y largos bastones en sus vellosas manos, bien creyó ser ellos los que los avían herido, mas no pudo pensar por cuál razón assí saliessen huyendo; y maravillado de tal cosa, en el arroyo se mete, porque sintió quel duque don Estolfo yva más delante y, passándole con mucha priessa, le halló con un fuerte aunque desarmado jayán, en muy dura y áspera batalla, en la qual no fue perezoso en le ayudar y con valiente ánimo, cada uno por su parte, a herir le comiençan, no obstante que, aunque de duros y pesados golpes le cargassen, no por esso hazían más mella en su persona que en un mármol, antes él con un ñudoso y fuerte bastón, tales golpes les dava que muy mal lo passaran si por dicha al duque don Estolfo no suscediera lo que agora oyréys, sin él saberlo, que como viesse que ningún golpe en el jayán empecía, determinadamente d'él se abraça, diziendo a Galalón:

– Señor, asgamos desta bestia y demos con él en el agua donde se ahogue, pues me parece que otra cosa no basta.

Y asiéndose²⁷⁷ d'él, él y el conde fortísimamente una brava lucha con el jayán encomiençan y dando fuertes caídas, qual debaxo qual encima, hasta el arroyo todos tres vinieron rodando, donde no lo ovieron bien acabado de tocar en el agua, quando el bravo jayán se tornó de ligero y ñudoso madero, con el qual los dos cavalleros se sintieron abraçados y por la corriente y turbia agua el arroyo abaxo llevar, sin se osar desasir del gran madero que con increíble presteza por allí los llevaba, hasta que en la crecida corriente del hondo y caudaloso río –que arriba se os dixo– salieron, donde metiéndoles en mayor cuydado por la gran hondura, con mayor aviso del madero se asen, temiendo que si se desasiessen, el peso de las armas los llevaría a la profundidad del agua.

Y avéys de saber que después que [f. 51rb] en el río entraron y salieron de la escuridad de la cueva y gozaron de la luz, aunque poca, que por aquel sombrío valle avía, algún tanto se consolaron en ver dónde estaban. No ovieron andado mucho por el río abaxo, pensando que llevaban la vía que antes del río avían conocido, lo qual no era así, porque el Arroyo Triste –que así avía nombre– por otra parte los llevaba, donde desde el agua, aunque en harta fatiga metidos, oyeron a la orilla del río, muy grande y espantoso* ruydo que entre las grandes arboledas sonava y, bolviendo allá los ojos, al sagitario y²⁷⁸ la donzella junto con el salvaje –que Ricardo y Ricardeto avían topado en su brava contienda– vieron metidos, de lo qual fueron muy maravillados y procuravan con toda solicitud de salir a tierra, lo qual estava bien escusado, porque aquel artificioso madero con tanta presteza los llevaba, que al parescer en un punto los puso en una espaciosa laguna y, con mucho descuydo de su cuydado, de una parte a otra los traía vagueando y de tal suerte y con tanto espacio que ni sus valientes coraçones ya no eran parte por el trabajo passado, de hazer más de aquello que el estraño barco²⁷⁹ dellos hazer quería, por lo qual estaban muy desmayados y tanto que palabra el uno al otro hablar no se podían; en este comedio sucedió lo que oyréys.

Avéys de saber que así como a la postre, del duque don Estolfo y el conde Galalón su aventura contamos y por el presto acontecimiento de toparse con la gruta espantosa*, ellos dos fueron los primeros que las aventuras que el sabio Sarraceno en esta ysla tenía hechas provaron, y la razón por que ellos, entrando en aquel arroyo, los sagitarios huyeron y

²⁷⁷ asiéndose Mu, Y: asiendese BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁷⁸ y la doncella Mu, Y: y de la doncella BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁷⁹ barco Mu, Y: barca BA, UV, M1, Maz, S, L.

el jayán se tornó en madero fue que assí como este sabio para hazer su engaño en esta²⁸⁰ montaña vino, assí se aprovechó de árboles y animales, adonde no suscedió cosa al conde don Roldán ni a Malgesi ni a todos sus com|pañeros [f. 51va], que el sabio Sarraceno no anduviesse en una negra y espessa nube metido y con la fuerça de sus conjuros a sus ministros infernales incitava; y la razón por que el Arroyo Triste –como ya os diximos– tenía aquella propiedad, era porque, si algún amigo suyo de los que en la liga –que ya se os ha dicho– estaban contra don Roldán y contra todos los de Francia, por estas aventuras acertassen con los avisos de tocar en el agua del arroyo que en esta cueva corría, luego fuessen sus encantamientos desechos, lo qual ni Malgesi ni el sabio Atalante jamás entender pudieron por ser sin comparación los secretos deste gran sabio aventajados. Pues avéys de saber que assí como el duque don Estolfo y el conde Galalón por el gran madero fueron en la Laguna Blanca traydos, que era aquella donde don Roldán y Malgesi después arribaron, de los grandes ximios, que ya os diximos, en la barca fueron tomados y sin se poder valer, siendo para ello más de diez ximios juntados con fuertes sogas, aunque no quisieron, fueron atados y en el gran castillo de madera metidos, do los dexaremos por os contar la razón de la aventura que Ricardo y Ricardeto avían hallado y el fin que en ella con el sancto hermitaño Silvano hallaron.

CAP. XXX²⁸¹. De cómo Ricardo y Ricardeto hallaron un antiguo hermitaño, pariente suyo, y del fin que ovieron en su aventura.

Ya se os dixo cómo Ricardo de Ayamonte y Ricardeto de Montalván avían quedado en la hermita²⁸² a reposar, contándoles el discurso²⁸³ de su vida y ellos, dándole razón de su tierra y parientes. Pues avéys de saber que después que el alva rompió con muy gran mañana, todos tres para buscar el fin de su aventura, se ade|reçan [f. 51vb] y²⁸⁴ a pie como estaban, junto con Silvano que los guiava, por una ladera abaxo decienden, tomando la vía del hondo valle por donde el duque don Estolfo y el conde Galalón avían sido perdidos. Bien sería ya cerca de mediodía, quando el sancto hombre les amostró aquel lugar donde la donzella con el sagitario y salvaje solien amostrarse, que era aquella que el conde Galalón y el duque don Estolfo avían desde el río visto. Pues caminando todos tres por aquel

²⁸⁰ esta Mu, Y: sta BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁸¹ CAP. XXIX BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

²⁸² hermita Mu, Y: hermitaño BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁸³ discurso Mu, Y: ciscurso BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁸⁴ y Mu, Y: y y BA, UV, M1, Maz, S, L.

temeroso valle en busca de lo que tanto hallar desseavan, no tardó mucho quando de una espessa floresta que allí se hazía, al salvaje y sagitario vieron salir trayendo como de antes aquella donzella; pues como los dos valientes hermanos lo que tanto desseavan hallassen, sin temer el peligro que dello venir les pudiesse, contra ellos guían, dexando al hermitaño Silvano rogando a Dios que a sus sobrinos en tal menester socorriesse, y fue así que, como la vez passada, el sagitario y el salvaje huyessen dellos, agora no, que ellos y la donzella, tornándose un bravo vestiglo*, con furibunda saña contra ellos arremeten. No por esso los dos buenos hermanos desmayaron, antes con crecido ánimo a la batalla los esperan y, llegados, se empieçan a golpear ellos con sus espadas y los monstruos con sus ñudosos palos que espanto* ponían; y tanto os hago saber que aquel espantable* vestiglo*, que de donzella se avía formado, dexando la batalla de los dos cavalleros y salvajes, contra el hermitaño Silvano arremete y, antes que huyr ni se defender pudiesse, con una espantable* boca que de un serpentino cuerpo le salía, por mitad del cuerpo le toma y en el ayre se levanta, pareciéndole al triste Silvano que hasta las entrañas con sus tajantes colmillos le passava y, bolando con él en el ayre, en muy breve espacio en el encantado castillo que el valiente conde don Roldán guardava, en muy fuertes prisiones con los otros [f. 52ra] lo metió. Y tomando a los dos buenos hermanos que en su muy brava batalla andavan, en la qual anduvieron por espacio de una grande hora sin que reposo tomassen; en el qual comedio, jamás los dos hermanos hallaron en sus contrarios punto de covardía, antes mientras más y más peleavan, con mayores fuerças los hallavan, salvo que eran cubiertos de infinita sangre de muchas heridas que de las dos buenas espadas de los dos valientes hermanos avían rescebido, la qual les desmayó tanto que primero el sagitario y luego el salvaje en el suelo muertos se caen; de lo qual los dos buenos hermanos, Ricardo de Ayamonte y Ricardeto de Montalván, gran consuelo y descanso rescebían, viéndose libres de tal aprieto como en esta batalla avían tenido. Mas no les dexó mucho su buena fortuna reposar con la gloria de su victoria, quando aquel espantable* vestiglo*, que el sabio Sarraceno era, y todos estos encantamentos tenía ordenados para prender –como avéys oýdo– los más principales que después en la liga de los moros en su estorvo hallarse podían, el qual era tan sabio y sagaz que por sus artes, así de los presos como de los libres, sus nombres y viajes de presto sabía, por lo qual estos paganos supieron cómo los que en la Ýnsula de la Ventura^{m3} estaban, quién eran y todos los demás, y si principalmente contra don Roldán este gran Sarraceno andava con sus artes, buscando modo para le traer a la muerte, no era sino por ver quán mortalmente su señora, la emperatriz Ysifilea, le desamava, y si no le puso en prisión, no fue sino porque poniéndole

en la guarda de su encantado castillo, viniese alguno que la vida le quitasse antes que su criado don Roselao, a quien él infinito amava por la grandeza de virtudes, que de cada día d'él conosció, no obstante que por su saber hallava que avía de ser uno de los señalados hombres del mundo y porque tenía que si venía a la batalla con el conde [f. 52rb] don Roldán, de le ver en peligro, por esta razón le²⁸⁵ puso en guarda de su castillo.

Pues tornando a nuestro propósito, los dos buenos hermanos Ricardo y Ricardeto, estando descansando del trabajo de la batalla, por el ayre vieron venir aquel espantable* dragón echando fuertes y espantables* españadas de fuego y negro humo, lo qual viendo los dos cavalleros, con valientes ánimos a la batalla se aparejan, mas no les aprovechó su valentía contra aquel que con sus malditos artes a todos empecía, que abatiéndose con increíble presteza, cubriendo a los dos hermanos con una espessa y negra nube, con sus largos y pelosos braços, que de dragón eran, en el ayre los levanta casi sin sentido del grande y hediondo humo que aquel espantable* dragón por la boca echava. Ya podréys pensar en la confusión que los cavalleros yrian, viéndose llevar por el ayre sin se poder valer, hasta que se sintieron poner en una honda cueva y fuerte prisión, donde con todos los demás, sin saber unos de otros, empeçavan a lazerar, quedando muy tristes, viéndose presos sin saber dónde ni cómo ni de quién.

De la suerte que oýs, a estos dos cavalleros y al conde don Roldán y al duque don Estolfo y conde Galalón y Malgesi, con el sancto hermitaño Silvano, con este sabio encantador aconteció, donde tiniéndolos presos, después procuró de los llevar a la Ýnsula de la Ventura, do los dexaremos por os contar lo que en este tiempo avino, no obstante que los marineros y criados que en la nave de la vela dorada se hallaron, estavan muy tristes por las nuevas que la Linda Doralize²⁸⁶ y el otro escudero al navío truxeron; todos los quales se metieron en aquella gran nave que el sabio Atalante avía hecho, para remedio de lo que les fue más daño, la qual después de algunos días de allí, sin nadie la mover, se partió por la mar adelante, do los dexaremos hasta su tiempo. [f. 52va]

CAP. XXXI²⁸⁷. En el qual se declara la forma en que el príncipe don Roselao de Grecia salió con una donzella de la Ýnsula de la Ventura, llamándose el Donzel Venturoso.

²⁸⁵ le Mu, Y: se BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁸⁶ Doralize Mu, Y: Doranze BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁸⁷ CAP. XXX BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

El tiempo próspero y la favorable fortuna *que* el excelentíssimo don Roselao de Grecia, hijo del valeroso infante don Roserín, era venido para que sus maravillosas aventuras y excelentes obras a luz saliessen y todos aquellos sus parientes de su buena fortuna participassen. Fue así que, como ya avéys oído, el gran Sarraceno, después que le tomó a la donzella Arminda, él le truxo a la Ínsula de la Ventura, que era aquella donde estos paganos tenían los presos, donde con mucho cuydado, por mandado de la emperatriz Ysifilea, por el amor del gran Sarraceno era criado en mucho regalo y como tal príncipe como él merecía, al qual la Emperatriz le amava mucho después que le vido; porque os hago saber que este excelente príncipe tuvo en su tiempo esta ventaja a todos los que fueron, que jamás nadie le vido que no quedasse pagado de su buena gracia y codicioso de su amistad. Pues como de esta señora este hermoso donzel fuesse visto y tratado, de cada día su amor *con* él más crecía, por lo qual mandó al gran sabio que de todo lo proveyesse como a su propio hijo, el qual no se exercitava en otra cosa sino en caça y andar a monte y en provar su persona con muchos animales y con otros valientes jayanes y cavalleros, que en la Ínsula de la Ventura —como ya se os dixo— abitavan, los quales por mandado del gran Sarraceno, sin saber quién este donzel fuesse, era tenido y estimado en mucho. Pues avéys de saber que aunque él fuesse baptizado por su madre y por la infanta Roselinda y donzella Arminda, él se tenía por moro y así lo creya él y todos los demás que con [f. 52vb] él tratavan, salvo su amo, el gran Sarraceno.

En esta vida que oys, estuvo este esforçado príncipe por espacio de quinze años, que fueron los que passaron después *que* el infante, su padre, en Alemaña passó y después fue coronado y rescebido por Emperador de Constantinopla y fue en demanda de su amada señora Florimena —como después oyréys—, en todos los quales jamás el príncipe don Roselao perdió el desseo de saber quién era y quién eran sus padres, que jamás el *gran* Sarraceno a él ni a otra persona, salvo a la Emperatriz, se lo dixo. Por lo qual, quando se le venía en mientes, muy triste y *pensativo* estava, con lo qual a la emperatriz Ysifilea dava harta pena algunas vezes *que* allí venía a velle y a se solazar.

Pues la ventura que todas las cosa guía, como ya tuviesse determinado lo que deste valeroso cavallero avía de ser, començó a mostrallo, como agora oyréys; y fue así que un día que el valiente príncipe, que el Donzel Venturoso era llamado, por mandado del gran Sarraceno, andando a caça, aportó* a la ribera del mar, teniendo un gentil sabueso de traýlla y, acabándole de cevar en un corço que muerto avía, bolviendo los ojos hazia la mar, un barco a tierra forçado de furiosos vientos vido venir, en el qual llegando más cerca, reconoció venir dentro una donzella de ricos paños adereçada, juntamente con dos

hombres que el barco²⁸⁸ a tierra traían. Y como el Donzel Venturoso los viesse, fue muy maravillado de ver gente estraña y, esperando ver lo que hazer querían, vido cómo los hombres, llegando el varco a tierra, aunque con harta fatiga por no peligrar, según que la mar estava brava, a la donzella muy fatigada en tierra sacaron y, llegándose más, el Donzel de su estrañeza de vestido quedó maravillado. No menos lo fue la donzella de ver su gentileza y, como aquella que en tierra no conocida y trabajada de la mar avía llegado, por remedio de su [f. 53ra] trabajo, acordó de hablar a aquel donzel y por saber en qué tierra estava y, llegándose a él desta suerte le dize:

– Hermoso donzel, que ayáys ventura, por la fe que devéys a la cosa que en esta vida más amáys, os suplico, si soys servido, de me dezir quién soys y en la tierra donde estoy; porque la razón de vuestra presencia y la necessidad y trabajo mío, me ponen y dan osadía para preguntaros lo que desseo saber.

– Hermosa donzella –respondió el Donzel Venturoso en lengua²⁸⁹ pérsica–, si más no os declaráys conmigo de lo que en esse lenguaje dezís, no pienso daros cuenta de lo que me avéys dicho.

La donzella del varco, que bien aquella lengua entendía, le tornó ha declarar lo que le avía dicho, a lo qual el Donzel en su lengua respondió:

– Hermosa donzella, la tierra donde estáys se llama la Ynsula de la Ventura, cuyo señor es el sabio Sarraceno, mi amo; mi nombre no sé dezir, mas de quanto me llaman el Donzel Venturoso, lo qual pienso que oy se ha cumplido en toparos aquí, donde de mí se-réys servida en todo lo que menester ayáys. Mi nación, yo pienso que es esta donde habito, porque jamás otra no he conoscido.

– Muchas mercedes –dixo la donzella– por esse comedimiento que conmigo usáys; yo creo que mi ventura me ha guiado en parte donde viniendo tan sin ella, por hallaros a vos, será cobrado todo el remedio de lo que mi necessidad y camino caresce, para remedio de lo qual os suplico, como ha hombre que tal parecer tiene y de alto linaje deve de venir, que en todo aquello que vierdes que me podéys aprovechar, vos me remediéys.

– A mí me plaze de lo hazer así –dixo el Donzel Venturoso–, por esso no dubdéys de me dezir cosa que os convenga, porque yo os doy la fe de quien soy de poner la vida por la menor cosa que os tocare.

La donzella del varco se le humilló y con mucho amor las manos le pide para se las besar por la gran merced que le hazía en su ofrecimiento y, [f. 53rb] apartándose de sus

²⁸⁸ el barco Mu, Y: el varca BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁸⁹ n *inversa* BA, UV, M1, Maz, S, L.

hombres, en unas grandes peñas que allí junto a la mar se hazían, se sientan y la donzella desta suerte le habló:

– Hermoso señor, la inclinación natural que un corazón a otro por amor encamina, aunque en amistad ni en parentesco se ayan comunicado, mas de solo verse, me ha puesto en determinación de os dezir todo el caso de mi navegación y demanda. Para lo qual, avéys de saber que en la ínsula de Yngalaterra reyna un gran señor, so cuyo principado muchas tierras y nasciones están metidas; de sus costumbres y grandeza ay tanta que dezir, que si una de dos cosas no me lo estorvassen, yo pienso que os sería prolixa, las quales son: la una, ser yo de su casa y ser él mi señor, y la otra, que no ay de ninguna nación cavallero ni donzella que a este príncipe conozca y sus obras aya alcançado que no diga mucho más que yo sabría ymaginar. Este mi señor se llama Ángelo, es casado con una dueña de tan excelentes virtudes y honestidad quanto a compañera²⁹⁰ de tal príncipe convenía, llaman a esta mi señora, Siliana; a estos dos tan señalados príncipes ha dado Nuestro Señor una hija sola, única y heredera de sus reynos, que la hermosa Angelina se llama. De sus perficiones y hermosura no sé dezir más, sino que podéys pensar según en su tierna edad parece, porque no há sino doze años, que será la más acabada princesa y noble que en el mundo en su tiempo aya; las virtudes soberanas de mi señora Angelina son tan excelentes que si de un año a esta parte una gran desdicha no nos oviera –a ella principalmente y a todos los suyos– suscedido, sin dubda la excelencia de sus grandezas en su juvenil ánimo, ni los suyos ni estrangeros pudiéramos suffrimos de dezir más de²⁹¹ Angelina, sino que si en tiempo gentilico fuera nascida²⁹², ella fuera por diosa adorada, lo uno por ver su gran hermosura y lo otro, viendo sus graciosas y soberanas obras. La desdicha que os digo que [f. 53va] nos ha suscedido es que en las apartadas y crueles yslas de Vasatrides abita un grande y dessemejado jayán, cuya braveza y esquividad es increíble, su valentía y esfuerço* es más de infernal diablo que de hombre humano; en una de sus cinco yslas, en medio de las otras quatro, tiene este fiero Carpalión su morada que es, según algunos marineros dende la mar determinan, un grande y ynexpunable castillo; su nación y gente, toda es de fieros jayanes en cuya piedad aún los suyos propios, no se confían. Este fiero Carpalión tiene un hijo tan cruel y dessemejado como él, que se llama Rinacaronte; de estos dos fieros jayanes, mi señor Ángelo por muchas vezes ha sido requerido y aún combatido que la ysla de Yrlanda, que es de mi señor señoreada, se la diesse porque ellos dizen y alegan ser suya; y después

²⁹⁰ compañera Mu, Y: compaãnera BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁹¹ de Angelina Mu, Y: Angelina BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁹² nascida Mu, Y: nascido BA, UV, M1, Maz, S, L.

de su injusta demanda, estos fieros paganos demandan que los vezinos y moradores della se salgan de la ysla o que se tornen en su falsa y maldita secta²⁹³. Ya veréys, hermoso señor, la sinrazón que en lo uno y en lo otro estos malditos paganos demandan y, como mi señor sea uno de los valerosos reyes de la christiandad y que jamás pensó ni hizo cosa fea, de contino se lo ha negado y resistido con sus vasallos y persona y, según por muchas batallas passadas valerosamente, se ha defendido²⁹⁴; agora ha sido la mayor desgracia que jamás a príncipe ha venido y es que, estando el rey Ángelo, mi señor, en la isla de Yrlanda con grande ejército, defendiéndola del fiero Carpalión y de Rinacaronte, su hijo, que con gran gente de jayanes y armada sobre la ysla estaban, por astucia diabólica, el bravo Rinacaronte en una sola nao, con otros treynta jayanes, una dolorosa y triste mañana, en un puerto de nuestra ýnsula de Yngalaterra aportaron*, en la qual una pequeña villa está situada, donde con gran descuydo los vezinos desta estaban²⁹⁵ con mi señora, la reyna Siliana y su hija An|gelina [f. 53vb], que allí eran de nuevo venidas para embiar provisiones y gente al rey, su marido. Pues como este maldito Rinacaronte con tanto descuydo a los moradores tomasse, con su cruel gente hizo tanto estrago en ellos que apenas dexó hombre en la villa que no metiesse a cuchillo y, como la mayor y más gente al palacio y defensa de sus señoras concurriessen, allí los malditos jayanes acudieron, donde con increíble crueldad y valentía entrando, a todos sus defensores mataron y a mis señoras Siliana y Angelina, con gran deshonestidad, de mal tratamiento captivaron, con la qual presa y con muchos captivos y riquezas, este jayán y los suyos a su nao se retruxeron, en la qual metidos, se fueron por la mar, dexándonos a todos los suyos en muy tristes y dolorosos llantos; no menos lo estuvo el rey, mi señor, y todos los suyos por largos días. En este comedio, sucedió que el rey Ángelo, mi señor, y los suyos, con ravia de la pérdida de su muger y hija, dieron batalla a los jayanes y quiso el Alto Señor permitir que los enemigos de la fe fueron retraídos a sus naves mal de su grado y su real y tiendas robadas, donde estuvieron algunos días saliendo a pelear con los suyos. A cabo de diez días, una noche se les sucedió una tan terrible tormenta que todos los más de sus navíos les metió a fondo y, con harto trabajo, el fiero Carpalión y con hartos pocos de los suyos, en sus yslas aportaron*, donde hallaron a su hijo Rinacaronte, que la presa de la reyna y su hija avía hecho, con la qual ventura, de su desbarato algún tanto se consoló y más con la crueldad que hizo, que fue meter a la reyna y princesa en una fuerte torre de su gran castillo, en muy

²⁹³ secta Mu, Y: seta BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁹⁴ defendido Mu, Y: defendida BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁹⁵ estaban Mu, Y: estava BA, UV, M1, Maz, S, L.

terrible y apocada prisión, según que por dar enojo al rey Ángelo, él lo escribió, jurando a sus dioses que de allí no avían de salir hasta que muriessen mala muerte, por lo qual, mi señor Ángelo está y ha estado el más [f. 54ra] congoxado hombre del mundo y ha provado por todas vías de libertar a su muger y hija de la esquiva prisión del bravo jayán, el qual de quatro meses a esta parte, con gran sobervia y desseo que de aver la ysla en su pocsesión y poder tiene, embió un mensagero a mi señor el rey, que si él quería poner esta cosa en determinación de batalla, que persona por persona lo determinassen y que si mi señor el rey venciesse, que él le daría a su muger y hija y, si no, que él le diesse la ysla de Yrlanda y que dende ay adelante, quedasse su tributario. Todo esto comunicó mi señor el rey con los suyos y, aunque él, por covrar tan gran pérdida a ello esté determinado, jamás sus cavalleros se lo han querido consentir, salvo que el rey, de dentro de un año, dos cavalleros que²⁹⁶ con los dos jayanes hagan batalla, para que este hecho quede determinado, en todo lo qual los dos fieros jayanes vinieron, como aquellos que piensan que cient cavalleros, los mejores del mundo, no les harán ventaja. En esta fatiga que os he contado, está puesto este valeroso rey y todo su reyno, para remedio de lo qual, a mí y a otras seys por el mundo nos ha embiado²⁹⁷ en demanda de don Roldán o de don Reynaldos de Montalván o de otros muchos cavalleros que en el mundo agora ay y, según he sabido, los más destos que con los²⁹⁸ jayanes osarían emprender batalla, son muertos y perdidos, por lo qual ando la más congoxada muger del mundo, viendo, como haya dos meses que de Yngalatierra partí, que no he hallado remedio ninguno en mi demanda; por lo qual os suplico, hermoso donzel, si de algún estremado cavallero sabéys que en esta ynsula habite o en otra, me lo digáys y para que conmigo vaya me days favor.

Muy espantado* quedó el animoso donzel de lo que la donzella Clariola, que assí se llamava, le avía contado, en demás viéndola venir de tan lexos tierra y tan fatigada y mucho más lo estuvo [f. 54rb] de sí, viendo una nueva ynnovación en su persona, que el nombre de la princessa Angelina en él avía hecho; por lo qual y por el desseo que de ver mundo y ser cavallero tenía, de esta suerte a la donzella respondió:

– Hermosa señora, vuestra cuyta y mi desseo y el ofrecimiento que para vuestro remedio os tengo hecho, me han puesto obligación para que ya por ninguna vía os dexe de ayudar con mi persona para que ayáys remedio en vuestra cuyta, para lo qual luego a la hora, nos metamos en vuestro varco que él nos guiará en parte donde allemos lo que desea-

²⁹⁶ que Mu, Y: que que BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁹⁷ embiado Mu, Y: imbiado BA, UV, M1, Maz, S, L.

²⁹⁸ los Mu, Y: las BA, UV, M1, Maz, S, L.

mos, que los altos dioses no permitirán en su ofensa que a ninguno sea hecho agravio, si no fuere para dar más gloria al ministro de su justicia, siendo *contra* aquellos reos, en batalla, furioso.

Mucho fue la donzella Clariola espantada*, viendo la determinación y sabias palabras deste hermoso donzel y mucho más de ver que sin más pensar, con ella se quería yr en su barca; y mucho le pesó de que fuesse pagano, endemás aviendo ella dicho algunas feas palabras contra su ley, de lo qual le pidió perdón y él la perdonó de muy buena voluntad, como aquel que fue uno de los más veníbolos y piadosos príncipes de su tiempo y más honrador de dueñas y donzellas.

Pues como el valeroso don Roselao de Grecia de sólo el nombre de la princessa Angelina se viesse tan captivo y en un punto considerando la hermosura, virtudes y grandeza, que desta señora su donzella le contava, y no siendo ya parte para más de lo que Amor d'él quisiesse en su tierna edad obrar, a la donzella dize que al barco se metan, lo qual ella de muy buena voluntad hizo; y por no ser sentidos de los de la Ysla de la Ventura, quel sabio Sarraceno estava en ella, luego mandaron a los hombres que de una vela latina²⁹⁹ y dos remos se aprovechasen.

Destá suerte salió el valiente don Roselao de Grecia de la Isla de la Ventura, haziendo la mayor osadía que jamás ca|valleroⁿ³ [f. 54va] en su tierna edad emprendió, que con una donzella no conocida y de su ley estrangera, un donzel que tan estimado era en aquella ínsula, assí todo lo dexasse, fue cierto maravillosa³⁰⁰ asaña. De la suerte que oys, el Donzel de la Ventura –que assí le llamaremos– con la donzella de Yngalatierra enpeçó a navegar huyendo de la tierra, adonde la mar y el tiempo más los quería llevar, el qual fue buscado, desde se echó menos, de todos los de la ysla que a cargo le tenían, pero jamás le hallaron, de cuyas nuevas las emperatriz Ysifilea pensó morir. Donde los dexaremos hasta su tiempo, yendo por la mar adelante en su barco, con sola la donzella y los dos hombres que el barco guiavan y un valiente sabueso que de la ysla avía sacado³⁰¹.

CAP. XXXII³⁰². Cómo el infante don Roserín y el gran Constantino y Libanor el Ligerio y Riarán de Falco salieron de Alemaña y cómo fue muerto el gran Sarraceno.

²⁹⁹ vela latina Mu, Y: vellatina BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁰⁰ maravillosa Mu, Y: marivillosa BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁰¹ sacado Mu, Y: sacada BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁰² CAP. XXXI BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

En muy grandes fiestas y torneos el infante don Roserín y el gran Constantino y Riarán de Falco y Libanor el Ligeró, en Alemania estaban en las bodas del príncipe don Listarán de Tracia con la princesa³⁰³ Filomela de Alemania, que después de desencantados, por se solazar –como ya oýstes⁰³–, se avían por toda Alemania divulgado. Pues en medio deste soberano plazer, la triste y dolorosa nueva de la muerte de don Reynaldos de Montalván y de sus compañeros por toda Alemania fue divulgada, con la pérdida de la reyna de Cerdeña, la qual nueva entró en aquella corte infinita tristeza y mucho más en el infante don Roserín y sus amigos, por lo qual todos ellos y la corte y nuevos príncipes, dexando las fiestas y ropas de plazer, vistiéndose de ropas tristes, al consuelo del infante se aparejan.

Porque os ha|go [f. 54vb] saber que sintió tanto la muerte de su tío, don Reynaldos de Montalván, y la pérdida de su madre y de los otros, sus compañeros, quanto jamás otra cosa que de tristeza le viniesse; por lo qual, dentro del tercero día que la nueva en la Alemania vino, sin ser parte la emperatriz Filomela ni el emperador Listarán para le tener, como desesperado se parte la buelta de Constantinopla, para dende allí determinadamente convocar a todos los reyes christianos, sus amigos, para la vengança de tan grandes muertes y por pura importunación, llevó consigo al gran Constantino y a Libanor el Ligeró y a Riarán de Falco, que bien menester los huvo.

De³⁰⁴ la suerte que oýs, el infante don Roserín de la corte de Alemaña³⁰⁵ se partió, dexando aquellos señores en muy gran tristeza y la buelta de Constantinopla guían, donde con mucho cuydado a caminar empeçaron, yendo todos quatro mucho tristes, que ningún consuelo les podía poner remedio. Quatro días caminaron estos quatro cavalleros la buelta de Constantinopla, sin que cosa de contar sea les suscediesse, al cabo de los quales, una noche, antes que el alva rompiesse, el cavallo del gran Constantino se fue por la vera de un arroyo abaxo, que de una fuente³⁰⁶ donde ellos dormían, se hazía; y andando paciendo de la hyerva con unos cavallos que de ciertos cavalleros que junto al arroyo estaban, empeçó de relinchar y, dando fuertes relinchos, a sus dueños recordó* del sueño que con harto descuydo tenían, por lo qual, puestos en muy gran alboroto, tomaron de presto sus armas y cavallos y, viendo que aquel cavallo les sobrava, muy maravillados de tal cosa, ya que el alva rompía, le procuran de tomar, por lo qual el cavallo, no viendo persona que conosciessse, con veloz carrera hazia donde su señor estava se buelve y no por esso los

³⁰³ princesa Mu, Y: pricesa BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁰⁴ De Mu, Y: Be BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁰⁵ Alemaña Mu, Y: Alemnia BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁰⁶ fuente Mu, Y: fuen BA, UV, M1, Maz, S, L.

cavalleros del arroyo dexaron de seguille hasta que a don Roserín y a sus compañeros descubrieron, los quales con^{p3} [f. 55ra] el estruendo que el cavallo avía traydo, despavoridamente³⁰⁷ recordaron* y, viendo el gran Constantino cómo aquellos cavalleros por tomar su cavallo se fatigavan, con gran enojo sin dezirles palabra, a ellos guía y, echando mano a su espada, al que más cerca halló, hirió el cavallo de suerte que luego cayó en tierra y tomando a su señor debaxo, el gran Constantino con el enojo que dellos tenía le empeçó de herir de muy duros y pesados golpes. Sus compañeros, que tal le vieron parar, dexando de seguir el cavallo, tomando las lanças so mano, contra el gran Constantino a más correr de sus cavallos arremeten, mas en este término, el infante don Roserín y don Riarán de Falco y Libanor el Ligerero estavan ya en sus cavallos y, viéndolos venir tan determinados, al camino les salieron y, con muy gran furia, hiriendo los cavallos de las espuelas, de tal suerte los encontraron que mal de su grado los hizieron venir al suelo. En este comedio, el gran Constantino avía muerto al otro que debaxo del cavallo avía caído y, arremetiendo contra los otros que estavan caídos, los empieça de herir muy bravamente, los quales viéndose en tal peligro, con grande ánimo se levantaron y empeçaron valientemente a se defender; y el infante don Roserín se apartó afuera, viendo que era desigualdad pelear quatro con tres, y dixo a Libanor el Ligerero y a don Riarán de Falco que al gran Constantino fuesen ayudar, porque ya andavan todos tres embueltos en la batalla con él, donde dende a gran pieça que estos dos llegaron, los pararon tales que con mucha affrenta les hizieron rendir las armas y, quitándose los yelmos, el infante don Roserín se llegó junto a los cavalleros que la batalla avían hecho y, como a ninguno no conosciessse, dándole voluntad de saber quién eran los que assí les avían salteado, queriendo tomalles su caballo, desta suerte les dixo:

– Dezi^{q3}, cavalleros, cuál [f. 55rb] razón tuvistes para assí querernos llevar nuestro cavallo, sin nosotros daros ocasión para que assí lo hiziéssedes.

A las quales palabras, el uno de los cavalleros al infante respondió:

– Avéys de saber, señor, que como lo vimos desmandado, nos acodiciamos a él, por la qual desorden hemos perdidos a nuestro amo y a nuestra honra, que son dos cosas que más en esta vida teníamos.

– ¿Cuál es vuestro amo o quién soys vosotros –dixo don Roserín– o de qué tierra o nación?

³⁰⁷ despavoridamente Mu, Y: despavoradamente BA, UV, M1, Maz, S, L.

– Aquel cavallero de las armas³⁰⁸ pardas, que allí muerto yaze, era nuestro señor, a quien todos aguardávamos. Nuestra tierra, pues que la ventura nos ha traydo a términos que contra nuestra voluntad lo ayamos de dezir, yo os lo diré todo: sabed, señor cavallero, que somos nosotros tres naturales del reyno de Sircania y vassallos del rey Nembrot Almançor; aquel cavallero que allí os señalé que muerto yaze, era uno de los grandes señores y señalados sabios que en nuestras partidas avía, al qual su gran saber, como a otros aprovecha, pienso que a él truxo al estado en que veys. Su nombre era el gran Sarraceno³⁰⁹, vasallo de la gran emperatriz Ysifilea, cuyo imperio y señorío es la gran Tartaria, que por su grandeza y magestad bien creo que ternéys noticia. Esta señora por su sola intención governada, para en daño y perdimiento de hartos buenos cavalleros, constituyó un mandamiento; y fue que cualquiera que se quisiesse con ella casar y gozar de su gran señorío, que le truxesse la cabeça de un cavallero christiano, *que* a su padre y hermano³¹⁰ mató, al qual llaman don Roldán, en la qual demanda, muchos señores de la paganía se han puesto con cobdicia de alcançar *tan* gran señorío, principalmente *tan* divina señora, a la qual pienso que los altos dioses hizieron para destruyción de los hombres, según es su belleza y la valentía de su casamiento, pues como³¹¹ os digo, muchos señores se pusieron en su demanda [f. 55va] de este cavallero christiano, entre los quales fueron mi señor, el rey Nembrot Almançor y el gran rey Orosanto, señor de toda la Albania, y otros dos jayanes de la ínsula California; todos los quales juntos acordaron de servir a la emperatriz Ysifilea en buscar modo para su vengança y juntamente para las suyas; todos los quales son salidos por el mundo en demanda de don Roldán y de todos los principales cavalleros de la christiandad, para que con sus valientes personas y con sus compañeros³¹², les quiten las vidas o los pongan en prisión. Pues como la emperatriz Ysifilea viesse esta voluntad en estos señores, les dio a este gran sabio que los sirviesse y ayudasse *con* su saber, que pienso que ha sido para perderse todos, pues que a sí mismo no ha sabido guardar.

“La razón porque en esta tierra somos venidos es que, estando este gran Sarraceno en Sircania, el rey Marsilio de España le embió a rogar que por su saber le supiesse de una hija suya, que avía muchos días que era perdida y jamás avía sido hallada ni della se sabía cosa; al qual el gran Sarraceno prometió de se la llevar y de se ver con él a cierto tiempo, para negocios que le cumplían. Dende a tres días que estos mensajeros le vinieron, tomán-

³⁰⁸ armas Mu, Y: asmas BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁰⁹ Sarraceno Mu, Y: Saraceno BA, UV, M1, Maz, S, L.

³¹⁰ hermano Mu, Y: hermao BA, UV, M1, Maz, S, L.

³¹¹ como Mu, Y: commo BA, UV, M1, Maz, S, L.

³¹² con sus valientes personas y con sus compañeros Mu, Y: sus valentías y con sus compañeros BA, UV, M1, Maz, S, L.

donos a nosotros en su compañía, nos llevaba a Constantinopla, donde él dezía que avía de hallar lo que buscava, mas veo que antes que allá llegássemos, lo ha hallado, topando con vosotros, señores”.

– Assaz nos avéys dicho –dixo don Roserín–, mas pues esto ha sido de voluntad, lo que más os preguntaremos como a cavalleros, qualquiera que de vosotros algo supiere, nos lo diga, con juramento a la horden de cavallería que recibí, de que os dexemos yr libremente donde quiera que quisiéredes.

A estas palabras respondió el cavallero que todo lo passado le avía dicho:

– Señor cavallero, demandad de nosotros todo lo que fuéredes servido, que aquí se os dirá sin [f. 55vb] faltar cosa.

– Pues dezidnos –dixo el infante don Roserín– dónde pusieron una señora estos vuestros señores que poco há captivaron en la mar o si sabéys que ella o otros cavalleros christianos ayan sido muertos o presos por este sabio o por todos los demás, de pocos días a esta parte.

– Avéys de saber, señor cavallero –dixo el pagano–, que en la corte del rey Nembrot, mi señor, se sonava, por ciertas palabras que a un cavallero, criado deste gran Sarra-ceno, se oyeron, que en la Ynsula de la Ventura, en la gran alcaçar del Encantado Laberintio –que assí se llamava–, cuyo señor era este gran sabio, avían llevado presos ciertos cavalleros y aún malheridos, con una gran señora christiana, si yvan muertos o bivos o quién eran, yo no os sabré dar razón; mas de lo que tengo dicho desto y de lo más de mi plática, si della algo os cumple, podéys colegir según vuestra nescessidad lo que más os hiziere al caso y, pues que parecéys magnánimo y de noble condición, yo os suplico por mí y mis compañeros, seáys servido de nos dar licencia y dexar hazer nuestro viaje, donde la fortuna mejor nos guiare.

– Sea así, pues que yo lo prometí. –dixo don Roserín.

Y bolviéndose a sus compañeros, apartándose de los turcos, assí le dixo:

– Excelentes cavalleros y caros amigos, la Fortuna, aunque nuestra contraria, nos adiestra en lo que devemos seguilla y, por el consiguiente, rechaçalla; digo esto porque adonde más peligro se ofrece³¹³, allí se aventura la victoria. Como ya avéys oído, mi señora la reyna es captiva o muerta y mi tío, don Reynaldos de Montalván y otros mis amigos y parientes, destos perros; mi parecer sería que bolviésemos la buelta de Tartaria y

³¹³ ofrece Mu, Y: affrece BA, UV, M1, Maz, S, L.

allí, por lo que deste moro emos sabido, podrá ser que hallemos camino y cierta razón de lo que buscamos.

– Señor don Roserín, hágase como la Vuestra Merced mandare –dixeron todos tres compañeros– y vamos a donde seáys ser|vido [f. 56ra].

– Y si os parece –dixo don Riarán de Falco–, vamos por la mar, porque más en breve podamos conseguir lo que buscamos.

– Sea así –dixo el infante don Roserín.

Y así dando de las espuelas a los cavallos, la vía que avian traydo el día antes siguieron, donde les sucedió lo que agora oyréys.

CAP. XXXIII³¹⁴. Cómo el infante don Roserín halló a la donzella Arminda y de cómo supo la muerte del príncipe Reduardo y la prisión de la princesa Florimena y de las otras infantas, sus compañeras, y de cómo se embarcó con sus compañeros.

Avéys de saber que después que el infante don Roserín y el gran Constantino y don Riarán de Falco y Libanor el Ligero destes paganos, que avéys oýdo, se apartaron, que anduvieron tanto que a hora de mediodía se hallaron bien cerca de un puerto de mar que allí junto se hazía, en el qual avía una pequeña población y muchos navíos que a muchas vandas* guiavan, adonde como todos quatro llegaron, como aquellos que gran voluntad de conseguir el fin de su viaje trayán, no pararon hasta donde los navíos estaban al paraje de su camino; donde en llegando, empezaron a demandar por algún patrón que la buelta de Grecia siguiese, con intención dende ay, según los confines de la gran Cesaria y passando los peligrosos estrechos que entre Constantinopla y la Galacia se hazen, seguir la buelta de la gran Tartaria.

Pues como estos cavalleros anduviessen con tanto cuydado buscando algún navío que su viaje siguiese, dende a pequeña pieça que allí llegaron, vieron venir una galea que con próspero tiempo en tierra envistía, de la qual algunos passajeros en tierra salían, entre los quales, el infante que con mucha atención estava mirando, [f. 56rb] a la donzella Arminda, entre todos los que salían, bien conosció, que como ya oýstes, después que de los dos jayanes, Galtezino y Artadelfo, a la princesa y infantas robaron y al príncipe Reduardo mataron, en su demanda venía^{r3}. Pues como el infante don Roserín en tiempo tan triste y descuydado de tal acaescimiento, a aquella donzella tan querida suya y de su señora, la

³¹⁴ CAP. XXXIII BA, UV, M1, Maz, S, L. Mu, Y.

princesa, viesse y a lo que parecía, por sus vestidos y continencia, tan triste venía quanto la razón de su mensaje mandava, de nuevo³¹⁵ y doloroso sobresalto su corazón se viste y, llegándose más a la lengua del agua, desviándose algún tanto de sus compañeros, a la donzella Arminda se allega y ella, como viesse venir hazia sí aquel gran cavallero y con más atención su cavallo Nigralvo³¹⁶ y sus ricas armas verdes mirasse por él, conoció muy bien ser el que ella buscava; y con nuevos gritos y presurosos solloços, hincando los ynojos en tierra, grandes queexas y alaridos a la Fortuna comiença de dar por la gran pérdida de su señora y por la dolorosa muerte de su hermano; todo lo qual, después que a don Roserín bien conoció, desta suerte empeçó a contar:

— ¡O, soberano³¹⁷ y excelentísimo príncipe y venturoso cavallero! Si algún tiempo al trabajo de vuestra persona y vasallos y amigos de vuestro excelentísimo ánimo os avéys puesto, posponiendo todo descanso por conseguir gloriosa memoria y fama, con lo contrario agora ay más razón y se os offrece más nueva y dolorosa ocasión para que, por ella, os pongáys de nuevo a todo afán; porque avéys de saber que al constantino imperio, después que de allá salistes, de cada día nuevos desastres y desaventuras han sucedido y la mayor es que la princesa Florimena y vuestra prima, la infanta Roselinda, y la infanta Melisandra por dos fieros jayanes fueron los días passados robadas y presas y el príncipe Reduardo, muerto, sin que ninguno de todos quantos con él [f. 56va] en las Casas del Deleyte estavan escapassen ni de otro ninguno fuessen socorridos, por lo qual yo, como viesse a mi señora y a las otras llevar, yo no me supe acorrer a otro remedio, salvo a vuestra buena ventura; por lo qual, luego que tan gran desventura se nos siguió, me puse en camino y por mar y tierra, la buelta de Alemania seguí y, atravessando toda Grecia hasta los confines de la Morea, vine en vuestra demanda, donde hallé un cavallero, que vos de un encantamento sacastes, que me dio nueva que estávades en el imperio de Alemania, adonde he venido con har-to trabajo.

¡Qué os diré del gran dolor y crecida tristeza que el valeroso infante don Roserín con las tristes nuevas sintió! No otra cosa, sino que fue tal que sin ningún sentido, del cavallo abaxo vino a tierra, donde de sus dos escuderos, Esmerildo y Crispanel, fue bien presto socorrido y de sus tres fieles compañeros, que a los llantos de la dolorosa Arminda avían llegado y, reconociendo al infante como estava y la razón porque tal avía llegado, con la fidelidad que a él por compañero y al príncipe Reduardo y princesa Florimena por

³¹⁵ nuevo Mu, Y: nueve BA, UV, M1, Maz, S, L.

³¹⁶ Nigralvo Mu, Y: Nigrolvo BA, UV, M1, Maz, S, L.

³¹⁷ soberano Mu, Y: soberana BA, UV, M1, Maz, S, L.

señores y parientes devían, empezaron con doloroso llanto a solennizar tan gran desdicha, a cuyas dolorosas bozes y espessas lágrimas, el infante don Roserín de su desmayo recordó* y, dando un doloroso suspiro, assí empezó a dezir:

– ¡O, miserable y triste vida llena de dos mil cuentos de desasossiegos y trabajos! ¿Cuál ánimo firme ni esfuerzo sobrado podrá resistir tus duros y desvariados golpes? ¿Quién con próspero ni adverso estado, según su calidad, dexa cada momento de padecer dos mil contrarios y desabridos movimientos? ¡O, mi señor y caro amigo, príncipe Reduardo, cuán desastrada ha sido vuestra ventura, que ansí en tan tierna y próspera edad, en vuestro gran señorío, sólo por dos cavalleros ayáys sido muerto! ¡O, mi señora prima, infanta Roselinda, y her|mosa [f. 56vb] Melisandra! ¡O, soberana³¹⁸ princesa del constantino imperio! ¿Cuál desventura pudo ser mayor a ningún príncipe ni aún a³¹⁹ baxas señoras que ansí en vuestro gran imperio y soberano señorío, por solo dos jayanes fuéssedes presas, sin que de³²⁰ ninguno de tantos vassallos pudiéssedes ser socorridas? ¡O, traydores renegados! Yo juro por la orden de cavallería que rescebí de jamás tomar un punto de descanso, hasta que yo pueda hallar a los traydores que tan grandes y dolorosos desastres, como han sido estos y los de mi madre y parientes, me han acarreado.

¡Qué os diré de los llantos que el gran Constantino por sus primos y los otros, sus compañeros, hazía juntamente con la donzella Arminda y Crispanel y Esmerildo! Que a todos los que por allí se llegavan, hazían la mayor compassión del mundo, en demás desde al infante don Roserín, por las palabras y cavallo y armas conocieron, sabiendo que él solo oviesse sacado de tan áspero y cruel encantamento a los dos príncipes de Alemania y viendo ser tan señalados quatro cavalleros; todos los que por allí se hallavan les proferían* sus navíos y casas, entre los quales fue un cavallero que una galea en el puerto tenía flectada, que llegándose adonde estos cavalleros estaban, con ella para su viaje se la ofreció. Todo lo qual, el infante don Roserín y sus compañeros de mucha buena voluntad aceptaron y, metiendo dentro sus cavallos y armas y a la donzella Arminda, esse mismo día se metieron en la mar, do los dexaremos harto tristes hasta su tiempo.

CAP. XXXIII³²¹. De cómo el príncipe Aleandro, sabiendo la muerte del Emperador de Constantinopla y del príncipe Reduardo y de la prisión de su señora Roselinda y

³¹⁸ soberana Mu, Y: saberana BA, UV, M1, Maz, S, L.

³¹⁹ ni aún a nos: ni a una BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

³²⁰ sin que de ninguno Mu, Y: sin que ninguno BA, UV, M1, Maz, S, L.

³²¹ CAP. XXXIII BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

de las otras infantas, mudadas las armas y devisa, navegando por la mar, se topó con una estraña barca del sabio Atalante. [f. 57ra]

En esta tercera parte se os hizo mención del hermoso Aleandro, príncipe de Ungría, y de cómo se provó en el gran Paráyso de Amor³²³; agora será razón de contaros lo que a este cavallero avino después que de Constantinopla, como ya se os dixo, a buscar sus aventuras salió.

Avéys de saber que este valeroso príncipe, dende a muchos días que salió de Constantinopla, anduvo por muchas³²² partes del mundo con la sabrosa memoria de los honestos³²³ amores que con la infanta Roselinda, hija del rey Escardaso y de la reyna Marfiza tenía, que como ya se os dixo, quando vino esta infanta en Constantinopla, este cavallero la libertó de poder de un bravo jayán. Pues como por tantas provincias y reynos haziendo tantas cavallerías anduviesse, su fama por todo el mundo era estendida. Y avéys de saber que después que en Boecia le fue dicha la gran pérdida de Constantinopla avía venido y cómo el Emperador y príncipe Reduardo eran muertos, jamás dolor ygual le llegó al alma, como de oír tales nuevas; principalmente sabiendo que su señora, la infanta Roselinda, era presa juntamente con la princesa Florimena, todo lo qual supo de un cavallero de Constantinopla, hermano del valiente duque de Antila, que en demanda del infante don Roserín, como otros muchos, andava para cumplimiento de lo que el Emperador avía dexado mandado.

Pues avéys de saber que passaron muchos días que el príncipe Aleandro en demanda de su señora, la infanta Roselinda anduvo, después que de este cavallero —como se os dixo—, en el reyno de Boecia lo supo y a cabo de más de diez años que la prisión destas señoras avía passado, aviendo este valeroso cavallero rodeado la mayor parte del mundo, sin jamás hallar nueva cierta que en su demanda pusiesse ningún remedio, él andava medio desespe|rado [f. 57rb], por lo qual, muchos cavalleros que con él ovieron batalla lo passaron muy mal.

Agora avéys de saber que él venía en una nave que, del poniente, la buelta de Grecia le traía, en la qual nadie le vido con semblante alegre; y assí lo mostrava también en sus armas, porque la devisa que antes de los cisnes traía, toda la avía mudado y traía agora todas sus³²⁴ armas negras sin devisa ninguna, salvo en medio de su escudo, unas

³²² muchas Mu, Y: muchos BA, UV, M1, Maz, S, L.

³²³ honestos Mu, Y: honestes BA, UV, M1, Maz, S, L.

³²⁴ sus Mu, Y: sur BA, UV, M1, Maz, S, L.

letras que dezían: “Del color que ando vestido, anda mi cruel partido y al tiempo que me ganava, la gloria se me perdió, sin merecelle, triste, yo”. Por estas palabras y armas y más por su tristeza, en muchas partes fue llamado el Cavallero Negro, aunque él se hazía llamar el Cavallero de la Dubdosa Demanda, por cuyo nombre algunas vezes le nombraremos.

A cabo de tanto tiempo como ya avía passado que el buen Aleandro andava por el mundo peregrinando en su demanda, agora nuevamente se avía metido en aquel navío para que él le llevase donde la ventura quisiesse y, sin yr a cosa cierta, pudiesse hallar remedio, como lo fue, que un día que más sossegada y de buen temporal* la mar les parecía, con contrario tiempo, de terribles movimientos y espessos ñublados, ella se empeçó a turbar de tal suerte que no les parecía a todos los del navío, assí passajeros como marineros, sino que su fin era llegado, porque con tan terrible tempestad y furiosos vientos eran combatidos que no les parecía sino que verdaderamente allí avían de ser anegados*. Treze días anduvo el navío en que el cavallero triste yva, sin que a tierra llegar ni ver pudiesse, todos los quales o los más dellos pensaron de nunca escapar³²⁵, donde era oír y ver al cavallero triste la mayor compassión del mundo, según las cosas que dezía, por verse morir tan desesperadamente sin poder hallar fin en lo que tanto desseava, mas de aquel que allí¹³ [f. 57va] le parecía que en su ventura, anegándose en la mar, dalle quería, aunque a la verdad, él era consuelo y amparo, con el ánimo y esfuerço* que mostrava, de todos los que en aquel navío venían. A cabo de estos treze días, una noche ya más de la media passada sería, quando por el nuevo tiempo que de terraje les hizo, una tierra descubrieron sin que los marineros ni ninguno reconociesse cuál fuesse, mas de que guiaron su navío por la guía de un farol que en otro navío reconocieron, a una plaça que allí se hazía, donde con harto trabajo, su nave surgeron* acerca de otra que muy grande y buena les parecía, en la qual ya que el alva rompía, oyeron muchos ynstrumentos y, mirando con más atención, con ser ya de día claro, reconocieron el navío ser de estrañeza y hechura jamás oyda ni vista; y mirando la tierra en que surtos* estaban, otra cosa no vieron más de una pequeña ysleta, toda la qual de frondosos y crescidos árboles era poblada.

Y porque quiero que sepáys la hechura deste navío para mejor entendelle, os diré lo que al príncipe Aleandro aconteció, que fue ansí. Como el Cavallero de la Dubdosa Demanda viesse un navío tan estraño y en ysla tan estraña estar, se maravilló mucho y más quando oyó el estraño son de muchas bastardas y ytalianas trompas*, juntamente con otros diferentes y estremados menestrales*³²⁶, todos los quales por encima de lo alto del gran

³²⁵ escapar Mu, Y: esperar BA, UV, M1, Maz, S, L.

³²⁶ menestriales Mu, Y: menesterilles BA, UV, M1, Maz, S, L.

navío, de estremadas y hermosas ninfas eran sonados. Dende a pequeña pieza que el Cavallero Negro lo estava mirando, hazia su³²⁷ navío vido venir una forma de barca, tan estraña quanto el navío lo era, guiada por dos valientes sátiros que con dos remos al navío del Cavallero de la Dubdosa Demanda venían; era esta varca una forma de un caudaloso grifo que las alas estendidas traía, debaxo de cuya guarda, los que dentro venían en la conserva de su vientre, de todo tiempo [f. 57vb] venían seguros. Ponía tanto espanto* la furia con que este furioso barco hazia el navío venía, que tuvieran por mejor los que en él estavan ponerse al peligro de la tormenta passada, que no aguardar la estraña furia del dubdoso barco y del estraño navío que cerca de sí tenían; pues como este ligero grifo por aquellos dos valientes sátiros parecía por dos estendidas cuerdas, que de la boca le salían, ser governado, al navío del Cavallero Negro en un punto allegaron, donde dando con su espaciosa boca dos fuertes tenazadas por parte de los sátiros, que con las cuerdas que vistes, tiraron, en un punto una forma de puerta de una excelente quadra* les fue representada, toda la qual parecía estar muy rica y estrañamente entapiçada de excelentes paños de brocado y seda, por la qual el hermoso Aleandro vido salir una donzella, assaz hermosa y ricamente guarnida que, mandando llegar su estraño barco al del cavallero triste, el qual en el castillo de proa estava con otros³²⁸ algunos que con su osadía en lo alto osavan esperar, y guiando su plática al cavallero triste, desta suerte le dixo:

– Valiente cavallero de las armas negras, mi señor el sabio Atalante os manda por mí aqeste barco y de su parte os ruego que en él os vays hasta su estraño³²⁹ navío, adonde seréys servido de todo aquello que ayáys menester.

– Muchas mercedes –respondió el Cavallero Negro–, que el tiempo y la necessidad que de su vista y buen acogimiento tengo, manda que vuestras palabras y su mandato siga, por esso vamos donde fuéredes servida.

Y de sí despidiéndose de los señores del navío, dexándoles su cavallo en pago de su flete, en un punto, por la boca de aquel estraño grifo se mete, el qual, luego que dentro estuvo, por los mismos sátiros fuere cerrada y, dando buelta hazia el estraño navío, guiaron, de la estrañeza del qual y de la tierra, agora os contaremos. [f. 58ra]

CAP. XXXV³³⁰. En el qual se da cuenta del valiente príncipe Aleandro que en demanda de su señora, la infanta Roselinda, yva llamándose el Cavallero de la

³²⁷ u *inversa* BA, UV, M1, Maz, S, L.

³²⁸ otros Mu, Y: otro BA, UV, M1, Maz, S, L.

³²⁹ estraño Mu, Y: estraña BA, UV, M1, Maz, S, L.

Dubdosa Demanda y de cómo se topó con el sabio Atalante, que en un muy extraño navío venía.

Bien avéys oýdo cómo la ventaja y extraño saber del gran Sarraceno tenía acorralados y acoçados al sabio Atalante y a Malgesi^{u3} y aún tenía preso a Malgesi, por lo qual este sabio Atalante, que tanto a estos constantinos cavalleros y a todos sus amigos amava, juntamente con el emperador Carlomagno y todos los suyos, estava viéndose tan atajado y diferente de lo que solía, en mucha congoxa mientras que aquel maldito pagano y gran sabio Sarraceno, contra estos señores, sus amigos y christianos, se trabajava para los ofender*, adonde y como don Reynaldos y la reyna Madama Brandamonte y todos los demás estavan presos. Mas como se os ha dicho, este maldito Sarraceno era tan aventajado en el saber que por ninguna vía el sabio Atalante ni Malgesi jamás le pudieron contrastar* ninguna cosa de las que hizo ni menos entender la manera por donde lo llevaba; y pudiera ser, si el Alto Señor no lo atajara, con permitir que tan descuydadamente el falso pagano a manos del gran Constantino muriesse, que él ordenara cosa por donde la christiandad toda viniera en muy gran peligro, según que la falta hizieran los cavalleros que presos tenía y la rebuelta y desatino que por sus artes y consejos se hazían, con todo lo qual tenía a Francia y Constantinopla y Cerdeña en la angustia y aflicción que podéys pensar que avría, faltando los que destas tierras faltavan.

Y como Nuestro Señor es servido de permitir el casti|go [f. 58rb] por nuestros peccados, por el consiguiente como Padre de Misericordia nos embía el remedio, como en este tiempo a estas provincias y a otras que estavan en las mismas y diferentes afliciones embió con permitir la muerte deste falso moro y dar lumbre de claridad al sabio Atalante, por donde a todos estos daños pusiesse remedio, como agora oyréys: que así como aquel valiente cavallero Aleandro, que del navío que oýstes, en el extraño barco del sabio Atalante por induzimiento de la donzella entró, hazia el gran navío de la montaña deleytosa guía, el qual era de la hechura que oyréys. Avéys de saber que por castillo de proa tenía un disforme y valiente cuerpo de desemejado elephante, cuyo cuerpo y vientre parecía de grandeza increíble; el cuerpo y popa deste gran navío era aquella pequeña ysla que antes el Cavallero de la Dubdosa Demanda avía visto; toda ella era redonda³³¹, en medio de la qual, que sería de travessía, una echadura de piedra. Estava por árbol del navío un modo de castillo con altas y hermosas almenas torreado; era por arte hecha esta pequeña montaña de

³³⁰ CAP. XXXIII BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

³³¹ redonda Mu, Y; redonda BA, UV, M1, Maz, S, L.

mano del sabio Atalante, que a doquiera que él quería, el grande elephante guiava, llevando tras sí aquella montaña, siendo poblada de hermosos árboles y fuentes que por su saber, este gran sabio con su subtil inventiva avía obrado hermosamente. Y assí era, que los que dentro por la boca del espantoso* elephante entravan, sin parescelles que navegassen, con mucho passatiempo caminavan passando donosas y artificiosas burlas y hermosas aventuras, que en aquel pequeño retaje hallavan. Esta hermosa y deleytosa nave, este sabio fabricó para lo que adelante se os dirá y para defensa y offensa de sus enemigos y para otros muchos effectos que adelante oyréys.

Pues como el caudaloso grifo en que el Cavallero de la Dubdosa Demanda venía, con increíble presteza al espantable* elephante llegasse [f. 58va] batiendo sus descompassadas alas, por la abierta boca del gran elephante se lança, donde el cavallero se halló con aquella donzella, que antes diximos que allí le guiava, en una hermosa y bien adereçada sala, al andar de la qual vido una pequeña puerta, por la qual aquel venerable y honrado sabio Atalante vido hazia sí venir, con los braços abiertos, diziendo:

– Valiente príncipe, bien sé que vuestro valeroso ánimo no se admirará de ver aqueste mi navío, que para vuestro servicio y de todos mis señores y amigos hize.

A estas palabras el Cavallero de la Dubdosa Demanda, abraçándole, respondió:

– Honrado señor, vuestra sapientíssima persona y admirables hechos nos tienen ya dados tantos avisos a que nos combida cada ves que estas cosas vemos por vuestras manos hechas, más a passatiempo que admiración.

– Muchas mercedes por las vuestras corteses palabras –dixo el sabio Atalante–, que bien cierto estoy yo que en ellas y en las obras he de ser de vos favorecido y por tanto, quise que fuéssedes el primero que mi Paráyso gozássedes y agora mi Deleytoso Navío (que quiero que sepáys que assí se llama); y por que es justo que del trabajo de la mar, aunque en ella estáys, reposéys, quitémosos las armas y hágaseos todo servicio.

Y assí fue hecho, que en esse punto salieron dos donzellas de aquella quadra* que el sabio Atalante avía salido y desarmaron al príncipe de Ungría y, poniendo las tablas, él y el gran sabio fueron servidos tan abundantemente y tan concertado, quanto lo fueran en el palacio de un grande rey o emperador. Estando en la tabla, el valiente úngaro, que un punto de reposo en su ánimo con ningún sossiego entrava, después que a su señora, la infanta Roselinda, los jayanes –como se os dixo^{v3}– hurtaron y, como agora se viesse en parte donde della y de sus amigos saber podía, al gran sabio desta suerte dixo:

– Señor Atalante, bien creo que daros yo noticia de [f. 58vb] mi demanda y de la intención della, será escusado por dos cosas: la una, porque á ya tanto tiempo que en ella

ando, que parece aver perdido de mi propio la memoria, según el poco recabdo que en ella tengo; la otra razón es, deziroslo a vos, que todas las ocultas y públicas cosas, aunque presente no seáys, no se os encubren, por lo qual, excelente sabio, os suplico me deys algún consuelo en mi mal y sea con darme aviso cómo yo pueda saber dónde la princesa Florimena y la infanta Melisandra y Roselinda fueron llevadas, después que en la Casa del Deleyte por dos fieros jayanes fueron captivas y también me dezi^{w3}, si soys servido, algunas nuevas destes cavalleros que tantos días há son perdidos o muertos.

– Valeroso cavallero –dixo el sabio–, vuestro estremado espíritu es tal qual en esta dubdosa demanda, con la perseverancia de vuestro trabajo, avéys mostrado. Hágoos saber que la misma intención³³² vuestra y el remedio de tantos males y de otros mayores que los paganos en la christiandad hazen y harían, me ha commovido a salir de mis cerrados montes, por el remedio de esos cavalleros y de lo que os digo; y para effecto y principio desto, os he guiado a mi navío, para que deys orden de cavallería al más valeroso cavallero que jamás después d’él vestirá³³³ armas, que assi soy dello cierto que averná, sin saber quién es ni de qué linaje. Por tanto holgad y reposad de los trabajos passados, que con el ayuda del Alto Señor, assi en vuestra demanda como en lo más, avrá muy presto remedio, aunque con harto peligro. Y porque veáys parte dello, yo os quiero agora adestrar* algunas cosas que por el mundo por nuestros amigos passan, de lo qual tomaremos algún aviso; y creedme que no por esso nuestro navío dexará de nos llevar donde nos convenga.

Y assi fue, que desde que ovieron comido, el sabio Atalante al príncipe Aleandro, tomándole por la mano, le sacó a aquella deleytosa huerta, donde por su saber en todo el tiempo [f. 59ra] avía tanta diversidad de frutas y fuentes de agua dulce y verdura como en el mes de abril y mayo en qualquier jardín podría hallarse, donde les aconteció lo que agora oyréys.

CAP. XXXVI³³⁴. En el qual se dize cómo los dos hijos de don Reynaldos aportaron* al Navío Encantado por una aventura que con el cavallero Aronte les avino.

Avéys de saber que como este gran sabio en este, su grande y deleytoso jardín, al valiente Cavallero de la Dubdosa Demanda llevándole azia aquella torre que a modo de mástil de la deleytosa isla parecía, el valiente úngaro vido llegando cerca, infinitos parrales

³³² intención Mu, Y: inteción BA, UV, M1, Maz, S, L.

³³³ vestirá Mu, Y: vestiría BA, UV, M1, Maz, S, L.

³³⁴ CAP. XXXV BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

y jazmines y árboles de frondosa y apazible hoja para que los que debaxo dellos en grandes cenadores* estuviessen, no dexassen de gozar de mucho deleyte y gran descanso, donde entrando el gran sabio con el buen cavallero Alejandro por un gran cruzero *que* del gran castillo se armava, con gran fuerça un cuerno en el castillo oyeron sonar; y queriendo el Cavallero de la Dubdosa Demanda demandar lo que sería, de un pequeño bosque vido salir un cavallero a pie, de unas armas jaldes* vestido, con su espada en la mano, huyendo de dos hermosas donzellas que con dos grandes ramas de un árbol tras él venían, el qual andava tan desatinado de un parte a otra que, como sin sentido, se vino azia donde el sabio y el Cavallero Negro estaban. Y como assí el valiente úngaro le viesse, queriéndole socorrer, el sabio le apretó de la mano y le hizo estar quedo, sin ser parte para se menear. En este comedio, las dos hermosas donzellas llegan y, descargando con sus ñudosos palos sobre el cavallero de las armas jaldes*, en pequeño espacio le pararon tal que como muer|to [f. 59rb] se tendió en tierra. Luego, del gran castillo, por una pequeña puerta que en él avía, salió aquel caudaloso grifo que el Cavallero de la Dubdosa Demanda en la mar avía visto; y abriendo su descompassada boca, al cavallero de las armas jaldes* en ella tomó y, alcándose por el ayre, los que le miravan le perdieron en pequeño espacio de vista, de lo qual las dos donzellas, bolviéndose la una a la otra, como espantadas*, le dixo:

– Hermana, ¿qué os parece, cuán burladas quedamos de aquel falso encantador que con tal sutil arte nuestras ropas hurtó? Ya veo que esso passa, mas de otra cosa me admiro más y es, cómo estamos en tierra que tan hermosa nos parecía y no vemos a ninguno que della ni de aquel grande animal nos dé razón.

Como esto dixo, la otra respondió:

– Mi parecer es *que* vamos a este castillo y en él hallaremos alguno que nos dé razón de lo que buscamos.

– Sea así, hermana –dixo la otra.

A todo esto, jamás ellas avían visto al sabio Atalante ni al Cavallero de la Dudosa Demanda, mas empeçando que las donzellas al castillo guiaron, el sabio dixo al cavallero:

– Señor, defendedles la entrada por palabras, mas si por fuerça quisieren entrar, entraos con ellas, que ay hallaréys quién os dé aviso de lo que hazer deváys todos tres.

Y diziendo esto, el sabio Atalante le soltó de la mano y luego las donzellas le vieron, que cerca llegavan, mas el gran sabio no pareció; y llegando cerca las dos donzellas, haziendo la cortesía que a presencia de tan valeroso y esforçado cavallero, como era el príncipe de Ungría, se devía, viéndole desarmado, la una le dixo desta manera:

– Gentil cavallero, por la obligación que tenéys todos los tales a las donzellas, os suplicamos yo y mi hermana, que nos digáys en qué tierra estamos y qué isla es esta, que con tanta estrañeza deste fiero animal se muestra, y si avéys visto un cavallero falso, que unas armas jaldes* trae, que nos robó falsamente de un [f. 59va] nuestro navío dos líos de nuestras ropas.

– Hermosas señoras, esse cavallero que dezís, yo os le vi parar tal que pienso que compró bien caras las ropas que dezís averos llevado, él y todo lo que él tiene, creo que deve estar en este castillo; mas yo como guarda d'él, no tengo licencia para que a nadie dexé allí entrar.

– ¿Cómo –dixo la una– y en tan hermoso cavallero cabe ninguna cosa que de mala criança* tenga sobra, que tan descomedido seréys que a mí y a mi hermana no nos dexaréys entrar a cobrar nuestras ropas?

– Ya os tengo dicho –dixo el Cavallero de la Dubdosa Demanda–, que no tengo tanta libertad, ni el que aquí me puso me dio licencia para usar de mi voluntad, por cumplir con la suya.

– ¿Y quién es el señor –dixo la una donzella– que tanto poderío sobre vos tiene?

– Es señor deste castillo y del mundo –dixo el cavallero de Ungria.

– ¿Cómo se llama? –dixo la donzella.

– Amor tiene por nombre y desamor por obras –dixo el cavallero.

– Assí me parece que usáys vos –dixo la otra hermana–, que publicáys ser siervo de Amor y tenéys gran descomedimiento con nosotras, que somos mujeres.

– Ya sabéys señora –dixo el cavallero–, que la propia libertad nuestra no consiste, salvo en no dáros la ni permitir que de nosotros os apossessionéys, porque no venga después ninguno al estado en que yo estoy.

– ¿Y cuál es el estado que vos tenéys? –dixo la una donzella.

– El más cruel que ymaginar se puede –dixo el cavallero–, ¡qué mayor mal queréys que uno posea, sino que biva en tierra de tanto plazer como es ésta y jamás goze de una hora d'él! ¿Y queréyslo ver?³³⁵ Sabed que la ysla do estáys, se llama del Deleyte y este castillo, el Castillo Amoroso, aquí dentro, según soy informado, que aún yo no lo he visto, está el gran dios Amor con todos sus sequaces.

– Sí assí es –dixo la una donzella–, poco devéys tener del que publicáys, pues³³⁶ que siendo assí como vos dezís, guarda del Castillo de [f. 59vb] Amor y siervo suyo, aún

³³⁵ queréyslo ver Mu, Y: que resto ver BA, UV, M1, Maz, S, L.

³³⁶ pues que Mu, Y: ques que BA, UV, M1, Maz, S, L.

no avéys sido para entrar como de casa y suplicalle que os alivie la congoxa que manifestáys tener.

A esto respondió la otra hermana:

– Déxalo hermana, qu'él dize uno y haze otro y porque será escusado aver en cavallero sin amor ningún buen comedimiento, sígueme, que mal que le pese, yo cobraré nuestras ropas.

Y diziendo esto, se fueron derechas a la puerta del castillo y por ella, sin ningún pavor, se metieron. Y como el Cavallero de la Dubdosa Demanda tan determinadas las viesse yr, tras ellas se mete en el castillo, do los dexaremos hasta su tiempo, por os contar del infante don Roserín, lo que en este comedio le avino.

CAP. XXXVII³³⁷. De cómo el infante don Roserín con sus compañeros aportaron* a Constantinopla con fortuna, donde hallaron al emperador Carlomagno.

Bien se os acordará cómo el infante don Roserín y el gran Constantino y Riarán de Falco y Libanor el Ligero, después que al gran Sarraceno mataron y a sus cavalleros vencieron, cómo se metieron en una galera, después que las tristes nuevas de lo que en Constantinopla pasava, supieron, con determinación de morir o saber nuevas de dónde estas señoras captivas estaban^{x3}. Pues como ellos con esta determinación fuessen, a cabo de dos días que la costa de Morea avían dexado, con un furioso viento la mar se les embraveció de tal arte que, tomándolos en la travessía que de Candia en Bervería se haze, con infinito peligro los hizo bolver la buelta de los estrechos grecianos y con tanto ímpetu y fortaleza que en poco más de medio día, la mar los puso en parte donde reconocieron el insigne y gran puerto de Constantinopla, de lo qual el infante don Roserín, siendo informado, y sus compañeros bien creyeron ser permissão divina; y, ponién|dose [f. 60ra] en el castillo de proa, el infante empeçó entre sí a dezir estas palabras: “¡O grande y valerosa ciudad, que la más bien acompañada de príncipes te viste! ¡Quán sola con mi triste memoria te hallo, ymaginando la falta que te han hecho aquellos dos tan valerosos príncipes, padre y hijo, y más aquella luziente estrella por quien mi alma está de presente eclipsada! ¡O la mi verdadera señora, princesa Florimena, verdadera muestra de hermosura! ¿Cómo es posible que un solo punto puedo bivar, sabiendo *que*, a cabo de tantos tiempos há que desta gran ciudad salí, donde os dexé, yo no os hallo ni menos sé adónde

³³⁷ CAP. XXXVI BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

aquellos traydores os llevaron?». Estas razones consigo, este valeroso príncipe yva meditando, yendo todavía su galera de forçoso tiempo forçada para investir en tierra, donde llegando bien cerca del puerto, vieron como dos grandes naos, forçadas de la gran fortuna, en una punta que del puerto salía, avían investido y héchose pedaços, de las quales con harto afán, vieron sacar en varcas muchos cavalleros y gente y ropa *que* avían podido guarecerse. Y como él y sus compañeros estuviessen commovidos de piedad y, siendo parte para lo poder hazer alguna falta de la fortuna y el abrigo del puerto, su galera mandó allá guiar, donde llegando, empezaron a socorrer todo lo más que de los navíos rotos pudieron y, de alguna gente que allí se hallaron, el infante don Roserín supo cómo el emperador Carlomagno venía en aquellas naves y que ya estava en tierra y assí era la verdad; la razón porque venía se os dirá adelante.

Pues como el infante don Roserín estas nuevas oyó, en esse comedio mandó guiar al puerto su galera y, entrando en la barca, él y sus tres compañeros en el puerto saltaron, donde ya por tierra el Emperador y sus altos hombres estavan, a cuyo rescibimiento todos los más cavalleros de Constantinopla con el rey Arismeno salieron, aviendo sabido [f. 60rb] ser el emperador Carlomagno, el que en aquellos navíos, que dieron al través, avía venido, donde aquel valeroso rey gobernador, juntamente con el duque de Antila y el duque de Alafonte vinieron a besar las manos al emperador Carlomagno de parte de la emperatriz Salamina, como aquella que por este gran Emperador avía enviado, para que por su sobrino don Roserín, en el imperio proveyesse.

Pues como estos señores ante el Emperador llegassen y dellos él tuviesse noticia, con amorosas palabras los rescibió con todos los demás; el rey Arismeno dixo al Emperador:

– Soberano príncipe, la summa de vuestras excelencias son tan sin cuento que a todos los del mundo incita y commueve a que os tomemos por señor y amparo de nuestras moradas y haziendas, por lo qual mi señora, la emperatriz Salamina, a la Vuestra Grandeza con sus mensajeros embió a suplicaros tuiéssedes por bien de nos venir a mamparar y tener en vuestra guarda todo el imperio griego, hasta tanto que nuestro soberano príncipe don Roserín de Risa, vuestro sobrino y nuestro señor, venga a Constantinopla, donde resciba la corona del imperio, como el Emperador, mi señor, dexó mandado, que aya gloria.

A estas palabras, el emperador Carlomagno de esta suerte respondió:

– Honrado y valeroso rey, en grande gracia os tengo lo que con vuestras palabras me hazéys y a mi señora, la emperatriz Salamina, las mercedes de quererse de mí servir en

alguna cosa que su voluntad satisfaga; no obstante que en esto que Su Grandeza me embió a mandar, la obligación que yo a mi sobrino tengo, me obliga a ello y a más.

A todas estas razones, los quatro compañeros estaban bien juntos, aunque ninguno de los franceses ni grecianos no los avían conocido; y la causa era porque todos tenían unas jorneas* de paño negro que las armas les cubrían y [f. 60 va] deste modo venían³³⁸ todos los otros que allí estaban, los griegos por sus príncipes muertos y los franceses, por don Reynaldos de Montalván y don Roldán y por todos los demás que en son de muertos estaban. En esto el Emperador con todos los más paladines que en Francia avía y consigo traía, a la gran ciudad guiaron, yendo todas las guardas a pie y a cavallo, haziendo lugar para que passassen.

Porque quiero que sepáys que, aunque este rescebimiento fue de presto por parte de la fortuna que al Emperador tan de rebato al puerto truxo, no por esso dexó de salir infinita gente a los ver. De la suerte que oýs, toda esta gran compañía a los grandes palacios caminó, donde como en tiempo de tanta tristeza como entonces estaban, el Emperador y los suyos de la Emperatriz con hartas lágrimas fue rescebido, donde aquel sabio y anciano rey y emperador Carlomagno estuvo con ella, consolándola y poniéndole ánimo en las fortunas passadas y consuelo en las presentes, que tanto sentía, como era la falta de su hija y de su yerno. En muchas pláticas estos dos príncipes estuvieron por grande espacio, hasta que fue hora de reposar, donde el Emperador y sus cavalleros fueron bien proveýdos de lo necessario que a tales señores y en tal casa convenía, do los dexaremos por os dezir cómo el infante don Roserín se dio a conocer y fue hecho Emperador del gran señorío de Constantinopla.

CAP. XXXVIII³³⁹. En el qual se dize cómo queriendo el infante don Roserín bolverse sin se dar a conocer en la ciudad, por astucia del gran Constantino fue conocido y rescebido en la gran ciudad de Constantinopla.

La favorable fortuna y mudable prosperidad que de tantas y desvariadas andanças a los mortales en un propio ser de [f. 60vb] contino acompañan, a este valeroso príncipe don Roserín de Risa quería ya poner en el estado que en el mundo tan merecido tenía y fue en tiempo quando él menos dello tenía noticia, por pagarse el vano ser de este presente estado y mundanal hábito de su poca firmeza, que quando más nos fiamos en él, por el

³³⁸ venían nos: lo venían BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

³³⁹ CAP. XXXVII BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

consiguiente, menos nos paga y quando menos, entonces usa de lo que bien le está, como al presente parece.

Pues tornando a nuestro propósito, avéys de saber que el infante don Roserín, juntamente con el gran Constantino, señor y príncipe de Rodas, y don Riarán de Falco, hijo del duque de Antila, y Libanor el Ligeró, hijo del duque de Alafonte, todos quatro valerosos y excelentes cavalleros, por sus personas y linages soberanos, al arrebatado y presto rescabimiento del emperador Carlomagno en el grande puerto de Constantinopla se hallaron, como oýdo avéys, donde, como todos se amassen tanto y la amistad y compañía los estrechasse tan por extremo, forciblemente sus nobles ánimos les constreñía a que el uno al otro amassen; y assí aquí pareció que como los tres compañeros supiesen quel infante don Roserín avía de ser su señor, por tal le servían y más por sus grandes virtudes y buenas maneras que por su señoría, porque a la verdad, el propio amor que con el príncipe se tiene, sus costumbres buenas, de los nobles le ganan primero que su gran señoría, que aunque aprovecha para dar, no aprovecha para amar.

Pues tornando a nuestro propósito, avéys de saber quel infante don Roserín, como vido quel Emperador su tío era venido en Constantinopla y la razón de su venida no era otra, salvo para conservar y regir aquel su pueblo y gran señorío, viniéndole a la memoria la falta de su señora Florimena, que por su causa él avía de ser el emperador y con aditamento que la buscasse, que ya estava bien informado *que* assí lo avía el Emperador su padre [f. 61ra] mandado, y juntamente veýa a la donzella Arminda, que consigo traýa, que un punto no reposava sin jamás dexar de llorar a su señora, lo qual a él era a par de muerte oýr y ver, pues como todas estas cosas en su memoria se le representassen, ya que yvan cerca de la puerta de la ciudad, detrás de la multitud de la gente que con el Emperador avían entrado, bolviendo la rienda a su gran cavallo Nigralvo, desta suerte a sus compañeros, apartándolos aparte, dize:

– Amigos y nobles compañeros, ya sabéys que la propia claridad y sustancia de la immortal fama no consiste en otra cosa, salvo en forçarse el hombre a sí mismo, quando la razón de su propia virtud y el bien parecer que a sus obras y lustran se lo mandan; por tanto, avéys de saber *que* mi intención es (después de como avéys oýdo de muchos en este viaje, que sin conocernos, dello nos han informado) quel Emperador, mi señor, me dexó mandado que a su hija buscasse y con tal aditamento este gran señorío me dexava, pues ya véys que si era mal contado si yo agora pareciese ante mi señora, la Emperatriz, sin traerle a su hija, pues que es cierta que en tantos días como há que ella es perdida, sabrá que tan pública nueva avrá ya venido a mis oýdos, por tanto, mi determinada voluntad es de me

bolver a la galera de donde salimos y, pagándosela al patrón, dexarla yr a su ventura, para que en la mía³⁴⁰ ponga remedio, que será llevándome en parte donde yo halle remedio a lo que busco; por lo qual yo os suplico que en Constantinopla os quedéys y, después de yo ydo, besad de mi parte las manos a mi señora la Emperatriz y al Emperador, mi tío, y dezidles la determinada voluntad que llevo.

A estas palabras, el gran príncipe de Rodas respondió:

– Soberano príncipe, la razón que todas las cosas en los valerosos ánimos manda y gobierna os *contradize* en la voluntad que aquí nos publicáys, porque sería muy mal contado [f. 61rb] a la Vuestra Grandeza que de vuestro propio señorío y ciudad os saliéssedes sin *que* primero tomássedes d'él *possession* y viéssedes a mi señora la Emperatriz, que con tanto desseo y cuydado os embía a buscar de cada día, como avéys visto y sabido por hartos cavalleros que con esta demanda avemos en este viaje topado, de los quales nos avemos encubierto. Y después desto, avéys de notar, soberano príncipe, que la fortuna que en la mar nos tornó y traxo a tal tiempo adonde estamos, que cierto ha parecido ser *permissión* divina y quel Alto Señor permite que este señorío se os dé, desde el qual vos tenéys *vassallos* y cavalleros que esse afán que dezís, de buscar a mi señora, la princesa Florimena, lo tomarán por vuestro servicio. Assí que, señor, no dexéys de tomar lo que la fortuna os promete y salid adelante con ella; y pues que ella y el mundo este gran señorío os han concedido, yo como uno de vuestros *vassallos*, por el bien de todos, os quiero hazer esta fuerça de os tener en nuestra ciudad; y como principal en el *parentesco* del Emperador, mi señor y tío, que aya gloria, os doy mi libertad y os pido me hagáys tanta gracia que sea yo el primero que vuestras manos bese. Y a vosotros³⁴¹, señores y compañeros, yo os ruego de parte de la justicia y mayor que en este imperio los príncipes de Rodas tienen mando, que a nuestro príncipe, que presente tenéys, no dexéys bolver adonde quiere.

Y diziendo esto y apeándose del cavallo, todo fue uno, hincándose de rodillas a par del cavallo del infante, las manos le pide, juntamente con don Riarán de Falco y Libanor el Ligerero. Y fue así que, a la hora que esto passava, el duque de Alafonte venía de la marina, del socorro y guarda de la recámara del emperador Carlomagno, y como viesse aquellos tres cavalleros apartados algún tanto de la carrera que él llevaba y las ceremonias, que avéys oýdo, mirasse, muy espantado* allá [f. 61va] guió, donde en llegando más cerca conoció al gran Constantino y a su hijo Libanor el Ligerero y a don Riarán de Falco³⁴²;

³⁴⁰ en la mía ponga Mu, Y: en la misericordia ponga BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁴¹ vosotros Mu, Y: nosotros BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁴² -co: *Maculato valde* BA, *sequimur* UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

mucho fue maravillado de verlos tan de repente, a cabo de tantos días como avía que de Constantinopla partieron y más de los ver hincados de ynojos en tierra y pedir las manos a aquel cavallero, que él aún no avía conocido por estar armado; llegándose a ellos y apeándose del cavallo, al gran Constantino y a su hijo y a don Riarán va a abraçar, que ya estaban en pie porque el infante don Roserín, viéndolos delante de sí y de tal manera, se avía apeado y abraçávalos a todos. En esto el duque de Alafonte ya avía sabido del gran Constantino cómo aquel cavallero era el infante don Roserín y, aunque en breve, le avía dicho lo que passava; el duque fue dello muy espantado* y guiando hazia el infante don Roserín, desta suerte le dize:

– Excelentissimo cavallero, la razón de nuestra passada amistad os la pone para que no me neguéys lo que pedir os quiero y es justo que hagáys, donde tantos amigos y servidores tenéys, y ha de ser que os quitéys el yelmo para reconocer si soys vos el infante don Roserín y aquel soberano príncipe a quien todos los del imperio griego quedamos encomendados.

Como el infante viesse ya que no podía menos hazer, en un punto se quitó el yelmo y dándole a sus escuderos, al duque de Alafonte fue abraçar; y como el duque claramente le conoció, hincando los ynojos en tierra, las manos con estas palabras le pide:

– Soberano príncipe del constantino imperio, agora que os conozco por el infante don Roserín, por lo que devo a leal vassallo de nuestro passado príncipe y presente que tengo, las manos por tal os pido y demando.

A esto el infante don Roserín, como su valeroso ánimo en este punto aún no le faltasse, de esta suerte les dixo:

– Valerosos cavalleros, ni mi fortuna presente ni la de vosotros, que por tan bue|na [f. 61vb] la tenéys, en me rescebir por vuestro señor, podrán tan poco para que dexen de hallar en mí el aparejo que desseaýs; por tanto, vamos donde mi señora, la emperatriz Salamina, y el Emperador, mi tío, están, que con su mandado yo haré todo lo que me dezís y a vuestro provecho, que yo tanto desseo, conviene.

En este punto, todos ellos estaban rodeados de cavalleros y infinita gente del pueblo que se avían llegado; todos los quales, como conociessen al infante don Roserín a grandes bozes de la gente común, por la gran ciudad de Constantinopla la fama de su venida se empeçó a publicar, donde muchos corrieron a los grandes palacios y a la Emperatriz y Emperador lo hizieron saber, de las quales nuevas fueron todos muy alegres, endemás el Emperador, su tío, y el marqués Oliveros y rey Salomón y don Danés y duque Naymo de Babiera, que con el Emperador avían venido; todos los quales con el rey

Arismeno y el duque de Antilla, en demanda del infante don Roserín del palacio salieron, al qual toparon, que ya venía acompañado de muchos cavalleros que a fama de su venida, avían salido.

En este comedio el mormullo y bozería era tanta de los de la ciudad, que ponía espanto*, diciendo:

– ¡Bien venga el nuestro príncipe, que él porná agora consuelo en nosotros y remedio en nuestras grandes pérdidas, que después que él salió de Constantinopla, nunca un buen día avemos tenido!

Pues como llegassen junto a los grandes palacios, el marqués Oliveros, desde vido al infante, se adelantó dellos y aunque avía muchos días que no le avía visto, bien le reconoció, aunque estava bien demudado de quando de Francia salió; y allegando cerca, abraçándole, dize:

– Hermoso sobrino y valeroso infante, grandes días há que os desseava ver y agora se ha cumplido mi desseo, quiero hazer de suerte que otro ninguno goze de vos más en breve que yo.

– Señor mío –dixo don [f. 62ra] Roserín–, a la Vuestra Señoría suplico³⁴³ mi descomedimiento perdone por no aver ydo en Francia, a cabo de tantos días, a vuestro servicio y de todos mis señores y parientes, que la causa ha sido algunas ocupaciones que por acá se me han offrecido.

– Assí lo creo yo –dixo el marqués Oliveros–, que no es justo que piense yo que en corte de tantas damas os faltasse a vos quien os estorvasse el viaje de Francia.

– Como quiera que sea –dixo el rey Salomón y el duque Naymo de Babiera–, señor marqués, déxenos Vuestra Señoría gozar de esse cavallero, que también tenemos en él parte.

– Que sea así y yo lo consiento –dixo el marqués.

Assí llegaron todos los cavalleros franceses y griegos a le abraçar y pedir las manos, a todos los quales él rescibía con mucha criança* y comedimiento. Y querer particularmente dar cuenta de lo que con todos passava sería nunca acabar: no diré más de en suma algo de lo que en esta venida y coronación passó, porque a la verdad, la gran tristeza de los unos por la muerte de sus señores y pérdida de la infanta, y a otros, la gran falta de los cavalleros que avía y les tocava, tanto sentían, ponía razón por que en recebimiento de tal Emperador, como este fue, passassen las fiestas en silencio.

³⁴³ u *inversa* BA, UV, M1, Maz, S, L.

CAP. XXXIX³⁴⁴. En el qual se dize cómo la emperatriz Salamina renunció su imperio en el infante don Roserín y cómo fue alçado por emperador.

De la suerte que oýs, el³⁴⁵ infante don Roserín con sus compañeros y con el duque de Antila y el marqués Oliveros y todos los demás, avino³⁴⁶ en Constantinopla, quiriendo bolverse a la galera para yr en demanda de la princesa Florimena, su señora, sin la qual ninguna cosa que poseyese, tenía por buena, salvo gozar y ver a esta princesa que tanto amava. Pues como [f. 62rb] estos señores le hiziessen fuerça por la sagacidad y desseo que de le complazer el gran Constantino tenía, le truxeron a méritos que en toda Constantinopla se supiesse su venida, por lo qual, aquestos cavalleros que avéys oýdo, le salieron a rescebir de la suerte que se os ha dicho. Donde apeándose en los grandes palacios y subiendo a los altos corredores al cabo del escalera, el infante don Roserín se topó con el Emperador, su tío, que a rescebirle salía y, como el infante y todos los demás llegassen ante el Emperador, él se hincó de rodillas y con mucha humildad le pidió las manos, al qual el Emperador dixo:

– Amado sobrino –abraçándole y levantándole de tierra–, ningún buen comedi-
miento que conmigo hagáys será parte para que yo os perdone el desgrado que de Francia
avéys tomado, a cabo de tantos años que de allá salistes y nunca más aver buelto adonde
tanto os aman y quieren.

– Soberano señor, a Vuestra Excelencia suplico perdone mi mala criança* con
rescebir en cuenta la voluntad que tan presta está para vuestro servicio en todo aquello que
yo viere que a la Vuestra Grandeza le hago.

– Ora, ¡sus! –dixo el Emperador–, yo quiero perdonaros con tal condición que
entremos a ver a mi señora, la emperatriz Salamina, que tanto os dessea y que estéys por
todo lo que la Su Grandeza mandare.

– Harto de mal miramiento ternía quien no le tuviessen en obedecer lo que Vuestra
Grandeza y la suya me mandan.

– Pues vamos adonde está –dixo el Emperador–, que no es razón hazer esperar a
quien tanto os dessea.

³⁴⁴ CAP. XXXVIII BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

³⁴⁵ el infante *nos*: al infante BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

³⁴⁶ av-: *Maculato* BA, *leguntur* UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

Y de sí guiaron a las grandes y ricas salas en que la Emperatriz estava, donde entrando en su grande aposento, el infante don Roserín, llegándose a una cama donde la Emperatriz por su vejez ya no se levantava, se hincó de ynojos en tierra y le pidió las manos, sin le poder hablar palabra, de la gran tristeza que rescibió, viendo aquellos sumptuosos aposentos despoblados [f. 62va] de la rica tapicería que solían tener y colgados de tristes y negros paños. Qué os diré de la Emperatriz, sino que echándole los braços encima y vertiendo infinitas lágrimas, desta suerte le dixo:

– Hijo mío y descanso de mi vejez, en vos me dexó el Emperador, mi señor, todo mi consuelo y todo el reparo³⁴⁷ deste griego imperio y el remedio de mi perdida hija y vuestra esposa: por cumplir con el mandamiento suyo y porque vos lo merecéys, os la otorgo. ¿Y por qué avéys sido tan desamorado para conmigo, que no avéys procurado de verme en tiempo que tan grandes desdichas me han suscedido?

– Soberana señora, a la Vuestra Grandeza suplico se consuele y conforme su voluntad con la del Alto Señor que guía todas las cosas como es servido y todo por bien nuestro, que plaziendo a su divina misericordia, o yo moriré o, en lo que se puede poner remedio, que es en buscar a mi señora y esposa, que por tal –aunque indigno– por el mandamiento de la Vuestra Grandeza, recibo y en la guarda y defensa de vuestro gran señorío, yo perderé, como dicho tengo, la vida por lo que al vuestro servicio y al bien y provecho del imperio cumple.

A esto dixo la Emperatriz, teniéndole todavía abraçado:

– Bien cierta estava yo y tal confiança de vos me lo assegurava, que tales palabras como essas me aviades de responder y la seguridad de quién vos soys me la ponen en que serán tales las obras. Por tanto, señor Emperador, a la Vuestra Grandeza suplico que toméys al príncipe, mi hijo y vuestro sobrino, y le deys lo que tan merecido tiene, que es la possessión y corona de todos mis señoríos y assí lo mando y quiero. Y a vos, rey Arismeno y duque de Antila y de Alafonte y príncipe de Rodas y todos los demás presentes y ausentes, os lo mando, que lo rescibáys y tengáys por vuestro Emperador y señor –y soltándole de los braços, dixo: – y más quiero, que sea luego por la mañana, porque es justo que man|damiento [f. 62vb] de príncipe, en muerte y en vida, se cumpla con toda la brevedad que el tiempo diere licencia.

³⁴⁷ reparo Mu, Y: repara BA, UV, M1, Maz, S, L.

El infante don Roserín, que hincado³⁴⁸ de rodillas estava, le besó las manos otra vez; y en esto llegó el emperador Carlomagno a la cama y, dándole su asiento, a la Emperatriz dixo estas palabras:

– Señora, dezir yo a la Vuestra Grandeza lo que ella misma sabe, de cuánto es bien acertado en tomar al príncipe, mi sobrino, por hijo, no ay necesidad, salvo que la Vuestra Grandeza seáys servida de que aquí, en vuestra presencia, se cumpla vuestro mandamiento.

– De esso seré yo más contenta –dixo la Emperatriz.

– Pues mande la Vuestra Grandeza traer las insignias que para tal caso se requieren y cúmplase luego vuestra voluntad, que no ay necesidad de más solemnidad de la que delante de tan grandes cavalleros, como aquí están, passarán, por el tiempo y tristeza presente.

– Sea así –dixo la Emperatriz.

Y luego mandó traer la corona y cetro y imperiales ropas del Emperador passado y tomándolas el Emperador de sobre una mesa que allí se puso, al infante don Roserín –que ya sus armas avía dexado– tomándole por la mano, al rey Arismeno que más principal era, llamó y dando una por una todas las ropas al príncipe, dellas viste y, desde lo ovo hecho, hincando las rodillas en tierra, le besó la mano y tomando una muy rica corona y ceptro que allí tenía, se bolvió al gran príncipe de Rodas y, dándole el ceptro, vinieron delante del emperador Carlomagno, trayendo consigo otros diez cavalleros y ellos, dos de los más principales y antiguos del imperio, como electores^{y3} d’él, todos juntamente en ricas sillas algo desviadas de la del Emperador se sentaron; y el príncipe don Roserín se hincó de rodillas delante del Emperador, su tío, donde haziendo todas las cerimonias y juramentos que en tal caso suelen ser hechas, el Emperador le levantó del suelo, dándole el ceptro y corona, diziéndole estas [f. 63ra] palabras:

– Emperador de Constantinopla, levantaos y denos vuestra silla y possession de vuestro señorío.

Assí fue que todos aquellos doze electores le pusieron una muy rica silla junto a la cama de la Emperatriz y allí, uno por uno, le besaron la mano y todos los más cavalleros que allí se hallaron, en lo qual gastaron toda la noche y ya el día claro, todos se recogieron a sus aposentos y posadas, yendo muy contentos con el nuevo señor que avían tomado que, por sus buenas obras y condiciones –que ellos bien conocían–, tenían de cierto que avían de ser tratados como lo fueron.

³⁴⁸ hincado Mu, Y: hincando BA, UV, M1, Maz, S, L.

De la suerte que oýs, este gran príncipe fue hecho Emperador y, aunque faltaron las fiestas que en tales casos suelen ser hechas, no faltaron sus buenas obras, como adelante oyréys que obró, adonde le dexaremos agora, llamándole ya de aquí adelante el emperador don Roserín, por os contar las maravillosas cosas que en su tiempo acontecieron.

CAP. XXXX³⁴⁹. Cómo el Donzel Venturoso, yendo por la mar con la donzella Clariola, se encontró con un maravilloso navío en el qual halló al conde don Roldán haziendo batalla con dos cavalleros y cómo le pidió le armasse cavallero y de la brava batalla que entre ellos ovo.

Bien ternéys noticia de como el Donzel Venturoso salió en la barca de la donzella Clariola, que para el remedio de su señora y princesa de Yngalaterra, en demanda de dos cavalleros venía; ya se os dixo cómo de la Ysla de la Ventura salieron en aquella grande barca que la donzella traía³³. Pues fue así que, a cabo de diez días que de la ínsula salieron, yendo por su mar adelante, una mañana ya que el sol salía, vieron venir una grande y alta torre que, a modo de navío, por la [f. 63rb] mar adelante venía, donde llegando más cerca, vieron que una galera con toda furia a la torre seguía; no poco espantado* el Donzel de la Ventura fue desde que vido más cerca la alta y ligera torre que, a modo de navío, por la mar adelante venía, adonde llegando cerca de la galera, que os diximos, vido que con un cavallero, que de la gran torre en una barca salía, otro avía salido y, aviendo ciertas palabras que él no entendió, en una brava batalla [estaban] travados³⁵⁰. Más de media hora los vido el Donzel en su porfía, que por los mirar su barca avía mandado parar, mas tanto os hago saber que a cabo de rato que el cavallero de la torre y el de la galera en su batalla entraron, otro cavallero, de fuerte y grande estatura, al su compañero en la barca ayudar entró, porque el cavallero de la torre traía a maltraer a su compañero; aquí fue una áspera y reñida batalla, porque los dos cavalleros eran estremados en armas y lo avían con uno de los señalados del mundo.

Mucho se holgava de ver la batalla el Donzel de la Ventura y en extremo desseava ser cavallero; y aquí lo desseó más por ayudar al cavallero solo, que bien vido ser³⁵¹ villanía la que los dos hazían en ser contra él entrambos. En este comedio, los valientes cavalleros no cessavan de cruelmente herirse por do más daño pensavan hazerse; el

³⁴⁹ CAP. XXXIX BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

³⁵⁰ travados Mu, Y: travamos BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁵¹ ser Mu, Y: sera BA, UV, M1, Maz, S, L.

cavallero de la torre, como se viesse tan cruelmente tratar, con furibundo coraje, al uno de sus contrarios tal golpe arroja, que si el yelmo no fuera tan fuerte, de aquel con él acabara su batalla, mas no dexó de dar con él en el suelo de la barca, sin ningún sentido, una muy gran cayda. En esto, su compañero dio un grandíssimo golpe al cavallero de la torre por cima de un hombro que, con la furia demasiada que para herir puso, la espada de la mano se le salió; en esto el cavallero de la torre le empeçó a herir muy cruelmente, mas como el cavallero de la galera se viesse en tanto aprieto y sin espada, con su contrario se [f. 63va] abraça, al qual no halló perezoso, que como en esfuerço* y fuerças le sobrepujasse, en pequeño espacio dio con él en tierra y a él y a su compañero, haziendo una señal para que saliessen, a ciertos hombres del castillo mandó quitar las armas y meter, mal que les pesó, en su gran torre.

A todo esto el Donzel Venturoso ninguna mudança con su barca avía mandado hazer y, como vido lo quel cavallero avía hecho y la crueldad que con los cavalleros de la galera avía usado y, como fuesse un cavallero de los más piadosos que en su tiempo ovo, aquí no le faltó piedad, para que, commovido della, con determinada voluntad de libertar a los dos cavalleros de la galera, su barco contra la grande torre a sus dos hombres mandó guiar, aunque contra la voluntad de la donzella Clariola, que no quisiera verle en peligro; mas él, con el desseo³⁵² que avía tomado, a la barca de la torre llega, que ya el cavallero en la torre quería entrar, y llegándose cerca, estas palabras en lengua pérsica le dize:

– Cavallero de la torre, si tanta virtud ay en vos quanto de fortaleza avéys mostrado, yo os pido me hagáys tanta gracia que os contentéys con la victoria de los dos cavalleros que vencidos mandastes allá meter; y que como cavallero que más estima la gloria de su victoria en el vencimiento de sus enemigos que la cruel vengança y muerte, seáys servido de dar libertad a los dos vencidos y presos cavalleros.

El cavallero de la torre, como oyesse y viesse aquel donzel que en aquella varca venía y con grande instancia le mirasse y viesse pedirle libertad para los dos vencidos cavalleros, le dixo:

– Por cierto, que si la razón de mi viaje no me mandasse lo contrario de lo que me pides, que por tu buen parecer y gracia, yo lo haría, mas ni la libertad que me falta para lo hazer me lo manda ni menos, ya que lo quisiesse, no sabría dar para ello camino.

– Harta falta deve de hazeros la libertad que dezís –dixo el Donzel Venturoso–, pues [f. 63vb] que vos mismo no sabéys daros consejo en vuestra propia vida; y pues que

³⁵² desseo Mu, Y: desso BA, UV, M1, Maz, S, L.

lo que os pido como donzel no me concedéys, por aventura, si como cavallero lo pidiera, yo pienso que fuérades más comedido.

A estas palabras, el cavallero de la torre respondió:

– Pues si a ti parece que por essa vía podrás de mí alcançar lo que pides, busca tú de aquí al tiempo que lo ayas de ser, quien la orden de cavallería te dé, que yo te prometo, como cavallero, de te mantener batalla.

– Si assí es –dixo el Donzel Venturoso–, para que esso venga en effecto, como donzel que jamás a nadie ha pedido ninguna cosa, yo os pido me concedáys un don, con tal que no sea la libertad dessos dos cavalleros que vencistes.

– Yo le concedo –dixo el cavallero de la torre.

– No quiero nada contra voluntad de ninguno, sin que primero tenga sobre él alguna palabra o fuerça; por eso, señor cavallero, no dexéys de me conceder lo que yo os pido, con seguridad que³⁵³ no quiero pedirlo lo que vos pensáys.

– Yo lo concedo³⁵⁴ –dixo el cavallero de la torre.

– Lo que yo os demando es –dixo el Donzel Venturoso al cavallero de la torre– que me deys la orden de cavallería y unas armas del uno de essos dos cavalleros que presos y vencidos allá tenéys.

– Gran cosa es la que me pides –dixo el cavallero de la torre–, mas pues que ya te he concedido la gracia, hágase lo que tú me pides.

A todo esto, la donzella Clariola estava muy espantada* y sus dos hombres con ella, de ver la osadía y sagacidad con que el Donzel Venturoso al cavallero de la torre hablava. En esto el cavallero de la torre manda a un hombre que sacasse unas armas del un cavallero de los dos vencidos y, desque las ovo sacado, dixo al Donzel Venturoso:

– Entra agora, donzel atrevido, en mi barca y rescibe esta orden que [a] otros más duros y osados, que no tú, aún pone en fatiga.

En esto el Donzel Venturoso, llamando a su donzella Clariola y tomándola de la mano, en la barca del [f. 64ra] cavallero de la torre se mete, adonde estando, el cavallero le dixo:

– Donzel, ¿quieres ser cavallero?

– No desseo otra cosa –dixo el Donzel Venturoso.

– Pues toma, vístete estas armas.

³⁵³ que no Mu, Y: que que no BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁵⁴ concedo Mu, Y: concede BA, UV, M1, Maz, S, L.

En esto empezó y, ayudándole su donzella y sus dos hombres, le armaron y poniéndose de ynojos delante del cavallero de la torre, él le ciñó el espada y, besándole en el carrillo, le puso el yelmo y, arrancando de su espada, le dio un golpe sobre la cabeça diziéndole:

– Levántate agora con juramento y voluntad de mantener este orden de cavallería que has recibido en toda aquella alteza y cumplimiento para que fue constituyda.

– Pues que ansí es –dixo el Donzel Venturoso– y con las cirimonias presentes y palabras que de vuestra parte a la mía han sido dichas, yo soy cavallero, como tal os pido batalla, sobre razón del agravio que a los dos cavalleros avéys hecho y de aquí os desafio sobre ello, si no queréys sin ella dármelos libres y en su propia libertad para lo que ellos hazer quisieren.

– Gran sandez –dixo el cavallero de la torre– has emprendido en tu pensamiento en quererte conmigo combatir sobre cosa que a ti tan poco va y endemás siendo tan tierno y niño, querer batallar con un cavallero como yo, que te doy fee que há más de treynta años que visto armas.

A esto respondió el Donzel Venturoso:

– No creas, cavallero, que la ventaja para el vencimiento consiste en la antigüedad de las personas, sino en la razón de los cavalleros y, pues que tú delante de mí a los que venciste la has hecho y por mi ruego no quieres deshazer, no creas que dexaré de perder sobre ello la vida o pugnar de deshazer este agravio.

Y diziendo estas palabras, echó mano a su espada y contra el cavallero de la torre arremete, al qual no halló perezoso, que echando también mano a la suya, a él se vino diziendo:

– Don atrevido y novel cavallero, tu loco atrevimiento me dará vengança del agravio que me hazes con la desigualdad de tu [f. 64rb] persona a la mía.

Y diziendo esto, en medio de aquella gran barca se empieçan a herir tan rezia y desatinadamente que a la donzella Clariola y a sus dos hombres les fue forçado passarse a la suya, donde se pusieron, llorando, a esperar lo que la fortuna de su novel cavallero haría. En este comedio, era tanta la priessa y furia de se herir los dos cavalleros, que un momento de reposo no tomavan, teniéndose el uno contra el otro en su furia y tesón³⁵⁵; mas tanto os digo que desde el cavallero de la torre empezó a gustar la biveza y ligereza de su contrario, que le empezó a tener en mucho más que al principio pensava y, del gran coraje

³⁵⁵ tesón Mu, Y: tasón BA, UV, M1, Maz, S, L.

que tomó, viéndose así embaraçado deste novel cavallero, se quería deshazer y, con grandíssimo enojo, alçando su espada sobre su contrario, descarga tan terrible golpe que, si el escudo para le rescebir el Cavallero Venturoso no levantara, sin dubda lo passara muy mal, no porque dexó de partírsele en dos partes y, baxando la espada sobre el yelmo del novel cavallero, medio desatinado le hizo poner la una rodilla en el suelo, dexándole algún tanto herido en la cabeça; y como él se viesse en tal aprieto qual jamás no se vido y fuesse uno de los bivos y prestos cavalleros de su tiempo, no tardó de le dar la respuesta, que ante que el cavallero de la torre le tornasse a herir, se metió con él y tomando su espada, con ambas manos le hirió tan poderosamente sobre un hombro que, si las armas no fueran encantadas, sin dubda le matara; y fue de tanta fiereza el desapoderado* golpe que el escudo le hizo saltar del braço, del gran dolor que sintió; de lo qual el cavallero de la torre se sintió tan enojado que a su contrario dava tantos y tan desvariados golpes, que por más de quatro partes le corría³⁵⁶ ya la sangre, de lo qual, como él fuesse mal vezado^{a4}, andava tan corajoso que dentro de las armas se parecía deshazer de la furia que traía, con la qual y con su ligereza [f. 64va] mil vezes a su contrario desatinava. Más de dos grandes horas sin se hablar ni dexar de herir los dos cavalleros anduvieron, al cabo de las quales, de puro fatigados, se apartaron cada uno a su parte a descansar y era tanto el coraje del uno por verse affrentado y en tanto estrecho* por mano de un novel cavallero que quería reventar de enojo; y el otro, como se veía herido y jamás lo oviesse sido, comedia en sí que, pues que su contrario no lo estava, que devía de ser por su cobardía, y fue tanta la yra que pensando esto le vino, que sin más descansar, arremetió a su contrario y tan desatinadamente le empeçó a herir que si otro cavallero fuera, sin duda le pusiera en muy grande estrecho*, mas como aquel que se avía visto en muchos, aunque no en tan desatinado como éste, no dexó de se defender y ofender* a su contrario valerosíssimamente. Allí se empieçan de nuevo a dar fortíssimos golpes, que espanto* ponían a la donzella Clariola, que fieramente por su novel cavallero lamentava; allí las pieças del arnés del Cavallero Venturoso por el ayre saltavan, siendo su loriga rota y desmallada por muchas partes y él, muy mal herido, mas mientras más sangre le corría, tanto más su furia y enojo crecía y eran venidos a punto de no escapar, el uno por las heridas y el otro por la falta del aliento, si lo que agora oyréys, no sucediera.

³⁵⁶ corría Mu, Y: coría BA, UV, M1, Maz, S, L.

CAP. XLI³⁵⁷. En el qual se dize cómo sobrevino a la batalla de estos dos cavalleros el sabio Atalante con su encantamento y de cómo desencantó la torre y sacó los que en ella estaban.

Como estos dos cavalleros tan sin piedad en su cruel batalla anduviessen hiriéndose por donde más daño hazer se podían, fue tanto el coraje que al uno y otro creció, que de solo él querían rebentar, endemás el Cavallero Venturoso, [f. 64vb] que, como se viesse tan malamente herido y que ninguna ventaja a su enemigo hazía, contra él arremete, ya que entramos tenían muy poca fuerça para se herir y, alçando su espada con toda la más furia que pudo, hirió a su contrario por cima del yelmo, que del gran golpe el espada se le hizo tres partes y se quedó *con* sola la empuñadura; al qual el cavallero de la torre, como sin espada a su contrario viesse, empeçó reziamente a herirle, mas él, propuesto todo temor como *aquel* que siempre en los mayores peligros más osadía tenía, *con* el valiente cavallero de la torre se abraça y, andando abraçados, fue tanto lo que pugnaron por se derribar el uno al otro que, como estuviessen tan cansados de la gran batalla que más de seys horas avían mantenido, sin ningún sentido al suelo de la barca vinieron, teniéndose muy reziamente sin soltar.

En esta hora, con grandíssima presteza, la grande, encantada ysla del gran sabio, Atalante por la mar assomó y venía con tanta furia y braveza el muy fiero elephante que por proa traía, que espanto* era de mirar. En este mismo punto fue tan grande la congoxa y temor que los dos hombres de la donzella Clariola de ver tal extrañeza tomaron, que no fueron parte ellos ni ella para la barca mecer, como aquellos que muy turbados con los extremos de su señora Clariola por la muerte de su novel cavallero hazía, teniéndole por tal, por lo qual del gran miedo cayó amortecida y sus dos hombres, tapándose los ojos y cara, a par de ella se tienden.

A esta hora, la Ysla Encantada con su gran tormenta llega y eran las olas tan crecidas y las gorgotadas del agua de la mar, que el elephante con su espaciosa trompa lançava, que la mar parecía subir a sus grandes montañas de agua hasta las nuves, no porque el castillo encantado se meciesse de donde estava, desde que la Ysla Encantada assomó, más que si fuera una grande montaña, donde llegando cerca del gran|de [f.65ra] y espantable* elephante y abriendo su descompassada boca, el ligero grifo por ella sale y, estendiendo sus grandes alas fuertemente³⁵⁸, alçándose sobre la torre, las empeçó

³⁵⁷ CAP. XL BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

³⁵⁸ fuertemente Mu, Y: fuertementa BA, UV, M1, Maz, S, L.

reziamente y con mucha furia a batir; con el qual ímpetu, rebolviendo la mayor parte de un muy crescido ñublabo que sobre la torre estava, después que él por la boca del elephante salió, la empeçó a cubrir de espeso humo y dende a una pequeña pieça, de muy crescidas y terribles llamas, con una grande espadaña de fuego que por la boca en él lançó, empeçó a fuertemente arder. Allí era de ver los rezios tronidos que del fuego y castillo salían y las crescidas y altas llamas en que, en breve espacio, en él avía, por lo qual poco a poco, aquel artificioso³⁵⁹ castillo, dando aquella grande hoguera un rezio tronido, en la mar se consumió, a modo de una breve cometa, quedando el tiempo claro y sereno y el victorioso grifo y grande elephante, a modo de victoriosos, por la serena y sossegada mar se empieçan a contornear, trayendo el cabdaloso elephante encima de su ancho y espacioso lomo a aquel viejo y grande sabio Atalante, juntamente con todos aquellos que en el castillo encantado de la ýnsula de Epiro avían sido presos por mano de aquel gran sabio Sarraceno, los quales eran estos: primeramente, el hermitaño Paciano^{b4} y Malgesi y Ricardo de Ayamonte y Ricardeto de Montalván y el duque don Estolfo y el conde Galalón.

Porque tanto quiero que sepáys que este era el castillo artificioso adonde los ximios al buen conde don Roldán desarmaron y adonde los dos hadados jayanes, Artadelfo y Galtezino, a la princesa Florimena y infanta Roselinda y Melisandra avían traýdo presas; y porque es justo que sepáys por entero la razón de adónde a estas señoras llevaron y de cómo este castillo de la ysla salió, agora se os dirá. Mas tanto sabed que el cavallero del castillo, que la batalla ovo con [f. 65rb] el Donzel Venturoso, era el buen conde don Roldán que –como ya se os dixo^{o4}– por guarda d'él avía quedado, el qual juntamente estava tendido y sin sentido con el Cavallero Venturoso. Y los dos cavalleros de la galera eran Escardín de Risa y Bisobel de Orlán, que con él avían avido batalla sin le aver podido conoscer, porque aviendo dado bozes desde la mar, les salió a responder con la espada en la mano, como aquel que sin ningún sentido estava en lo que hazía.

CAP. XLII³⁶⁰. En el qual se dize cómo este castillo salió de la ínsula de Epiro y cómo la donzella Clariola cobró al Cavallero Venturoso.

Avéys de saber que al tiempo que el gran sabio Sarraceno salió del imperio de la gran Tartaria, que era adonde él lo más habitava en el servicio de la emperatriz Ysifilea, fue así que por la importunación y ruego del rey Marsilio de España para que a su hija, la

³⁵⁹ artificioso Mu, Y: artificio BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁶⁰ CAP. XLI BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

Linda Doralice, buscasse, la buelta de Constantinopla siguió, el qual hallando por sus artes que no avía de bolver tan presto a la gran Tartaria ni a la Ynsula de la Ventura, ordenó, a petición del gran Nembrot de Siricania, que las tres princesas que los dos jayanes, Artadelfo y Galtezino, avían de Constantinopla traydo, que las truxessen al imperio y prisión de la emperatriz Ysifilea, porque allí él podría más a su plazer gozar de vista de la infanta Melisandra, que era la cosa del mundo que más amava; y esta fue la causa que de la torre encantada, que en la Laguna Blanca estava, a estas tres señoras esta emperatriz Ysifilea mandó sacar. El respeto suyo fue de las tener en su prisión por poder aver en su poder al conde don Rolldán^{d4} [f. 65va], que ella tanto desamava, si acaso por ser christianas, él quisiesse libertallas y, lo segundo, por no dexar de ser muger en su condición, que era de querer mandar y señorear a las otras mayores y mejores, que no ella; ésta fue la causa porque, como dixé, estas señoras infantas aquí no venían.

Y la razón por que el castillo de la Ynsula de la Ventura, donde el gran Sarraceno le tenia, salía, fue porque al tiempo que él murió y por suerte de aventura el gran Constantino –como ya se os dixo^{ca}– le mató, dexó hechos tales conjuros que todos sus encantamentos, a los que en ellos estavan, más apremiassen y los semejantes –que fuera de los sitios y tierra suya avía hecho– estuviessen, que anduviessen por el mundo vagueando, hasta tanto que oviessen el fin que él jamás pudo de sus obras saber y que todos ellos passassen por las condiciones que los otros passavan. Y es que todo aquel que hazía algún encantamiento, así como con más ventaja de saber de otros de su tiempo se aventajava, ninguno en sus días sobre él tenía poderío para le poder deshazer, salvo con las condiciones que él ponía término y assí, por este inconveniente nunca Atalante ni Malgesi a este Sarraceno pudieron entender ni contrastar*, hasta agora que muerto estava, que sucedió lo que oýdo avéys en el castillo encantado, al qual por libertar a estos, sus grandes amigos, el sabio Atalante avía anegado en la mar.

Y tanto es bien que sepáys que la forma destos navíos y castillos, todo en su naturaleza, eran primero hechos de madera o de otras cosas, y sobre estos materiales, estos sabios con grandes encantamentos, los hazían mover y tomar forma de lo que ellos más se agradavan, assí como el gran sabio Atalante agora, en aquella pequeña ysla avía hecho, que a un peñasco della hazía tener la misma forma y fiereza de elephante y a una gran barca de madera, la de un grifo, para que con su estraño [f. 65vb] parecer, a los hombres

que la viessen, espantasse*³⁶¹; y porque esto no haze mucho a nuestro caso, será bien daros razón de lo que empeçamos a tratar.

Y es que, como ya avéys oýdo, este sabio Atalante con su estraño navío, a mucha furia llegasse al encantado castillo por libertar al buen conde don Roldán del gran peligro en que estava, que al Cavallero Venturoso jamás pudo saber quién era ni lo sabía otro sino la emperatriz Ysifilea y la donzella Arminda y su madre, por las letras que en los pechos, como ya se os dixo, tenía³⁶². Digo así que, como el castillo anegó, a todos los que dentro estavan a su estraña ysla passó, no quedando en toda aquella mar, con gran trecho a la redonda, ningún otro navío, salvo el varco de la donzella Clariola, que aunque ya avía ella y sus dos hombres sobre sí tornado del gran sobresalto y espanto* que del fiero elephante tenían, jamás consintió que su barco d'él desviasen, porque más quería ella morir que dexar de saber de su novel³⁶³ cavallero, del qual estava por extremo contenta, aviéndole visto hazer una tal estrañeza con aquel cavallero del castillo, y no tenía otra congoxa si no era muerto o preso en aquellos rebatos; y con este propósito de morir o saber d'él, a sus hombres nunca consintió que el varco desviasen, antes le mandó llegar quanto más pudo al gran elephante y a sus hombres mandó que diessen bozes por ver si alguno les respondiessa.

En esto la donzella y los suyos estando, el sabio Atalante, como los oyesse y sintiesse que el conde don Roldán era un hombre que todas sus cosas llevaba al cabo, por temor que querría llevar su batalla al cabo, y como él oviesse mandado quitar el yelmo al uno y al otro, que sin sentido en el suelo estavan, por extremo le pareció bien el novel cavallero; juntamente a Malgesi y a todos los que allí estavan, verdaderamente les parecía tener delante al infante don Roserín, su padre, [f. 66ra] quando en Francia con el jayán Belorofonte hizo batalla³⁴. Por lo qual el sabio Atalante mandó meter en su estraña barca a ciertos criados que él consigo traía y ellos a la barca de la donzella Clariola guiaron, donde el temor suyo y de sus dos hombres fue doblado, viendo venir hazia sí aquella estraña bestia; y fue tanta la presteza con que llegó, que no tuvieron lugar de huyr ni tomar otro acuerdo, antes como atónitos esperavan lo que dellos quisiesse aquel tan espantable* y cruel grifo hazer, el qual, abriendo su descompassada boca, la quixada baxera sobre la varca de la donzella Clariola assienta y por ella salieron quatro hombres y una donzella por

³⁶¹ espantasse Mu, Y: espantable BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁶² tenía Mu, Y. que tenía BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁶³ n *inversa* BA, UV, M1, Maz, S, L.

estremo muy bien adereçada; y llegando adonde la donzella Clariola estava algún tanto más reposada, viendo como veía, gente del gran grifo salir, de esta suerte le dize:

– Donzella hermosa, mi señor, el sabio Atalante, como sea uno de los piadosos y comedidos cavalleros del mundo, aunque no os conosce a vos ni a este cavallero, que me parece que con vos venía, os le embía juntamente con este bote de unguento para que le curéys y aquel lío; y porque yo soy mandada que más no aguarde, os quedad a la buena ventura.

En esto los tres hombres llegaron y pusieron so sota* del varco, en un lecho que allí avía, al Cavallero Venturoso, que muy mal herido y sin acuerdo* estava, y el otro hombre se descargó de un lío que traía y, sin más aguardar, a su gran grifo buelven con llevar grandes gracias de parte de Clariola para aquel sabio que su cavallero le avía dado, al qual ella y sus dos hombres, muy passo³⁶⁴, desarmaron y le quitaron sus ropas; y, tomando el bote del unguento, la donzella Clariola –que quiero que sepáys que en este officio de curar llagas no tenía par en el mundo– al cavallero hizo tales defensivos en los golpes y heridas que, después de Dios, ella y el bote del unguento le dieron la vida, no porque [f. 66rb] ni en la cura ni en más de dos días él recobró todo su sentido, antes la donzella Clariola, viéndole tal, aunque curándole le hallava pulsos y aliento de bivo, le llorava por muerto. En la qual fatiga la dexaremos, mandando a sus hombres que su barca guiassen para algún cercano puerto, por remedio de su herido cavallero y de su demanda, y contaros emos del sabio Atalante y de los que con él estavan.

CAP. XLIII³⁶⁵. En el qual se dize cómo todos aquellos cavalleros visitaron al conde don Roldán en el lecho y allí se hablaron y contaron lo que por ellos avía passado.

Avéys de saber que los que del castillo encantado en el navío del sabio Atalante estavan, eran el conde don Roldán, que aún sin acuerdo* estava, y el duque don Estolfo y Malgesi y el conde Galalón y Ricardo de Ayamonte y Ricardeto de Montalván y el hermitaño Paciano, tío de don Reynaldos de Montalván, y Escardín de Risa y Bisobel de Orlán. Todos estos cavalleros oy se estavan con el gran sabio Atalante, junto a don Roldán, los quales como admirados de se ver juntos en aquel estraño navío y ver al conde don Roldán sin sentido y no ver más ocasión para su venida allí, sino pensar que el sabio

³⁶⁴ passo Mu, Y: pasado BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁶⁵ CAP. XLII BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

Atalante los avía libertado del gran peligro –que como ya oýstes, quando fueron presos por astucia del gran Sarraceno, passaron–, por extremo se admiravan.

En esto el duque don Estolfo, endereçando su plática al sabio Atalante, le dixo:

– Excelente varón, la estrañeza de nuestra libertad, no nos la pone tanto, sabiendo ser vos el ministro della, quanto la brevedad de nuestra junta y la desdicha de que al presente gozamos, por ver al conde don Roldán, mi primo, en tal estrecho* y por manos de un solo cavallero y novel, cosa que jamás le sus|cedió [f. 66va] después que armas viste.

– Valeroso señor –dixo el sabio Atalante–, no se maraville la Vuestra Merced de ver cada día cosas que nunca se han oýdo ni visto, porque assí está determinado por el Alto Señor de mostrarnos cada momento diferencias por donde conoscamos que Él solo tiene todo el poder y nosotros somos los que emos de obedecer.

– Eso no me espanta* –dixo el duque don Estolfo– y pues que así es que el conde don Roldán, mi primo, a hallado su par, en su salud se ponga remedio.

– Este es el mejor consejo –dixo Malgesi.

– Pues assí se haga³⁶⁶ –dixo el sabio Atalante.

Y diziendo esto, de consentimiento del sabio y guiándolos él, todos tomaron al conde don Roldán en peso y, baxando por una pequeña escalera que en la concabidad y yjada del elephante se hazía, a una rica quadra* le baxan, de la qual assí de su riqueza y tapicería fueron espantados*, quanto de ver los cumplimientos que en tan pequeño espacio avía. Allí desarmaron al conde don Roldán y en uno de quatro lechos que allí avía le pusieron, donde dende a pequeña pieça que allí fue desnudado, bolvió en su acuerdo* y, mirando dónde estava, se quedó maravillado de verse desnudo y tan cansado de la batalla que él muy bien se acordava aver hecho con el novel cavallero, que no tenía poder para se levantar.

En esto, como todos aquellos cavalleros le vieron tornar en sí, al lecho llegaron y él de los ver, quedó más espantado*, porque él muy bien creya que sólo él y Malgesi estavan en el castillo de los ximios, que pensava ser aqueste adonde agora le tenían, porque nunca él supo lo que a esotros cavalleros les avía suscedido, después que en el puerto de la ysla donde fueron perdidos –como ya os diximos⁸⁴–, se apartaron y, viéndolos así el conde don Roldán a todos y más al sabio Atalante agora juntos y en tal parte, mucho se admirava; por lo qual [f. 66vb] les dixo así:

³⁶⁶ haga Mu, Y: ha BA, UV, M1, Maz, S, L.

– ¿Qué aventura ha sido esta, señores cavalleros, que así nos ha traydo differentemente de como pensávamos a juntar?

– No otra cosa, señor –dixo Malgesi–, salvo libertarnos este famoso sabio Atalante, a quien tanto todos devemos, del más bravo corcelaje que podíamos tener, siendo vos señor –como lo érades–, el carcelero.

Entonces se acordó el buen conde don Roldán del castillo escantado que, en la Laguna Blanca, él y su primo Malgesi avían hallado y de la muy brava batalla que con el Donzel Venturoso, después de le aver armado cavallero y dádole las armas del uno de los dos cavalleros que el Donzel Venturoso avía visto meter en el castillo, avía tenido; y luego preguntó por el sabio Atalante, que bien creyó, viéndole allí, que él avía sido quien a él y aquellos cavalleros que allí estaban, avía libertado.

– Muy valeroso cavallero, no os trabajéys tanto por el presente de ver a esse cavallero, que plaziendo al Alto Señor, algún día le veréys y trataréys con mucho más amor que agora vos, señor, le tratastes, dando por muy bien empleado el trabajo tan grande en que os ha puesto, porque el orden de caballería que vos le distes, será en él muy bien empleada.

Antes que el conde don Roldán respondiesse, el duque don Estolfo y el conde Galalón y Ricardo y Ricardeto y Escardín de Risa y Bisobel de Orlán llegaron a le ver y hablar y el duque don Estolfo le dixo:

– Señor primo, aquí no ay más que pensar sino en vuestra salud, en lo demás quando vos fuéredes sano, se porná en todo remedio.

– Assí me parece que avrá de ser –dixo don Roldán.

El conde Galalón dixo entonces:

– Sabéys que veo que ni nuestros criados, que en el navío quedaron, deven de estar muy cerca, ni nuestros cavallos tampoco; dígolo porque el conde don Roldán, después de sano, echará menos a su cavallo Briador y yo, al mío. Por lo qual, [f. 67ra] pues se entiende en la salud de los cavalleros, no sería malo que se acordasse de la de los criados y de sus cavallos; por tanto sería bien que Malgesi tome cuydado dellos.

– Assí lo haré –dixo él–, que yo los haré venir en breve espacio.

En esto Escardín de Risa y Bisobel de Orlán, sabido³⁶⁷ por todos quién eran, fueron muy bien rescebidos, como era razón, siendo hijos de tan parientes y amigos cavalleros y ellos merescello por sí, los quales fueron curados y echados en sus lechos por manos de

³⁶⁷ sabido Mu, Y: sabiendo BA, UV, M1, Maz, S, L.

todos estotros sus amigos; que tanto quiero que sepáys que ellos estaban muy mal heridos de mano del conde don Roldán, porque –como oýstes– estos eran los dos cavalleros que en la galera venían buscando sus aventuras y avían tenido nueva de las grandes pérdidas que en la mar se avían hecho de aquellos sus grandes amigos y, como valientes cavalleros, avían fletado aquesta galera para buscar el remedio que pudiessen en tanto daño, donde les sucedió lo que oýs con el conde don Roldán, al qual el hermitaño Paciano llegó a hablar y conoscer, con el qual el conde don Roldán holgó infinito, como aquel que era su tío, hermano de su madre, al qual tenía por muerto.

En muchas pláticas estuvieron todos por gran espacio de tiempo, hasta que el sabio Atalante les rogó a todos que se saliessen y dexassen a los cavalleros heridos reposar con los unguentos y medicinas que puesto les avía, porque assí cumplía a su salud; assí lo hizieron todos, que juntamente con el sabio Atalante se salieron, donde tiniéndolos arriba, sobre cubierta, les dixo:

– Valientes cavalleros, avéys de saber que la tardança del tiempo en que el remedio de vuestra libertad se ha tenido de mi parte, no lo ha hecho la falta de mi voluntad, sino la sobra de aquel falso Sarraceno, que assí os quería acabar; del qual Dios me ha dado entera vengança con quitarle la vida, pues que vosotros, señores, estáys ya, gra|cias [f. 67rb] a Dios, de su prisión libres, será justo que procuremos la de los que más faltan de nuestros amigos; y para esto me seguid, que yo, mediante Dios, porné en todo remedio, pues por donde pensamos avelle, yo y el señor Malgesi, quando en la nave de la vela dorada a los más que aquí estáys, no le tuvimos, por ser bivo aquel gran sabio que nuestros entendimientos turbó, por donde pensamos aver provecho, ovimos daño.^{h4}

CAP. XLIII³⁶⁸. En el qual se dize cómo el sabio Atalante llevó a aquellos cavalleros al castillo encantado en el qual hallaron al cavallero Aronte, con el qual rieron mucho y allí conocieron a don Claros y su hermano, Finarán el Ligero.

Pues como estas palabras el sabio Atalante dixesse, bolviéndose a Malgesi, le dixo:

– Amado señor, justo será, pues que de presente ay más necessidad de cobrar las armas y cavallos destos cavalleros y de dos donzellas que en este mi castillo están, que vos sabréys que en la galera que de aquí huyó quando mi estraño navío llegó, van los cavallos de Escardín de Risa y Bisobel de Orlán, que son Frontalante y Rubricán, y en la barca que

³⁶⁸ CAP. XLIII BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

las donzellas aquí truxeron, va el buen cavallo Bayarte y el del³⁶⁹ conde don Roldán, y de todos los demás vos seréys informado de quien soléys; y de presente tened secreto, quando bolváys, de lo que supiéredes, porque así cumple al bien y libertad de nuestros amigos, que presos están en fama de muertos, y la buelta sea breve a aquella parte que mi navío estuviere.

– Todo quanto mandáys, haré yo de grado –dixo Malgesi–; y esto principalmente, pues tanto a estos mis amigos y parientes conviene.

Y de sí haziendo sus conjuros, en el ligero tigre sube y por su mar, con arrebatada presteza, empeçó a caminar [f. 67va], do lo dexaremos por os contar del sabio Atalante, que haziendo a todos los que consigo llevaba, salir por aquella deleytosa isla, los puso debaxo de una hermosa ramada*, que junto aquel castillo que oýstes, estava; y estando todos juntos y bien encubiertos él les dixo:

– Guardad y veréys el más donoso cavallero del mundo.

Estando en esto, el cavallero de las armas jaldes*, que era el astuto Aronte, que a las donzellas que oýstes oviesse hecho una burla, por entre unas grandes arboledas sale, aunque harto cansado de los palos que las donzellas le avían dado y mucho más de quando el tigre se lo quitó de delante; el qual como viniesse tan fatigado y viniesse a aquel castillo, a él llega y, dando fuertes aldavadas en la puerta, a una de dos ventanas que en aquella hazera* avía, el Cavallero de la Dudosa Demanda –que, como oýstes, tras las donzellas entró– se assoma y al cavallero Aronte dixo:

– ¿Qué es lo que con tanta furia buscas llamando en este castillo?

– Honrado señor, que ayáys ventura –dixó el cavallero Aronte–, gran merced me haréys que allá dentro me acogéys, porque vengo fatigado de la mar y una barca en que venía con unas donzellas que acá adelante en un puerto, me rogaron que en ella les hiziesse compañía hasta Constantinopla, donde es mi viage, no las³⁷⁰ hallo y ellas se han ydo y me han burlado, dexándome como veys, en esta pequeña isla, que no veo en ella otra cosa, sino aquel fiero animal que allí yaze.

Quando el Cavallero de la Dudosa Demanda oyó hablar aquel cavallero y con más acuerdo* le miró, bien conoció ser el que las dos donzellas avían dado de palos y, por ver lo que ellas d'él querían, a la puerta se baxa y abriéndola le dixo:

– Entra, cavallero, y buscaremos en esta morada aquessas donzellas que dezís, que también ando yo en su demanda.

³⁶⁹ del nos: de Mu, Y; el conde BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁷⁰ no las hallo Mu, Y: no la hallo BA, UV, M1, Maz, S, L.

Así lo hizo el astuto Aronte, aunque con harto temor de tornar a topallas, mas la neces|sidad [f. 67vb] de comer le hizo usar desta virtud de osado. En este comedio, el sabio Atalante dixo a los cavalleros que encubiertos estaban:

– Seguidme y entremos adonde hallaremos remedio para lo que buscamos y veréys algunos secretos deste mi navío.

Así lo hizieron que, guiándolos, él los metió por el castillo, en el qual, como era pequeño, avía un solo y pequeño patio de hasta veynte passos de redondo y todo lo demás, hasta los lienços* de fuera, eran unas muy hermosas piezas que de una en otra se passavan. En medio de este pequeño patio, estava una alta columna de mármol blanco como la nieve, encima de la qual, a modo de bola, estava un grande y transparente espejo, que los tales artifices y sabios suelen tener, en el qual todo quanto ellos con sus artes buscan les es representado.

Por una gran puerta que en aquellas salas avía, el sabio a estos señores metió, poniéndoles una nube delante, porque no fuessen vistos hasta que él³⁷¹ quisiesse; y yendo desta manera, al Cavallero de la Dudosa Demanda y al astuto Aronte vieron por aquellas quadras* entrar. De la riqueza y estrañeza de cosas que en ellas avía y el effecto de cada uno, después oyréys, porque esta era una obra de las que este sabio Atalante en el Parayso de Amor avía hecho.

Pues fue así que el Cavallero de la Dudosa Demanda, llevando al astuto Aronte consigo, entraron en una rica quadra*, en medio de la qual vieron un alto trono y encima d'él una rica silla, en la qual el dios de Amor en forma de un pequeño niño, según los gentiles le figuravan, estava assentado con su arco y flechas. Delante deste alto trono, estava de rodillas una de las donzellas que ellos buscavan y la otra andava por la quadra*, mirando a una parte y a otra, estrañas labores pintadas que en ella avía; y la donzella que estava de rodillas dezía estas palabras:

– ¡O grande y poderoso señor que en muestr|a [f. 68ra³⁷²] de blando y tierno niño te muestras!, suplico a Tu Grandeza que, pues que soy tuya, no permitas que por tu propia causa se pierda lo que tú para ti escogiste, tú solo, señor, fuyste quien amar me hizo; yo, señor, te obedecí y fuyte tan obediente que amo por tal arte quanto tú de otros differenciar me quesiste con hazerme amar a una señora que jamás de mis ojos ha sido vista y tan de mi ley y patria apartada, quanto veo lexos mi remedio.

A estas palabras, el fingido Cupido parecía responder desta suerte:

³⁷¹ que él quisiesse Mu, Y: que él que quisiesse BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁷² 6 *inversus in* BA, UV, M1, Maz, S, L.

– Grande sobervia me parece la que vosotros, mis siervos, contra mí hazéys, en importunarme de contino viendo a cada uno de vosotros ennoblecidos, con mayor estado y más noble que a vuestra propia naturaleza daros quiso, si ya en mi consistorio y determinada voluntad estuvo de hazeros míos, por qual ocasión no os sujetáys a mis calidades, que por aventura pareciéndoos ser contrarias de vuestros desseos, más os guardan el derecho de vuestro descanso que no lo contrario, más puede ennoblecer y ganar la menor de mis potencias en vuestros cativos ánimos, que no reposaros y daros gloria a vuestras voluntades libres. Por tanto, si yo amar te hize, basta que te he dado el remedio de dexarte gozar desse hábito con cuya libertad alcançarás el que desseas y esta prenda de mi palabra te doy en pago de lo que tú me dizes, ser essa donzella de tu patria y ley, estrangera,

– Grandes gracias a la Vuestra Grandeza –dixo don Claros de Flordelis, que este era el que él y su hermano, en hábito de donzellas, como oýstes, venían–, soberano señor, si esta promesa tuya no se aguasse con el largo tiempo de mis trabajos, la gloria que me has prometido sería soberana, sino que quieres tú, gran señor, y no sé la causa, que nosotros, tus sequaces, compremos tan caras tus glorias quanto baratas te costaron nuestras personas; mas en pago [f. 68rb] de tu manificencia y soberana magestad, para que yo quede pagado de mi fatiga y tú de quien eres, me muestra en ti aquella que ya tiene mi alma y corazón captivos.

El dios de Amor le dixo:

– Yo no sé quién te adestró en mis calidades ni en las desta morada, que es dar a cada uno su derecho, según le pide, por tanto toma de mí lo que a ti te cumple.

Y de sí diziendo aquestas palabras, en un instante el dios Cupido se transmutó en aquella hermosa y grande emperatriz Ysifilea del tartárico imperio señora, que era la dama a quien don Claros más que a sí por oýdas amava, a la qual como él viesse, casi sin sentido, viendo tan excelente princesa y delicada y hermosa donzella delante de sí, aquestas palabras le dize:

– ¡O, la mi amada y querida señora! ¡O, fin de mi largo y principiado viage! ¡Quánto a Amor y a vos, señora, devo con sólo él y vos aver permitido que mis ojos gozassen de vuestra soberana vista, con lo qual, quedo más adeudado que hasta aquí de Amor estava quexoso.

A estas palabras, la transmutada Emperatriz a don Claros respondió:

– Donzel estraño, yo no sé quién eres, mas de que te veo en hábito diferente de lo que publicas, si me amas, mi grandeza y calidades lo merecen, si amar te tengo, más obras

que palabras hazen al caso, por tanto como cavallero las procura, para que siendo ellas tales, merezcas ante mi acatamiento comunicar tu atrevido pensamiento.

– Yo os doy la palabra de cavallero, la mi señora, de morir o hazellas tales con que vos estéys contenta de mis servicios y ose publicar lo que dezís ante vos.

En este comedio, la imagen del dios de Amor se tornó en su primera apariencia, dexando a don Claros tan de nuevo captivo con averle mostrado en sí a su señora Ysifilea, quanto la razón de aver en ella puesto su amor, como excelente cavallero; al qual, don Finarán llegó muy descuydado [f. 68va] del cuydado de su hermano y le dixo:

– Hermana Florinarda, razón sería que buscássemos nuestras ropas o aquel que nos las llevó, que me parece que es más necessario que no estar de rodillas adorando antiguos y falsos simulacros*.

– ¡Ay, hermana –dixo– Arcantisa! ¡Qué poco sabes de lo que me lastima*, que por aventura no me diríedes essas palabras! Mas vamos adonde mandáredes, que yo hallar desseo aquel que nuestras ropas con engaño de la barca nos robó.

A estas palabras, el cavallero Aronte, que con el Cavallero de la Dubdosa Demanda a la puerta de la quadra* estavan, no tuvo mucho plazer, mas porque ya le avían visto y azia él venían, algún tanto cobró de ánimo con el cavallero que consigo tenía.

En esto, como Florinarda y Arcantisa le vieron, ovieron mucho plazer y llegando adonde estavan, Arcantisa le dixo:

– Vos, don falso cavallero, que nuestras ropas hurtastes con engaño, aquí perderéys la vida o nos las daréys.

– ¡Oýme! –dixo Aronte–. Dezi⁴, señor –bolviéndose al Cavallero de la Dubdosa Demanda–, ¿por qué culparíedes vos a quien os da aviso para que guardéys vuestra hazienda?

– Yo no lo haría –dixo él.

– Pues ved aquí –dixo Aronte– a estas donzellas, que viniendo con ellas en una barca desde Francia para Constantinopla, entre otras cosas que les di de avisos, les di uno y bueno, porque assí como yo lo dixi sucedió y fue que unos líos, que de ropas traían, que los guardassen y metiessen debaxo de sota y que no los truxessen por donde se los podían hurtar; y les dixi más, que si no hazían lo que yo dezía, que ellas lo verían. No por esso a ellas se les dio cosa por guardallas, mas con más descuydo que hasta allí las dexaron, la una por quejarse –que deve estar mal vencida de amor– y la otra, por la consolar. En este comedio, la barca en que veníamos, aportó* a esta ysla del diablo, que tal deve de ser ella y por proa le tiene, y un cavallazo, que estas donzellas traían, tomó tanto [f. 68vb] espanto*,

que aynas nos hechara a fondo; por lo qual fue necessario, porque el cavallo con el espanto* no sossegava, de saltar en tierra y sacar nuestros líos, lo qual hezimos; dizen ellas que unos que traían –de que yo les di aviso que se guardasen– los hurtaron y, por mejor dezir, ellas por su negligencia perdieron, por lo qual a mí me echan la culpa, que me piden el lío. Por esso vos, señor cavallero, sed el juez y ved qué culpa es la que tengo yo en esto.

– No, ninguna³⁷³ –dixo el Cavallero de la Dubdosa Demanda–, si ellas por su descuydo lo perdieron.

– No os quiero por juez, señor cavallero –dixo Arcantisa–, que vos soys el que a la puerta deste castillo nos dixistes que no sabíades nada de vuestra hazienda y, si así es, muy ménos sabréys cobrar la nuestra, según soys descuydado.

– No estéys enojada, señora donzella, que si no lo estuviéssedes y mirássedes con más atención lo que yo os dixi, no me terníades por tal como, señora, me imputáys.

– Como quiera que ello sea –dixo Florinarda–, nuestras ropas parezcan, que es lo que haze el caso, que de vuestro mal o bien, poco nos va.

– En tan poca estimación tenéys nuestros cuydados vosotras, señoras –dixo el Cavallero de la Dubdosa Demanda–, que a³⁷⁴ esse descuydo y a otros mayores os atrevéys.

– Teneldas por tales, señor cavallero, que antes os echarán la culpa que la tomen para sí –dixo el cavallero Aronte.

A todo esto, el sabio Atalante estava, como oýstes, con aquellos cavalleros escondidos y díxoles:

– Razón sería que pusiésemos en paz aquellos cavalleros y donzellas, que aún no son de los que malqueréys los que aquí estáys.

El duque don Estolfo dixo, mirando con más atención que hasta allí:

– Por la fee que devo a Dios, señor Ricardeto, que si no me engaño, aquellas donzellas que allí veo, son nuestros sobrinos, don Claros de Flordelís y don Finarán el Ligerero.

– ¡Por Dios que tenéys razón! –dixo don Ricardeto de Ayamonte.

– Pues que así es –dixo el sabio Atalante–, [f. 69ra] vamos y convengámoslos con aquellos cavalleros.

Y así lo hizieron, que perdiendo la nube, quedaron patentes a todos y, guiando azia donde el Cavallero de la Dubdosa Demanda estava, el sabio le dixo:

³⁷³ ninguna Mu, Y: ninguno BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁷⁴ que a esse Mu, Y: que esse BA, UV, M1, Maz, S, L.

– Valiente cavallero, esta batalla en que estáys, estimaysla por más cruel que la que hezistes con el jayán Netridonte^{j4}.

– Honrado señor –dixo él–, tanto más se aventaja esta, quanto la razón de la poca enmienda se puede tomar de los agravios que estas señoras a todo el mundo nos hazen, sino demándenselo a este cavallero y él lo dirá.

– No ay necesidad –dixo el sabio Atalante– de más prueba de la que vos days con vuestras palabras, salvo que a estos señores tengáys por amigos, porque lo son de los vuestros.

– Fuera de vuestro mandamiento, la obligación que tenemos todos de dessear la amistad de los buenos me lo manda, por tanto a sus mercedes suplico de mí se sirvan.

A estas palabras respondió el duque don Estolfo.

– Como vos, señor cavallero, tengáys de vuestra parte tanta ventaja en essa virtud, es bien que os adelantéys con essas razones, mas como quiera que ello sea, todos estos señores y yo os suplicamos que nos tengáys por vuestros.

Assí se abraçaron todos por amigos, sabiendo del sabio Atalante quién eran y de sus virtudes. En esto el conde Galalón guió azia las donzellas que aún tenían asido al cavallero Aronte, al qual, como mirasse con más atención en las armas, conosció ser el que a él y al duque avía colgado y llevádoles los cavallos y, bolviéndose al duque don Estolfo, le dixo:

– Parésceme, señor don Estolfo, que si estas donzellas os parescen a vuestros sobrinos, *que* este cavallero me parece a mí el que nuestros cavallos nos hurtó.

– Por Dios *que* tenéys razón, señor conde –dixo don Estolfo–, y que no será malo tomar d'él la enmienda.

– Mejor será que las vuestras mercedes hablen a essas señoras, que es más justo –dixo Atalante–, y darles recaudo en su demanda y derecho [f. 69rb] desse cavallero, que pues yo tengo cuydado en nuestro viaje y en lo demás, que aun yo os prometo* que después que aquí estramos en este castillo, emos caminado más de cincuenta leguas.

– Justo es –dixo el duque don Estolfo– que assí se haga.

Y yendo azia don Claros de Flordelis y don Finarán, que espantados* estavan de los ver allí, les dixo:

– No parece bien a los cavalleros de alto linaje mudar los hábitos que suelen usar por otros femeniles.

– Menos bien parece –dixo don Claros de Flordelís–, que la Vuestra Merced nos afrente con dezírnoslo en presencia destos cavalleros, sin tener primero la razón de nuestra salida huyendo de Montalván.

– No ay que tratar de esso –dixo Ricardo de Ayamonte–, que tiempo es ya que saliessen mis sobrinos por el mundo a dar muestra de quién son.

– Essa fue nuestra voluntad –dixo don Finarán el Ligero.

Y como el conde Galalón los viesse encogidos de verse delante de sus tíos en hábito de donzellas, a ellos se buelve diziendo:

– Señor don Claros y don Finarán, no tengáys vergüença de aquel hábito, que con buena intención para cumplir vuestros buenos desseos tomastes y, pues que estáys en parte donde tantos amigos y parientes tenéys, rogaldes que otro os den.

– Gran merced a la vuestra –dixo don Claros–, por esse aviso, que otra no ha sido ser cavalleros y por no ser conocidos, traemos este hábito que de mi señora, doña Claricia, tomamos.

– Pues que así es –dixo el duque don Estolfo–, que deseáys ser cavalleros, hágasse quando el señor Atalante fuere servido.

– Justo es –dixo el sabio Atalante–, mas roguémosle a este cavallero que nos dé las armas que de su padre traían estos señores, que el cavallo, no tardará Malgesi con él; todo lo qual nos haze menester para el viaje que llevamos, que es sacar de prisión a quien tanto queremos y ellos han menester.

– Señores –dixo el príncipe Alejandro–, yo he tomado este cavallero en [f. 69va] defensa, por tanto yo quiero rogalle que nos dé las armas.

– Más mejor será quitalle la vida –dixo don Finarán–, porque no ande por el mundo haziendo engaños a los cavalleros.

– No sería mal acuerdo –dixo Ricardeto–, siquiera estariamos seguros yo y mi hermano Ricardo, de quien nos hurtasse nuestra jornea* y espada, que éste es el cavallero que en el enzinal nos lo llevaba.

– Tenéys razón –dixo Ricardo.

– Más tengo yo –dixo Aronte–, de quearme de vosotros, señores, que sobre daros tan buenos avisos para que no os roben vuestras haciendas, me deys tan ruynes gracias.

– No cumple que se haga con este cavallero ninguna cosa de mal, porque está en mi navío –dixo el sabio Atalante–, sino que las Vuestras Mercedes le perdonen y él nos dé las armas.

– Reniego yo de tal navío, que assí como él es grande –dixo Aronte–, assí ay en él grandes agravios y fuerças y si él es vuestro, como dezís, vos sabréys mejor que yo dónde ellas están.

– Vos tenéys razón –dixo Atalante–; y vamos, señores, adonde tomemos aviso de lo que más nos cumple, que después tomarán³⁷⁵ el orden de cavallería estos señores.

– Yo no sé la orden que dalles queréys donde tanta deshorden ay –dixo el astuto Aronte–, que jamás os acordáys de comer ni de quien por ello muere.

– Vos tenéys razón –dixo Atalante.

Y llamando a un su criado, le mandó llevar adonde le dieron de comer y le embiaron en la barca de don Claros, par de la qual, escondido, hallaron el lío de las armas y, sacando todo lo que en ella avía, por consentimiento de todos, le dexaron yr por su mar adelante, a do le dexaremos por os contar de los maravillosos secretos que el sabio Atalante a estos cavalleros en su encantada ysla mostró; por los quales veréys el discurso de la historia.

CAP. XLV³⁷⁶. Cómo el sabio Atalante mostró a aquellos señores al emperador Carlomagno y al emperador [f. 69vb] don Roserín; cómo [éste] se salió de la corte secretamente.

Assí como avéys oýdo, estos señores hallaron a don Claros y a don Finarán, sólo por industria del sabio Atalante, que a su navío los guió para lo que adelante oyréys, y para que ellos fuessen cavalleros, porque era tanto el amor que este honrado viejo a todos los parientes y amigos de su criado, don Rugiero de Risa, tenía que más que ellos mismos procurara su remedio, quando d'él tenía más necessidad y por la horden de su vida.

Pues tornando a nuestro propósito, avéys de saber que el sabio Atalante los sacó de la quadra* de Cupido –la qual no perdió el valiente Aleandro de su noticia, como avía visto lo que en ella a don Claros con el ydolo avía passado– y, sacándolos al patio que os diximos, les mandó dar sillas y que mirassen al espejo que en la columna de mármol estava, en la qual les fue representada al natural la insigne ciudad de Constantinopla y sus reales palacios, juntamente con todos los que en él estavan al presente y assí los veýan y conocían y oýan hablar en aquel espejo como si formalmente los tuvieran delante, de lo qual todos quedaron espantados*. Y estando mirando con mucha atención, vieron al

³⁷⁵ tomarán Mu, Y: tomaron BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁷⁶ CAP. XLVIII BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

emperador don Roserín y al emperador Carlomagno que, como oýstes, estaban en Constantinopla, que azia el gran Paráyso de Amor guiavan; luego todos los que allí estaban, salvo el Cavallero de la Dubdosa Demanda, los conocieron, porque él no conoció sino al emperador don Roserín y entonces se le vino en mientes cómo él era el cavallero que le avía hallado quando libertó a la infanta Roselinda y mucho se holgó de velle y mucho más de que supo quán cercano parentesco tenía con su señora. Estando en esto, oyeron que el emperador Carlomagno al emperador don Roserín alabava el [f. 70ra] artificio y hermosura de aquel gran Paráyso, donde vido la ymajen de don Rugiero y de Madama Brandamonte, con las quales, con la una por su muerte y la otra por su prisión, no pudo estar menos que no llorasse; pues el Emperador, su hijo, no dexó de tenelle compañía. Andando en esta consideración, algùn tanto se apartó el emperador don Roserín del emperador Carlomagno y, mirando en el transparente muro, le fue representada tan al natural la figura de su señora Florimena quanto si ella misma fuera; de la qual vista quedó tan lastimado* como si una lança le ovieran atravessado por las entrañas, endemás de que la vido dónde estava y en qué manera.

Por que quiero que sepáys que después que los paganos tuvieron en su poder a todos estos príncipes y cavalleros, que aveys oýdo que prendieron, cada uno se fue a su tierra para aparejar grande armada para venir sobre Constantinopla; y por suerte les cupo y escojeron de llevar los presos como aquí os diré, que el rey Nembrot de Siricania llevó a la infanta Melisandra y a Madama Brandamonte captivas, aunque en su libertad, y el rey Orofante³⁷⁷ llevó consigo a don Reynaldo y a Dudón y a Aquilante y Grifón; y la emperatriz Ysifilea llevó a la princesa Florimena y a la infanta Roselinda. Todos estos presos fueron repartidos desta manera por mano del gran sabio Sarraceno y por que cada uno por sí, assí como avía trabajado por avellos en su poder, gozassen de la gloria de su possession.

Y tanto quiero que sepáys que los que a la emperatriz Ysifilea cupieron fueron los que a los dos hermanos, Artadelfo y Galtezino, de suerte cabían y ellos, como vassallos de la emperatriz Ysifilea, con la princesa Florimena y infanta Roselinda le sirvieron. De la suerte que oýs, estos paganos repartieron sus presos y cada uno los tenía en su casa y prisión y a muy buen recaudo y de cada parte se aparejavan con grandes gentes para veñir [f. 70rb] sobre Constantinopla, como después vinieron, como en la quarta parte, que después desta verná, oyréys, donde veréys los hechos admirables del príncipe don Roselao,

³⁷⁷ Orofante Mu, Y: Oronto BA, UV, M1, Maz, S, L.

que antes que fuesse conocido hizo, teniéndose por pagano³⁷⁸, y las maravillas del segundo Roldán, aunque algunos escriven no aver tenido hijos y, como digo, en la quarta parte veréys los estraños hechos que estos dos cavalleros hizieron sobre el cerco de Constantinopla, siendo contra sus padres y parientes en favor de los turcos; lo qual fue ocasión de poner a los christianos en gran peligro. Y porque allá, si a Dios fuere servido, pienso daros larga cuenta a todo esto, en esta tercera parte solamente os diré cómo fue el emperador don Roserín rescebido por Emperador de Constantinopla y cómo recobró su muger, para entendimiento de lo qual, avéys de saber que, como él viesse en este christalino muro a su señora Florimena, que en una quadra* a ella y a la infanta Roselinda, que aún él no conocía, en son de presas y los dos jayanes, Galtezino y Artadelfo, a la puerta en su guarda, en extremo fue el pesar que rescibió y mucho más de verla en necessidad y no conocer la tierra ni señorío donde estaban, por lo qual de grande angustia, llorando de sus ojos, empeçó a dezir estas palabras:

– Princesa de Constantinopla y de mi alma, por quien yo señorío y ser natural de cavallero, después que en Francia os vi, tengo, no es justo que vos estéys adonde pienso que no gozáys de vuestra libertad y que yo tenga un punto de descanso, hasta que yo pierda la vida o vos le tengáys, que yo os doy la fe como cavallero –y vuestro que soy– que no passe desta noche sin que primero que amanezca, en vuestra demanda no vaya.

Como estas palabras dixo que no las oyó otro, salvo la Linda Doralice, que un punto de par d'él no se apartava por le mirar, por lo qual avía en hábito de escudero entrado en su servicio, después que en la nave [f. 70va] de la vela dorada a Constantinopla llegaron, dexando a don Roldán y a los demás en la ysla que oýstes^{k4}, por lo qual, como ella muriesse por amores deste Emperador, de contino, sin le osar descubrir nada de sus amores, le andava tan junto que por maravilla d'él un momento se apartava; por lo qual era d'él mucho amada, pensando que siendo escudero por voluntad de su servicio lo hazía.

Pues como agora esta infanta mora le oyesse dezir tales palabras y que quería partirse en demanda de su señora, delante d'él se hincó de rodillas y le suplicó que le llevasse en su compañía y servicio, lo qual el emperador don Roserín le concedió, con tal condición que a nadie dixesse de su partida; y ella se lo prometió. Y luego el Emperador, que como oýstes del emperador Carlomagno algún tanto se avía apartado, adonde él y todos los grandes estaban, se bolvió, y dende ay a sus ricos palacios y como no se avía olvidado de la voluntad en que le avía puesto la libertad de su señora Florimena, tan

³⁷⁸ pagano Mu, Y: pagado BA, UV, M1, Maz, S, L.

solamente él y su escudero, que como oýstes era la Linda Doralice, sin dar parte a nadie, ni a los otros dos escuderos, Esmerildo y Crispanel, del palacio se salió aquella noche, dexando escripta una carta para el Emperador, su tío, suplicándole que su imperio governasse hasta que él diesse fin en la demanda en que yva, que era buscar a su señora Florimena, y a sus cavalleros que le sirviessen y acatassen como a él mismo y que ninguno trabajasse de yr tras él, porque sería escusado de bolver.

De la suerte que oýs, el emperador don Roserín salió de Constantinopla, de lo qual los que miravan el espejo se quedaron espantados* de ver cómo se yva y dexava su imperio y señorío y la razón por donde les desculpavan era ver cómo lo hazía por librar a su señora Florimena. En este comedio, el sabio Atalante les dixo:

– Señores, mi parecer es, si soys servidos, que vamos a ver los enfermos y las Vue|stras [f. 70vb] Mercedes reposeñ hasta mañana, que entraremos en el puerto adonde nos cumple no reposar mucho y, después de aver armado cavalleros a estos señores, este espejo nos dará aviso de lo que emos de hazer.

– Sea como vos, señor, mandáredes –dixeron todos.

Assí se fueron todos al grande elephante adonde con don Roldán hallaron a Malgesi, que ya era venido con los cavallos y lo demás. Do los dexaremos por os contar del Cavallero Venturoso y de lo que en su viaje le aconteció.

CAP. XLVI³⁷⁹. En el qual se dize cómo el Cavallero Venturoso, después que ovo la batalla con don Roldán, va platicando con su donzella Clariola y cómo saltaron en tierra con determinación de yr por ella su viaje.

Bien ternéys noticia de cómo la donzella Clariola, después que el sabio Atalante le embió al Cavallero Venturoso herido, cómo les mandó a sus hombres echar en un lecho que en su barca para sí traía, aunque le vido tal y sin sentido, no por esso ella desmayó, antes con valeroso ánimo, más que de delicada donzella, le desarmó ella y sus hombres y, desnudándole sus ropas, le cató las heridas, las quales estavan muy enconosas* del frío que avía en ellas recebido; y restañándole la sangre, le puso en todas aquellas hinchazones y golpes de aquel estremado unguento que el sabio Atalante –como se os dixo– le embió, la qual lo supo hazer de tal forma –porque era una de las estremadas en el arte de la cirugía del mundo– que dentro del segundo día, el Cavallero Venturoso tornó en todo su acuerdo*

³⁷⁹ CAP. XLV BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

y sentido y, abriendo los ojos, vido cabo sí –que jamás de allí se quitava– a la donzella Clariola, a la qual dixo:

– Dezi, mi señora, assí los altos dioses os *den* vida, ¿qué se³⁸⁰ hizo aquel cavallero con [f. 71ra³⁸¹] quien yo ove batalla?

– Mi señor –dixo ella–, de vuestra salud tened cura y de lo al, perded cuydado, que del cavallero os sé dezir que después que le vencistes nunca más le he visto y bien há ya más de dos días que de su navío nos partimos.

– No le tengo yo –dixo el Cavallero Venturoso– por vencido mientras él por tal no se rindió; más lo estoy yo, pues que d'él me despartí sin alcançar derecho del agravio que a los dos cavalleros hazían, mas yo juro por Júpiter de no me despartir d'él si le topare una vegada, hasta tanto que el uno de los dos quede en el campo.

La donzella Clariola, viendo el ánimo que este cavallero mostrava y el alto principio de cavallería que avía hecho con aquel cavallero que a los dos avía vencido y tan bueno le parecía, le dio voluntad de le pedir que fuesse con ella en Yngalaterra a la libertad de sus señoras, si de las heridas escapava, y con esta intención assí le empeçó a dezir:

– Estremado cavallero, más que ninguno de quantos yo en mi vida he visto, vuestro alto principio ha sido tan estremado quanto la razón de vuestra hermosa y estraña persona le ponen; por tanto, pues vos soys tal qual vuestras obras y palabras me lo han mostrado, yo os suplico seáys servido de os yr en mi compañía hasta Yngalaterra. En nuestro viaje podrá ser que topemos alguno otro cavallero que sea tal que, juntamente con vos, ose emprender la aventura que tantas tierras y tan larga demanda, como ha sido la que traygo y yo he andado, me han puesto, con prometimiento que os hago que, aunque este viaje hagáys por un Rey y Reyna y Princesa de vuestra ley estrangeros, que ellos son tales que, desde los ayáys conocido, vos holguéys tanto de les aver socorrido en esta necesidad en que están, como de aver ganado un reyno.

– Señora donzella –dixo el Cavallero Venturoso–, por la fe que devo a los altos dioses, que estimo tanto vuestra compañía y amistad y el bien que vos, señora, [f. 71rb] me avéys hecho en me curar y acojer en vuestra barca, quanto ser señor del mundo. Por tanto, rogad vos a Júpiter que él me embie salud para cumplimiento de vuestra voluntad y mía y entonces vos veréys lo que yo hago en la libertad de vuestras señoras, la Reyna y Princesa, su hija, porque ya muy feo me sería, pues que soy cavallero, si por miedo dexasse de

³⁸⁰ se Mu, Y: le BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁸¹ 71 BA a manu correctum: 69 BA, UV, M1, Maz, S, L.

emprender cosa que tanto me va, como es deshazer un tan grande agravio como essos jayanes a essas princesas hazen; que justa obligación nos combida a que la vida que los altos dioses nos prometen, la sometamos y sacrificuemos a la inmortalidad de la fama, pues ellos nos manifiestan ser la más duradera.

No sin afición el Cavallero Venturoso a la donzella Clariola estas palabras dezía, como aquel que ya estava determinado, lo uno de emprender cosas tan arduas y señaladas, que por memoria dello, si con vida quedava, osasse por su sola persona –ya que falta de padres, tales quales él desseava, tuviesse– parescer³⁸² ante todos los principes del mundo y después desso, era tanta la affición que avía puesto en su memoria a la princesa Angelina con solo aver oýdo a esta donzella Clariola las palabras que en su alabança le avía dicho, que ya en su captivo alvedrío otra cosa no determinava más de servirla y procurar su libertad, con la qual perdió él la suya misma; y tan perdida quanto sus valerosas obras dello darán largo testimonio en la quarta parte de su historia, a la qual me remito, para declaración de los amores deste valeroso príncipe don Roselao de Grecia y de los altos hechos que en armas hizo, antes que fuesse conoscido ser hijo del emperador de Constantinopla, don Roserín. Y mediante Dios, pienso declarar los delicados amores de don Claros de Flordelís con la emperatriz Ysifilea, solamente se dirá en esta tercera parte cómo el emperador don Roserín y los cavalleros que con el sabio Ata|lante [f. 71 va] yvan, pusieron en libertad los cavalleros y princesas que avéys oýdo que estavam presos.

Para effecto de lo qual, avéys de saber que, como este valiente don Roselao, llamándose el Cavallero Venturoso, fuesse en aquella barca con la donzella Clariola, que su salud tanto procurava, pues en ella pensava estar la libertad de sus señoras y la venganza de la affrenta hecha a su señor, el Rey, que a cabo de quatorze días que avía avido la batalla con el buen conde don Roldán, yendo ya más convaleciendo de sus llagas, una mañana antes que el sol saliesse, aportaron* en el insigne puerto de la gran ciudad de Marsella y, como el cavallero viniesse tan fatigado de la mar por su mala disposición, acordaron de salir en tierra, lo qual luego pusieron por obra, y sacando todo lo más que en la barca traían, se recogieron a una posada de un honrado ciudadano, en la qual el Cavallero Venturoso fue curado de sus heridas por aquella donzella Clariola que, como se vos ha dicho, par en el mundo no tenía en tal menester; la qual mediante Dios y los unguentos y medicinas que ella le puso, a cabo de ocho días que salieron en tierra, el Cavallero Venturoso estuvo en todo su poder y sanidad para poder tomar armas. Por

³⁸² parecer Mu, Y: paresce BA, UV, M1, Maz, S, L.

manera que entre él y la donzella Clariola fue acordado que sus hombres se bolviessen por mar a Yngalaterra y ellos dos se fuessen por tierra, todo lo qual fue luego puesto por obra; y luego mandó la donzella a sus hombres que le mercassen en aquella ciudad un grande y poderoso cavallo y fuesse el mejor que hallassen y costasse lo que costasse; y para ello les dio dineros, con los quales no tardaron mucho en traer un cavallo tordillo, el más poderoso y galano que quisiérades ver, con el qual el cavallero y la donzella holgaron mucho. Y andando poniendo en orden ciertas cosas que avían de llevar del³⁸³ servicio de la donzella en la barca, los hombres toparon con el lío que el sabio [f. 71vb] Atalante avía embiado a la donzella Clariola quando le embió el Cavallero Venturoso herido, el qual nunca avían desliado por el cuydado y embaraço que con su cura avían tenido; mas agora que se ponían en camino le mandaron desliar y en él hallaron unas armas, las más hermosas que verse podían, todas ellas eran leonadas* con unos follages de oro por ellas sembrados, que por extremo parecían bien. Juntamente hallaron una rica espada con la misma vayna y correas de la color de las armas y, entre todo, una carta del sabio Atalante que assí dezía:

CARTA DEL SABIO ATALANTE AL DONÇEL VENTUROSO

“A ti, el valeroso y novel cavallero, yo el sabio Atalante, abitador y señor de los altos montes de Carena, salud en Nuestro Poderoso Señor Iesu Christo. Avrás de saber *que* tu muy porfiada batalla y novel persona, puesta con tan valeroso ánimo ante el valiente Alférez de la Christiandad, me dio ocasión, aunque en breve, procurasse saber de tu linaje y persona, lo qual como al muy Alto Señor esté reservado el secreto de todas las cosas, a mí, su siervo y criatura, no fue concedido, solamente que por ciertas constelaciones que tus hados y términos divide, se me declararon ser nascido de alta prosapia y christiana generación y conjunta en parentesco y amistad al valiente conde don Roldán, con quien tú batalla tuviste y de quien fuyste armado cavallero. Por lo qual yo, el sabio Atalante, movido de misericordia de ti, el Cavallero Venturoso, para efeto de tu viaje, esse pequeño servicio de otros muchos que te desseo hazer, suplico recibas vistiéndote las armas que serán parte para dar libertad a las captivas palomas, que los caudalosos vestiglos* tienen [f. 72ra] en su poder, para cuya remuneración otra cosa no te demando, salvo la paz y amistad del que la orden de cavallería te dio y de todos sus amigos y parientes, que según se me figura, son tuyos, con cuyo respecto, confiando en virtud, quedo obligado a tu servicio

³⁸³ llevar del servicio Mu, Y: llevar servicio BA, UV, M1, Maz, S, L.

como al suyo propio, porque el corazón me encamina que te soy obligado por alguna vía, tanto y más que a todos mis amigos y señores”.

CAP. XLVII³⁸⁴. En el qual se dize cómo yendo el Cavallero Venturoso con su donzella Clariola se topó con los dos jayanes Artadelfo y Galtezino y los mató.

Muy grande afición puso el Cavallero Venturoso con este sabio, sin le conocer, por ver con cuánta afición le escrevía y le embiava tan ricas y fuertes armas en tal tiempo; y a la verdad la afición que el uno al otro en breve pusieron, no fue sino por la gran amistad que este sabio con el padre y abuelo deste cavallero tuvo, según se os dirá en la quarta parte³⁸⁵, si alguno no me hurta la bendición a quererla escrevir primero que yo, las obras maravillosas que el sabio Atalante hizo por sacar de muchos y grandes peligros a este cavallero, que por su gran osadía se metió en cosas quales hombre ninguno de su tiempo hizo.

Pues tomando a nuestro propósito, avéys de saber que después que el Cavallero Venturoso halló el lio de las armas, con que mucho holgó, se mandó armar dellas y él con sola la donzella Clariola encima de un palafrén y él en su cavallo, embiando primero los hombres en la barca, siguieron la buelta de la gran ciudad de Bolonia, que era aquella adonde el rey de Yngalaterra abitava, para desde allí, seguir por la mar la vía de las ínsulas Vasandras.

Pues fue así que un día que era el tercero que de Marsella avían salido, [f. 72rb] siendo ya gran parte del día entrado, el Cavallero Venturoso con su donzella se toparon con dos cavalleros que, por un ancho camino que el que ellos llevaban atravessava, venían; los quales, como cerca llegaron, se saludaron y empeçaron de seguir la misma vía que el Cavallero Venturoso llevaba y yendo ya quanto despacio juntos, el uno de los cavalleros a la donzella Clariola dixo:

– Hermosa señora, suplicos³⁸⁶ que me digáys cuál razon ay para que no vistáys vos las armas que estotra³⁸⁶ donzella lleva, que por tal, según su gran hermosura –que el yelmo llevaba quitado–, yo la juzgo.

Esto dezía el cavallero por el Cavallero Venturoso; al qual la donzella Clariola, con hermosa gracia, respondió:

³⁸⁴ CAP. XLVI BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

³⁸⁵ parte Mu, Y: parta BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁸⁶ estotra Mu, Y: este otra BA, UV, M1, Maz, S, L.

– Las propias armas que los cavalleros y donzellas se han de vestir me parece a mí que han de ser amor y criança*, que estotras de hierro, harto lo es quien en ellas solas se fia.

– Luego, enamorada devéys de ser –dixo el cavallero estrangero.

– No lo soy –dixo la donzella Clariola–, mas desséolo ser y no de tan descuydado cavallero como vos.

– ¿En qué se lo veys, señora? –dixo el otro, su compañero.

– En el descuydo que tuvo de juzgar a mi compañero por donzella y no por cavallero, pues la razón de serlo yo, le combidava a estar avisado para que antes le juzgasse por lo que es³⁸⁷, que no por lo que dixo, con lo qual me dio a entender quán poco deve saber de amor, pues que con su descuydo de pensar ser él también donzella, quiso ponerme delante el cuydado de buscar otros amores fuera de los que a mi compañero devía.

– No os maravilléys desso –dixo el cavallero que primero avía hablado–, que la hermosura y galanas armas deste cavallero me dieron ocasión a pensar ser él donzella y no el que vos manifestáys; lo qual no dexo de tener por cierto, que si él oviera de hazer con otros batalla, ni de tan ricas armas viniera armado, por no perdellas, ni tan novel tomara tan grande [f. 72va] trabajo.

– Como quiera que esso avenga –dixo la donzella Clariola–, más prescio su compañía que no estimaría la vuestra, pues en cosas tan delicadas os ponéys.

– Podría ser –dixo el uno–, que assí de os defender como de os servir en amores, supiera qualquiera de nosotros darse mejor maña, que no el que lleváys.

– En solo alabaros –dixo la donzella–, perdéys el derecho de lo que bien podría deshazer, por tanto, porque si yo he de tomar amor, ha de ser con quien, padesciendo por mí, muera callando su pena y no biva manifestando su gloria; yós^{m4} a la buena ventura, que yo no quiero vuestra compañía.

– Dessa pienso yo que hasta mañana a mediodía avréys de gozar –dixo el un cavallero–, porque nosotros vamos ay delante a un nuestro castillo, que es en la vía que vosotros lleváys.

Destá suerte yvan los dos cavalleros con la donzella Clariola platicando, que a ninguna destas cosas el Cavallero Venturoso palabra hablasse.

³⁸⁷ es Mu, Y: os BA, UV, M1, Maz, S, L.

Todo el día caminaron juntos hasta otro, que llegaron al castillo que los dos cavalleros avían dicho, donde llegando más cerca, por un ancho camino que de la mano derecha venía, de un pequeño soto, vieron salir un fiero y gran jayán que de fuertes y azeradas armas armado venía, encima de un gran caballo que aunque harto era crecido, con la gran pesadumbre*, por medio parecía quebralle y, blandiendo una gruesa lança que en su mano traía, hazia los cavalleros y donzella guía; tras el valiente jayán venían otros dos cavalleros que sus criados parecían.

El Cavallero Venturoso, que al jayán vido que de la carrera que primero traía se apartava y hazia ellos venía, en un punto, ayudándole la donzella, se puso el yelmo. En esto estando, vieron que detrás del castillo, de entre unas casillas que allí estaban, salían dos cavalleros de unas armas celestes con unas rosas de plata por ellas sembradas, los cuales como de las casa salieron, en un punto encima de sus cavallos suben y [f. 72vb] arredrándose* quanto avían menester, el uno contra el otro, las lanças baxas, con furiosa³⁸⁸ carrera arremeten. En este comedio, el jayán y sus cavalleros que, como oýstes, contra el Cavallero Venturoso y los otros dos cavalleros avían guiado, a sus dos cavalleros mandó que aquellos cavalleros que combatirse venían atendiessen y que al fin de su batalla, si bivios quedassen, los prendiessen y no dexassen yr hasta que él supiesse la causa de su batalla. Todo esto decía el fiero jayán con alta y medrosa boz, que muy bien lo pudo entender el Cavallero Venturoso; por lo qual, creciéndole la yra por el grande agravio que el jayán a los dos cavalleros mandava hazer, prosupuesto* todo temor, con aquel valeroso ánimo que le acompañava, con una boz más rezia que solía usar y con mucho coraje, dixo:

– Ni los dioses ni los hombres serán tan descaminados para que ninguna semejante demasia, como este jayán con aquellos cavalleros usa, les parezca bien; por tanto yo, como ministro de la justicia, por la obligación a que todos los mortales tenemos para los dioses agradar, prometo de morir o procurar deshazer y contradezir tal sandez.

Al fin destas palabras, ya el sobervio jayán llegava junto a ellos, lo qual viendo los dos cavalleros que con el Cavallero Venturoso venían, bolviendo de puro miedo las riendas a sus cavallos, dieron a huyr y, viéndolos el dessemejado jayán, a grandes bozes los empeçó de ultrajar, jurando a sus dioses de no cessar de los seguir hasta la muerte. A esto el Cavallero Venturoso le dixo:

³⁸⁸ furiosa Mu, Y: curiosa BA, UV, M1, Maz, S, L.

– No son palabras de cavallero³⁸⁹ estas que con obras quiere su persona adornar, porque harta victoria le es la que de su enemigo toman, quando o rendido a él se somete, o de temor huye.

– Por los misteriosos dioses, te juro, don atrevido cavallero, si no tuviesse respeto a mi persona, que jamás la suelo poner en pequeñas afrentas, si no te hiziesse morir mala muerte; mas porque eres [f. 73ra] solo, yo no te quiero matar *con* mis armas, salvo si, como tus compañeros, no huyes, con aquellos dos que allí batallan a los míos mandaré prender y morir en crueles prisiones.

– No me espanto* –dixo el Cavallero Venturoso– de tus sobervias sino de los dioses que te las sufren, por esso aparéjate a la batalla, que ni tus palabras me mandan de ti tomar otra enmienda, salvo morir o vencerte, ni tu sobervia me avisa de otra cosa, salvo de que por virtud no harás cosa que de cavallero sea.

Tomó tanto enojo el jayán con estas palabras que, sin le responder a ellas, con mucha furia su cavallo a él arremete, llevando la lança debaxo del braço, lo qual como el cavallero viesse, en un punto hiriendo el suyo de las espuelas, contra el jayán arremete y, en muy breve espacio, en medio de aquel gran campo se dieron dos muy desatinados encuentros: el jayán encontró al Cavallero Venturoso por medio del arzón* delantero tan desatinadamente que, atravessando la silla, al cavallo metió la lança por medio de los lomos y se la sacó por la barriga; mas el Cavallero Venturoso, que par en el mundo no tuvo, en su primer encuentro bien lo mostró, hiriendo al jayán por medio de la vista tan fuertemente que, privado de toda su fuerça, a él y al cavallo hizo venir a tierra, lo qual también hizo el suyo, como aquel que herido de la muerte estava, del qual el novel cavallero, con valeroso ánimo, en un punto salió y con su espada en la mano contra el jayán guía, al qual halló en pie como aquel que era uno de los diestros jayanes del mundo; y como él se viesse derribado por un solo cavallero, de puro coraje se quería deshazer y, arremetiendo al Cavallero Venturoso *que* contra él venía, *con* un ancho y fino cuchillo le empieza arrojar tan desatinados y espessos golpes que, si el Cavallero Venturoso no fuera tan ligero, de qualquiera dellos que a diestro alcançara, todo quanto de las carnes y armas topara echara en tierra; mas como aquel que de [f. 73rb] gran coraçón y *tan* desseoso de gran honra en su batalla era, con valiente ánimo le empieza a herir de duros y espessos golpes, guardándose de los desatinados que el jayán le tirava.

³⁸⁹ cavallero Mu, Y: callero BA, UV, M1, Maz, S, L.

En este comedio, la donzella Clariola estava la más cuytada muger del mundo, viendo a su novel cavallero en tan grande affrenta. Y a esta razón que el Cavallero Venturoso y el jayán su batalla hazían, los dos cavalleros que oýstes de las armas azules, en la suya avían bravamente entrado, aviéndose derribado de dos fieros encuentros en tierra.

En este término que oýs estavan estas dos batallas, quando de la parte que el jayán avía salido, otro como él con grande furia contra el Cavallero Venturoso venía, que con el otro jayán, su compañero, vido hazer batalla; donde en llegando, sin tener respecto a la orden de cavallería a que era obligado, echando mano a su grande y ancho cuchillo, con grande enojo de ver a su compañero herido de dos heridas que el Cavallero Venturoso le avía dado, le empeçó a herir muy desatinadamente. Aquí se vido el novel cavallero en uno de los mayores aprietos que en sus días él se vido; porque estos jayanes, quiero que sepáys que eran los dos hermanos Artadelfo y Galtezino que, como en esta historia se os ha dicho, eran por extremo valentísimos cavalleros y, fuera desto, tenían –como ya se os contó– sobre sí grandes hados^{na}. Y la razón de su venida en Francia, avéys de saber que no fue otra, salvo la importunación que la emperatriz Ysifilea, sobre la vengança de su padre y hermano, del valiente conde don Roldán procurava y, endemás, después que las nuevas de la yda del Donzel Venturoso y de la muerte del sabio Sarraceno le vinieron; por la qual, viendo estos dos jayanes su grande enojo, se determinaron de lo vengar y assí lo pusieron por obra. Los quales viniendo en demanda del conde don Roldán, como no hallassen nuevas d'él, por estar –como se os ha³⁹⁰ o⁴ [f. 73va] contado– en el Castillo Encantado, por cuyo enojo, pensando estos dos jayanes que de miedo él se escondía o a todos los que d'él preguntavan no se lo osavan dezir, por fuerça de grado a todos los cavalleros que sus aventuras yvan buscando prendían o matavan, pensando de topar desta suerte con el conde don Roldán, que poco los tenía, que assí como ya oýstes, avía con ellos peleado quando él y Malgesi fueron presos en la Laguna Blanca del Castillo Encantado^{pa}. Y como estos dos hermanos anduviessen con tanta yra buscando al conde don Roldán y no le hallassen, fue su ventura tal que se toparon con el Cavallero Venturoso, con el qual, como se os ha dicho, hazían su batalla; en la qual andava tan diestro y ligero quanto lo anduviera el mejor cavallero del mundo y, a vezes con su ligereza y otras con sus fuertes armas, de los bravos y crueles golpes de los valentísimos jayanes con valerosísimo ánimo se defendía,

³⁹⁰ 73 nos: 80 BA, UV, M1, Maz, S, L.

hiriéndolos *con* su fina y encantada espada –que quiero que sepáys que ella y las armas lo eran– por aquella parte donde más daño hazerles podía.

Fue tanta su furia y destreza y valiente ánimo que, en menos de media hora que la batalla *con* los dos jayanes hazía, los paró tales que por más de diez partes la sangre dellos corría. En esto el bravo jayán Artadelfo, viéndose tan afrontado a sí y a su hermano por un solo cavallero, con una ravia cruel, un desatinado golpe a su contrario arrojó, que alcançándole con su ancho y pesado cuchillo por cima de la cabeça, casi sin sentido le hizo poner la una mano en el suelo. Pues en este punto como Galtezino viesse al cavallero novel casi en tierra caydo, del grande enojo que con él avía tomado, no curando de le herir y pensando de le deshazer en sus braços, con el braço yzquierdo se abaxó y, tomándole debaxo del sobaco, le alçó de tierra y empeçó reziamente apretar, porque ansí pensó de matalle, viendo que sus armas, por los grandes golpes [f. 73vb] que le avía dado, no se falsavan*.

En este punto, el otro jayán, Artadelfo, venía descargando sobrel Cavallero Venturoso otro bravo y descompassado golpe; y fue tal que, sin le poder resistir, llegó a tiempo *que* su hermano Galtezino se avía abaxado por tomar entre los braços al Cavallero Venturoso y, alcançándole por la juntura que el yelmo y respaldar hazen, tan desatinado fue el golpe, siendo por donde no avía defensa de armas, *que* la cabeça del jayán, su hermano, fue cortada a cercén. En este punto el Cavallero Venturoso, como el jayán le soltasse *con* la ravia de la muerte y viesse lo *que* passava y la furia con que otra vez el jayán Artadelfo a le herir venía, no teniendo tiempo para más hazer, alçó el escudo y espada quanto más pudo y, guiando la punta³⁹¹ al sobaco del jayán y él descargando su golpe, él fue tal que el escudo le partió en dos partes y la espada del Cavallero Venturoso, con la fuerça suya y del jayán, se metió por el sobaco hasta atravesarle con ella, del qual golpe quedó el jayán tan mortalmente herido que al punto se tendió en el suelo.

Quiero que sepáys que jamás don Reynaldos ni el conde don Roldán ni don Rugiero ni don Roserín ni ninguno de quantos cavalleros en tiempo deste tomaron armas, fue tan venturoso ni en mayor aprieto se vieron, ni con tanta ventura ni destreza de batalla tan fiera salieron, ni jamás se halló en ninguno de su linage otro cavallero que tan sin cobardía ni tan osadamente se metiesse en las batallas y peligros, quanto este valeroso príncipe don Roselao de Grecia se puso, según por sus hazañosos hechos, en la quarta parte desta hystora parescerá. Pues avéys de saber que fue tanta la ventura y estrañeza del

³⁹¹ punta Mu, Y: punto BA, UV, M1, Maz, S, L.

vencimiento destes dos jayanes hermanos, Artadelfo y Galtezino, que aún el mismo don Roselao no lo creya y, como aquel que fue uno de los justificados y humildes príncipes del mundo, assí se admirava dando la gloria del vencimiento [f. 74ra] suyo a los dioses, como si ellos pudiéndolo hazer, lo hizieran.

En este término, los dos cavalleros de las armas celestes avían dexado su batalla y por su gran valentía, avían muerto a los cavalleros del jayán, que por el mandato de su señor, los avían acometido por los prender.

CAP. XLVIII³⁹². En el qual se dize cómo el Cavallero Venturoso puso en paz los dos cavalleros que la batalla hazían y quién eran y la razón de su batalla.

En los términos que oýs, el Cavallero Venturoso con los jayanes y los dos cavalleros de las armas azules a sus contrarios tenían y, como los dos cavalleros de las armas azules y veros de plata, de los cavalleros del jayán se ovieron desembaraçado, a su profiada y reñida batalla tornaron, empeçándose a herir el uno al otro muy brava y desatinadamente, aunque no con tanta furia como al principio, por la batalla que entre ellos y después con los cavalleros del jayán avían avido.

Pues como el Cavallero Venturoso viesse aquellos dos cavalleros que tan bravamente se herían, a ellos guía y llegando cerca, les dixo:

– Vosotros, cavalleros, básteos la passada contienda, por cortesía me hagáys merced de dexar vuestra batalla y si no ay mucha ocasión para ella, que a la honra fuerçe, por mi amor la dexéys con prosupuesto* de hazer lo que mandarme quisiéredes en vuestro servicio.

Pues como estos dos cavalleros oviessen visto la brava batalla que este cavallero con los dos fieros jayanes avía tenido y tan valerosamente con ellos se avía avido y agora, con tanta criança* veýan que les rogava que la batalla dexassen, de puro consentimiento de entrambos, se apartan aparte y el Cavallero Venturoso, como esto vido, les rogó le dixessen la ocasión de su batalla. En esto los cavalleros [f. 74rb] estando dubdosos, el uno dellos quitándose el yelmo, dixo:

– Cavallero, vuestra sobrada criança* y gran valentía me ha obligado a que todo lo que vos de mí quisiéredes, de buena voluntad yo lo haga, porque avéys de saber que nuestra batalla es porque anoche, viniendo por un camino que a estas casas y castillo desta

³⁹² CAP. XLVII BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

parte viene, nos topamos yo y este cavallero, que destas armas y devisa como la mía veys armado; y su poco merescimiento de osar llamarse criado de la dama, por quienes tales armas yo traygo, y la mucha razón que yo de servirla tengo, me ha dado ocasión para que suyo muera o a él le haga dexar las armas y intención con la vida o perder yo, sobre ello, la mía.

A estas palabras el otro cavallero de las armas azules dixo:

– La justa ocasión que yo tengo de gozar del privilegio de ser siervo de quien vos sabéys, con más justa razón, que no vos, me la pone para osar traer esta devisa y armas.

– Quien quiera que vos seáys –dixo el buen Cavallero Venturoso–, recibiré muy gran gracia en que por mi amor dexéys esta batalla y me digáys quién soys para que haziéndolo assí, yo sepa a quién quedo obligado.

– A esto –dixo el cavallero que primero avía hablado–, sabréys, señor cavallero, que yo soy natural de Francia y este cavallero también, somos muy cercanos parientes y la fortuna nos truxo a amar a una señora que esta devisa propia, que en nuestras armas parece, trae, con la qual su soberana virtud y hermosura acresciento y agora, por suerte de aventura, viniendo del imperio de Constantinopla, donde ella abitar solía, aunque de presente en él no está, nos juntamos esta noche passada, donde por ser tarde, nuestra batalla para oy consertamos y, de la suerte que oýs, hemos batallado hasta tanto que el uno de los dos o entrambos fenesciendo, ella fenezca o esse cavallero dexe la devisa que trae, como inmérito de gozar de título de [f. 74va] servir a tal señora.

A estas palabras el otro cavallero quería responder, mas el Cavallero Venturoso, tomando por él la habla, dixo:

– Muy pequeña ocasión me parece a mí que ay entre dos tan buenos cavalleros y parientes para que por amor de una señora, que señaladamente a ninguno ama, toméys batalla y porque la justa obligación que a las damas a bienquerer las obliga no es otra salvo ser los cavalleros secretos y celadores de su honra, muy mejor me parece a mí que cada qual de los dos por sí pugne de agradar a essa dama de otra suerte, *que* no como agora, por los caminos, la queréys *afrontar* batallando sobre ella. Y de presente, os suplico que la batalla dexéys y curad de vuestra salud, que os haze más al caso, que no de más batallar.

– Pedísnoslo con tanta criança* y comedimiento que mal haría quien no hiziesse lo que vos mandáys –dixo el un cavallero de las armas celestes–; por tanto, yo estoy determinado por serviros si con mi honra, de la batalla en que estoy, puedo apartarme, hasta otra vez que yo y esse cavallero nos topemos en vanda* donde él de sus pensamientos se aparte o yo la vida pierda.

– No penséys, señor hermano, que la ventaja que de criança* queréys conmigo ganar, con dexar la batalla por ruego de esse cavallero, que no tengo yo de ser parte para que, por la mía, yo no le haga el servicio que devo.

– ¡Santo Júpiter! ¿Qué es esto que oy oygo, que según vuestras palabras devéys de ser hermanos? –dixo el Cavallero Venturoso.

– Sí, somos –dixo el uno– y aún naturales de este imperio y hijos del duque Naymo de Baviera; y la fortuna nos llevó a cada uno por su parte, después que fuymos armados cavalleros, al imperio de Constantinopla, donde por mayor bien nuestro, para nuestro mal vimos una infanta, hija del rey Escardaso de Risa, que la infanta Roselinda se llamava, y con mi hermano don Arlando –que aquí veys– la viesse, puso en ella [f. 74vb] sus ojos, para ocasión de la muerte de entrambos; porque es justo que dexe a mí lo que de razón es mío, lo uno por averla visto primero, y lo otro por ser mayor el querer que yo a ella tengo, o si no, ni la razón de la deuda que le devo por ser mi hermano ni todo el mundo escusará de que no nos matemos.

A estas palabras, don Arlando de Baviera respondió a su hermano y dixo:

– Don Yspalián de Ungria, ya sabéys que entre nosotros es larga aquesta pendencia y agora de presente, estábamos determinados, como sabéys, de yr en la demanda de la infanta Roselinda; justo fuera que vos apartáredes vuestro viaje del mío y que no curáredes de os affrontar conmigo.

– ¡Hora!, ¡sus! –dixo el Cavallero Venturoso–; pues tanta fuerça essa dama sobre vosotros, señores, tiene, bien será que siendo, como vosotros soys, hermanos, no os matéys sobre ella, sino que cada uno pugne por su libertad, si della no goza, y después ella verá cuál de los dos la ha mejor servido y no será tan ingrata que no pague a cada uno, como es obligada, a tan buenos cavalleros.

– Muchas mercedes –dixo don Arlando de Baviera–, por la concordia que entre los dos ponéys sin conocernos. Y porque es justo que sepamos quién nos haze esta cortesía, hos suplico que os quitéys el yelmo y nos digáys quién soys.

– Mejor será curar de vuestra salud, señor cavallero –dixo la donzella Clariola a su compañero–, que no es posible que de tan fiera batalla, vos estéys muy descansado.

– No presta ninguna enfermedad para lo que es uno obligado a hazer por sus amigos y por todos los cavalleros y, porque estos dos señores han sido conmigo tan comedidos en hazer mi ruego, quiero hazer yo el suyo.

Y se quitó el yelmo y quedó con la cara tan hermosa y colorada del cansancio de las armas, que no parecía sino un serafin; de lo qual por extremo los cavalleros quedaron

tan espantados* de ver su hermosura [f. 75ra] y de cómo, siendo tan niño, tan valerosamente con dos tan fieros jayanes, como los que avía muerto, se avía avido, que más a milagro que a otra cosa lo hechavan .Y como don Hispalián de Ungría le estoviesse mirando y tuviesse en memoria a la infanta Roselinda –y como avéys oýdo el padre deste cavallero tanto a esta infanta parecía y el príncipe don Roselao tanto pareció a su padre y a esta infanta, que fue por extremo–, agora don Hispalián de Ungría le pareció tener delante a la infanta Roselinda; y así dixo:

– ¡Sancto Dios! ¿Y qué es lo que veo? Vos, don Arlando de Baviera, ¿no notáys como este cavallero parece tanto a aquella señora que nos haze andar penados?

– ¡Por Dios, que tenéys gran razón, señor Hispalián! – dixo don Arlando.

– Mucho me huelgo –dixo el Cavallero Venturoso– de parecer a cosa tan buena y que en algo os dé contentamiento.

– Harto será para nosotros –dixeron ellos– en que os queráys servir de nosotros y nos llevéys en vuestra compañía.

– Yo, señores, lo agradezco y rescibo la voluntad por cuenta de la obra y quedo obligado de aquí para vuestro servicio y, si necesidad tuviera de me aprovechar de compañía de tan buenos cavalleros en este viaje, yo lo hiziera; mas yo voy en parte donde no me cumple sino yr solo, por tanto ved lo que, señores, de mí soys servidos, porque es justo que cada uno de vos siga su viaje.

– Sea como vos, señor, fuéredes servido. –dixeron ellos.

Y ayudándole a tomar uno de los cavallos que de los jayanes avían sido, que fue el que a la postre avía venido y apeándose d'él, por ayudar a su hermano, le avía dexado por el campo, que muy hermoso y galano era; el Cavallero Venturoso le tomó por el suyo que, como oýstes, del encuentro del jayán avía quedado muerto y el del jayán, desespaldado; despidiéndose de los dos hermanos, con su donzella siguió su camino, donde llegando harto fatigado por la re|zia [f. 75rb] batalla que con los jayanes avía avido, aunque no yva herido por sus buenas armas, no dexava de se lastimar del trabajo de las armas y fieros golpes que avía rescebido. Donde yendo con tanto afán, después que de los dos cavalleros se apartaron, llegaron a casa de un florastero, donde la donzella le curó de los grandes golpes que traía, do le dexaremos siendo servido de la donzella Clariola, con todo cuydado y vigilancia curado, como aquella que yva la más contenta muger del mundo por llevar para la libertad de sus señoras tan valeroso y estremado cavallero.

También dexaremos aquí a los dos hermanos, don Arlando de Baviera y don Hispalián de Ungría, cavalleros mancebos, hijos del duque Naymo de Baviera, de los

quales os contaremos en la quarta de esta hystoria y de los desatinados amores que con la infanta Roselinda tuvieron, siendo hermanos, sobre la qual ovieron infinitas batallas, assí el uno con el otro, como con otros cavalleros que de la misma devisa venían armados; y os contaremos de lo que el sabio Atalante y los que con él yvan, en la libertad de aquellos señores hizieron y del engaño que la infanta Doralice al emperador don Roserín hizo.

CAP. XLVIII³⁹³. En el qual se dize el engaño que por industria de una vieja, la infanta Doralice al emperador don Roserín hizo, del qual quedó preñada.

Ya se os hizo mención como el sabio Atalante en su Navío Encantado amostró a los cavalleros, que con él estaban, en su grande y encantado espejo cómo el emperador don Roserín, forçado del gran desseo que los amores en la ausencia de la princesa Florimena le ponían³⁹⁴, salió secretamente de la gran ciudad de [f. 75va] Constantinopla, solamente con la Linda Doralice, que en hábito de escudero estava, como ya se os ha dicho³⁹⁵, que por los amores deste gran Emperador en aquel hábito avía salido del reyno del rey Marsilio, su padre, y passado grandes trabajos por hallar al Emperador, en compañía del conde don Roldán.⁹⁴

Pues avéys de saber que ni más ni menos que se os dixo que aquellos señores el sabio Atalante se lo mostró, ni más ni menos avino; y assí este valeroso Emperador, forçado de aquel verdadero amor que a su señora tenía y desseoso de cobralla o saber dónde estava o morir en su demanda, como se os dize, su imperio y señorío dexó, al tiempo que aún no avía d'él nada gozado; el qual escribió una carta para el Emperador, su tío, que en Constantinopla quedava, suplicándole que le alcançasse perdón de la emperatriz Salamina, su señora, y que en ninguna manera dexasse el imperio griego de su mano y conserva*, hasta que él bolviesse o supiesen de su vida o muerte. Esta carta vino a manos del emperador Carlomagno otro día que el emperador don Roserín se salió de la corte, de la qual partida todos fueron muy tristes, mas como vieron la razón que tenía de hazer aquel viaje, lo dissimularon, rogando a Dios que le bolviesse sano y libre, con deliberación de la princesa Florimena, que yendo él en su demanda, de cierto tenían su libertad.

Para declaración de lo qual, tomando a nuestro propósito, avéys de saber que, como de Constantinopla salió de noche con su solo escudero encima de un cavallo, con

³⁹³ CAP. XLVIII BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

³⁹⁴ ponían Mu, Y: ponía BA, UV, M1, Maz, S, L.

³⁹⁵ ha dicho Mu, Y: dicho BA, UV, Maz, S, L. *Deest folium in M1.*

unas armas negras yguales a su tristeza, de la suerte que oys, tres días con sus noches caminó hazia aquella parte que el cavallo llevalle quería, yendo el más triste y congoxado que nunca estuvo, de noche y de día llorando de sus ojos, que consuelo ninguno en él entrava; aunque forçada del mismo mal, la infanta Doralice, todo el consuelo que podía en sus [f. 75vb] angustias le dava; por lo qual, viendo él cuánto aquel escudero le consolava y con cuán buena criança* y saber, mucho fue el amor que con ella puso. Al quarto día de su camino, ya que sería passado lo más d'él, yendo por un camino que muy usado parecía, un cavallero muy mal herido encima de un lacio y cansado cavallo vido venir, quexándose reziamente de sus heridas, donde llegando más cerca, el donzel Serindo, que tras su señor yva y por el cavallero passava, por yr reziamente pensando en su señora, le dixo:

– Señor, ¿y cómo la vuestra merced podéys sufrir de passar por este cavallero sin le preguntar de sus heridas y la causa dellas?

– ¡Ay, Dios! Que la mayor herida que en el alma llevo me da ocasión para que aún las propias mías no sienta, quanto más las ajenas; mas la obligación que devo de consolar a los afligidos la porná en el consuelo que a esse cavallero devo.

Y ansí llegándose junto al cavallero herido le preguntó quién le avía herido.

– Señor cavallero –dixo el herido–, avéys de saber que esta mañana, antes que el alva rompiesse, yo salí de un castillo que una dueña, madre mía, tiene, en demanda de un cavallero *que* una mi querida robada me tiene y, alcançándole junto a un gran bosque que acá delante yaze, estando yo con él en la batalla, ya que le traía a todo mi mandar, otros dos hermanos suyos salieron y me trataron de la suerte que veys y me llevaron contra mi voluntad a la cosa del mundo que yo más amo.

– ¿Pues qué remedio queréys que se ponga en vuestro mal? –dixo el Emperador.

– No otro –dixo el cavallero–, sino que por el orden de cavallería a que estáys obligado, seáys servido de me llevar hasta este castillo que digo que de mi madre es y dende allí, si quisiéredes hazerme merced, vos tomaréys con otro mi hermano la demanda en que yo yva, pues que la fortuna me ha quitado el derecho *que* yo desseava.

– A mí me plaze de lo hazer [f. 76ra] –dixo el emperador don Roserín.

Y bolviendo las riendas al cavallo, por otro camino, que el cavallero herido les adestró, guían y, a cabo de dos horas grandes que le avían topado, llevándole medio desangrado y desmayado, al castillo de su madre llegaron, la qual como a su hijo viesse herido, con gran tristeza los rescibió, acojendo al Emperador con su escudero de buena voluntad, por la buena obra que de su hijo supo que en le ayudar a venir avían hecho, y echando en un lecho a su hijo, el Emperador y su donzel le curaron lo mejor que pudieron

de sus heridas y, después que le ovieron curado, mandó la dueña del castillo que al cavallero proveyessen de todo lo que oviesse menester, lo qual fue todo muy cumplidamente hecho. Y después que le ovieron dado de cenar y acostádole en un lecho, la Linda Doralice, que jamás un punto reposava por los amores de aquel que tan cerca de sí tenía, y tan lexos³⁹⁶ de sus cuydados, con mucha pena en una cámara que le dieron, se empezó reziamente a lastimar*, diziendo:

– Desvariado y cruel Amor, si los poderosos dioses, siendo de tu cruel engaño muchas vezes assí acometidos y esforçados, por tu crueldad vencidos, yo, triste, flaca y delicada donzella en tantos trabajos por este Emperador, de mi cuydado tan enagenado, puesta, qué haré, que ni ya la fortuna puede valerme ni mis delicadas fuerças sustentarme ni mi poco remedio poner medio entre mí y este cruel cavallero, para que yo, diziéndole la causa de mi mal, por amarle ha venido, según la lealtad que a su señora y esposa en cuya demanda va, tiene, le dexé libertad para que conmigo en el amor que me deve, cumpla.

No tan sin congoxa ni lágrimas, estas palabras esta penada infanta dezía, que con el mucho dolor y sospiros, no diesse parte de su pena a la³⁹⁷ madre del herido cavallero, que en otra pieça a aquella cercana dormía; la qual como la congoxa de su hijo, que he[r]ido [f. 76rb] estava, no dexasse reposar, muy bien oya a la infanta Doralice que reziamente de Amor se quexava y, como viesse que aquel donzel tanto se quexava y por palabras que denotava ser muger, no se lo pudiendo el corazón sufrir sin saber la causa, allá, donde la infanta Doralice estava, guía; la qual espantada* de su venida, encima de la cama do estava, se levantó y le dixo:

– ¿Qué venida es esta, mi señora, que a tal hora os forçó a salir de vuestro aposento?

– No otra sino oyros quexar de Amor y con palabras diferentes que vuestro hábito manifiestan.

– Ay de mí, señora –dixo la infanta Doralice–, que tengo tanta razón para me lastimar* deste señor, quanto de sinrazón este desapiadado dios de Amor tiene de no me remediar, a cabo de tanto tiempo como há que lastimado* d’él me trae por el mundo, perdido, haziéndome amar en parte donde jamás un solo pensamiento quita.

– ¿Cómo es esso que dezís? Me dezi⁴, donzel –dixo la dueña–, que yo no entiendo vuestra pena.

³⁹⁶ lexos Mu, Y: lechos BA, UV, Maz, S, L. *Deest folium in M1.*

³⁹⁷ la Mu, Y: la la BA, UV, Maz, S, L. *Deest folium in M1.*

– Si vos en ella remedio ponerme pudiéssedes, yo os daría della cuenta, mas para qué queréys, señora, que os la diga, pues que no tiene mi mal remedio.

– No por esso dexéys de me lo dezir –dixo la dueña, señora del castillo–, que yo os la daré, si en vuestro mal le puede aver.

– Avéys de saber, señora –dixo la Linda Doralice, forçada ya de tanto querer como al Emperador tenía–, que yo amo a este cavallero a quien sirvo, que me trae el más desesperado hombre de la vida.

– ¿Pues cómo es possible –dixo la dueña– que vos améys a cavallero, siendo vos hombre como él?

– Sabéys como –dixo la infanta Doralice–, cómo es tanta la fuerça que este dios de Amor en nosotros pone, que nos fuerça a perder nuestra libertad y ponella en la cosa que amamos y a nos trasuntar en ella:

– Rezia³⁹⁸ cosa me parece –dixo la dueña–, que dos hombres se amen.

– Más me parece a mí –dixo la infanta, que siéndolo el que conmigo traygo, no me ame, sien|do [f. 76va] yo donzella y él su contrario; porque avéys de saber, señora, que lo soy, y há muchos días que por sus amores ando perdida.

– ¡Santo Dios! –dixo la dueña– ¡Que tanto os ha estrechado Amor a que os forçasse a mudar el hábito³⁹⁹ que antes teníades!

– El hábito y la tierra y todo lo demás –dixo la infanta–, por esso no os espantéys*.

– Pues, ¿qué remedio querriades vos agora? Que de buena voluntad os le porné yo, si puedo, en vuestros amores.

– No otro –dixo la Linda Doralice–, sino que si, señora, soys servida, hagáys de manera que este cavallero me ame.

– Pues seguidme –dixo la vieja señora del castillo–, que pues a mí os avéys descubierto, yo haré que, aunque a otra ame, él esté por todo lo que vos quisiéredes.

– Gran cosa sería essa –dixo la infanta Doralice.

– Pues seguidme –dixo la dueña.

Y assí se salió la infanta Doralice tras la dueña del castillo, muy confusa en lo que hazer quería. Y como a una gran sala en que el Emperador dormía, llegaron, junto de su lecho la dueña del castillo se sentó, diziendo a la infanta Doralice que con ella se assentase y, en parte donde él bien entender las podía, se pusieron y la primera que la plática empeçó fue la vieja, diziendo:

³⁹⁸ rezia nos: rezio BA, UV, Maz, S, L, Mu, Y. *Deest folium in M1.*

³⁹⁹ hábito nos: habio BA, UV, Maz, S, L, Mu, Y. *Deest folium in M1.*

– Dezid, señora, cuál razón ay para que vos, amando a un cavallero tan excelente como me avéys dicho, él sea para tan poco en que no os ponga remedio.

– Yo no lo sé –dixo la infanta.

– Pues si le tuviéssedes en vuestro poder, ¿qué haríades d'él?

– No otra cosa –dixo ella–, sino abrille el pecho y sacalle el coraçón, en cuyo lugar tiene aquella que lo estorva que a mí no ame.

– Pues si aquel cavallero, mi huésped –dixo la dueña del castillo–, que en aquel lecho yaze, fuera vuestro amante, ¿qué remedio puedes d'él cobrar, si contra su voluntad aviades de alcançar su amor?

– Sabéys cuál, el que agora os diré –dixo la infanta– y el que él de mí sabrá, si en su lecho me acojese.

A todo esto, nunca el emperador don Roserín dormía, antes estava escuchando to|das [f. 76vb] las razones que las dos señoras comunicavan; y como viesse que la infanta, que él no conocía, con la otra dueña de aquella suerte platicava, y según sus palabras, a su lecho se quería venir, en un punto se levanta de la cama do yazía, assí a escuras como estava, y a una parte de la sala en una ropa de levantar se envuelve; y estando muy quedo, escucha lo que aquellas dos mugeres hablaban, que aunque no las veya, no dexava de conocer ser tales. Las quales, como estuviessen platicando y la vieja fuesse una de las astutas mugeres del mundo y oviesse ya determinado de favorecer aquella infanta que se la avía descubierto y le tuviesse manzilla*, endemás desque supo quién era y cómo aquel que allí yazía en su castillo era el emperador don Roserín, su señor, por tener cuenta con tan grandes príncipes quiso poner toda su sciencia en los juntar. Y fue así que, como ella preguntó qué haría a su amante si en aquella cama le tuviesse, luego le dixo⁴⁰⁰ desta manera:

– Pues hagós^{s4} saber que uno de mis hijos, que agora verná de Constantinopla, que a más andar, después que, señora, venistes a mi castillo, por vos servir es ydo, me ha escrito cómo no a hallado en la corte al emperador don Roserín, el qual es partido tres días há de ay secretamente y no saben adónde.

– ¡Ay de mí, señora! –dixo la infanta– Que si él le hallara o buscara como vos me dixistes que lo avía de hazer, el mensajero que allá embiárades, no dexara de venir él donde yo estava, trayéndole nuevas de la cosa del mundo que más ama.

⁴⁰⁰ dixo Mu, Y: dicho BA, UV, Maz, S, L. *Deest folium in MI.*

– No se ha podido más hazer, como avéys visto –dixo la dueña, señora del castillo– ; por esso yazed en vuestro lecho, que a la mañana, después que un cavallero, que en otra sala acá mandé que alvergassen, al desdichado destotro mi hijo aya curado, yo le rogaré que con el otro, su hermano, al Emperador por todo el reyno busquen.

– Assí me parece que avrá de ser –dixo la infanta Doralice.

Y fingiendo [f. 77ra] desnudarse, en el lecho del Emperador se acostó y la dueña se salió. Pues como el Emperador oviesse sentido y oýdo lo que aquellas dos mugeres avían platicado, dándole un sobresalto al coraçón, aviendo oýdo a la que en su lecho se avía acostado las palabras que con la otra avía passado, con la grande affición que de su señora cobrar y vella llevaba, que todas las cosas haze fáciles, se le representó si acaso ella sería; por lo qual, el más gozoso hombre del mundo, a la cama guía, y muy passo por no alborotar a quien en ella estava, se acuesta. Y como la infanta sintiesse, siendo la cosa del mundo a quien ella más amava, y conosciesse que por miedo de algún engaño del lecho se avía puesto en pie y levantado y agora, forçado de las palabras que ella y la dueña, señora del castillo, avían platicado, a la cama venía, por extremo holgó y, como avisada en su engaño y astucia, más assistió dissemulando con un fingido sueño, el qual ella no desseava. Pues como el Emperador entró en la cama, no ovo entrado quando los hechizos de la vieja empeçaron a obrar en él, y se juntó aquella delicada donzella, siéndolo ella una de las estremadas del mundo, su sospecha tomó por verdadera y, sin dubda, él pensó que era la princesa Florimena, que fuera de algún captiverio en que avía estado, avía⁴⁰¹ salido y agora, queriendo que él solo gozasse de su primera vista, avía embiado en su demanda aquel hijo de la dueña, que con sus palabras avía en su imaginación puesto; y abraçándose con ella, le dixo:

– La mi señora, suplicos^{t4} que me digáys quién soys y por qual razón vos embiáys en Constantinopla en demanda del emperador don Roserín.

– ¡Gran Dios y qué es esto, que soy engañada por alguna trayción que la señora del castillo me ha hecho, quedando en su guarda!

Dezía estas palabras con tantos extremos y delicadeza, a tan veríssimo leal de la princesa Florimena, la infanta Doralice, como aquejlla [f. 77rb] que dello estava bien avisada, que sin dubda al Emperador hizo creer que era ella la que él tanto deseaba; y como la infanta quisiesse más celar su engaño y assí se viesse abraçar del Emperador, le dixo:

⁴⁰¹ avía nos: avi BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

– ¿Y cómo tan gran trayción piensa vuestra madre hazer conmigo, que aviéndome acogido en su castillo, yo sea de vos agora escarnida?

Era tanta la gracia con que esta infanta aquesto dezía, que vencido del desseoso amor que a su señora contino en su memoria representava y agora pensó ser la que en los braços tenía; la qual, como se viesse tratar de aquel que tanto quería, no por esso dexó de dissimular, de suerte que antes que dos horas passassen que juntos yazían, que aquella infanta mora –que tanto avía que tras este cavallero andava– no fuesse dueña, de lo qual quedando ella la más contenta muger del mundo, yazía con él de tan buena voluntad de quanto mala al principio mostrava: de cuya conversación se engendró aquel valeroso infante don Doralice de Arcadia, que tan señalado cavallero en su tiempo fue.

Si alguno me culpare de cómo tan ciegamente este Emperador y tan en breve se creyó ser su señora esta infanta, a esto le responderé que jamás ninguna potencia de amor estuvo en ninguno ocupada, que dexasse de corresponder a aquella similitud con que fuesse conbidada, que no era mucho que un hombre que tanto amava, con las palabras que avía oýdo a estas dos, infanta y dueña, en las quales fingía ser la que él buscava y él, de noche y desseoso de lo que ellas le conbidavan, no le cegassen el entendimiento para que pensasse ser la que él tanto desseava, endemás después que él la trató en la cama y la halló tan delicada y hermosa muger. Pues fue así que ni a él le fue mal ni ella dexó de gozar de quien tanto desseava y tan penada le traía.

Pues como aquel ímpetu oviesse passado y la infanta viesse que el alva venía, que el Emperador sentiría su engaño, de|sta [f. 77va] suerte le dixo:

– Señor cavallero, según vuestras razones, yo tengo por mí que vos pensáys ser yo otra de quien soy y vuestra querida; por lo qual es razón que tal engaño no padezcáys por lo mucho que os quiero y os tengáys por cierto que yo soy hija de la señora deste castillo, que por arte de encantamento supo quién vos érades y, desseosa de que yo y ella gozásemos de tal conbidado por entero, con el fingimiento que oýstes, en vuestro lecho me hizo venir, en el qual ha passado lo que vos sabéys; por cuyo respeto, os suplico que nuestro atrevimiento y engaño perdonéys.

Muy grande enojo rescibió el Emperador de ser engañado y con grande enojo le dixo:

– Ýos^{u4} a la buena ventura, donzella descomedida y dueña mal mirada, que así me avéys querido engañar, que en vuestros días avréys más de mí de lo avido, de lo qual me pesa.

Por cuyas palabras, la infanta Doralice, sin le responder palabra, se levantó, yendo en lo secreto de su corazón la más contenta muger del mundo y comiendo en sí misma cómo haría otra noche otro engaño.

CAP. L⁴⁰². En el qual se dize cómo llegó el gran Navío Encantado a tierra de sus enemigos y cómo todos aquellos cavalleros se repartieron para procurar la libertad de sus amigos.

De la suerte que oys, la infanta Doralice, por industria de aquella señora del castillo, al emperador don Roserín engañó, el qual no fue bien el día venido quando, pidiendo sus armas a Serindo –que bien de mañana estava vestido– y despidiéndose del cavallero herido y de su madre, procuró de se salir de donde aquel engaño le avían hecho, llevándosele consigo mismo; y a más andar se dio priessa a caminar por donde más la voluntad le llevava, lastimándose* mucho del yerro que a su señora avía hecho y [f. 77vb] con la larga ausencia suya y sin saber dónde hallar nuevas della, yva el más congoxado del mundo.

De la suerte que oys, atravesó la mayor parte de la Grecia y Rusia y, entrando en tierra de sus enemigos, a cabo de muchos días como desesperado, yva ya determinado de jamás bolver en su imperio, pues que no hallava a aquella sin quien un punto de vida no quisiera bivar. Desta suerte que oys, caminava este valeroso príncipe, entrado ya por los desiertos de Tartaria, do lo dexaremos por os contar lo que al sabio Atalante con sus cavalleros avino.

Para lo qual, avéys de saber que después que aquellos cavalleros ovieron hallado y conocido a don Claros de Flordelís y a don Finarán el Ligerero, bolvieron adonde al conde don Roldán avían dexado en su lecho, mal lastimado de la batalla que con el Donzel Venturoso avía avido^{v4}; al qual dieron cuenta de la venida de sus sobrinos y de todo lo que avía passado y desta suerte passaron algunos días por su mar adelante, sin saber a qué parte el fiero elephante hiziesse su vía, governado por el saber de aquel gran Atalante, donde a cabo de pocos días, el sabio Malgesi vino, trayendo consigo los cavallos y armas de don Reynaldos y de todos los demás.

Pues un día, antes que el alva rompiesse⁴⁰³, el grande y Encantado Navío en un grande y antiguo puerto, donde una insigne y gran ciudad avía, se detuvo y, estando ya el

⁴⁰² CAP. XLIX BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

⁴⁰³ rompiesse Mu, Y: rompiesses BA, UV, M1, Maz, S, L.

conde don Roldán sano y rezio de su passada batalla, el sabio Atalante llamó a todos los que aquí os contaremos en su encantado castillo, para declaralles la intención de su viaje; los quales eran don Roldán, Aleandro el hermoso, y Malgesi y Ricardo de Ayamonte y Ricardeto de Montalván y don Claros de Flordelis y don Finarán el Ligerero, su hermano, hijos de don Reynaldos, y el conde Galalón y el duque don Estolfo y el hermitaño Paciano y Escardín de Risa y Bisobel de Orlán. Todos los quales, [f. 78ra] como ya se os dixo, o los más dellos, venían en el Castillo Encantado y se avían juntado en el gran navío del sabio Atalante; y desque los tuvo juntos les dixo desta manera:

–Valerosos príncipes y excelentes cavalleros, las cosas que la Fortuna guía y a los mortales acarrea y los peligros y desastres suyos a nosotros venidos, no creáys que son sin la permission del muy Alto Señor, que assí por las buenas obras, mediante su gracia y misericordia, nos da su premio y galardón y por el semejante, por lo que Él es servido, permite para nuestra enmienda y castigo los desastres que en esta vida nos vienen, como a los mayores amigos y señores que tenemos, sin pensallo, los días passados han venido. Porque quiero *que sepáys*, los que no lo sabéys, que algunos dellos que están en fama de muertos, y por tales no los buscáys, no lo son, gracias al Alto Señor, y ay necessidad que agora de presente, pues que aquí tenemos el aparejo en este espejo, teniendo ya quitado el inconveniente de mi contrario y falso Sarraceno, que me lo estorvava y, desque lo ayamos visto y especulado*, lo procuremos por todas vías de remediar.

A todos ellos pareció muy bien lo que el sabio dezía y le agradescieron el cuydado que de sus amigos y parientes tenía. Estando en esto, el grande sabio, abriendo un pequeño libro que en las manos tenía y leyendo una pequeña pieça en él, de repente vieron sobre sí una grande y espessa nube, que todo el gran navío cubrió en un punto; de la qual nube, saliendo unos rayos de bivo fuego y viniendo a dar en el espejo y columna que oýstes, con su arrebatada reberveración, en un punto a los que allí estavan les fue representado un pequeño mundo, que verdaderamente todo lo poblado parecía en sí tener; entre las quales poblaciones, una más insigne que otras de gente bárbara y turcos les amostró, señalándoles con el dedo aquella gran ciudad de Tartaria, donde [f. 78rb] en cierta parte de la ciudad, les mostró una alta y fortíssima torre; y por una de sus ventanas vieron y conocieron claramente a la princesa Florimena y infanta Roselinda, de la qual cosa quedaron muy espantados*, endemás desque conocieron que dos tan señaladas señoras estuviessen en prisión. ¡Qué os diré del sentimiento secreto que el Cavallero de la Dubdosa Demanda hizo de ver a su señora de la suerte que oýs, que a poco estuvo de no morir de pesar!

En otra torre les amostró el gran sabio Atalante al valiente don Reynaldos y al fuerte don Dudón y Aquilante y a Grifón de Mongrana, que con fuertes cadenas a los pies y gargantas cruelmente estaban presos; de lo qual el conde don Roldán y todos los demás se querían deshazer de enojo y, desde don Claros de Flordelís y don Finarán vieron a su padre de aquella suerte, no pudieron estar que no llorassen de pura lástima. En otra población, desta distinta y apartada, les mostró el sabio en una grande huerta que unas fuertes rejas de hierro dentro de un gran muro cercavan, a la reyna Madama Brandamonte y a la infanta Melisandra que, como se os contó, presas estaban.

Y si acaso alguno me culpare en cómo los prisioneros repartidos en poder destes paganos estaban y agora este sabio en estos dos pueblos los mostrava, hágoos saber que, como los jayanes Artadelfo y Galtezino vinieron en Francia, y los otros turcos y señores ordenavan de venir con grande ejército sobre Constantinopla, los prisioneros⁴⁰⁴ truxeron a poder de la emperatriz Ysifilea, aunque se os dixo de antes estar repartidos, salvo que la infanta Melisandra y la reyna Madama⁴⁰⁵ Brandamonte estaban en poder del rey de Siricania, que como se os dixo, a la infanta Melisandra por extremo amava^{w4}.

De la suerte que oýs, el sabio Atalante a estos señores a los presos mostró, de lo qual ellos quedaron muy lastimados*, viendo aquellas personas que tanto querían, en tan crueles [f. 78va] prisiones y que en tanta fatiga se avían visto a cabo de tanto tiempo; por lo qual cada uno, después que supo las tierras y lugares donde ellos estaban, se determinaron de procurar la deliberación de sus parientes y amigos o morir en la demanda y así, por consejo del sabio Atalante, se repartieron de la suerte que⁴⁰⁶ aquí oyréys, prometiéndoles él que allí los atendería con su navío hasta que bolviessen de la ventura en que yvan. Los primeros que tomaron voluntad de yr en la demanda y declararon su compañía fueron don Roldán, Malgesi, y luego Ricardo y Ricardeto y luego el duque don Estolfo y el conde Galalón; y sus sobrinos del conde don Roldán en su hábito de donzellas se acordaron yr por su parte; sólo el príncipe Alejandro no quiso compañía y quedó solo. De todos los quales se os dirá lo que les avino y Escardín de Risa y Bisobel de Orlán fueron por otra parte.

⁴⁰⁴ prisioneros Mu, Y: prisioneres BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴⁰⁵ Madama Mu, Y: Madame BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴⁰⁶ que Mu, Y: quo BA, UV, M1, Maz, S, L.

CAP. LI⁴⁰⁷. En el qual se declara lo que al conde don Roldán y a Malgesi avino en su demanda, después que del Encantado Navío salieron, y cómo el duque don Estolfo y el conde Galalón se tornaron a juntar con ellos.

Avéys de saber que desde todos estos cavalleros del sabio Atalante fueron avisados de cómo los cavalleros que tanto amavan y aquellas señoras, que por muertas tenían, estaban en poder de sus mortales enemigos, informándose bien cada uno por sí de lo que avían de hazer en su deliberación, abraçándose con gran amor, del sabio Atalante se despidieron, prometiéndoles él de les ayudar en sus mayores necessidades, en las cuales se verían más que nunca estuvieron. Y saltando en tierra y armándose de sus armas y don Claros de las de su padre, en el buen cavallo Bayarte, la vía que después se os dirá tomaron; y su hermano [f. 78vb] con el hábito de donzella.

Agora será justo que se os diga del conde don Roldán y de Malgesi, que bien menester se ovieron en este viaje. Todos estos cavalleros se desviaron de aquella gran ciudad, que ya os diximos que en el navío avían aportado*, por consejo del sabio Atalante, donde su grande navío quedó encubierto hasta el tiempo que se os dirá. Agora avéys de saber que el conde don Roldán y Malgesi tomaron la vía de la gran ciudad de Tartaria, que así se llamava, una donde la emperatriz Ysifilea estava, de la qual denominación todo su imperio así se llamava. Entre sí yvan el conde don Roldán y Malgesi determinando cómo ellos podrían entrar en una torre donde don Reynaldos y los demás estaban, sin que de las guardas fuessen ofendidos*, las cuales eran las más bravas y estrañas que jamás tuvieron, como después oyréys. De la suerte que oýs, caminaron cinco jornadas sin que les aconteciesse cosa que de contar sea, llevando todas sus insignias sobre las armas de turcos, a cabo de las cuales a aquella gran ciudad llegaron, donde entraron con la determinación que avían acordado, hasta los grandes palacios en que la emperatriz Ysifilea posava; donde llegando cerca, antes que allá entrassen, oyeron que las guardas que el palacio guardavan, fiera y desatinadamente peleavan y que la gente de la ciudad a los grandes palacios con sus armas, dando grandes alaridos, acudían. La causa de lo qual era que dos fieros jayanes y cien cavalleros avían, en son de mensajeros, en el gran palacio entrado con un anciano viejo y, tomando a la emperatriz Ysifilea, el dessemejado viejo, tornándose un bravo grifo, con sus fuertes uñas⁴⁰⁸ a la delicada señora procurava de llevar por el

⁴⁰⁷ CAP. L BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

⁴⁰⁸ uñas Mu, Y: unas BA, UV, M1, Maz, S, L.

ayre⁴⁰⁹, lo qual las guardas del palacio, que dos mil turcos bien armados eran, con todos los cavalleros de la ciudad guardando la puerta y los jayanes y cavalleros del viejo por la ga|nar [f. 79ra], en muy brava batalla estaban, la qual no fue parte para quel poderoso grifo por cima de todos, con arrebatado buelo, de la gran sala no saliesse, llevándose a la delicada Emperatriz por el ayre bolando, la qual yva dando los mayores gritos del mundo a los suyos que la viessen; los quales con los dos jayanes y cien cavalleros en brava batalla dentro de aquella gran sala quedaron.

En este término, el conde don Roldán y Malgesi a las puertas del palacio llegaron y, informándose de lo que era entre los dos, dexando sus cavallos, acordaron de ayudar a los de la ciudad, para que con tal vía la tuviessen para la libertad de los que buscavan; y, como esto acordaron, echando mano a sus espadas, por entre la gente de la ciudad empieçan a romper, animándolos para la defensa de su señora; todos los quales, como aquellos dos cavalleros viessen con tanto ánimo, les davan lugar, por lo qual llegaron a tiempo que los dos jayanes y cavalleros que con el viejo encantador avían venido, bravamente peleando, infinitos cavalleros tenían por el palacio muertos, no porque –por la mucha gente que se lo defendían– pudiesen tomar las puertas; donde el conde don Roldán y Malgesi contra aquellos bravos⁴¹⁰ jayanes, con valiente ánimo arremeten, viéndolos quán cruel estrago entre todos hazían; y bravamente, cada uno al suyo, empieçan a herir. Pues como los dos jayanes viessen aquestos dos cavalleros que de nuevo contra ellos avían venido, con un muy gran coraje les empieçan a tirar muy crueles y desvariados golpes. En este comedio, era tanta la grita y bozería y la furia con que los unos a los otros se herían y el gran bozear de las mugeres y flacas donzellas, assí del palacio como de la ciudad, que no parecía sino que todo el mundo en brava y final batalla allí estava assonado. Y los cavalleros y jayanes eran tan buenos que los cavalleros de Tartaria muy mal lo passavan y, [f. 79rb] assí, de los unos y de los otros morían muchos y tan sin piedad se matavan, que por remedio y final apartamiento de su batalla avían todos escogido su muerte, endemás desde que los cavalleros de la ciudad vieron a su señora llevar por el ayre.

Pues en este punto, el buen conde don Roldán y Malgesi traían a los dos jayanes tan a maltraer, que les fue forçado bolver las espaldas y entrarse huyendo por otra gran quadra*, que hazia la torre donde don Reynaldos de Montalván y sus compañeros estaban presos guiava; donde llegando a la puerta de una brava y escura escalera –que entrada de la prisión era–, salió un animal tan fiero y dessemejado quanto otro en el mundo no se avía

⁴⁰⁹ ayre Mu, Y: oyre BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴¹⁰ bravos Mu, Y: braves BA, UV, M1, Maz, S, L.

visto, porque él era de la grandeza y estrañedad de la mayor vaca que podía ser, con alas y cuerpo y cola⁴¹¹ de muy brava serpiente y quatro pies con sus uñas, a modo de grifo; el pescueço y cabeça era de cruel serpiente, cuya boca abierta contra los dos jayanes con terrible estruendo arremete, los quales como de don Roldán y de Malgesi huyendo venían y el presente peligro viessen, como mejor pudieron se empeçaron a defender; mas muy poco les valió, porque el bravo animal con su larga y estendida cola dio al un jayán un tan cruel y desatinado golpe que, como ellos estuviessen sin fuerça de la batalla que con el conde don Roldán y Malgesi avían avido, sin sentido ninguno dio con él en el suelo, tal que allí fenescieron sus tristes días. Al otro jayán asió la serpiente con su ancha boca de la cabeça y yelmo y con sus agudas uñas le empeçó a deshazer; como en estos términos, el conde don Roldán y Malgesi vieron la gran serpiente⁴¹² que a los dos jayanes tales parava y que lo mismo dellos haría, de dos fortísimos golpes la hirieron, de suerte que el uno le llevó la una pierna trasera a cercén y el otro, la una de sus estendidas alas, de cuyos⁴¹³ golpes, con el gran dolor, dexando al jayán que hecho pedaços⁴¹⁴ tenía y alçándose [f. 79va] sobre sus tres pies, contra el conde don Roldán, que más cerca della estava, arremete, el qual estendiendo su espada y escudo, el gran animal se metió por ella hasta lançársela por los pechos y entrañas y, herida de la muerte, sobre el conde don Roldán cayó con grandísimo golpe tendida, de la qual cayda, el conde quedó mucho abrumado*, sin poder salir de debaxo della si Malgesi no le ayudara; y salido de debaxo della, dando gracias a Nuestro Señor por le aver así librado de poder de aquel vestiglo* fiero, a su primo Malgesi desta manera dixo:

– Señor primo, según las señas de este animal y entradas desta torre, aquí es donde nuestros amigos están captivos y presos.

– Así me parece a mí –dixo Malgesi–; y pues que la fortuna a permitido que hasta aquí llegemos, no creo yo que esto será sin justa razón, que ya nos tiene prometida la victoria destes renegados perros; y pues aquí estamos, pugnemos de entrar dentro, que desde allá seamos, como nos subscediere, tomaremos el consejo.

– A esso venimos –dixo el conde don Roldán–, y será bien que lo pongamos por obra; por esso, seguidme.

Y diziendo esto, por la obscura escalera de la fuerte prisión, el uno tras el otro empeçaron a entrar, donde no ovieron baxado hasta veynte gradas, quando por un pequeño

⁴¹¹ cola Mu, Y: cosa BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴¹² serpiente Mu, Y: sepiente BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴¹³ cuyos Mu, Y: cuyas BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴¹⁴ pedaços nos: pedaças BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

resplandor que por una finiestra entrava, se hallaron delante de unas fuertes y bien chapadas puertas de hierro, cuya guarda eran dos cavalleros centauros de la más brava catadura y grandeza que hallarse podían; los quales, como a los cavalleros vieron, en un punto con dos anchos cuchillos de azero contra ellos arremeten y con tanta furia se empeçaron a herir que en muy grande aprieto los dos cavalleros, que cansados venían de las batallas passadas, se vieron; mas como aquellos que tan estremados eran no dexaron de herir a los dos gigantes centauros, de suerte que bien cedo les hizieron tener algún temor de osar a [f. 79vb] ellos llegar; mas no porque dexassen de les arrojar muy bravos golpes con sus anchos y azerados cuchillos, que muy mal dellos se sentían. Mas como el conde don Roldán viesse que estava en parte donde sólo su esfuerço* avía, con la ayuda de Dios, de ser su propia libertad y la de sus amigos, con furiosa yra, al sátiro^{x4} que con él peleava, arrojó un fiero golpe y tal que, alcançándole por uno de los ombros, hasta la cinta le abrió; el qual en esse punto cayó tendido en tierra, dando fin a su bestial vida. Pues como el otro fiero y dessemejado sátiro a su amigo viesse en tierra, al conde don Roldán –dexando a Malgesi– arremete y, asiéndole con las dos manos de hombre, con grandíssima fuerça le empeçó a apretar y, huyendo por una obscura ronda que al castillo cercava, con él abraçado, empeçó de correr sin él ser parte ni Malgesi de se poder librar, de lo qual fueron muy congoxados y mucho más Malgesi que, como aquello viesse y que de nuevo se avía de poner en cuydado para la libertad del conde, que llevar al centauro vido, con gran angustia empeçó a caminar tras el centauro que le llevaba.

En este comedio estavan que oýs los negocios del conde don Roldán y Malgesi, quando llegaron a la ciudad el duque don Estolfo y el conde Galalón, que sin embaraço avían caminado hasta allí; donde llegando a los grandes palacios y oyendo y viendo lo que passavan los de la ciudad con los del viejo encantador, en un punto allá guían y, entrando dentro como mejor pudieron, pensando que los cavalleros y gente de la ciudad con alguno de sus compañeros que por librar los presos venían, peleavan, contra toda la multitud de los turcos en unos grandes corredores, echando mano a sus espadas, arremeten por favorecer a sólo doze cavalleros que de los jayanes avían quedado.

Pues como de nuevo los cavalleros de la ciudad viessen a estos dos cavalleros venir, contra ellos arremeten y [f. 80ra] los empieçan a⁴¹⁵ herir tan bravamente, que se vieron aquí el duque don Estolfo y el conde Galalón en el mayor⁴¹⁶ aprieto que en sus días en tal no se vieron; mas como aquellos que de valientes ánimos eran, no por se ver en tal

⁴¹⁵ empieçan a, Mu, Y: empieçava BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴¹⁶ mayor Mu, Y: muyor BA, UV, M1, Maz, S, L.

aprieto desmayaron; mas ¿qué les vale?, que lo avían con más de veinte mil cavalleros y con toda la otra gente que de la ciudad en los palacios entrar podían. Fue tanta la furia con que a los dos cavalleros y a los del jayán acometieron que a todos los de los jayanes cruelmente dieron la muerte; pues como el duque don Estolfo y el conde Galalón se vieron en tanto aprieto, con ánimo se empezaron a retraer por aquella quadra* que os diximos que el conde don Roldán y Malgesi avían entrado, donde los cavalleros de la ciudad no dexavan de los seguir bravamente hiriéndolos, hasta tanto que por cima de unas grandes rejas, que unas lumbreras cerravan hasta un gran callejón, que otra⁴¹⁷ entrada de la torre era, los metieron, donde no ovieron bien entrado, quando de la obscura entrada dos bravos toros, con furiosa carrera, a los cavalleros que hazia la cueva venían arremeten y, como el duque don Estolfo y el conde Galalón sintiessen detrás de sí ruydo, con gran destreza bolviendo la cabeça, a una parte se apartaron y los dos ligeros toros, en los que los seguían se meten, hiriendo con sus agudos cuernos a quantos topavan, y al que derecho golpe alcançavan, no avía menester maestro; aquí fue el alboroto y gritos tan grandes, que unos a otros no se entendían. En este punto, el duque don Estolfo y el conde Galalón, viendo aquella entrada, que era una de las dos que a la prisión entrava, según que el sabio Atalante les avía dicho, hazia ella guían y, como viessen tan buen aparejo para la entrada, que por dubdosa tenían, entrando hazia abaxo quanto cien passos, se hallaron en una cueva que a la redonda de la torre, por debaxo de tierra passava, en [f. 80rb] la qual no ovieron bien entrado, quando con grande ruydo, sintieron venir al gran sátiro que al conde don Roldán en los braços traía y, como ellos llegaron, el desemejado⁴¹⁸ centoro^{y4}, de⁴¹⁹ las heridas que el conde con una daga le avía dado, cayó en el suelo muerto y, soltando al conde don Roldán, él se descabulle* y tornando a tomar su espada, al duque don Estolfo y al conde Galalón, que al ruydo dellos venían, empezó reziamente a herir. Pues como ellos se viessen assí acometer sin se conoscer los unos a los otros y Malgesi, que en este punto allegó, se empieçan muy bravamente a herir; y como fuessen tan estremados y en aquellas oscuras cuevas se viessen metidos, pensando cada uno ser guardas de la fuerte prisión, con valiente ánimo pugnava de sobrepujar a su enemigo.

Era tanta la fuerça de los bravos golpes que todos quatro se davan, que no parecía sino que toda la ronda del castillo se hondía, por lo qual los bravos toros –que oýstes que a los palacios avían salido– aviendo hecho cruel estrago en sus propios cavalleros y ellos,

⁴¹⁷ otra Mu, Y: otro BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴¹⁸ desemejado Mu, Y: dessemjado BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴¹⁹ de las heridas Mu, Y: las heridas BA, UV, M1, Maz, S, L.

por su temor, aviéndoles cerrado las puestas de la gran sala, al gran ruydo que los cavalleros traían, acudén y, entrando por la boca de la cueva hasta donde los cavalleros peleavan llegan; y como la ronda del castillo fuesse tan angosta, *que* más que ellos pareados caber no podían, y viniessen furiosos, a todos quatro echaron por tierra, de la qual cayóda, no lo passaron muy bien. En esto el buen conde don Roldán, que hazia la vanda* que ellos avían passado más cerca estava, viéndose assí tratar, dixo:

– No podría tanto la Fortuna hazer, que a estos fieros animales no me dome yo, como a los que otra vez yo amansé, quando los dientes de la brava serpiente sembré por tierra, por tanto, señor primo⁴²⁴, hazé⁴²⁵ rostro a esos cavalleros, que yo me averné con estos animales.

Como esto el duque don Estolfo y el conde Galalón oyessen, bien conocieron ser estos [f. 80 va] don⁴²⁰ Roldán y Malgesi y ellos, que en tal aprieto se vieron, sin se⁴²¹ detener en muchas razones les dixeron:

– ¡A ellos, señores cavalleros, que todos seremos en os ayudar o morir con vosotros!

En esto, los bravos toros bolvían y el conde, que por algunas pequeñas rejias que del patio entravan con alguna luz venir los vido, apartándose a una parte, antes que el uno llegasse, *que* más delantero venía, le dio un tan gran golpe por cima de las rodillas, que entramas piernas de cercén le llevó y en este instante el toro cayó en tierra; y el otro, como venía desapoderado*, dio sobre él tan gran cayóda, que bien tuvo lugar el duque don Estolfo, que más cerca estava, de le alcançar una grande cuchillada por cima del pescueço, que hasta la mitad se le cortó, donde ante que se levantasse, entre todos quatro le pararon tal que con su compañero quedó allí muerto, de lo qual los cavalleros quedaron muy alegres. Y allí se hablaron y, abraçándose, se dieron cuenta de lo que avían passado y como avían entrado sin defendérselo ninguno de los del palacio; y muy espantados* de la rebuelta del palacio, sin saber por qué era, se acordaron de tornar cada dos compañeros como venían a su puerta, con intención de morir o librar a sus amigos; y assí se apartaron el conde don Roldán y Malgesi y el duque don Estolfo y Galalón y se os dirá lo que les avino.

CAP. LII⁴²². En el qual se dizen las bravas y espantables* batallas que el conde don Roldán y Malgesi en la entrada de la prisión passaron.

⁴²⁰ don Mu, Y: don don BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴²¹ se, Mu, Y: le BA, UV, M1, Maz, S, L.

Avéys de saber que como el conde don Roldán y su primo Malgesi se apartaron del duque don Estolfo y del conde Galalón, el conde don Roldán dixo a Malgesi:

– Señor primo, pues ya sabéys que por consejo del sabio Atalante emos de seguir esta aventura de dos en dos, yo os [f. 80vb] suplico que no nos apartemos por cosa que nos avenga.

– Assí lo llevo determinado– dixo Malgesi.

Y hablando del modo que se avían de aver en las batallas, que ya sabían con quién las avían de aver, llegaron a la gran puerta de hierro que a los dos centauros de primero avían hallado y como aquellos que no querían padecer punto de tardança en sus batallas, con grandes porrazos con los pomos de las espadas a las puertas llaman, a los quales de dentro, con una boz espantable*, que del infierno parecía ser pronunciada, oyeron que así dezían:

– ¿Cuál es aquella malaventurada criatura *que* sin la señal acostumbrada a nuestras puertas osa llamar?

Y el conde don Roldán le dixo:.

– Diabólica fantasma, quien quiera que tú seas, abre y allá dentro te diremos quién somos y lo que buscamos.

En este instante las fuertes puertas fueron abiertas, donde hallaron un bravo jayán que con una fuerte porra de azero en la mano estava atendiéndolos y con la otra mano tenía por la traylla un espantable* león; era tan horrible y de tan fiera catadura el bravo jayán con su cruel compañero, que muy pocos fueran los cavalleros que de sola la vista no tuvieran muy grande temor.

Pues como el bravo jayán, por la luz que de las finiestras que por el aposento suyo salía, viesse aquellos dos cavalleros, en un punto a su bravo compañero soltó y el jayán contra el conde y Malgesi se vienen; el bravo león, que más ligero era, se adelantó del jayán y, llegando a Malgesi, sus fuertes uñas y descompassados dientes en el escudo, con que se mamparó, hecha y sacándosele de las manos, en muy breve espacio⁴²³ le hizo pedaços, no porque desta vez se salió el león⁴²⁴ tan limpio de entre manos de los dos cavalleros, que de dos heridas no fuesse bien lastimado. En estas bueltas, llegó el bravo jayán Vestiglón, que así se llamava, y con su pesada porra arrojó un golpe al conde que a

⁴²² CAP. LI BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

⁴²³ espacio Mu, Y: espacia BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴²⁴ león Mu, Y: leo BA, UV, M1, Maz, S, L.

rescebirle salía, que si d'él no se guardara con su acostumbrada [f. 81ra] ligereza, no le fuera muy bien d'él y, descargando sobre unas grandes losas, que el umbral de la puerta estava losado, fue tal que, abriendo una por medio, la pesada porra por ella se metió, de suerte que no la pudo sacar. En este punto, el conde don Roldán le dio un tal golpe por el un costado, por donde las armas eran de cuero y flaco, que con la fuerça que en el herir puso, el jayán hasta las entrañas cayó abierto en tierra, donde por la cara, que desarmada tenía, el valiente conde le acabó de matar y, bolviendo la cabeça hazia donde Malgesi con el león batallava, los vido al uno con el otro abraçados, como si dos cavalleros fueran, y como el león tuviesse más pujança que Malgesi, dio con él en el suelo y asiéndole con los agudos dientes del azerado yelmo, se le sacó de la cabeça; donde en este comedio, viendo el conde a su primo en tan gran aprieto y que el león le tenía debaxo, arremetió a él y como sus golpes, quando estava lleno de yra, fuessen desapoderados*, tal lo fue éste que, alcançando al león por encima de los lomos, le partió por medio, y así el medio cayó a una parte y el otro medio, a la⁴²⁵ otra y Malgesi quedó libre del gran peligro en que se avía visto y en extremo espantado* de los desvariados hechos que les acaecían y, abraçando de nuevo a su primo, cobró su yelmo y tornándosele a poner, al gran carcelero que muerto yazia le quitaron las llaves que en la cinta tenía y, llegando a una pequeña puerta que en una forma de callejón –en que el jayán y su león estaban– se hazía, provando las llaves que el jayán tenía, abrieron y, entrando dentro por una bóveda adelante harto oscura, los dos primos empeçaron a caminar hasta que a cabo de una pieça se hallaron en una quadra*, tan grande como veynte passos, tan húmida y fría que parecía penetrar las entrañas, en la qual como llegaron –según las señas llevavan–, bien conocieron ser donde don Reynaldos estava [f. 81rb] con sus compañeros y llegando junto a la entrada, bien oyeron los grillos y cadenas que los prisioneros tenían, aunque no los vieron por la grande obscuridad. Y como el conde don Roldán dentro entró, con voz que denotava la piedad que a los que dentro estavam avía, dixo:

– ¿Quién yaze allá dentro en esta prisión?

A estas palabras, el bueno de don Reynaldos, que dentro de una argolla de hierro estava, dixo:

– Quien les sería muy mejor partido la muerte que la vida, para remedio de tantos males como aquí se padescen.

⁴²⁵ a la otra Mu, Y: al otra BA, UV, M1, Maz, S, L.

No pudo estar el conde don Roldán tan sin piedad, conociendo en este punto a su buen primo por la voz, que saltándosele las lágrimas de los ojos, no mostrase crecida compasión de así le hallar y, llegándose al tino* de la voz, más cerca le dixo:

– Dezid, cavallero, ¿quál remedio os consuela a vos en tan fiera prisión *que* baste para dexaros con vida?

– No otro, por cierto, sino la esperanza *que* tenía en tan valeroso esfuerço* como el vuestro –que como al conde don Roldán más cerca de sí oyó, bien pensó ser él–; por tanto, aunque padezca cosa fuera de términos, de razón ser vos quien yo pienso, os suplico me digáys *quién* soys.

A estas palabras, ya no pudo el buen conde suffrirse que a su buen primo no se diese a conocer, ca le abraçó juntamente con Malgesi que junto estava y, dándosele del todo a conocer, el bueno de don Reynaldos quedó el más consolado hombre del mundo, y con voz más⁴²⁶ recia, que su flaqueza devía, le dixo:

– ¡O, los mis verdaderos primos y señores! ¡Quánta razón tenía yo de pensar que a cabo de tanto tiempo no me avía de venir a mí este bien sino por vosotros!

Y llorando todos, casi sin sentido estavan de plazer de se ver juntos, dándose cuenta, aunque por sumas, de su penada vida. En esta, a la otra parte de la quadra* de la prisión, el conde don Roldán y Malgesi se oyeron nombrar diziendo así:

– Valeroso conde, no será razón que a los afligidos coraçones, que tan|to^{b5} [81va] os quisieron, dexéys de consolar en tan gran nescesség, por tanto llegaos acá, donde tantos días há que os desseamos.

– Justo es, señores y hermanos míos –dixo don Reynaldos–, no dexéys de consolar a nuestros buenos amigos Aquilante y Grifón de Mongrana y al bueno de don Dudón, que conmigo tan lazerada vida tantos días há que padecemos.

En esto el conde don Roldán se llegó a ellos y, abraçándolos, de gran lástima que ovo de hallarlos así, así él como Malgesi, con ellos lloravan. Luego con las llaves que traían, empeçaron a abrir los fuertes candados que las gruessas⁴²⁷ cadenas con que ligados estavan, cerravan y, asiendo de las manos a todos quatro, los sacaron a aquella parte que el fiero carcelero con su león muertos yazían. Donde viendo alguna pequeña luz que allí avía, hincándose de rodillas, dieron muchas gracias a Nuestro Señor, que tantos días avía que no la avían visto, que medio ciegos de la prisión salían y, viendo los bravos golpes que el

⁴²⁶ con voz más recia, Mu, Y: con voz recia BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴²⁷ gruessas Mu, Y: gressas BA, UV, M1, Maz, S, L.

jayán y el león tenían, por extremo loaron a los cavalleros que los avían dado. En esto don Reynaldos dixo:

– Señores, ya veys la merced grande que Nuestro Señor nos ha querido hazer en libramos de poder destos descreydos paganos; justo será que procuremos dar libertad a los que con nosotros, según soy avisado, días há que estos perros prendieron, para remedio de lo qual es menester que procuremos armas para todos y yo llevaré esta porra que deste jayán era con su capellina, con juramento de cavallero de morir o hazerles con ella que compren caramente lo que nos han hecho padescer.

– Señor primo –dixo el conde don Roldán–, bien será que así se haga, mas sabed quel sabio Atalante, que cerca de aquí nos atiende, nos avisó de suerte que a vosotros, señores, y a todos los demás librássemos y no penséys que venimos solos, que en vuestra demanda vienen vuestros dos hermanos y hijos –que ya armamos [f. 81vb] cavalleros– y el duque don Estolfo y el conde Galalón, que después que de Francia salistes, ellos andan en vuestra demanda, y el valiente príncipe Alejandro; y en la demanda de la princesa Florimena y de la reyna de Cerdeña, vuestra hermana, y de la infanta Roselinda, vuestra sobrina, y de la infanta Melisandra, todas las quales han sido cautivas después que vosotros, señores, lo fuystes.

– Assí me parece –dixo el buen don Reynaldos– que ha passado, mas yo no era informado de más de mi hermana y pues por consejo de esse buen sabio Atalante, tantos cavalleros son venidos en demanda nuestra, yo bien creo que no dexarán de alcançar lo que todos desseamos y mucho más huelgo que mis hijos ayan tomado la orden de cavallería y en tiempo que tanta nescessidad todos de ellos tenemos y de los demás. Y pues que así es, procuremos de salir de donde estamos, que desque seamos allá fuera, haremos lo que somos obligados.

– Bien me parece que así se haga –dixo Malgesi–, mas primero es razón que comáys y ayáys armas, porque no penséys que tan ligeramente lo avéys de aver y, aunque yo tenía propuesto de seguir las armas y dexar las letras, quiero por agora tomar cargo de os traer el recaudo que más avéys menester; y en este comedio, vernán el duque don Estolfo y el conde Galalón, que no estarán de vagar donde fueron, y todos juntos saldremos para procurar de libertarnos a nosotros, pues el sabio Atalante no nos dio más licencia de la que tenemos.

Y luego, llamando uno de sus familiares, le mandó traer armas para aquellos quatro cavalleros y de comer y que tuviessen sus cavallos y otros quatro, los mejores que en el

palacio hallassen, guardados hasta que ellos saliessen; todo lo qual fue luego bien proveýdo.

Do los dexaremos armados y descansando, contándose lo que después que estavan presos avía acontecido y de cómo el emperador Carlo[magno] [f. 82ra] estava en Grecia y cómo avían hecho emperador al infante don Roserín de todo lo qual mucho holgaron y los dexaremos reposando y comiendo, por os contar lo que al duque don Estolfo y al conde Galalón por la otra puerta de la prisión avino.

CAP. LIII⁴²⁸. En el qual se declara lo que al duque don Estolfo y al conde Galalón en la entrada de la torre les aconteció y cómo también llegaron a la torre los dos hermanos Ricardo y Ricardeto y también el valiente Aleandro y de lo que allí les avino.

Avéys de saber que después que el duque don Estolfo y el conde Galalón, del conde don Roldán y de Malgesi se apartaron, que llegaron a una fuerte y bien chapada puerta de hierro, que como la otra del otro apartamiento de la prisión cerrava, donde llamando reziamente con los pomos de las espadas, sin les responder palabra, sintieron que de unas grandes cadenas, por detrás de ellos, una puente de madera sobre que ellos estavan, alçavan y, queriendo tomar aviso de lo que era, no pudieron tan presto hazello que primero, sin se poder a ninguna cosa tener, una gran caýda, asido el uno al otro, no diessen en una forma de çaguán, que como el de la otra puerta, allí se hazía, donde otro cruel carcelero yazía, que una gran rueda bolcando estava, con la qual la puente que oýs, avía levantado; junto a él estava un valentissimo tigre echado⁴²⁹, tan grande quanto jamás ninguno de los cavalleros avía visto. Este cruel carcelero, que Dragontino se llamava, no era jayán, mas era de estatura del más alto cavallero que hallarse podía, armado de unas fuertes hojas de azero, que bien denotavan con su fortaleza la que su dueño tenía, el qual como a los dos cavalleros armados vido y que [f. 82rb] del suelo se levantavan con sus espadas en las manos, desta suerte dixo:

– Dezid, malaventurados de vosotros, ¿por cuál razón no⁴³⁰ os quitaron las armas los que los bravos toros ligaron para os meter acá dentro?

⁴²⁸ CAP. LII BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

⁴²⁹ echado Mu, Y: echando BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴³⁰ razón no os quitaron Mu, Y: razón os quitaron BA, UV, M1, Maz, S, L.

– Porque *con* ellas te hemos de mostrar cómo no fueron parte ellos para nos las quitar –dixo el duque don Estolfo.

– Luego, ¿no venís presos como mi señora la Emperatriz suele a otros mandar aquí meter?

– No, pues que venimos por nuestra libertad y a dalla a los que acá están –dixo el conde Galalón.

– ¡O, divinos dioses! ¿Y qué poder, sin el vuestro, bastó a sojuzgar los bravos toros que el sabio Sarraceno para guarda desta mi puerta puso y sin mandamiento de mi señora, la emperatriz Ysifilea, metió aquí cavalleros armados? Mas en paga de tal atrevimiento, yo haré que compréys caro lo que por tan barato tomáys vosotros.

Y diziendo esto, a su fiero tigre hizo la señal que acostumbrava, el qual no fue perezoso en tal menester que alçándose en sus ligeros pies, contra los dos cavalleros arremete, a los quales no halló perezosos en tal menester, antes con buen coraçón le aguardaron y, llegando cerca, cada uno por su parte, con mucha ligereza apartándose, le hirieron el uno de una punta y el otro de un bravo golpe, de las quales heridas, sin poder a ninguno dellos alcançar, quedó herido en el suelo de muerte, de lo qual el bravo Dragontino fue de pesar lastimado* y, arrancando de un ancho cuchillo *que* en la cinta tenía, con una furibunda saña a ellos arremete y, alcançando al conde Galalón un bravo golpe por cima de un hombro, le hizo una mala herida.

En este comedio, el duque don Estolfo le hirió de una punta por baxo de la ingre hazia arriba, que le metió la espada hasta las tripas, de la qual herida Dragontino fue muy lastimado y, dando crueles bramidos, renegando de sus dioses, al duque don Estolfo, antes que d'él se descabullesse*, dio una *gran* herida en el braço del escudo, que ha[sta [f. 82va] en los huessos le lastimó y fue tal que el escudo se le cayó de las manos; mas el conde Galalón, que por su herida estava lleno de coraje, de toda su fuerça le dio al través de la vista un golpe que, quebrándole una pieça que por visera tenía, le llevó las narizes y boca al suelo. Pues como el bravo Dragontino se sintiesse de tal suerte tratar, al conde Galalón, que más cerca estava, arrojó una cuchillada que, alcançándole por cima del yelmo, sin ningún sentido, con una mala herida en la cabeça, dio con él a sus pies, de lo qual el duque quedó muy lastimado* por ver a su compañero de tal suerte y, antes que el cuchillo en alto tornasse a alçar, le dio un golpe por entrambas muñecas en descubierto, que assí las manos como el cuchillo vinieron a tierra. Y desde se vido Dragontino tan lastimado, con una brava voz que parecía todo aquello hundir, al duque don Estolfo arremete y, abraçándose con él, el uno con el otro vienen a tierra, cayendo el duque debaxo, donde si el fiero

pagano tuviera manos, sin dubda le oviera muerto; mas con los dientes le asía el yelmo y armas tan bravamente que los pedaços se llevaba. En este comedio⁴³¹, se levantó como mejor pudo el conde Galalón y, yendo sobre el bravo Dragontino, que al duque tenía debaxo, le metió la espada por el un costado, donde las armas juntavan por debaxo, por dos o tres vezes, que de las heridas el fiero portero quedó muerto y el duque, libre, debaxo d'él y tan cansado que apenas podía de debaxo salir. Mas el conde Galalón le ayudó a levantar y el uno al otro empeçaron, dando gracias a Dios por los aver librado de tan grande peligro, a se atar las heridas, que eran tales que aun para se menear, no tenían casi poder; mas como fuessen de valerosos coraçones, tomando las llaves al fiero Dragontino, que en la cinta tenía, una puerta pequeña por donde luz entrava, abrieron, donde de una grande huerta que allí se [f. 82vb] hazía, les entró abundancia de luz para poder bien verse y en medio de la huerta vieron una pequeña casa, que de hierro era hecha, dentro de la qual estava un anciano cavallero que por su rostro desmostrava ser de alta guisa; y desque los cavalleros le vieron, llegándose cerca, le saludaron muy cortésmente y el anciano viejo a ellos, en lengua pérsica, les bolvió las saludes. Ellos le preguntaron quién era y la causa de su prisión y él, como reconoció ser estrangeros y los que le devían aver dado libertad, según mostravan sus heridas que contra voluntad de las guardas avían entrado, les dixo:

– Valientes cavalleros, según la necessidad que vuestras heridas manifiestan tener de cura, muy mejor sería, si soys servidos, de me sacar desta prisión en que estoy –si para ello acá entrastes–, que no daros yo cuenta de lo que me pedís, y permitir que de mí seáys curados y después podéys saber bien lo que me demandáys.

– Bien me parece que así sea –dixo el duque don Estolfo–, que aunque no os conoscemos y acá dentro por vos no entramos, con vuestras palabras y gesto nos days a entender que todo el servicio que os hiziéremos será bien empleado.

Y diziendo esto, entre otras llaves que traían, la de la rexa en que el cavallero estava abrieron y él, hincándose de rodillas delante dellos, les besava los pies y las faldas de la loriga, por tan gran bien como le avían hecho. Al qual los cavalleros levantaron de tierra y el anciano cavallero les rogó que se dexassen apretar las llagas, para lo qual fue necessidad de se quitar algunas pieças de las armas y el buen viejo, quitándose una almalafa* que vestida tenía, de tafetán blanco, aunque vieja, la hizo tiras y les tomó las heridas con ella, apretándose las lo mejor que pudo y, tornando⁴³² a su prisión en que avía estado, sacó algunas passas y vizcochos, que en esta miserable vida solían poner sustento,

⁴³¹ comedio Mu, Y: comedido BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴³² tornando Mu, Y: tornaddo BA, UV, M1, Maz, S, L.

de lo qual comieron [f. 83ra⁴³³] los cavalleros, que les fue harto provecho y, tornándose a armar, por la huerta que oýs, empeçaron a andar para procurar la salida y buscar a sus amigos que presos allí tenían.

En este comedio, yendo tan cansados y dessangrados, par de una clara fuente que en la huerta se hazía, do todos tres se sentaron, porque ya de desmayados no podían adelante passar y medio muertos en el suelo se tendieron; por lo qual el anciano viejo se empeçó a cuytar y, echándoles agua de la fuente por la cara, en un punto los vido levantar como unos gamos y el uno al otro reziamente herir, de lo qual el anciano viejo tomó gran pesar y, metiéndose como mejor podía entrellos, los pugnava por desviar. En este desastre que oýs, el duque don Estolfo y el conde Galalón estaban, hiriéndose el uno al otro tan bravamente que no parecía que herida ninguna tuviessen y, viendo el anciano viejo que despartillos no podía, llorando de pura lástima, a una parte se aparta.

En esta hora, Ricardo de Ayamonte y Ricardeto de Montalván, que avisados de lo que avían de hazer por el sabio Atalante venían, a una puerta del cerrado jardín llegaron, donde hallaron por guarda un bravo y espantable* cavallero y tal que no se hallara en el mundo otro más fiero ni dessemejado. Y quiero que sepáys que este era de la casta y naturaleza de aquellos dos que el conde don Roldán en el huerto de la Falerina mató, que de la sangre dellos cada vez se multiplicavan otros dos⁶⁵; pues avéys de saber que todas estas guardas que oýs, la emperatriz Ysifilea avía allí puesto por guarda de los presos y por consejo del sabio Sarraceno, que los avía allí traýdo por servilla, porque le avía dicho que por su saber alcançava que se los avían de llevar de su propio palacio, si no los guardava con grande recabdo; y por esto hizo él tales encantamientos en esta guarda, que las damas estaban presas, que si él no muriera, no fuera bastante nin|gún [f. 83rb] esfuerço* humano para las librar, según de todos con su saber se aventajava.

Pues avéys de saber que como los dos valientes hermanos a la puerta de la huerta llegaron, según venían avisados de que al gigante no sacassen sangre, a él sin le hablar, arremeten; el qual como venir los vido, sin se mover de los umbrales de la puerta, con una cimitarra en sus manos valientemente los atiende. En este punto llegaron los dos hermanos sin lanças y con los dos escudos en sus manos en lugar dellas, de los pechos de los cavallos y escudos le encontraron tan fuertemente, pensando de le atropellar y dar con él en tierra, todo lo qual fue al revés, que topando en él, assí bolvieron los cavallos atrás, como si en una roca ovieran topado, yendo el cavallo de Ricardeto la cabeça en dos partes de la

⁴³³ 83 nos: 84 BA (*a manu correctum*), UV, M1, Maz, S, L.

cimitarra que el jayán tenía y, cayendo en el suelo, lo⁴³⁴ mejor que pudo salió d'él y, tornando con grandíssimo coraçón contra el bravo jayán, él y su hermano, que apeado se avía, con él se abraçan, pugnando por le asir de la cimitarra; mas como el fiero y cruel jayán tuviesse tan crescidas fuerças, soltando su cimitarra, los asió con los braços y alçándolos del suelo como a dos niños, los empeçó fuertemente apretar, de suerte que casi todo el haliento les hazía perder. Pues como Ricardeto se viesse en grande necessidad y le oviesse quedado el un braço fuera, echando mano a su daga, sin tener acuerdo de cómo no le avía de herir, se la metió por debaxo del sobaco; de la qual herida le empeçó a salir gran abundancia de sangre, la qual no ovo bien en tierra cayódo, quando como espuma empeçó a hervir y en un punto se formaron otros dos jayanes del mismo compás y grandeza que el otro era y, con otras cimitarras, a los dos cavalleros, que el jayán avía por el dolor de la herida soltado, empeçaron a herir muy brava y desatinadamente.

Ya podéys ymaginar [f. 83va] el peligro en que estos dos buenos hermanos estarian, viéndose herir de dos tan crescidos vestiglos* y no tener más armas de sus escudos para se defender y offender, que las espadas no osavan sacar, los quales por postrer remedio de su vida, tomaron de⁴³⁵ juntarse a la puerta de la huerta y con el alto muro, algún tanto defenderse; pues era tanta la furia con que los jayanes los herían que, no pudiendo suffrirse, echaron mano a sus espadas y fuertemente los empieçan a herir, rescibiendo los golpes en ellas y dándoselos, de suerte que las cimitarras pudiesen⁴³⁶ cortar y no los hiriessen, los quales como viessen que estos dos cavalleros se les defendían, el primer jayán les arrojó tan desvariado golpe, bolviéndose hazia la puerta, que alcançando en ella tan terrible porrazo, la una de las dos, por medio hendida, la derribó a tierra, lo qual no ovo bien hecho, quando della salió un grande y espantable* dragón, que contra un gran cavallero, que en este punto a la puerta llegava encima de su cavallo, arremetió. Y avéys de saber que éste era el valiente Aleandro que, como oýstes, solo del Navío Encantado salió, y caminando con el gran desseo que de ver y libertar a su señora traía, errando el camino de la ciudad, el del grande bosque, que a ella estava pegado, tomó y llegó a tiempo que el bravo dragón, alçándose sobre sus grandes alas, por la puerta salía en busca de los dos cavalleros que a los jayanes herían, los quales se avían apartado juntos hazia unos grandes árboles que en la huerta avía, defendiéndose de los tres bravos jayanes, sin osar ofenderles; y como el dragón al cavallero tan cerca de la puerta vido, pensando ser

⁴³⁴ lo mejor Mu, Y: mejor BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴³⁵ tomaron de Mu, Y: tomaron juntarse BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴³⁶ pudiesen Mu, Y: pudiesse BA, UV, M1, Maz, S, L.

el que la puerta avía rompido, a él con bravo coraje arremete, de cuyo⁴³⁷ espanto, el cavallo empeçó con tanto miedo a huyr que a bien ni a mal le podía el cavallero bolver y, teniéndose que por falta de su cavallo no le alcançasse el dragón y le viniessen algún peligro, por medio de la [f. 83vb] cabeça le dio con su escudo tan gran porraço que, desatinado, le hizo venir luego al suelo, y saliendo d'él ligeramente, con grandíssimo esfuerço* que él avía y con la lança, hincando el cuento en tierra, al fiero dragón atiende, el qual no tardó, que llegando por asir al cavallero, muy desatinado se metió por la lança, acertándole por los pechos hasta passarle por cima de los lomos y, con increíble presteza al valiente úngaro atropelló, que no se pudo aguardar d'él; mas como fuesse uno de los bivos y animosos cavalleros de su tiempo, no estuvo mucho en se levantar y, echando mano a su espada, al dragón que ya bolví, atiende, el qual como estava atravessado con la lança, no traía tanta furia como de primero, mas no por esso dexó de venir sobre él, alçado en el ayre con sus alas y, abatiéndose, el valiente Aleandro alçó el escudo quanto más pudo, en el qual el fiero animal echó las uñas y boca y, sacándosele de las manos, se desvió, cevado en él, a una parte, pensando que aquel fuesse el que le avía herido. Pues como el Cavallero de la Dubdosa Demanda viesse que el fiero animal en su escudo estava embevecido*, por detrás le dio tan fiero golpe que por cima de una corva le cortó a cercén la pierna, de cuyo dolor, el bravo serpentino dio un fiero bramido y, queriéndose bolver sobre el cavallero, por la falta de la pierna, dio en tierra muy gran caýda, donde con valiente esfuerço* el Cavallero de la Dubdosa Demanda le acabó de matar y, dando gracias a Nuestro Señor, hazia la puerta del cerrado bosque camina, donde en entrando, oyó reziamente golpear a los tres jayanes y dos cavalleros y, como con más atención llegándose cerca, mirasse, conoció ser sus amigos Ricardo de Ayamonte y Ricardeto de Montalván, que bravamente contra aquellos jayanes batallavan; y como los viesse en tal aprieto, no tardó en los ayudar y, llegándose al uno de los jayanes, le dio al través del cuerpo por cima de una cadera, que como no [f. 84ra] truxesse armas ningunas, salvo su cimitarra, le cortó hasta lo⁴³⁸ hueco de las tripas y, dando con él en el suelo, al punto otros dos se formaron de la mesma grandeza y fiereza que lo eran los otros, de lo qual quedó el Cavallero de la Dubdosa Demanda muy espantado* y, acordándose de lo que el sabio Atalante de aquellos gigantes les avía dicho, mucho se arrepintió por averle herido, mas con valiente ánimo por ayudar a sus compañeros, a los jayanes arremete diziendo:

⁴³⁷ cuyo Mu, Y: cuuo BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴³⁸ lo Mu, Y: la BA, UV, M1, Maz, S, L.

– Valerosos cavalleros, por mejor partido tomaría de matar a estos animales que de les esperar ninguno de sus bestiales golpes, por tanto, demos en ellos, que ni su muchedumbre podrá ponernos temor ni su poquedad, vengança.

Y diziendo estas palabras, los empeçó a herir tan desatinadamente que, al que a diestro alcançava, no avía menester tornar a la batalla; mas, ¿qué les vale?, que no avían sacado sangre a ninguno quando della otros dos se formavan, por lo qual, aunque todos eran estremados y de valerosos ánimos, no lo podían durar, porque ya avía de los jayanes más de doze y a los cavalleros herian, que ni esfuerço* ni ligereza les bastava para dellos se defender ni offender. Por lo qual el valiente Aleandro, propuesto todo temor, con uno de los jayanes se abraça y, andando de esta suerte forçeando con él, el jayán y él llegaron cerca de una clara fuente que de entre aquellos árboles salían, donde pugnando el uno de sobrepujar al otro, el bravo jayán tomó debaxo al valiente úngaro, por lo qual, viéndose en tal aprieto, le hirió con la espada por el vientre de tal golpe que, metiéndosela hasta las espaldas, no paró, por cuyo dolor el jayán le afloxó y él, saliendo de debaxo, otros dos en un punto se formaron y contra él arremeten. No por esso el valiente cavallero desmayó, antes llegándose al borde de la fuente, los atendió con crecido esfuerço*, donde llegando cerca el uno y el otro, le arrojaron [f. 84rb] tan fieros golpes, que si a diestro le alcançaran, no fuera mucho acabar sus días y pensamientos, mas como los golpes fuessen tan dessemejados y dados de tanta fuerça sobre la fuente, muy grandes espadañas de agua levantaron, con las quales el jayán que en tierra yazía, de arriba abaxo mojaron, y fue tal la ventura del príncipe Aleandro y de Ricardo y Ricardeto, que fuese éste el primer jayán que por guarda de la puerta estava, donde no le ovo bien tocado el agua por cima, quando todos los otros jayanes, que con los dos hermanos y Cavallero de la Dubdosa Demanda peleavan, a la hora desaparecieron, quedando aquel solo en el suelo tendido en forma y hechura de un gran madero, sin se mecer ni menear de donde estava. Pues como los cavalleros se viessen libres de tan gran peligro por sola el agua de aquella fuente, fueron muy espantados*.

Y quiero que sepáys que la calidad desta fuente era de tal propiedad que, entre los cavalleros que peleavan, ponía concordia y los cavalleros que de la otra fuente, donde el duque don Estolfo y el conde Galalón peleando estavam, discordia; y eran de tal calidad que si con el agua de la una, aunque fuessen hermanos, rociavan, al momento el uno contra el otro se indignavan de tal suerte que no avía quien en paz los pusiesse hasta que con el agua de la otra los rociassen; y a qualquier cosa encantada que con agua de la Fuente de la Concordia , que así se llamava, fuese mojada o rociada, luego tenían fin y por esto los

jayanes fenescieron, por saltar el agua sobre aquel de quien el encantamiento avía procedido.

De la suerte que oýs, al valiente Cavallero de la Dubdosa Demanda y a los dos hermanos Ricardo y Ricardeto con estos jayanes avino, quedando harto cansados de tan fieras batallas, mas no porque dexassen de seguir su acordado viaje, cada uno por su parte, como avían venido. [f. 84va]

CAP. LIII⁴³⁹. En el qual se dize cómo los hermanos, Ricardo de Ayamonte y Ricardeto de Montalbán, socorrieron al duque don Estolfo y al conde Galalón, que la batalla a la Fuente de la Discordia, el uno con otro hazían.

Los dos buenos hermanos siguieron por donde eran avisados del sabio Atalante para [ir]⁴⁴⁰ en favor del duque don Estolfo y del conde Galalón, que sin dubda se mataran si por ellos no fuera, que llegando al ruydo de los golpes do peleavan y viendo que no querían despartirse, al viejo cavallero que oýstes embiaron por agua de la fuente que a los jayanes avía consumido, con la qual rociando, los pusieron en paz; de la qual batalla y de las passadas quedaron muy cansados y con necessidad de remedio, el qual les vino como después oyréys.

Después que el Cavallero de la Dubdosa Demanda de los dos hermanos se apartó, con el desseo que de hallar a su señora Roselinda tenía, por la huerta adelante se dio a andar hasta tanto que llegó a una cerrada arboleda que un arroyo se contenía, el agua del qual con tanta furia corría que no parecía sino una saeta; donde llegando a la lengua del agua, vido el arroyo abajo venir un blanco cisne que sobre sí una linda donzella traía, a la qual llegando más cerca, conoció ser su señora, la infanta Roselinda, de la qual ventura quedó el más contento hombre del mundo, viendo aquellas cosas que más amava y, como a ella llegó, así le empeçó a dezir:

— ¡O, la muy dulce y desseada señora! Con cuánto trabajo os he buscado y *quán* estremada os hallo, en el extremo de *aventajaros* de quantas oy son en el mundo, que así como la tierra parece ser indigna de ser de vuestros pies tocada, así las aves os resciben sobre aquello que a ellas en lo más ensalçado del ayre les pone, [f. 84vb] para significación de *quán diferente* soys de lo baxo y *quán conjunta* a lo más alto.

A estas palabras respondió la infanta Roselinda:

⁴³⁹ CAP. LIII BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

⁴⁴⁰ Para [ir] en *nos*: para en BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

– Cavallero, sinrazón hazéys en manifestar vuestros pensamientos ante mí, si no tenéys lecenia para ello y, si ello es ansí, procurad mi libertad, que no lo perderéys conmigo.

Diziendo esto, por la corriente del furioso arroyo, el blanco cisne passó con la infanta, sin que el Cavallero de la Dubdosa Demanda hablalla más pudiesse, por lo qual, muy congoxado, empeçó a seguir la vía que llevar los vido, diziendo:

– ¡O, triste Cavallero de la Dubdosa Demanda y quán medida te viene tu ventura con tu nombre! ¡O, desdichado amante! ¿Quál ha de ser el remedio a cabo de tantos tiempos o quién le ha de poner en mis males y que pueda yo perder la vida o gozar de la gloria de libertar a mi señora Roselinda? ¡O, quánta razón la vuestra merced, señora mía, ternéys de os quejar de mí en no aver antes venido donde vos estávades y agora en no procurar de os sacar de donde forçada llevar os veo!

Dezía el penado cavallero estas palabras con tanta pena, que el coraçón parecía rebentarle en el cuerpo y, yendo de la suerte que oýs, el arroyo abaxo junto a una cerrada arboleda, una pequeña casa de fuerte argamassa vido estar; toda⁴⁴¹ ella era quadrada, y por todos quatro lienços* de quatro ventanas abiertas, cercada, por las quales todo lo que de dentro avía muy claramente parecía. En medio della estava una silla de marfil por extremo rica y hermosamente labrada, encima de la qual estava assentado un grande y poderoso ýdolo que de fino oro parecía ser hecho, de cuya mano derecha un título le salía con unas letras que ansí dezían: “Al tiempo que con menos fuerça de su poder el fabricante del encantado bosque se hallare, el valeroso esfuerço* porná fin en los artificiosos hechos suyos, mas tenga aviso el cavallero que gozar de mi posesión quisiere, que no pugne la [f. 85ra] entrada de mi abierta morada, sino por la más obscura y dubdosa vía que en ella yaze, si él y quien quisiere salir del cerrado bosque, quisieren gozar de su libertad perdida.”

Como el Cavallero de la Dubdosa Demanda las letras del título oviesse leydo, sin poder entender la significación de ellas, por una ancha calçada que desde la casa del ýdolo se hazía, hasta una obscura cueva guió, donde llegando cerca, vido que el blanco cisne que a su señora sobre sí tenía, viniendo por el ayre bolando y trayéndola sobre sí, por la obscura cueva se metió, dando dolorosos gritos, porque por la boca della salían fuertes y espessas espadañas de fuego y tal que infernal parecía, cuya vista horrible espanto* al que la mirava ponía; y mucho más quando a su señora con el cisne vido por el cruel fuego entrar y, considerando las palabras que leydo avía en el rétulo que en la estatua estava de

⁴⁴¹ toda Mu, Y: todo BA, UV, M1, Maz, S, L.

oro y pensando ser aquella la dubdosa entrada para su salida, con valentíssimo esfuerzo* para allá guía, donde llegando más cerca, la furiosa y arrebatada presteza con que los rayos del bivo fuego salían, era tanta⁴⁴² y el cruel espanto* que de su principiado viaje le retuvieron; mas como este valeroso príncipe fuesse uno de los más señalados de su tiempo y tanto corazón tuviesse, no dexó de pensar cuánta cobardía sería si por temor dexasse de sacrificar la vida a la obligación de su devida virtud y a la libertad de su señora y, determinado a todo lo que venir le pudiesse, echando mano a su espada, aunque sin escudo, con valeroso ánimo a la obscura⁴⁴³ cueva arremete y, lançándose por medio de aquellas llamas de fuego, con valeroso corazón passó por medio, haziendo la mayor osadía del mundo, y no ovo bien entrado quando las armas y el cuerpo le parecía que verdaderamente se abrasavan, mas como ya dentro estuviesse, por aquella cueva adelante empezó a caminar, por la qual no ovo andado cien pas|sos [f. 85rb], quando el furor de las llamas le empezaron a dexar, paresciéndole a él que la cueva quedava como quando ha passado un terremoto, no porque viesse camino ni cosa que su vía hiziesse cierta. Yendo desta manera, con valiente corazón y passos concertados, de la una parte de la cueva se sintió asir de la falda de la loriga muy fuertemente por una mano que de una pared de la cueva parecía salir, diziendo desta manera:

– Cavallero atrevido, passa adelante, mas no puedes bolver desque en tu gloria te veas, hasta que el que más poder que tú tiene por ti venga; y no te dexaré hasta que esto me prometas.

A estas palabras respondió el valiente úngaro:

– Si yo en gloria o contentamiento me viesse, ni yo pugaría de salir ni tú ternías cuydado de me dar aviso de lo que me cumple, por tanto, no penes, que si en ella me veo, yo haré mi poder por cumplir tu voluntad.

Como esto dixo, a la hora la mano le soltó y él passó adelante, donde yendo por aquella obscura cueva, se halló como de súbito*, en una rica y bien labrada sala, que cercada de hermosas riquezas era, por la qual mucha claridad entrava, con la qual, aunque desvelado con su repentina apariencia⁴⁴⁴, vido a la princesa Florimena encima de unas ricas almohadas de brocado, que con su mano en la mexilla muy cuydadosa estava, y a su señora, la infanta Roselinda, junto a par de ella, que con gran eficacia la consolava y, como él viniesse tan descuydado de hallar cosa que tanto desseava y tan de presto la viesse,

⁴⁴² tanta Mu, Y: tanto BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴⁴³ obscura Mu, Y: obsura BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴⁴⁴ apariencia Mu, Y: aparecía BA, UV, M1, Maz, S, L.

mucho fue de tal aventura espantado*; donde llegándose a la princesa Florimena y hincando los ynojos en tierra, las manos para se las besar le pide, a las quales palabras, ella jamás respondió, antes no hizo ningún semblante de entendelle, más que si de mármol fuera, de lo qual el muy valiente úngaro quedó maravillado y, bolviéndose a su señora, la infanta Roselinda, le pidió que le dicesse las manos para se las besar, con inestima|ble [f. 85va] alegría que de verse tan cerca della tenía y la comenzó assí a hablar:

– Mi señora, si parte el desseo de os servir lo es para con vos, aunque la obra me aya faltado, os suplico seáys servida de me dezir cómo la Vuestra Merced estáys y cuál cosa será aquella con que más seréys servida.

– ¿Quién soys vos, que tal demanda traéys?– dixo la infanta Roselinda.

– Quien vos, mi señora, soys servida –dixo el Cavallero de la Dubdosa Demanda– que yo sea, porque más ser del que vos darne quisiéredes, yo desseo no lo tengo.

– Mucha licencia es la que tomáys sin yo os conoscer –dixo la infanta.

A esto respondió el príncipe Aleandro, quitándose el yelmo:

– Harto desconocido estoy, mi señora, de lo que conoscerme solía, pues quien me avía de conoscer, menos conoscimiento de mí tiene.

Pues como la infanta al cavallero sin yelmo viesse, aunque avía hartos días que no le avía visto, luego le conoció y bolviéndose a él, le dixo:

– Cavallero en mi servicio venturoso, vuestro trabajo ha sido tan firme y turable*, quanto yo sería de mal mirada donzella si a cavallero que tanto me ama no gratificasse como quien yo soy; por tanto, ni vuestra persona merece ante mí estar desse modo, ni mi obligación real, hazer tal villanía; por esso, levantaos de donde estáys y pugnad de libertar a mi señora, la princesa Florimena, del encantamento que sin sentido la haze estar, como a mí avéys hecho por la osadía de os meter por la dubdosa cueva y, salidos de aquí, yo haré por vos lo que por ninguno jamás pensé hazer.

– Mi señora –dixo el hermoso Aleandro–, vamos donde la Vuestra Grandeza mandare, que ya sabéys que jamás tengo de salir de vuestra voluntad.

– Pues mi parescer –dixo la infanta– es que buscamos la salida desta quadra* y de sacar a la princesa de aquí, que a la hora cuydo que tornaría en su acuerdo*, como yo bien poco há, me vi sacada por un blanco cisne y, estando sin sentido, gracias a Nuestro Señor, me [f. 85 vb] veo agora con él.

– Assí me parece a mí que se haga –dixo el príncipe Aleandro–, pues la Vuestra Grandeza dello soys servida.

Y tomándola de la mano para procurar la salida de todos, por una puerta que una escalera de huzillo* tenía hazia arriba, empeçaron a subir por ella con intención de buscar modo como ellos y la princesa Florimena de allí salir pudiessen, donde no ovieron subido veynte gradas, quando se hallaron en una quadra*, la más hermosa y bien labrada que en el mundo hallar se podía; y en medio della estava un rico lecho que de inestimable valor parecía, a la cabecera del lecho, que sin tocar a ninguna de las partes era, estava una forma de donzella que, en un plato de oro, infinitas diferencias de conservas tenía, y a los pies estava otra que con un ventalle de muchas y estrañas plumas, al lecho dava viento. Estas dos donzellas eran hechas de alabastro y tan al natural, que bivas parecían, donde como los dos amantes dentro en la quadra* entrassen, tan amorosamente se empeçaron el uno al otro a mirar y tratar, que ni la honestidad y limpieza de la infanta Roselinda ni el comedimiento del hermoso príncipe Aleandro fueron parte para que aquella delicada y hermosa infanta de donzella no quedasse hecha dueña. De cuya conversación resultó el nascimiento de dos valerosos y hermanos hijos, el uno macho y el⁴⁴⁵ otro hembra; y al hijo pusieron después por nombre, don Roselián de Ungría, y la hija, Filispinella, de cuya hermosura y valentía en la quarta parte se contará, con la salida de sus padres deste cerrado bosque y de los maravillosos encantamentos que en él avía. Y agora os diremos del infante don Roserín.

CAP. LV⁴⁴⁶. En el qual se dize cómo el emperador don Roserín aportó* en Siricania y cómo quedó en servicio del rey de Siricania. [f. 86ra]

Avéys de saber que el emperador don Roserín anduvo tanto, juntamente con su donzel Serindo, que atravessando la mayor parte de los desiertos de Serecania, donde el valiente Nembrot Almançor reynava, y como el emperador se viesse cerca de aquella gran ciudad, aunque dubdoso de que en ella estava lo que buscava, no dexó de caminar para allá. Donde llegando a una gran vega, que una milla de la ciudad sería, entre unas grandes y espaciosas huertas, vido muchos cavalleros y dueñas y donzellas que solazándose andavan; y por la carrera donde él yva, que una ancha calçada era, de una parte y de otra de alto muro cercada, dentro de una huerta oyó mucho ruydo de gente y estruendo de armas. Y llegando junto a una gran puerta que a la huerta entrava, sin mucho cuydado de lo que hasía, el cavallo paró y, mirando a todas partes, vido que debaxo de unos grandes

⁴⁴⁵ el Mu, Y: el el BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴⁴⁶ CAP. LIII BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

cenadores*, que ante unas reales casas se hazían, estava el rey Nembrot, que según las insignias reales, bien conoció; junto a él vido estar una donzella de ricas vestiduras adornada, con muchas que sus siervas parecían, y muchos cavalleros armados que por guarda del rey allí avía y, aunque de lexos, el emperador don Roserín aquella donzella entre las otras vido, de presto le dio el ayre de conosciella y con súpito* sobresalto, metiéndose con su cavallo en la huerta, hazia adonde el rey vido, guió, y como cerca llegó, los cavalleros le tuvieron de las riendas del cavallo, diziéndole:

– ¡Desatinado cavallero! ¿Dónde vas tan fuera de ti, que con tu mala criança* no tienes respeto para mirar la excelencia de nuestro señor, el rey, y venirte en tu cavallo adonde está? Apéate y pídele perdón de tu yerro, si no quieres morir mala muerte.

– No os maravilléys desso –dixo el Emperador–, que el mayor cuydado de mis pensamientos me traía con este descuydo, por tanto no [f. 86rb] me culpéys.

No fue tan desviada del rey esta plática que no viniessse a su noticia y, desde que supo que era un cavallero estrangero, luego mandó que ante él se le truxessen, por cuyo mandamiento le fue al Emperador forçado de se apeaar y, dando el cavallo a Serindo y la lança, se llegó hazia donde el rey Nembrot, que su mortal enemigo era, con la infanta Melisandra, la qual él muy bien conoció, estava; de cuya vista quedó tan alegre y turbado, pensando que con ella su señora estava, que si de gran coraçón no fuera, él diera con la vista de la infanta ocasión de ser conosciado, donde no fuera todo el mundo bastante a le reservar la muerte, según allí le⁴⁴⁷ desamavañ; mas sufriendose lo mejor que pudo, ante el rey Nembrot Almançor se presentó y haziéndole, aunque forçado, una pequeña reverencia, quitado el yelmo, el rey Nembrot le dixo:

– Di, cavallero descomedido, ¿de qué nación eres y de qué tierra, que tan sin comedimiento en mi huerta y presencia has osado entrar?

A estas palabras respondió el emperador don Roserín, con el más suffrimiento⁴⁴⁸ que pudo, diziendo:

– Poderoso rey, no te espantes* por lo que he hecho, que mis crueles fatigas me traen sin sentido para le poder tener en lo que fuera de mis cuydados devo.

– Sandio*⁴⁴⁹ deve de ser este cavallero, mi señora. –dixo el rey, bolviéndose a la infanta Melisandra, que harto turbada estava de aver conosciado al Emperador, viéndole

⁴⁴⁷ le Mu, Y: de BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴⁴⁸ suffrimiento Mu, Y: fuffrimiento BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴⁴⁹ Sandio debe Mu, Y: Sandio quien debe BA, UV, M1, Maz, S, L.

agora solo y en tierra de sus mortales enemigos; mas con gentil aviso al rey desta suerte respondió:

– Excelente señor, no se espante* Vuestra Grandeza de cosa semejante, que ay muchos cavalleros *que* los cuydados los mudan de quien ser solían y assí deve de aver hecho a este la fortuna.

Bien notó el Emperador lo que la infanta Melisandra dezía y por no dañar el hecho de que traía más cuydado, que era de la hablar, acordó de responder al rey a todo lo que le preguntasse y así le dixo:

– Excelente [f. 86va] señor, la Vuestra Grandeza sabrá que yo soy natural de España y vassallo del poderoso rey Marsilio y mi desgracia permitió que el rey, mi señor, me embió a cierto recaudo suyo en Francia con unas cartas y, topándome en el camino con unos cavalleros christianos que con el Emperador, su señor, avían ydo a Constantinopla y agora de aguardalle venían, sobre no quererles dezir quién era ni lo que llevaba, ovieron batalla conmigo y, como eran muchos, la fortuna permitió que me venciessen y me quitassen las cartas y recaudo que llevaba, de cuya desesperación, por temor de mi señor, el rey Marsilio, me soy venido por estas tierras a buscar quien me haga bien.

– ¿Y de qué sabéys vos mejor servir en la guerra? –dixo el rey.

– Capitán de cien cavalleros solía yo ser en España –respondió el Emperador.

– No acertaría mucho quien tal cargo os diesse –dixo el rey–, que tan mal sabriades guardarlos quanto las cartas hezistes.

– Haría lo que pudiesse en esse caso –dixo el Emperador–, que no soy más obligado.

Mucho reían los cavalleros que con el rey Nembrot estavan, viendo lo que passava con aquel cavallero y más de que le sintieron venir huyendo de miedo de su señor; mas la infanta Melisandra no mostrava sentir lo que ellos, conociendo bien aquel que ellos mofavan. El rey le dixo:

– Dezid, cavallero, ¿pues cómo traéys essas armas negras siendo capitán?

– Señor –dixo el Emperador–, quando aquellos cavalleros que digo me hirieron, me pararon tales las que traía que me fue forçado de comprar estas.

– Pues que así es –dixo el rey– y la necesidad que tengo para mi presente guerra me manda antes rescebir cavalleros que despedillos y vos soys de aquella tierra, que por ventura sabréys algo en Constantinopla y la Grecia, que yo agora quiero enseñorear con mis gentes, quedad conmigo, que yo os daré para espía todo aquel partido que suele darse a los semejantes.

El Emperador, que vido que [f. 86vb] a la infanta Melisandra no podía hablar sino de aquella suerte, fue muy contento de lo hazer y respondió que era contento de lo hazer y así se quedó por suyo el que después le venció y mató en campo, como en la quarta parte se os contará.

Después que el rey Nembrot se ovo solazado, mandó guiar a la ciudad y, cavalgando todas las damas y cavalleros, empezaron a caminar, donde antes que llegassen a ella, el Emperador vido sentado un poderoso ejército que de ynumerables cavalleros era adornado, de lo qual el Emperador fue muy espantado*, viendo tantas gentes y todas asonadas contra él mismo. Pues passando por entre todos a la ciudad, ya que la noche fue venida, el rey mandó dar un aposento al cavallero de España y que tuviesse con las otras guardas que una fuerte torre guardavan y, dándole también cargo a él della con los otros cavalleros, que en guarda estaban, se puso; donde no ovo mucho estado, quando vido venir al rey Nembrot con muchos otros cavalleros que le acompañavan y en medio de sí trayán a la infanta Melisandra y, como a la puerta de la torre llegassen, el rey Nembrot con su propia mano abrió y, despidiéndose de la infanta, haziéndose el uno al otro gran mesura, él le dixo:

– Mi señora, perdóneme la Vuestra Merced por este gran agravio que os hago en teneros presa, porque vuestra crueldad y el temor de perderos no me mandan hazer otra cosa, hasta que vos, vencida de lo que me devéys, yo quede contento con darne vuestra voluntad libre, para mi contentamiento y vuestro servicio.

No respondió la infanta Melisandra palabra ninguna a lo que el rey Nembrot le dixo, antes entrándose por la puerta del castillo, dando un rezió suspiro, se despidió d'él y el rey, cerrando la puerta, mandó a las guardas que con mucho cuydado la torre guardassen. De todo esto quedó el emperador don Roserín espantado* y desseoso de saber la razón [f. 87ra] porque a la infanta Melisandra, en tierra donde tanto servicio y amor le vido aquel día hazer, tanto guardavan y con este desseo a uno de los cavalleros que con él la torre guardavan, pregunta la causa de tal novedad; y el cavallero le dixo:

– Avrás de saber que esta infanta que aquí viste metér, es natural señora y hermana del rey Leopardo, cuyo reyno y señorío fue este de Siricania y agora lo es del rey Nembrot, nuestro señor, y en tiempo del rey Leopardo, un christiano francés, que don Roldán se llama, vino solo en esta tierra y robó a esta, nuestra infanta, que Melisandra se dize, por cuyos amores nuestro señor, el rey, entonces y agora mucho penava y pena, y los días passados, saliendo él y otros señores, amigos suyos, la ventura los guió en parte donde los dioses permitieron que en su poder oviessen a esta infanta y a otra reyna, que de Cerdeña

dizen ser señora, y a otros muchos cavalleros y donzellas de alta guisa, que los principales de la christiandad dizen ser⁴⁵⁰, a los quales tienen por consejo de un gran sabio, que estas partes en Grecia ha passado, diziéndoles que si los cavalleros se guardassen a mucho recaudo, *que* la guerra que querían emprender sería muy cierta de su parte y tenían victoria. La razón porque a esta señora con otras tres, que captivas están, acá truxeron⁴⁵¹, fue porque este nuestro rey Nembrot amava a esta infanta Melisandra por extremo y desseava casarse *con* ella; mas como aquí la truxeron y ella estuviesse ya convertida y cizañada de los christianos, jamás con ella ha podido que con él se case ni a nuestra sancta ley se vuelva⁴⁵²; y porque se teme de la perder –según que el sabio Sarraceno le avisó– la tiene en prisión, juntamente con la reyna de Cerdeña, que ella mucho ama y algunas vezes, por la solazar y ablandar su coraçón de azero, de la prisión la saca, mas nunca en ella halla ningún movimiento de amor, antes más cruel está cada día; y yo te prometo*, según [f. 87rb] que yo he oído a cavalleros que con el rey comunican, que ha dicho mil vezes que, si no fuesse porque ella está en su vivienda de christiana, que de fuerça o grado él la avría a su plazer y voluntad, mas lo uno porque la ama por extremo, lo otro por lo que te digo, que teme que los suyos le apedrearían si tal hiziesse, a ello no se atreve.

Muy espantado* quedó el Emperador de lo que el pagano le dixo y muy triste en saber que su madre estuviesse en tan áspera prisión, como aquel que se lo contava se lo encarecía; y preguntándole por las otras señoras que presas estaban y por los cavalleros, le dixo que en la gran ciudad de Tartaria los tenía la emperatriz Ysifilea a buen recaudo, de lo qual, aunque triste por ver como estaban presos, algún tanto se consoló por saber lugar cierto. Y desde allí empezó a pensar cómo libertaría a su madre y de qué suerte saldría en salvo de en medio de tantos enemigos, por lo qual, toda aquella noche y otro día que allí estuvo, no dexó de cuydar en ello y así andava, el más triste hombre de la vida. Pues como su escudero le viesse en tal agonía y le amasse más que a sí, no pudo estar que, apartándole aparte, no le dixesse:

– Soberano príncipe, la grandeza de los ánimos no dan de sí testimonio, sino en los duros golpes de la Fortuna, por tanto, pues la Vuestra Grandeza de tan valiente coraçón soys adornado, según vuestros memorables hechos dello dan al mundo noticia, en este peligroso trance no desmayéys ni desconfiéys de la Fortuna, que vuestros hados ha siempre faborecido.

⁴⁵⁰ ser Mu, Y: ses BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴⁵¹ truxeron Mu, Y: truxereron BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴⁵² buelba Mu, Y: buelve BA, UV, M1, Maz, S, L.

– ¡O, mi verdadero amigo y mi leal Serindo, y si tú supieses la congoxa en que estoy, cómo no me culparías por verme con tanta tristeza!

– ¿Y qué es lo que tanto os puede fatigar, mi señor? –dixo Serindo.

– ¡Ay de mí! –dixo el Emperador– ¿Y no vees cómo en esta torre está la reyna de Cerdeña, mi madre, presa y *quán* poco remedio para su libertad tengo?

– Señor, mi parecer es, si a Vuestra Grandeza [f. 87va] parece, yo me vestiré en hábitos de donzella por vuestro servicio y procuraré de hablar con la infanta Melisandra, si acaso la sacan de la fortaleza, y ella dará el aviso que para la libertad de vuestra madre y suya cumpliere.

Muy bien le pareció al Emperador lo que su escudero le dezía, y así quedó acordado que lo hiciese. Y, yéndose a su aposento, la Linda Doralice al Emperador dexó en la guarda que a cargo tenía, la qual como tanto a este príncipe amasse, pospuesta a todo lo que venir le pudiesse, determinó de le hazer algún servicio por el qual osasse manifestalle ser quien era, para que él tuviesse respeto a lo que le quería, a cabo de tanto tiempo, cómo avía salido por sus amores; y para effecto de su voluntad hizo lo que agora se os contará.

CAP. LVI⁴⁵³. En el qual dize cómo por industria de la Linda Doralice, el Emperador fue por preso y ella entró a ver a su madre y a la infanta Melisandra.

Después que la Linda Doralice del emperador don Roserín se apartó, con mucho cuydado que amor le ponía, para poder contentalle, se vistió en su cámara unas ropas que de donzella traía secretamente, sin que el Emperador se las oviesse visto, pospuesta a todo aquello que venir le pudiesse, la qual se adereçó lo mejor y más galanamente que pudo y, como ella era de tan linda persona y de tanta gravedad en su hábito, que a todos ponía espanto*, desdeque así se ovo compuesto, ya que quería salirse de la cámara, el Emperador entró y de vella quedó espantado* de ver cómo un hombre que con él andava tan familiarmente, tan presto se diferenciase en hábito tan estremado de donzella; y, como así le vido, no pudo estar que no le abraçasse, diciendo:

– ¡O, mi [f. 87vb] caro amigo y cuánto es lo que tu voluntad me obliga y cuánta esperança me pone tu persona para lo que desseo!

⁴⁵³ CAP. LV BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

– Soberano Emperador, vuestra persona y virtudes nos obliga a todos los nascidos para que⁴⁵⁴ hasta la muerte con nuestras vidas os sirvamos; y en pago de lo que desseo servir, os suplico me améys y os doy mi palabra y fe de hijo de cavallero que yo os dé en vuestro poder a vuestra madre.

– Yo te prometo, mi Serindo –dixo el Emperador–, de te querer en todo aquel estado que la razón de un hombre a otro se deve.

– Nos⁴⁵ pido –dixo la Linda Doralice– sino que me améys con aquel amor que yo os amaré y no de otra suerte.

– Yo te lo prometo⁴⁵⁵ de assí lo hazer –dixo el emperador don Roserín.

– Pues quedad a la buena ventura, que yo voy a buscar el remedio que todos emos menester.

– Dios te encamine assí como yo lo desseo –dixo el Emperador.

Destá suerte que oýs, la Linda Doralice se salió del aposento donde con el Emperador avía passado estas palabras y, tomando la vía de la sala donde el rey Nembrot estava, fingiendo venir de camino, por la puerta entra y, sin hazer ningún acatamiento, ante el rey Nembrot se presentó y desta suerte le dixo:

– Alto rey de Siricania, yo soy una donzella de lueñes tierras venida, mi nombre y patria as de saber que es España, mi nombre es la Linda Doralice, soy hija del gran rey Marsilio y soy venida en tu reyno en seguimiento de un cavallero que en tu casa he sabido que pocos días há que vino, natural del reyno de mi padre y hijo de un gran señor, el qual me dio palabra⁴⁵⁶ de casamiento y, passados algunos días, él se apartó de mis amores por seguir a otros de otra dama, qual a él bien le estuvo y, porque yo le seguí como a mi marido, él se ha venido de reyno en reyno huyendo hasta aquí, que le he hallado en tu palacio por guarda, por lo qual te suplico que le mandes que me cumpla la palabra que dada me tiene o le metas en cruel prisión hasta [f. 88ra] que lo cumpla.

Muy maravillado fue el rey Nembrot de ver aquella hermosa infanta, que siendo de tan alto linage, tan sola y de tan lexos, forçada de amores de quien no la quería, viniessse y, como fuesse hija de tan alto rey y amigo suyo, él se levantó a ella y, abraçándola, la mandó assentar a par de sí, en un rico estrado en que el rey estava y, consolándola de la congoxa que traýa, a la hora mandó venir allí al cavallero de España, al qual venido, desta suerte dixo:

⁴⁵⁴ para que Mu, Y: para BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴⁵⁵ prometo Mu, Y: promete BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴⁵⁶ palabra Mu, Y: polabra BA, UV, M1, Maz, S, L.

– Dezid cavallero español, ¿conocéys a esta dama?

A estas palabras el Emperador fue turbado, sin saber qué responder y sin pensar que herrava, dixo:

– Por cierto que en los días de mi vida, yo no la vi sino agora.

– Ve a la⁴⁵⁷ Vuestra Merced –dixo la infanta– cuán desamorado cavallero es este, que aun en presencia vuestra y mía, me niega lo que me prometió con mil juramentos. Dezid, falso y desleal cavallero, ¿vos no me prometistes, quando en la corte del rey, mi padre, os hablava, que seríades mi marido y después por amor que a otra pusistes, me lo negastes?

Como el Emperador viesse con quanta magestad y efficacia su escudero lo desía, pensando que a su hecho cumplía, acordó de conformar con él y así respondió:

– Bien passa esso por verdad, mas como vos sabéys, amar el hombre a quien aborresce, es par de muerte, endemás tiniendo puesta su afición en otra parte, por tanto, si yo ya os di essa palabra, no puedo passar por ella, bastávos venirme yo huyendo sin que me siguiéssedes y no deshonraros por las cortes de los reyes y grandes señores.

– Soberano rey –dixo la infanta Doralice–, no cuydéys que por virtud hará este cavallero cosa ninguna, por esso Vuestra Alteza le mande meter en donde forçado la hará.

– Yo haré todo lo que vos cumpla –dixo el rey, y a la hora mandó que al cavallero quitassen las armas y le metiessen en la prisión, el qual como mirasse a su escudero por lo que él hazía, le hizo de señas que estuviesse por [f. 88rb] todo lo que él quisiesse y la Linda Doralice, como al Emperador vido desarmar, dixo al rey:

– Señor, pues que la Vuestra Merced me hazéys la gracia, hazédmela en todo, y sea que Vuestra Alteza mande poner a este cavallero en su palacio, en alguna prisión y mandadme dar todas sus armas, porque aunque él me aborresca, yo no soy tan malmirada como él, y quiero tenelle en parte donde pueda –con tenelle a mi mandar preso– ablandar su bravo coraçón.

– Yo soy contento desso –dixo el rey Nembrot.

Y así le mandó meter en una obscura prisión que, en la misma torre donde su madre y la infanta Melisandra estaban, era; y dándole la llave a la Linda Doralice, la consoló de algunas lágrimas que de piedad y de puro amor, por ver a su amante tratar de aquella suerte, vertía.

⁴⁵⁷ la Mu, Y: la la BA, UV, M1, Maz, S, L.

Y el rey Nembrot le rogó que se holgase en aquella ciudad, donde estaría tan a su plazer quanto en la del rey, su padre; y como esta hermosa donzella fuesse tan sabia y hermosa, al rey Nembrot captivó, aunque en breve, para que estuviesse por todo lo que ella quisiesse y mucho descanso sentía el penado rey con ella, contándole sus manzillas* y las crueldades que la infanta Melisandra con él tenía; por lo qual, a su ruego de la Linda Doralice, entró aquel día en la prisión donde ella y la reyna de Cerdeña, Madama Brandamonte, estaban para ver si podía acabar con ella que hiziesse que al rey amasse; y fue tanta la afición que con aquella infanta en breve puso, que todo quanto ella quería, hazía y assí le dio las llaves y todo lo que pedía. Pues como la infanta Doralice viesse quán bien se avía hecho lo que quería, con mucho gozo ella sola entra en la prisión, dexando al rey a la puerta y, encomendándole que mandasse a las guardas que con mucho aviso y gran cuydado la prisión —que debaxo de la torre donde ella entrava era— guardassen y él se lo prometió.

Pues como la sabia infanta se vido dentro de la prisión donde la madre de aquel que tan[t]o [f. 88va] amava estava, con mucho plazer por una gran sala que allí se hazía, empeçó a entrar y, saliendo della a unos grandes corredores, que en quadra* un gran patio debaxo de sí formavan, y baxando por una escalera que al patio baxava, muy maravillada cómo no hallava a nadie en toda aquella gran torre, por una pequeña puerta que en el patio se hazía, metiendo la cabeça vido unos grandes comedores que de fuertes rejas de hierro estaban cerrados y, por entre las verjas, una grande y hermosa huerta se parecía, a la qual por una pequeña puerta, la reyna de Cerdeña y infanta Melisandra algunas vezes entravan con el rey, que solo allí venía. Pues como la Linda Doralice viesse aquella huerta y comedores, cuydando lo que podía ser, entró dentro, donde mirando a una parte, vido un apartado a forma de quadra*, tan ricamente adereçado quanto sala de ningún príncipe en sus días ella visto oviesse y en un rico estrado de brocado vido estar a la reyna de Cerdeña, que aunque no la avía visto desde quando en Francia esta infanta de su hijo se enamoró, por la ymagen que con su memoria en el alma traía de contino de su hijo pintada, no dexó de conosciella y a la infanta Melisandra también, por las señas que el rey le avía dado.

Pues como la discreta señora assí las viesse, guiando allá, mucho plazer fue el que sintió y llegando a ellas, les hizo el acatamiento que a tales señoras era obligada y ellas, como fuessen tan comedidas y viessen aquella infanta con tanta gravedad y hermosura, se levantaron a ella y le hizieron una gran cortesía; y ella, como no quería detenerse en lo que a su caso cumplía, deliberadamente empeçó assí a hablar:

– Soberanas señoras, reyna de Cerdeña y infanta Melisandra, la grandeza de vuestros ánimos es y ha sido siempre tan estremada, quanto la experiencia de vuestra larga prisión nos manifiestan y, como personas que tan vezadas están, por su propia vir|tud [f. 88vb] a vencer la cruel Fortuna que a los más valerosos contrasta*, por la brevedad del caso y la necessidad del tiempo, en breve quiero a las Vuestras Grandezas dar noticia de mi venida en esta tierra y la causa della y quién yo soy y de todo lo demás. Para lo qual, avéys de saber que yo soy la infanta Doralice, hija del rey Marsilio de España y la cruel costelación de Amor forçó a mi real estado para que, perdiendo el respeto que a la obligación real por justo título se deve, siendo la ocasión de mi perdimiento la cruel guerra que los años passados –como la Vuestra Grandeza, señora reyna de Cerdeña, sabéys– que en Francia de mi padre a vuestro tío, el Emperador, fue presentada, en la qual, los hazañosos hechos de vuestro hijo don Roserín fueron tales que a la gente de mi padre pusieron espanto* y a mí, desseo de ver su persona, de cuya vista, como yo lo procurasse, quedé tan lastimada* quanto él descuydado de mi tormento, por el nuevo retrato que de su señora, la princesa Florimena, avía tomado. En este comedio, por el desbarato⁴⁵⁸ de la guerra, buelta yo con mi padre en el reyno de Granada, Amor, que⁴⁵⁹ todo lo puede, pudo hazer con lo que en mí de affición con vuestro valeroso hijo tenía puesto, que dexada de los regalos de delicada donzella, los de escudero tomasse y de mi patria y parientes me apartesse por acercarme a aquel que tan lexos de mí sus pensamientos tenía. Donde andando por muchas tierras en su demanda y en servicio del valeroso conde don Roldán, la Fortuna me guió casi sin esperança de topalle en mis días, en Constantinopla, donde dende a pocos días él aportó* y fue alçado por Emperador; y dende a muy poco que en el imperio estuvo, secretamente conmigo, en hábito de escudero, se salió y con harto trabajo ha venido en vuestra demanda hasta aquí, que agora está preso debaxo de vuestra propia prisión.

Y luego les contó to|do [f. 89ra⁴⁶⁰] ⁴⁶¹lo que con el rey⁴⁶² Nembrot avían passado y cómo el Emperador⁴⁶³, teniéndola por escudero, le avía consentido vestirse en su hábito y avía passado por todo lo que avía querido y que su propria intención no era otra, salvo librallas y que no avía hallado otro mejor camino ni manera que aquel, porque teniendo que el emperador don Roserín con su esfuerço*, acometería a querellas librar por fuerça de armas, donde tenía temor que peligraría y le yría mal, por esto quiso ponelle en prisión y

⁴⁵⁸ desbarato Mu, Y: desbaratado BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴⁵⁹ que todo Mu, Y: que a todo BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁴⁶⁰ *Numeri inversi in* BA, M1, Maz, S, L; *correcti a mano in* BA.

⁴⁶¹ *Desunt folia* 89r-96v UV.

⁴⁶² -do lo que con el rey *non legitur in S lacunae causa*.

⁴⁶³ -do y cómo el Empe- *non legitur in S lacunae causa*.

en parte donde le pudiesse tener achaque de entrar donde ellas estaban, lo qual se avía hecho mejor que pensava, porque el rey Nembrot le avía dado las llaves y rogado que las visitasse y que^{e5}

– ...a vos, mi señora Melisandra, suplicasse de su parte que d'él os doliéssedes y ay necesidad, si él acaso acá entrare, que mejor que de antes vos le mostréys la cara y persona y, hecho esto, dexadme señoras a mí hazer, que yo haré por amor que amor le amargue y si, como el emperador don Roserín de Constantinopla, mi buen señor, ha estado por todo lo que he querido, las Vuestras Grandezas estáys, yo pienso, con ayuda de mis altos y soberanos dioses, de os sacar de donde estáys con mucho contento vuestro y de los que serviros dessean.

Infinito fue el plazer que la reyna Madama Brandamonte y la infanta Melisandra con la Linda Doralice ovieron y, su aviso y voluntad alabando, se le agradecieron, prometiéndole de estar por todo lo que ella mandasse y les quisiesse encargar; y assí le dixo la reyna de Cerdeña:

– Excelente infanta, vuestra estremada gracia y saber me parece a mí tal que no avría hombre ni muger en todo el mundo que no hiziesse de muy buena voluntad lo que vos le quisiéssedes mandar, salvo si no fuesse algún loco privado de buen conocimiento, endemás nosotras a quien tanto cumple seguir tu voluntad y passar por ella; por tanto procura sacarnos de aquí, que yo te doy mi palabra y prometo que conmigo y con el emperador, mi hijo, ni con esta señora pierdas nada, porque [f. 89rb] te será agradecido y gratificado, según y como la obra que por nosotros hazes lo requiere. Y es justo sea tenida en mucho, pues será tal que estando captivas nos darás libertad, poniéndonos en la parte que desseamos y, juntamente con esso, te quedaremos obligados todo el tiempo que viviéremos. Y assí te digo que podrás disponer de nosotros y de nuestros reynos y señoríos como de cosa y hazienda tuya propria.

A este ofrecimiento respondió la Linda Doralice:

– Mi señora, sepa la Vuestra Grandeza que a mucho más que a esto estoy yo, por vuestro hijo el Emperador, obligada, aunque él de mí en todo quanto avemos caminado, ha sido avisado ser yo quien veys, por temor de sólo no enojarle; por lo qual, estoy determinada de sacrificar la vida a mis altos dioses, antes que él de mí sea desagradado y, porque me parece que es justo que yo le dé el aviso que cumple, me quiero agora yr y, a la medianoche poco más o menos, bolveré aquí y haré quanto en mí fuere por traeros a vos, mi señora reyna de Cerdeña, armas para que con ellas tornéys a vuestro acostumbrado

exercicio⁴⁶⁴ en que tantas y tales maravillas hezistes, que para siempre durará vuestra memoria, de las quales podréys usar, pues tanto agora en ello nos va. Por tanto, queden las Vuestras Grandezas con los soberanos dioses y estén contentas, que yo podré poco, si antes de dos horas no os saco libres de la prisión en que estáys y en ello trabajaré, haziendo todo mi dever, de suerte que, pospuesto todo impedimento, os pondré en entera libertad y cumpliré lo que he prometido, porque a tan altas señoras no es justo dezirles cosa que no se haga, aunque en ello se aventure la vida, la qual⁴⁶⁵ es de poco valor para emplearla en vuestro servicio, quanto más que no ay parte ni cosa en que mejor se pueda gastar que en serviros y daros el contento que desseáys.

Con mucho amor la abraçaron las dos señoras despidiéndose della y encomendándole su libertad; se fue donde el rey estava y le dio mucho contento con sus vanas esperanças y promesas.^{f5} [f. 89va]

CAPÍTULO. LVII⁴⁶⁶. En el qual se dize cómo por industria de la Linda Doralice, el emperador don Roserín y su madre y la infanta Melisandra salieron de prisión.

De la suerte que oýs, la infanta Doralice de la reyna de Cerdeña y infanta Melisandra se apartó y, en saliendo de la torre y dando cuenta al rey de lo que allá avía passado, fingiendo que avía hablado de su parte a la infanta Melisandra y la dexava más blanda que solía, se fue derecha a la prisión donde el Emperador estava, fingiendo que por rogalle della se doliesse, dentro donde estava, se metió, la qual era una mazmora muy oscura y fuerte, donde llegando le dixo:

– Soberano príncipe, sepa la Vuestra Merced cómo yo he estado con vuestra madre hoy y les he dado la cuenta que vos me mandastes y ay necesidad muy en breve, antes que yo sea sentido, que vos y ellas⁴⁶⁷ seáys libres, y mi parecer es que yo buelva esta noche allá y secretamente, por encima desta mazmorra⁴⁶⁸ y por allá dentro haremos, pues no tenemos quién nos lo estorve, un agujero por el qual vos y vuestras armas y las de la reyna, vuestra madre, que yo pienso hurtar en la quadra* de las armas del rey, que junto a nuestro aposento es, donde yo escogeré las que mejor me parecieren; y esta noche yo las traeré aquí y pediré al rey que me dexé entrar a dormir con la infanta Melisandra para la tornar a

⁴⁶⁴ exercicio Mu, Y: exercio BA, M1, Maz, S, L.

⁴⁶⁵ qual nos: quel BA, M1, Maz, S, L / libres...que desseáys *addidit* BA, M1, Maz, S, L..

⁴⁶⁶ CAP. LVI BA, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

⁴⁶⁷ ellas Mu, Y: ella BA, M1, Maz, S, L.

⁴⁶⁸ mazmorra Mu, Y: mazmorra BA, M1, Maz, S, L.

hablar y, por le assegurar, desde aquí os tenga recaudo traído, le diré que por defuera me cierre en la prisión; por tanto, la Vuestra Merced [f. 89vb] tenga paciencia y no salgáys un punto de lo que yo os dixere, porque yo tengo esperança en la Fortuna, *que* nos encaminará de suerte que seamos contentos.

Mucho plazer uvo el Emperador con su escudero y mucho le agradeció lo que por él hazía y así le prometió de no salir de lo qu'él quisiesse; luego se despidió de él y, saliéndose de allí, dixo a las guardas que no curassen de le guardar, porque ya avía alcançado d'él, qu'él se casaría con ella y ellos lo tuvieron por bien y así se fue ella adonde el rey estava y le dixo cómo su cavallero estava determinado de se casar dende a tres días con ella y que le suplicava que le diesse licencia que entrasse a dormir con la infanta Melisandra a suplicalle que saliesse a sus bodas y que, en premio desto, le prometía de procurar con ella que con él se casasse. Pues como el ciego rey de amor estuviesse tan perdido y viesse a esta infanta con tanta solicitud tomar sus negocios, bien pensó que los acabaría, según era su saber, por lo qual, todo lo que le pidió le concedió y así se lo prometió.

La infanta en el comedio que la noche venía, se dio tal maña que, quando vino la hora señalada, tenía ya hecho todo lo que avía prometido y estava el Emperador y aquellas reyna⁴⁶⁹ y infanta en el aposento de la prisión y cárcel en que avían estado detenidos. Y así como el Emperador salió de donde estava, se armó de sus ricas armas, las cuales la infanta Doralice avía hallado en la quadra* que diximos y, con su buena industria, traýdolas para que dellas se aprovechasse, y assimismo, traxo otras para la reyna y, finalmente, vinieron a hallarse todos juntos donde su plazer fue tan grande quanto era razón. Y al tiempo que se vieron, dieron muestras de que el amor que se tenían no era fingido, haziéndose grandes comedimientos y caricias, aunque el del Emperador podréys entender bien cuál sería viéndose juntos de lo qual dava muestras la reyna como quien salía de tan larga prisión, donde avía estado [f. 90ra] a cabo de tanto tiempo, en el extremo que oýs, ya podéys pensar el goso inestimable que sentiría; y luego se abraçó con él y llorando de sus ojos, le dixo:

– ¡El mi caro y amado hijo y cuánto há que yo os desseava y cómo avéys tardado en mi consuelo!

⁴⁶⁹ reyna *nos*: reynas BA, M1, Maz, S, L.

– La mi señora –dixo el Emperador–, suplico a la Vuestra Grandeza que con aquel valeroso ánimo que contino avéys mostrado, no permitáys agora que con vuestras lágrimas yo pene por veros con pena.

– ¡Ora, sus! –dixo la reyna–, que no estamos en tiempo de quejas por los descuydos de no verme, sino de procurar nuestra libertad, que no faltará tiempo para me satisfazer de vos, si de aquí salgo y, para vengança desto, yo ruego a vuestro escudero que lo comenzado acabe.

– Yo lo haré como lo tengo dicho –dixo la Linda Doralice–, por tanto las Vuestras Grandeças me sigan, que yo cumpliré mi palabra.

Y assí todos quatro, armándose la reyna, fueron hazia aquellas rejas que oýstes, pugnando todos tres por la quebrar y de una dellas hazieron tan reziamente que la quebraron y, saliendo por ella, se fueron derechos al muro de la huerta, que aunque era algo alto, ayudándose de los árboles de la huerta, salieron los más alegres del mundo y, antes que el alva rompiesse, se apartaron de la ciudad más de dos leguas y, metiéndose en un bosque, *que* ribera de un caudaloso río era, por amor de las damas *que* cansadas⁴⁷⁰ venían, allí se detuvieron harto fatigados, lo uno por venir a pie y lo otro por no aver comido desde prima noche.

Pues como ellos allí se estuviessen reposando y el rey Nembrot no entrasse en la prisión hasta otro día a la hora de comer ni tuvo cuydado de entrar dentro, esperando *que* la infanta Doralice de allá saliesse, lo qual a ellos fue harto alivio, porque se pudieron alongar de la ciudad, aunque *con*⁴⁷¹ mucho trabajo, más de seys leguas, a cabo de las quales, el Emperador, saliendo a un camino, vido venir dos cavalleros *que* la vía de la⁴⁷² ciudad lleva|van [f. 90rb] y, esperando por ver si traýan alguna provisión para que della le diessen, así a pie como estava y llegando a él les dixo:

– Dezid, cavalleros, que ayáys ventura, ¿dónde es vuestra vía?

– ¿Por qué lo preguntáys? –dixeron ellos.

– No por al sino porque si vays cerca, que me vendiéssedes un cavallo dessos y daros ya yo lo que justo fuesse por él.

– Pues *tan* sandio* os hizo la fortuna que no tenéys miramiento, *que* sería necesidad daros a vos el cavallo que yo tengo necesidad y yrme a pie –dixo el uno dellos.

⁴⁷⁰ cansadas Mu, Y: contadas BA, M1, Maz, S, L.

⁴⁷¹ aunque con Mu, Y: aun que con BA, M1, Maz, S, L.

⁴⁷² de la Mu, Y: al ed BA, M1, Maz, S, L.

– No me parece aver errado mucho –dixo el⁴⁷³ Emperador–, que ya podría ser que fuéssedes vosotros tan cobdiciosos que por el dinero que daros podía, me vendiéssedes el cavallo y pues que no queréys hazerlo⁴⁷⁴ por bien, yd a la malaventura, que de cavalleros tan desmesurados yo no pienso de aver ningún bien.

Enojáronse tanto los cavalleros por estas palabras *que* sin le responder, con las lanças baxas a él arremetieron por le herir; mas como él otra cosa no desseasse, echando mano a su buena espada Balisarda, los atendió y al tiempo *que* llegaron a le encontrar, con muy gran ligereza, dando un gran salto al través, les hizo perder los encuentros y al passar, hirió a uno por un costado, que muy mal herido, dio con él del cavallo abaxo Y el otro, como venía desapoderado*, con la lança misma que al cavallero pensó herir, dando el encuentro en tierra, ella misma le levantó en alto y le hizo venir al suelo de una gran cayóda.

En este punto, la reyna de Cerdeña al ruydo de la batalla llegava y al cavallero que con la lança cayó, dio tal golpe por un braço que tullido le dexó en tierra, pidiéndole merced de la vida; lo mismo hizo al otro, que malherido estava del Emperador. Y assí los dexaron; tomando sus cavallos y subiendo en ellos y las dos infantas a las ancas la vuelta de la ciudad de Tartaria caminaron, con el mayor plazer del mundo por se ver libres de tan gran peligro como se avían visto y no [f. 90va] cessavan de dar infinitas gracias a Dios y a la infanta Doralice, que tan cuerda y avisadamente lo avía hecho, teniéndola todavía el Emperador por escudero; caminaron con tanta priessa que dende a cinco días que de la ciudad de Siricania salieron, llegaron bien cerca de la ciudad de Tartaria, donde les sucedió lo que después oyréys.

CAP. LVIII⁴⁷⁵. En el qual se cuenta lo que a la emperatriz Ysifilea avino: cómo estando a punto de ser forçada la libró don Claros de Flordelís y su hermano y de lo que más avino.

Avéys de saber que como aquel sabio que oýstes a la emperatriz Ysifilea del palacio sacó, que no paró con ella hasta una grande y cerrada floresta que de la ciudad hasta dos leguas sería, en la qual, tornándose en su propia figura del anciano viejo que en el palacio avía entrado, la empeçó de consolar, porque eran tantos los extremos que hazía que a todo el mundo la delicada señora commoviera a manzilla*.

⁴⁷³ el Mu, Y: el el BA, M1, Maz, S, L.

⁴⁷⁴ hazerlo Mu, Y: hezello BA, M1, Maz, S, L.

⁴⁷⁵ CAP. LVII BA, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

Y porque es bien que sepáys quién este sabio era y la causa del robo de la Emperatriz, se os dirá; avéys de saber que en el señorío de Persia avía un rey, el qual era aquel que el duque don Estolfo y el conde Galalón de la jaula de hierro sacaron en el bosque encantado y, en tiempo que el emperador Mandricardo su señorío tenía, tuvieron él y este rey muy grandes diferencias sobre ciertas tierras de sus señoríos; y fueron tales⁴⁷⁶ que vinieron a muy crueles y rigurosas batallas, en las quales este rey de Persia quedó preso y el Emperador, señor de lo que pedía. En este comedio el emperador Mandricardo, como se os contó⁶⁵, siendo mancebo y desseoso de vengar de la muerte de su padre Agricán, passó en Francia, donde fue muerto por las manos del conde don Roldán. En estos tér[minos [f. 90vb], siempre el rey de Persia, que por otro título llamavan Soldán, todavía se estava preso y su reyno era governado por quatro cavalleros principales d'él, hasta que un hijo suyo primogénito, heredero del reyno, cresciesse; el qual como ya fuesse en este comedio de razonable edad, oyendo dezir de la estremada hermosura de la emperatriz Ysíflea, se enamoró della de tal modo que permitía, por no enojalla, tener a su padre en prisión antes que hazelle guerra. Mas como esta señora estuviesse determinada de no casarse con otro sino con quien la vengança del conde don Roldán le diesse, aunque deste mancebo fue importunada muchas vezes, no por esso ella mudó su intención, por lo qual él andava el más descontento del mundo. Y como este sabio, vassallo suyo, le viesse un día, le preguntó la causa dello y él se la dixo, por lo qual, tomando aquellos cavalleros y dos jayanes, que oýstes, determinó de robar a la Emperatriz y llevalla en poder de su señor, que tanto por ella penava, donde pensando que ella se ablandaría por los servicios que le serían hechos y se casaría con el rey y les daría a su anciano rey, vino en Tartaria al tiempo que entró en el palacio y hizo lo que se os dixo, que fue grandíssima parte para la libertad de los cavalleros presos y para los que en su deliberación venían. Pues como este sabio a esta señora llevasse y por sus grandes angustias della se doliesse, el miserable viejo, con piedad della, viéndola tan hermosa, vencido de su amor, en la floresta que oýs, se abaxa, donde con blandas razones a la linda señora empeçó a traer a sus locos desseos, por lo qual ella, viéndose d'él apremiada y en fuerte estrecho*, empeçó a dar gritos; mas el deshonesto⁴⁷⁷ viejo, que ciego del affición estava, no por esso dexava de pugar de forçalla, viendo quán poco sus ruegos con ella valían.

Y fue la ventura tal que, al tiempo que esto passava, los dos noveles hermanos, don Claros de Flordelis y [f. 91ra] don Finarán el Ligero, llegavan y como los gritos oyessen y

⁴⁷⁶ tales Mu, Y: talas BA, M1, Maz, S, L.

⁴⁷⁷ deshonesto nos: desonesto Mu, Y; deshoneste BA, M1, Maz, S, L.

acaso don Claros de Flordelís viniese encima del gran Bayarte, que por se ensayar en él avía subido armado con las armas de su padre, le puso las piernas y de un punto, donde los gritos sonavan, llegó donde vido al viejo vano con la delicada donzella en su fuerça, de lo qual quedó muy espantado* y más lo fuera si la conociera, mas arremetiendo el gran Bayarte allá, con el cuento de la lança del viejo alcançóle por un costado, que rodando por el campo le hizo yr grande trecho y, apeándose de su cavallo a la Emperatriz guía, donde en llegando, por la memoria de la que en el Navío Encantado en la torre de Amor vido, bien conoció y dando una gran voz dixo:

– ¡O, Sancto Dios y qué es lo que veo! ¡¿Y cómo es posible que una señora tan soberana en tan solo lugar yo vea, si es cierto que la que yo pienso, sea?!

A estas palabras, ya su hermano, don Finarán, avía llegado y la Emperatriz a él se venía, porque vido quel viejo se avía tomado un bravo y espantable* león que con sus agudas uñas a ella se venía, por lo qual dixo al cavallero:

– Excelente cavallero, pues que avéys hecho lo más de guardar mi limpieza, guardad mi persona deste bravo animal, que yo soy persona que el trabajo que por mí pusiéredes no os será mal empleado.

En esto, don Finarán el Ligero no tardó aquí de aprovecharse de su ligereza, como al león viesse venir hazia su hermano, aunque las ropas de donzella, que encima de las armas se avía puesto, le estorbavan, en un punto apeándose del palafrén, fue con el león y con la espada en la mano le dio tan bravo golpe que, abierta la cabeça en dos partes, le hizo caer en tierra, mas no tardó mucho quando de aquella fingida llaga que en la fantasma del león vieron hecha, salió un espantable* dragón que contra la emperatriz Ysifilea y los cavalleros guió y, alçándose en el ayre, con fuerte ímpetu [f. 91rb] sobre ellos se abate y, teniendo a la Emperatriz en medio, sus espadas desnudas le esperan y, como aquel endiablado vestiglo* llegó, sin temor de las agudas espadas a todos tres juntos como estaban, los ase y en un punto los levantó por el ayre, dexando en aquel lugar sólo el cavallo Bayarte. Mas por la vanda* de la gran ciudad de Tartaria, contra el bravo vestiglo* que los cavalleros y donzella llevaba, vieron venir el fiero grifo que por varca del Encantado Navío servía y, dentro d'él, al anciano y gran sabio Atalante que con una hacha de fuego en sus manos venía y, llegando por el ayre al fiero dragón que los cavalleros llevaba, la hacha que en la mano tenía, le lançó y el dragón, abriendo la boca, se la tragó y a la hora se empeçó a consumir de tal suerte que no quedó memoria d'él, salvo el viejo que en él se avía mudado, con una gruessa cadena al pescueço ligado, y llegando el sabio Atalante con su ligero grifo, en él a todos quatro rescibe y, abaxándose la buelta de la mar,

en muy breve espacio se hallaron con él en el Encantado Navío, donde muy espantados* del peligro passado, le empezaron a dar las gracias que tan alto beneficio merecía; y el sabio Atalante buelto a la emperatriz Ysifilea, le dixo:

– Excelente señora, vuestra real naturaleza os combida en tales contrastes* de la Fortuna a mostrar el valeroso ánimo de que ella os dotó, por tanto muestre la Vuestra Grandeza en este, vuestro navío, el ánimo firme de su real obligación, *que* aquí se os hará todo el servicio *que* en vuestro real señorío⁴⁷⁸ podría ser hecho, aunque no en tal grado.

Muy turbada estava la emperatriz Ysifilea de lo que por ella avía passado y, endemás viéndose en aquel estraño navío y entre gentes *que* no conocía; mas como don Claros de Flordelis viesse y conociesse, por las palabras del sabio, ser aquesta la señora que tanto amava y en su poder, lo uno de gozo y lo otro de admiración de tal hermosura, se halló el más contento [f. 91va] hombre del mundo y, quitándose el yelmo, empezó a dezir:

– Soberana y excelente señora, suplico a la Vuestra Grandeza que seáys servida de os alegrar y servir de mí y destes señores que aquí veys, que por me hazer a mí merced y por sus virtudes sobradas, concederán en vuestro servicio y mi desseo, para que por él conoscáys vos, mi señora, no estar en poder ajeno, sino tenernos a todos en el vuestro.

Muy gozosa quedó la emperatriz Ysifilea de se ver tratar con tanto amor a cabo de tanta pena y, viendo aquel hermoso cavallero que de su honra avía sido guardador, en esse punto puso con él tanto amor quanto después jamás le perdió –como después se os dirá–, y assí le respondió:

– Hermoso cavallero, vuestra graciosa *persona* y comedidas palabras, con las deste honrado sabio, me combidan a mí a tomar paciencia en la falta que de mi señorío yo puedo hazer.

– No resciba la Vuestra Grandeza –dixo Atalante– pena ninguna de la falta que podéys hazer en vuestra ciudad, que yo tomo a mi cargo de poner otra, vuestra semejante en la apariencia, para que supla la falta que vos podéys hazer, porque cumple a vuestro propio provecho yr con nosotros en nuestro navío: no toméys por ello pesadumbre.

– Con esse prosupuesto*, yo soy contenta –dixo la Emperatriz– de yr do llevar me quisiéredes, con tal que yo no haga la falta que temo.

– Dexad a mí el cargo –dixo el sabio.

Y assí le mandó dar un aposento tan exelente y bien adereçado⁴⁷⁹, quanto en sus días ella otro semejante no vido; y assí mandó poner en prisión al viejo que forçalla quería

⁴⁷⁸ señorío Mu, Y: señoría BA, M1, Maz, S, L.

⁴⁷⁹ d *inversa* BA, M1, Maz, S, L.

y rogando a don Claros y a don Finarán que por su honrra⁴⁸⁰ y servicio mirassen, de su navío se sale.

CAP. LIX⁴⁸¹. Cómo el sabio Atalante con la fingida Ysifilea acordó de dar libertad a aquellos cavalleros y los sacó de donde estaban.

En un punto fue el sabio Atalante donde el gran cavallo Bayarte solo por el campo andava y, subiendo en él, de unas fuertes y coloradas armas, con una lança en la mano, pareció armado y tomando encima del palafrén de don Finarán una donzella de la suerte y forma de la emperatriz Ysifilea, contra la gran ciudad guía, donde llegando a ella y empeçando a entrar en ella, de las turbadas gentes de la ciudad por su falta y rebuelta que avía passado, a grandes bozes a la fingida Emperatriz empeçaron alegremente a loar.

Pues como la nueva llegasse a los palacios que la Emperatriz venía, todos los cavalleros que para yr en su demanda aparejavan, salieron a la recibir y unos le besavan las manos y otros, las ropas y otros, el palafrén; y ella entonces les dixo:

– Homrados cavalleros y amigos, dad las gracias a este cavallero que me libró y reservó de ser forçada, que yo seré por ello más contenta.

Assí todos al sabio Atalante le empeçaron a hazer grandes gracias, con lo qual⁴⁸² llegaron al gran patio, donde apeados subieron a sus reales aposentos, en los cuales de sus dueñas y donzellas fueron bien recibidos. Luego la emperatriz Ysifilea dixo a sus cavalleros que ella avía prometido de dar a aquel cavallero que la avía libertado los christianos que tenía, que aunque se le hiziesse de mal, que ella quería cumplir su palabra y dárselos luego; todos sus cavalleros fueron dello contentos y alabaron su grandeza. Luego ella se fue con el cavallero a la prisión, que otro que ella no quisiesse allá, por temor de las guardas, no podía dentro entrar, y así Atalante entró dentro, donde halló al conde don Roldán y a don Reynaldos de Montalván y a Malgesi y a don Dudón y a Aquilante y a Grifón de Mongrana que, como oýstes^{h5}, estaban esperando que el duque don Estolfo y el conde Galalón viniessen; y como aquel cavallero de las armas coloradas vieron entrar, mucho fueron espantados*, mas él los sacó presto [f. 92ra] de la dubda en que estaban, dándoseles a conocer. Aquí fue el alegría sobrada, viendo don Reynaldos y los demás aquel excelente sabio con ellos, el qual les contó todo lo que de la emperatriz Ysifilea avía

⁴⁸⁰ honrra Mu, Y: honro BA, M1, Maz, S, L.

⁴⁸¹ CAP. LVIII BA, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

⁴⁸² con lo qual Mu, Y: con qual BA, M1, Maz, S, L.

passado y cómo la dexava en el Navío Encantado y la burla que a los suyos hacía, de lo qual rieron mucho; y él les dixo:

– Valerosos cavalleros, seguidme y llevaremos con nosotros los que no será justo dexar en prisión.

Todos juntos como estaban le siguieron y, entrando por la ronda a la otra puerta de la prisión, por donde al encantado bosque entravan, fueles avisado que en ninguna manera a las fuentes tocassen, adonde el duque don Estolfo y el conde Galalón y Ricardo de Ayamonte y Ricardeto con el rey de Persia estaban, llegaron, donde desde se conocieron, fueron tantos los plazeres* que hizieron los unos con los otros, que sería muy largo de contar, basta a quedar a consideración de buenos juyzios lo que harían, viéndose juntos, cavalleros *que* tanto se amavan y tanto tiempo avía que no se avían visto.

Assí todos juntos como estaban, llegaron, guiándolos aquel excelente sabio Atalante, a la casa del ydolo que se os dixo y, passando por ella, entraron por la boca que el valiente Aleandro desencantó, hasta allegar adonde la princesa Florimena estava, a la qual el sabio Atalante llegó al oýdo y dixo tales palabras, que tornando en su acuerdo* y dando un rezio suspiro, dixo:

– ¡O, soberano Jesuchristo! ¿Y *qué* es esto que siento? ¿Quién fue el atrevido que de mi dulce sueño me despertó?

– Quien os servirá hasta la muerte –dixo Atalante.

Entonces con más atención, la princesa Florimena, bolviendo en todo su acuerdo*, conoció algunos de los cavalleros que allí estaban, de lo qual quedó muy espantada*; y ellos la llegaron a hablar con mucho acatamiento, donde le contaron cómo avía estado encantada y ellos presos y lo que agora passava, de que quedó muy espantada*. [f. 92rb]

Luego el sabio Atalante subió solo por la escalera que se os dixo, a la cámara amorosa⁴⁸³ donde la infanta Roselinda y el hermoso Aleandro estaban y, diziéndoles ciertas palabras, los tornó en su acuerdo*, y les dixo los señores que abaxo quedavan, dándoseles a conocer, de lo qual mucho holgaron y, baxando abaxo, fueron dellos muy bien rescebidos, agradesciéndose los unos a los otros el trabajo que por se buscar, avían passado. Luego el gran sabio Atalante les dixo:

– Mis señores, vámonos al nuestro navío y Malgesi quede aquí a⁴⁸⁴ proveer en la Emperatriz fingida y en otra mayor necessidad que fuera de la ciudad hallará; y quedassele el buen cavallo Bayarte, que a la puerta del palacio hallará con mis armas.

⁴⁸³ amorosa Mu, Y: amorasa BA, M1, Maz, S, L.

⁴⁸⁴ quede aquí a proveer Mu, Y: quede aquí proveer BA, M1, Maz, S, L.

A todos les pareció bien y luego, por su arte, hizo venir una nube en la qual todos los cavalleros y señoras⁴⁸⁵ entraron y en un punto llegaron por el ayre a su Encantado Navío, donde sin que la emperatriz Ysifilea los viesse, por no darle enojo, a Malgesi atendieron, el qual saliendo de la prisión con las armas del sabio Atalante, adonde la fingida Emperatriz estava, allegó y saliendo con ella hasta donde los cavalleros la atendían, ella les dixo:

– Amigos y amados vassallos, mejor se nos ha hecho que pensamos⁴⁸⁶, porque este cavallero ha visto los presos y ninguno dellos es de los que él buscava y así se quiere bolver sin ellos.

– Assí es verdad, mi señora –dixo Malgesi–, por tanto la Vuestra Grandeza quede a la buena ventura, que yo quiero yr en mi demanda.

Assí se salió del palacio, dexando a la Emperatriz que los tartarescos por señora tenían y subiendo en su cavallo, se salió de la ciudad la vía de una gran floresta que por las señas llevaba, para lo que agora oyréys: que como el emperador don Roserín y su madre con las dos infantas, que se os dixo que trayán en las ancas de los cavallos que de los cavalleros tomaron, avían caminado mucho y llegaron en aque|lla¹⁵ [f. 92va] floresta, pensando venir libres de poder ser hallados por averse alongado tanto de la ciudad de Siricania, mas como el rey Nembrot viesse que la infanta Doralice no salía, él entró allá y halló el engaño manifiesto, por lo qual estuvo en muy poco de no morir de enojo; mas luego los mandó seguir a todos y por muchas vías, donde al tercero día, diez cavalleros del rey con él mismo llegaron donde los cavalleros heridos estaban para espirar y les dieron nuevas dellas y a mucha priessa los siguieron, con otros muchos cavalleros que la vía que el rey avía tomado siguieron; y diéronse tanta priessa en lo hazer que los alcançaron cerca de la ciudad de Tartaria, que con Escardín de Risa y Bisobel de Orlán, aviéndose topado, se estaban solazando; donde como el rey Nembrot los vido, fue el más alegre del mundo y arremetiendo a los cavalleros que a pie estaban, los cercaron y cruelmente empeçaron a herir, mas eran tan desatinados los golpes del Emperador y de su madre con los de los otros, sus compañeros, que a mal de su grado, los hazían retirar afuera. Mas en este punto llegaron, ya que solo el rey con dos de los diez cavalleros bivos quedavan, más de cien cavalleros, que con ravia cruel los empeçaron a herir y a estrechar de tal suerte que, si Malgesi no llegara al punto que oýs, sin dubda ellos perescieran, mas como él llegó, por su arte hizo venir un grande y poderoso ejército de gente d'armas, que en muy grande

⁴⁸⁵ señoras Mu, Y: senoras BA, M1, Maz, S, L.

⁴⁸⁶ que pensamos Mu, Y: que no pensamos BA, M1, Maz, S, L.

espanto* a los que peleavan pusieron, los quales, como llegaron do las batallas se hazían, con cruel ímpetu a los turcos arremeten y fue tanta la resistencia questos cavalleros infernales hizieron, que libremente los cavalleros y las infantas con Malgesi pudieron salirse de la batalla, dexándolos en ella; la qual duró todo aquel espacio que fue menester para que al Navío Encantado llegassen, yendo Malgesi contándoles cómo todos sus amigos y aquellas señoras estaban libres, [f. 92vb] de lo qual el Emperador y todos ellos fueron los más alegres del mundo.

Pues de la suerte que oýs, los turcos con los cavalleros de Malgesi peleavan, hasta tanto que todos juntos desaparecieron, dexando al rey con sus cavalleros como desesperados y con la ravia del engaño que le avían hecho, buelto a su ciudad, con determinada voluntad sus exércitos mandó a mucha priessa juntar para yr contra la Christiandad. Donde lo dexaremos hasta su tiempo, por os contar de los cavalleros que en el Navío Encantado venían, que desde todos se hallaron juntos y con las damas, por quien tanto avían trabajado, y con tanta alegría estaban, dándose cuenta los unos a los otros de lo que avían passado.

CAP. LX⁴⁸⁷. En el qual se cuenta cómo después de juntados aquellos señores en el Navío Encantado, navegaron la vía de la gran ciudad de Constantinopla.

La próspera Fortuna les fue tan favorable a estos cavalleros en la libertad de sus amigos –que como oýdo avéys, presos estaban–, quanto en sus días en cosa lo fueran; mas a la verdad, si el saber y industria del sabio Atalante no les ayudara, sin dubda⁴⁸⁸, según eran las prisiones y guardas en que estaban, nunca por fuerça de armas de donde estaban, salieran.

Agora avéys de saber que como todos se viessen juntos en aquel Encantado Navío, plazer ygual al suyo no se podría comparar; y porque es bien que sepáys los señores y cavalleros que allí estaban, se os contarán. Primeramente, el emperador de Constantinopla don Roserín y la princesa Florimena, que contaros las cosas que entre ellos passavan sería cosa de nunca acabar; estaban allí don Reynaldos de Montalván y el conde don Roldán, el príncipe Aleandro de Ungría, la reyna de Cerdeña [f. 93ra], Madama Brandamonte, la infanta Roselinda y la infanta Melisandra y la infanta Doralice, que ya de todos era conocida y del emperador don Roserín muy estimada, por lo que por él y por su madre y

⁴⁸⁷ CAP. LIX BA, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

⁴⁸⁸ dubda Mu, Y: subda BA, M1, Maz, S, L.

por la infanta Melisandra avía hecho. Venía allí la emperatriz Ysifilea que, como oýstes, don Claros de Flordelís y su hermano, don Finarán el Ligerero, la libertaron de poder del viejo encantador que forçalla quería; venía el duque don Estolfo y el conde Galalón y Malgesi y Ricardo y Ricardeto, su hermano, y Escardín de Risa y Bisobel de Orlán y Aquilante y Grifón de Mongrana y el fuerte don Dudón y el hermitaño Paciano y el rey de Persia, los quales no se hartavan de ver y hablar y de se contar los unos a los otros las desgracias que les avían suscedido.

Pues los amorosos requiebros que el Emperador con su señora y el valiente Aleandro y don Claros con la emperatriz Ysifilea y don Finarán con la infanta Melisandra, que por extremo le parecía bien, y lo que todos estos señores en lo secreto y público passavan, sería hazer otra nueva historia, basta lo que dexamos al juyzio de buen entendedor.

Pues avéys de saber que, como todos estos señores allí fuessen ayuntados y el sabio Atalante los viesse, mucho por extremo se holgava, por consejo del qual, todos fueron en determinación que el Encantado Navío guiasse la buelta de la gran ciudad de Constantinopla, el qual no fue perezoso en hazer su mandado, mas con arrebatada presteza, el grande animal que por proa tenía, dando con gran ligereza la buelta, en un punto se metió en alta mar, dexando a todos los de aquella tartárica y gran ciudad maravillados de su gran fiereza.

Pues desta suerte, el Encantado Navío caminó por su mar adelante cinco días, al cabo de los quales, un día a mediodía descubrió la insigne y gran ciudad de Constantinopla, a la qual con su estrañeza y repentina vista, puso muy grande espanto*. Luego fue|ron [f. 93rb] las nuevas por toda la ciudad divulgadas hasta los reales palacios, donde el emperador Carlomagno, como ya se os dixo, estava, el qual salió con su valeroso esfuerço* a la marina y juntamente con él, mucha gente armada de la ciudad, por saber qué fuesse aquella estraña y monstruosa cosa que por la mar con tanta braveza venía. Y ansí era la verdad que, como el sabio Atalante truxesse consigo todos aquellos señores, por más estrañeza de su venida, al bravo y espantable* elephante, por su saber, hazía embravescer, de tal forma que toda la mayor parte de aquel mar parecía comunicar sus bravas⁴⁸⁹ ondas con las encumbradas nuves, echando⁴⁹⁰ muy crecidas espadañas de agua por su larga y estendida trompa. Después desto, del castillo encantado y de la ysla procedía⁴⁹¹

⁴⁸⁹ bravas Mu, Y: bravs BA, M1, Maz, S, L.

⁴⁹⁰ echando Mu, Y: echanda BA, M1, Maz, S, L.

⁴⁹¹ procedía Mu, Y: procedida BA, M1, Maz, S, L.

tanto número de muy gruesos tiros de artillería, con tan espesas espadañadas de negro y espeso humo, que no les parecía a los constantinos moradores –que en la marina con el emperador Carlomagno estaban–, sino *que* si aquella brava montaña de tierra llegava, que los avía de consumir; el qual, como con tanta braveza a donde los communes navíos solían surgir, llegasse, quedó con tanta mansedumbre como si verdaderamente la ysla fuera natural; y del castillo encantado pareciendo muchas donzellas, se empezó una tan excelente música, tan suave y estraña, quanto la braveza del encantado elephante hasta allí avía sido, quedando muy clara y patente la fértil y hermosa ysla encantada, por cuyos empinados⁴⁹² y frutuosos árboles parecían muchas formas de nimphas con tantas diferencias de instrumentos que ponían mayor admiración al emperador Carlomagno y a los ciudadanos, que de cosa que visto oviessen, avían tenido. Con esta suave melodía, el Encantado Navío quedó surgido cerca de tierra, del qual a pequeña pieça que al puerto avía llegado, por la ancha y descompassada boca del estraño elephante, [f. 93va] el fiero tigre que de batel servía, fue echado, encima de cuyas alas que tendidas traía, todos aquellos señores y señoras con el sabio Atalante venían trayéndose de las manos.

Cosa fue muy estraña y de maravillar desde llegaron a tierra, donde pudieron ser conocidos, la gran⁴⁹³ bozería que entre la gente común de gran alegría sucedió, reconociendo venir allí su valeroso Emperador, que de la mano a la linda Florimena traía. Pues como el emperador Carlomagno y los otros cavalleros de los doze pares que con él estaban, reconocieron aquellos cavalleros, nunca plazer ygual a este les sucedió, viendo venir vivos y sanos a quien tenían por muertos; y assí como los vieron llegar a tierra, se apean de los cavallos⁴⁹⁴ y todos juntos con el emperador Carlomagno se llegan a los abraçar y rescebir, do se empezaron tantas palabras de crianças* y cortesías y tantas formas de plazer, que era cosa extraña de oír. Pues como el emperador Carlomagno llegasse junto al emperador don Roserín, que delante de todos avía saltado en tierra con la princesa Florimena, le dixo:

– Si la desculpa de averos partido de vuestra ciudad y amigos sin darnos dello parte, en traer con vos a esta excelente princesa no os desculpasse, muy cara sería la enmienda que sobre tal yerro érades obligado a hazer.

A estas palabras respondió el emperador don Roserín:

⁴⁹² empinados Mu, Y: empinanos BA, M1, Maz, S, L.

⁴⁹³ gran Mu, Y: gaan BA, M1, Maz, S, L.

⁴⁹⁴ cavallos Mu, Y: cavalleros BA, M1, Maz, S, L.

– Soberano señor, si la razón que tuve de hazer la mala criança* con Vuestra Magestad usada no me desculpasse en la culpa que Vuestra Grandeza me pone, bien sé que no fuera osado de parescer donde Vuestra Real Magestad estuviera.

– Mucho me pesa a mí –dixo la princesa Florimena– que Vuestra Grandeza aya rescebido por mi causa ningún desplacer, como sea, por la fama de vuestras soberanas virtudes, tan vuestra servidora quanto agora de presente, otra en el mundo no se hallaría.

– Muchas mercedes a la Vuestra Grandeza –dixo el emperador Carlomagno [f. 93vb]–, por querer sublimar tanto mis pequeñas obras sin que ellas lo merescan, más que de aquí adelante, por el voto de tan excelente señora, serán ellas en algo estimadas.

Con estas y otras palabras de criança*, estos señores se abraçaron y, llegándose todos los demás, fue tan estremado el plazer que el emperador Carlomagno rescibió con ver a don Reynaldos y a don Roldán y a Malgesi y al duque don Estolfo y al conde Galalón y a Madama Brandamonte y a todos los demás, qual jamás en sus días le tuvo. Pues de todos sus amigos y parientes era cosa estraña ver lo que los unos y los otros hazían; y el emperador Carlomagno rescibió gran plazer con el sabio Atalante y con el hermitaño Paciano, quando supo quién era, y hizo muy gran rescibimiento a la emperatriz Ysifilea y al gran rey de Persia y a todos los demás.

En este comedio, ya avían traydo cavallos y palafrenes en que fuessen a la ciudad y subiendo a cavallo, empeçaron a caminar hazia allá, donde fueron rescebidos, aunque de repente, con infinitos instrumentos y danças y alegrías, que era cosa de espanto* ver los regozijos que en breve se ordenaron, con la nueva venida de sus señores y de todos los demás. Desta suerte llegaron a los reales palacios, donde fueron rescebidos de la emperatriz Salamina con estremado gozo y, después de aver passado muchas palabras de comedimientos y aver cenado, cada uno se acogió a los aposentos que les fueron señalados.

CAP. LXI⁴⁹⁵. En el qual se dize cómo el emperador don Roserín fue desposado con la princesa Florimena y otros de aquellos cavalleros con algunas de aquellas señoras que allí estaban.

Ya los rutilantes rayos de Febo con la aurora del venidero día se mostravan, quando con aquella acostumbrada magestad [f. 94ra] aquellos soberanos príncipes, luego de gran

⁴⁹⁵ CAP. LX BA, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

mañana, se levantaron y salieron a la real sala, donde con solemne canto y música, la festival missa les fue dicha; la qual acabada, los dos emperadores con los otros grandes señores fueron servidos de reales manjares y, como las mesas fuessen alçadas, entre los dos emperadores y aquellos señores empezaron a platicar en las cosas que más a su governación de señoríos y personas convenía, entre los quales fue acordado que muchos de aquellos señores y señoras fuessen desposados, por lo qual las fiestas y alegrías fueron de nuevo empezadas, con cuya determinación, entraron en el aposento de la Emperatriz a le dar cuenta de lo que avían determinado, de lo qual ovo mucho plazer y les rogó que luego se pusiesse por obra, para cuyo effecto, los dos emperadores se salieron a la sala donde fue convocado el gran patriarcha de Constantinopla⁴⁹⁶. Luego el emperador Carlomagno a todos aquellos cavalleros desta suerte les habló, estando presentes todas aquellas damas y señoras:

– Excelentes príncipes y valerosos cavalleros, las cosas que en este variable mundo se nos susceden y cada momento se nos ocurren, nos tienen ya tan avisados por las largas esperiencias y trabajos, que no ay ninguno de quantos aquí estamos y aun hasta las más destas señoras, que no diessen largo testimonio de los vanos y desvariados acontecimientos deste miserable mundo en que estamos. Pues como las cosas vayan y por estos términos, mi parescer es que, como el ánimo sea principal en el hombre para le dar su ser natural, que con que éste, despreciando lo passado y remediando lo presente, cada uno en sí menospreciando estos varios acontecimientos, escoja lo principal, que es cada uno determinar su estado y vida, según que al bien de su persona y vassallos más cumple, por lo qual mi parescer es, según en secreto de cada uno⁴⁹⁷ destes señores y en público soy informado, que se escoja [f. 94rb] por principal remedio de todos los trabajos, que es casarse y tomar compañía, cada uno según su estado y condición, para effecto de lo qual ay necesidad que primeramente el emperador don Roserín, que presente está, esté y passe por la determinación y testamento de su antecesor, que es que aya por muger a la excelente princesa Florimena y el príncipe Aleandro de Ungría a la excelente infanta Roselinda, mi sobrina.

Y si alguno tuviesse escrúpulo en cómo diximos que en la quarta parte desta hystoria daríamos cuenta de cómo este cavallero Aleandro y infanta Roselinda saldrían de la cámara encantada, donde primeramente se conocieron, para esto avéys de saber que como el sabio Atalante viesse que estos señores harían con su ausencia gran falta –aunque

⁴⁹⁶ Constantinopla Mu, Y: Constantinoplo BA, M1, Maz, S, L.

⁴⁹⁷ uno Mu, Y: una BA, M1, Maz, S, L.

les hizo agravio—, los sacó del encantamento para que con su presencia fuessen las fiestas y alegrías cumplidas. Donde el Emperador, prosiguiendo su razón, dixo desta suerte:

— Es también mi parescer que mi sobrino don Finarán aya por muger a la infanta Melisandra y Escardín de Risa a la linda Argiana y Bisobel de Orlán a la infanta Coronea.

Pues como todos estos señores y señoras oyessen al Emperador cosa que tanto desseavan, muy crescida fue su alegría, a todo lo qual vinieron muy de voluntad, obedesciendo el mandamiento del Emperador; y él rogó al gran patriarcha de Constantinopla que los desposasse, lo qual fue luego por él hecho, desposando primeramente al emperador don Roserín con la princesa Florimena y fueron luego jurados por emperadores del imperio griego y, después de esto, todos los otros señores fueron desposados, por lo qual las alegrías y fiestas se empeçaron por toda la ciudad con mucha alegría y era tanto el regozijo que todos tenían, que era cosa estraña.

Pues de los desposados y desposadas, quereros contar lo que passavan y los amorosos requiebros sería dar prin|cipio [f. 94va] a una nueva hystoria, basta pensar que cavalleros y señoras que tanto avían amado y tantos trabajos avían passado, viéndose agora en la cumbre de su felicidad y contento, que su gozo y plazer sería demasiado.

Allí el emperador don Roserín con amorosas palabras y dulces besos, sentándose todos ellos por sus ricos estrados, manifestava, assí él como todos ellos, la amorosa afición que contino ellos a ellas avían tenido y ellas, por el consiguiente, les intimavan y encarescían sus voluntades y amorosos desseos aver sido mayores, publicando ser mayor tormento el padescido callando, queriéndolos y cumpliendo con su honestidad, que no el dellos, publicando su pena, cuya publicación aliviava con la gloria de contalla, la que sentían de suffrillo y ellos tomavan por remedio, con el dulce son de los menestres y suave música de las donzellas del sabio Atalante, que allí estavan, de con sabrosos abraços y besos, descuydados de sus fatigas y callando, obrar lo que más sus coraçones desseavan.

De la suerte que oýs, todos estos señores en muy grandes y sumptuosas fiestas estaban, gozándose los nuevos desposados con los sabrosos amores que de sus esposas nuevamente gozavan, passando dulces y sabrosos requiebros de la una parte a la otra, que sus amorosos coraçones de nuevo recobravan la fe que antes avían tenido.

Por espacio de quinze días turaron* en la gran ciudad de Constantinopla estas solennes fiestas, en las quales el emperador don Roserín hizo muchas mercedes y libéralidades con los de su imperio y señaladamente con el gran Constantino y con Riarán de Falco y Libanor el Ligero y con todos aquellos cavalleros que con él más familiaridad avían tenido. Aquí mandó soltar al sabio Rodolano y a su hijo, que hasta entonces avían

estado presos, por lo qual recobraron con el nuevo Emperador mucho amor, y todos los de sus reynos y señoríos, por el consiguiente, [f. 94vb] viéndole tan liberal y magnánimo y conociendo su valerosa persona, se tenían por los más bien andantes del mundo en averles Dios dado tal señor.

CAP. LXII⁴⁹⁸. En el qual se declara las nuevas que a Constantinopla vinieron⁴⁹⁹ y de una estraña aventura que a estos señores aconteció, por lo qual, los puso a todos en muy gran tristeza.

Ni el mundo pudo dexar de pagar según quien es él al que en él se confía y los varios acontecimientos, que llamamos Fortuna, pueden dexar de passar quando la determinación del Alto Señor permite, por más bien nuestro, el castigo de nuestras obras; así fue agora que estando estos señores en medio de sus fiestas y plazerés, el falso brevaje de Fortuna no dexaron de gustar, de tal suerte que quanto subido tenían el gozo, por el consiguiente se les dobló la tristeza. Porque avéys de saber que estando un día en las riberas del mar, en unas grandes huertas que allí avía, solazándose en ricas tiendas, ante los dos emperadores y los más de aquellos señores⁵⁰⁰ fueron traýdos dos muy feos enanos que por el emperador don Roserín demandavan, a los quales desque fueron ante él presentados, preguntó lo que querían, el uno que más anciano parecía, con un rostro sereno, mostrando poco temor, desta suerte empeçó a dezir:

– Emperador del griego imperio, mi señor, el rey Nembrot de Siricania, tu mortal enemigo, con la sobrada razón que tu real Magestad de la devida vengança tiene, por ser de ti y de tus amigos y deste imperio offendido, tiene determinado de venir sobre este imperio y destruyllé; y porque como esté sabido, él es un príncipe tan justificado en sus hechos quanto valeroso en su persona, te lo embía por esta carta avisar, para que estés prevenido en lo que para tu seguridad y provecho cumple [f. 95ra], para que él, con la justificación de su justicia, cumpla con lo que deve a quien es, de te tomar dessapercebido.

Y así sacó una carta, de la qual pendía un rico sello de oro con las armas reales de Siricania y, abierta, el tenor della es el que se sigue:

⁴⁹⁸ CAP. LXI BA, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

⁴⁹⁹ vinieron Tablas, Mu, Y: vieron BA, M1, Maz, S, L.

⁵⁰⁰ señores Mu, Y: senores BA, M1, Maz, S, L.

CARTA

“A ti, don Roserín de Risa, nuevo Emperador⁵⁰¹ de Constantinopla y Grecia, yo, Nembrot Almançor, rey y señor del poderoso reyno de Siricania y de los abitables montes de la gran Rusia y señor de las yslas Californias, poseedor de los altos y incumbrados palacios del dios Júpiter, embío salud en mis dioses, para que de ella no careciendo, mi justa y devida vengança en las trayciones y injurias passadas de este imperio, a mí y a mis antecessores y aun de tu propia persona, hechas en execución de mi devida justicia, venga en execución de mi voluntad. Has de saber que mi real persona, acostumbrada al uso de las justas justicias, pagando a cada uno de su derecho, determinó en mi determinada voluntad, de te dar aviso de ella para que estés avisado en lo que te cumple y a mí se deve, de hallar a mis enemigos fuertes, para que mi gloria sea más aventajada con el vencimiento, para lo qual has de saber que dentro de los veynte días, plaziendo a los altos dioses, mis potentísimas armadas, pobladas de fortísimos y militares guerreros, cuyo número no podrás creer hasta que le veas, ante tu ciudad te serán representadas y, porque a las personas de alta genealogía como yo, cumple más el efecto de las obras que el blasón de las palabras, doy fin en mi letra, con desseo de dalle en mi voluntad”.

Leyda que fue la carta, no dexaron los ánimos de aquellos valerosos de temer en lo secreto el nuevo suscesso de la [f. 95rb] guerra, mas como el uso de sus acostumbrados trabajos les diesse la osadía que solían, no dexaron de mostrar lo que en ellos contino pareció, que fue estimar en poco, al parecer, lo que en algo tenían. Y así el emperador don Roserín a los enanos respondió:

– Amigos, la soberbia de vuestro señor nos pone lo que con su carta nos quita, que es la osadía, para con ella estimar en poco lo que él nos encarece; por lo qual, sino tenéys otra cosa que negociar, os podéys yr a la buena ventura. Y llevad por respuesta a vuestro señor, que quanto breve fuere su venida, tanto más será nuestro plazer, porque vea que no tememos sus amenazas, mostrándoles por las obras lo que han manifestado nuestras palabras.

Con esto, los dos enanos se salieron de la tienda sin hazer acatamientos, y todos aquellos señores determinaron de se bolver a la ciudad y proveer las cosas que a la guerra

⁵⁰¹ Emperador Mu, Y: Emperador BA, M1, Maz, S, L.

presente cumplían y de se quedar todos en Constantinopla en tiempo de tanta necesidad y no desamparar al nuevo Emperador; y luego embiaron muchos correos, assí al emperador Carlomagno a Francia, como a todos los otros señores a sus señoríos, por muy larga mención en la quarta parte.

Agora avéys de saber que después *que* los enanos de la tienda salieron y aquellos señores a la ciudad guiaron, que antes que llegassen a ella, vieron por la puerta de la ciudad salir un espantable* carro de fuego *que* dos bravos dragones tiravan, el qual parecía en bivas llamas arder, en el qual el viejo de Persia –que se os contó que a la emperatriz Ysifilea quería forçar– venía, que de la prisión se avía soltado, juntamente traía consigo al rey de Persia y, aunque parecían en bivas llamas arder, no era así, porque el falso encantador por su libertad y la del rey lo avía así hecho, para que ninguno a ellos llegasse.

Pues como aquellos señores y señoras viessen cosa tan terrible y espantosa* y oyessen la bozería que en la ciudad sonavan, sin dubda pensaron [f. 95va] que algún mal recaudo quedava hecho, por lo qual procuravan de llegar hazia el ardiente carro, mas por mucho que hizieron, no pudieron por los cavallos. En este comedio, ya el ligero carro con ellos avía juntado y el falso viejo, tomando la figura de un espantable* vestiglo*, alçándose en el ayre, vino a hazer presa en la hermosa emperatriz Ysifilea, que en un rico palafren venía; y como sobre ella baxasse, tomándola con sus pelosos braços, la cuytada señora empeçó a dar muy dolorosos gritos, a los quales en un instante, como don Claros de Flordelis un punto della no se apartava, aún no avía el fiero vestiglo* della asido, quando el fiel enamorado de ella se aze, pensando libertalla, mas el falso viejo con su encantamiento los alçó en alto y, acogiéndose a su ardiente carro, luego que dentro estuvo, se alçaron en el ayre y con arrebatada presteza, empeçaron a perderse de vista, por lo qual aquellos príncipes recibieron mucho pesar.

Y avéys de saber que quando esto passava ni el sabio Atalante ni Malgesi estavan presentes, por lo qual fueron corriendo a la ciudad don Reynaldos y don Roldán, que por la ligereza de sus cavallos se adelantaron de todos y a toda furia yvan la buelta de la ciudad donde estavan los dos sabios, para remedio de lo perdido y, en llegando, contándoles la gran desdicha, ellos salieron de la ciudad donde aquellos señores los estavan aguardando; llegando los emperadores y princesas, les pidieron remedio de la desdicha passada, el sabio Atalante les respondió que tuviessen paciencia, pues que no avían sabido guardar los presos, *que* de presente no podía aver remedio de recobrallos, que algún tiempo vernían nuevas ciertas dellos con mucho plazer, que perdiessen dello cuydado y *que* no tuviessen pena; y demandoles licencia para yrse a sus montes de Carena, porque avía días que estava

fuera de su tierra, por lo qual rescibieron mucha pena todos aquellos señores, a los [f. 95vb] quales el sabio Atalante dixo:

– Excelentes príncipes y valerosos cavalleros, la presente y trabajosa guerra que os ha sido presentada, os está tan en las manos que no ay lugar para que en otra cosa por el presente os ocupéys, y como yo os aya sido tan servidor, os hago ciertos que, especulando* sobre este sucesso de la guerra, os doy aviso que, aunque os será muy trabajosa, con ayuda de Dios, saldréys vitoriosos de vuestros enemigos. Y esto tomad por prenda de mi palabra.

En este instante, del Encantado Navío se levantó en el ayre la torre, que oýstes que estava, y se vino a assentar junto a las puertas de la ciudad, formándose a la redonda un alto muro que mucho la hermoseava, en el qual estava una puerta, delante de la qual de repente vieron un gran padrón de mármol y encima d'él, una estatua de alabastro con un epitafio en los pechos que declarava ser la Fama, la qual tenía una forma de escudo en el un braço, en el qual estava este letrero: “En el más angustioso tiempo, quando los trabajados leones de los innumerables sabuesos fueren más acossados, en este comedio el ravisoso lebrél desconocido, en el mayor riesgo de su persona y del bravo león, por las señas de su manchado cuerpo, las fiublosas tempestades de sus reñidas conquistas cessarán y los secretos de mi escondido secreto, para más declaración de los entendidos secretos de amor.”

Todos los príncipes y cavalleros quedaron maravillados de tal aventura y más de las letras y de su interpretación, las quales passaron hartos días que no las entendieron. En esto el sabio Atalante, despidiéndose de todos aquellos señores y dexando harta tristeza, se metió en su Encantado Navío, el qual no fue perezoso para salir del puerto, donde muy breve le perdieron de vista, los quales se recogieron a la ciudad, empeçando a despachar correos para proveer en lo que a la guerra convenía. [f. 96ra]⁵

CAP. LXIII⁵⁰². En el qual se declara la estraña aventura que al Cavallero Venturoso avino en un castillo, donde libertó a la reyna de Inglaterra y a su hija Angelina.

Bien ternéys noticia, como ya os contamos, que el Cavallero Venturoso y la donzella Clariola caminavan la buelta de Ingalaterra, llevando voluntad de la libertad de la reyna y de la princesa Angelina. Pues fue así que caminando por sus jornadas, sin les acontecer cosa que de contar sea, llegaron a⁵⁰³ un puerto que bien cercano a Ingalaterra

⁵⁰² CAP. LVII BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

⁵⁰³ llegaron a un Mu, Y: llegaron un BA, UV, M1, Maz, S, L.

estava, en el qual determinavan de passar allá por consejo de la donzella Clariola, para dar parte al rey, su señor, del recaudo que traýa, porque llevando consigo al Cavallero Venturoso yva la más contenta muger del mundo y, por esto, ella le dixo:

– Mi señor, si a la vuestra merced plaze, bien será que nos metamos en un navío destos, para seguir la vuelta de Inglaterra, donde el rey Ángelo, mi señor, está y darle he yo cuenta del buen recaudo que traygo para su servicio, en traeros a vos y de aý seguiremos camino de las ýnsulas Vasandres, con el recaudo que para ello el rey, mi señor, nos dará.

A estas palabras respondió el Cavallero Venturoso:

– Señora donzella, avéys de saber que después que mi determinada voluntad, con la voluntad de los dioses, fue venir donde me lleváys, jamás pensé ni pensaría en ninguna aventura que a parte tercera redundasse el servicio, rescebir primero las gracias de la obra que ella viniessse en effecto; por lo qual, yo juro por Júpiter, de no parecer ante el rey, vuestro señor, hasta tanto que, cumpliendo con lo que devo, con el desseo de guardar todo lo que la orden de cavallería me obliga en razón de buen cavallero, con la vida en falta de no poder con las fuerças sobrepujar las de mi enemigo o con la libertad de essas señoras, que dicho me avéys, yo no cumpliré con vuestro señor con otras doradas⁵⁰⁴ palabras. Por tanto, procúrese con [f. 96rb] dineros o como mejor os pareciere de fletar un navío para seguir la buelta de las ínsulas Vasandres, porque yo determinado estoy a sacrificar la vida a la inmortalidad de la fama, haziendo lo que yo soy obligado, y no de rescebir⁵⁰⁵ gracias de lo que aún no sé cómo me sucederá.

Como la donzella Clariola viesse la determinada voluntad del Cavallero Venturoso, no curó de replicar más sobre ello, antes se fue por la marina y, buscando todos los patrones que navíos en aquel puerto tenían, jamás halló ninguno que tal viage quisiesse hazer, con temor de los bravos jayanes Carpalión y Rinacaronte, salvo una pequeña nave de sarracefes que solía tratar con grandes seguros en aquellas islas, que por muy gran precio se concertó con la donzella Clariola, para que al Cavallero Venturoso y a ella llevasse en su navío, en el qual, quando el tiempo les fue favorable, se metieron a la mar, en el qual estuvieron más de quinze⁵⁰⁶ días, que con harto próspero tiempo llegaron a la isla principal, donde los jayanes estaban, que se llamava la Isla de la Desventura, por las muchas que en ella, a quantos allá aportavan*, les sucedían; a cabo destos días, el navío del

⁵⁰⁴ doradas Mu, Y: dordas BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁰⁵ rescebir Mu, Y: recbeir BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁰⁶ quinze Mu, Y: quize BA, UV, M1, Maz, S, L.

Cavallero Venturoso tomó tierra en un antiguo puerto, que era más baxo del que entonces usavan, por lo qual él y la donzella Clariola recibieron mucho plazer.

Allí el bravo y piadoso Amor con el effecto de sus condiciones varias, el pecho del enamorado y novel cavallero, con el espíritu que suele poner variable en los que a sus queridas no han visto, le ponía una nueva furia y corage contra quien la fuerça hazía, a quien, a él esforçando, su libertad traía, que en su pecho se mostrava ser ya tanta parte quanta si visto y conocido uviera a la princesa Angelina, que por la fama de sus excelencias le tenía ya tan captivo con la imaginación de su hermosa figura que por la ver, todos los bravos peligros *que* de los jayanes le avían dicho, tenía en muy poco.

Y assí saltando en tierra, sacando su gran cavallo tordillo [f. 96va] y armándose de aquellas fortíssimas armas que el sabio Atalante le avía embiado y sacando la donzella Clariola su palafren, se despidieron de los marineros con tal condición que, si dentro de veynte días no bolviessen, que ellos fuessen libres de su flete y de los esperar. Y luego el Cavallero Venturoso se metió por un antiguo camino que a una montaña subía, con tanto esfuerço* y valentía que la donzella Clariola se espantava* de le ver mostrar tanto contentamiento en tan trabajoso peligro como yva, lo qual tomó por buen pronóstico para la libertad de sus señoras.

Y avéys de saber que todo aquel día caminaron por aquel agrio camino y a la noche reposaron en la montaña lo que della quedava y, venida la mañana, antes que el sol saliesse, por la vereda antigua que diximos, subieron y anduvieron tanto que se hallaron en la cumbre, dende la qual, con la nueva salida de Febo, descubrieron gran parte de la isla que dende allí se parecía, y principalmente unas grandes y espaciosas tierras que muy pobladas de frescas huertas y acequias de agua parecían, en medio de las cuales estava un gran castillo por extremo bien torreado, que de fuerte muro y cava parecía ser bien adornado. Pareciole tan bien al Cavallero de la Ventura esta tierra, que por extremo se enamoró de su hermosura; y así lo dixo a la donzella Clariola, diziendo:

– Hermana, ésta deve ser la morada de los jayanes Carpalión y Rinacaronte y aquí deven de estar vuestras señoras presas, por tanto vamos a poner en obra lo que tantos días há que desseamos.

Y assí movió por la montaña abaxo con su donzella, al mayor passo que pudo; y bien sería ya medio día, quando se hallaron en lo llano de aquellas espaciosas vegas, por el qual empezaron a caminar la buelta del gran castillo, mas no uvieron mucho andado, quando llegando entre unas grandes huertas que allí avía; de la una, que una gran casa tenía, vieron salir un cavallero, de todas armas armado, encima de un buen cavallo ruano,

el qual como al cavalle|ro [f. 96vb] y donzella viesse, se detuvo y, esperando que llegassen cerca, quando con ellos juntó, le dixo:

– Dezyd, cavallero, ¿quál diablo os truxo por esta tierra tan descuydado? Bien devo de pensar que soys estranhero della, pues con tanto descuydo⁵⁰⁷ camináys, no teniendo cuenta con lo que tanto os importe faltar assí para vuestra honra como para vuestra salud, pues no será mucho que el descuydo os sea causa de muerte o por lo menos, de una larga y penosa prisión y cárcel.

– ¿Cómo es esso? –dixo el Cavallero Venturoso.

– ¿Y cómo –dixo el cavallero de la isla– soys tan nuevo en esta tierra que aún no sabéys la costumbre della? Y porque no pequéys de ignorancia y salgáys de la en que estáys, os quiero dezir lo que tanto os importa; y assí avéys de saber que qualquiera que en esta isla anduviere y no traxere la señal del jayán Carpalión en su escudo –que es otro dragón como éste que yo traygo en el mío–, sin que d’él se tenga ninguna misericordia, ha sin duda de morir por ello, que assí lo tiene ordenado y estatuydo este gigante que os digo, qu’es quien manda y rixe esta isla y uno de los más bravos y valientes del mundo.

Dixo entonces el Cavallero Venturoso:

– Si algún yerro en mí ha avido, te digo que no ha sido de malicia, assí que no por esso devo de ser culpado, pues el que no sabe la costumbre y usança, yerra por ignorancia, no merece culpa.

– No me parece buena disculpa⁵⁰⁸ essa –dixo el cavallero de la isla–, ni yo dexaría de incurrir en pena de muerte si a ti, que tal atrevimiento y osadía has tenido de quebrantar las leyes y ordenanças de mi señor, el gigante Carpalión, dexasse de castigarte como tu loco atrevimiento lo merece. Y para que a ti sea castigo y los semejantes a ti escarmienten, por tanto aparéjate a la batalla, que de muerto o preso, no puedes librarte de mis manos.– De essas procuraré⁵⁰⁹ yo de me defender –dixo el Cavallero Venturoso– mientras la vida me durare y pudiere regir mi espada con las manos; y procuraré hazer lo que en mí fuere.

Y arredrándose* quanto vio que avían menester, viendo que el cavallero de [f. 97ra] la isla lo hazía assí, con gran presteza buelben los cavallos el uno contra el otro y, en medio de aquel camino, se vinieron a encontrar de tan fuertes encuentros que las lanças, aunque eran fuertes, bolaron en muy menudas pieças y, echando mano a las espadas, el cavallero del jayán tiró una cuchillada al Cavallero Venturoso, la qual él tomó en su

⁵⁰⁷ descuydo Mu, Y: descydo BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁰⁸ disculpa Mu, Y: de culpa BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁰⁹ procuraré Mu, Y: procurrae BA, UV, M1, Maz, S, L.

escudo y, metiendo una punta de espada a su contrario por baxo del escudo, fue tal que passándole las armas, le hirió tan bravamente por baxo de la teta yzquierda, que de aquel golpe dio fin a la batalla y así cayó el cavallero muerto en tierra.

Estando en esto, ya que quería mover hazia su donzella, por la puerta de la huerta vido salir un bravo león, que tras una grande y crecida sierpe yva, que con grande ímpetu su braveza mostrava, viniendo heridos entrambos de muy bravas heridas y tales que, antes que llegassen más cerca del Cavallero Venturoso, cayeron muertos; tras ellos vido salir de la gran casa, un grande y valiente jayán que encima de un gran cavallo alazán cavalgava y, viniendo a mucha furia contra los dos animales, desque junto llegó y vido muerto a su león, con alta voz dixo:

– ¡O, falso Júpiter! ¿Por qué permites que mis leones y animales, que para mi recreación yo tengo, perezcan?

A estas palabras, el Cavallero de la Ventura, que avía con mucho ánimo llegado, imaginando que este jayán devía de ser alguno de los que tenían en prisión a la reyna Siliana y a la infanta Angelina, mucho se holgó de le hallar solo por poder mejor aprovecharse d'él y así le dixo:

– Jayán, no es virtud ni esfuerço* de cavalleros blasphemar de los dioses, por los varios acontecimientos de los hombres; muy mayor virtud me parecería a mí consolarte tú con la volunztad suya que blasphemar de su deydad por el apetito de la tuya.

Pues como aquel jayán se viesse de aquel cavallero estrangero afear y castigar de lo que con[tra [f. 97rb] su dios avía dicho, viendo no ser de la mesnada de su padre, le dixo:

– Por mayor affrenta tengo y por mayor pérdida la de mi honra en dezirme una tan abatida cosa, como tú debes de ser, estas palabras, que si vencido me viesse de diez cavalleros, los mejores del mundo.

A esto el Cavallero de la Ventura dixo:

– No me espanto* agora de tu blasphemia, pues de tanta sobervia debes de ser acompañado, quanto de grandeza de cuerpo; y ¡por los altos dioses! si armas tuvieras, que como cavallero te hiziera conocer cómo lo que contra Júpiter dixiste, era muy mal dicho; y esto por ser yo cavallero, que juré de mantener la honra de los dioses en quanto la vida me durare.

– Si por no más de por no tener yo armas, dexas de hazer lo que dizes –dixo el gigante–, yo te doy licencia que hagas tu poder, que para un solo cavallero no las suelo yo tomar.

– Ni yo acometer –dixo el Cavallero *Venturoso*– a quien no las tiene, por tanto vete a armar, que yo te atenderé aquí hasta que salgas.

– Pues no huygás –dixo el jayán– mientras vengo.

Y así entró en la casa que diximos y el cavallero quedó con la donzella Clariola, hablando de la fiereza del jayán y de cómo devía de ser éste, el uno de los jayanes *que* tenían a sus señoras en prisión.

CAPIT. LXIII⁵¹⁰. En el qual se dize cómo el Cavallero de la Ventura mató a los bravos jayanes, Carpalión y Rinacaronte, y sacó de la prisión a la reyna Siliana y a la infanta Angelina y de lo que más le avino.

Dende a pequeña pieça que el sobervio jayán Rinacaronte, que éste era el que en la casa *que* oýstes a se armar avía entrado, salió armado de unas fuertes hojas de azero, que gran espanto* con su fortaleza y crecida grandeza ponía, al qual como el Cavallero *Venturoso* vido^{k5} [f. 97va] salir y considerasse no ser el tiempo y lugar aparejado para contender con él en palabras, a toda furia de su cavallo, a él arremete con la espada en la mano –que lança no la tenía, porque la avía perdido en la batalla del cavallero que avía muerto– y quando el jayán le vio venir, como aquel que era de los bravos y valientes del mundo, poniendo mano a una descomunal espada que traía, también arremetió el cavallo contra su contrario. Y aquí aconteció una de las notables cosas que jamás avía en aquel tiempo acontecido; y fue que así como a toda furia los cavallos el uno contra el otro se venían, ya que se llegavan a encontrar, se levantaron en alto con tanta furia, sobre los piez traseros, que no parecían sino que con las manos se querían despedaçar; los quales el uno sobre el otro se dexaron venir, dándose tan terribles golpes que sus señores, lo uno por su arrebatado empinar, lo otro por sus golpes, no tuvieron lugar de se herir, antes el jayán, como fuesse tan pesado, mal de su grado, vino a tierra y lo mismo hiziera el Cavallero *Venturoso*, si no se abraçara con el cuello de su cavallo, de lo qual no le fue muy bien, que el cavallo del jayán le alcanzó tal golpe con la una mano, *que* no tuvo acuerdo* para bolver sobre sí en buen espacio de tiempo. En este comedio, creció tanto la furia del cavallo del jayán, que al tiempo que descargó las manos sobre el otro, se hirió en un sobaco con la espada del Cavallero *Venturoso*, que con la ravia de la herida, empeçó a hazer tales cosas que no le fue bien al jayán, que se le avía quedado un pie metido en el estribo y, como el

⁵¹⁰ CAPIT LXIII BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

cavallo se sintiesse herido, empeçó a tirar tantas pernadas y a dar tantos saltos corriendo por el campo y llevando a su señor arrastrando, que como el cavallo fuesse furioso y grande y el jayán pesado, trayéndole a una parte y a otra, le quebró una pierna y con el pressuroso correr [f. 97vb] y pernear que traía, se la sacó del todo, quedando el jayán, del dolor de la herida, tal que dende a pequeña pieça espiró, de lo qual el Cavallero Venturoso dio muchas gracias a sus dioses por verse libre de aquel fiero y bravo jayán. Y llegando la donzella Clariola, le quiso besar las manos, mas él no lo consintió, antes la abraçó por la mucha voluntad que le tenía y así le dixo:

– Paréceme que el derecho de nuestra justicia nos da vengança de nuestros enemigos, por tanto, pues los dioses nos manifiestan sus intenciones, vamos a aquel castillo, que deve de ser en el que vuestras señoras están.

Y así guiaron hazia el castillo, al qual llegaron ya tarde, que el sol se ponía, por lo qual y por estar cerrado, determinaron de reposar aquella noche en alguna parte escondida, donde no fuessen vistos; y así se apartaron del castillo quanto un tiro de vallesta a rayz de un alto y fuerte muro, que una hermosa huerta cercava y, llegando a un pequeño valle por donde un arroyo de la huerta salía, determinaron de reposar. Y así se apearon del cavallo y palafrén y, quitándoles los frenos, los dexaron pacer de la yerva que por allí avía. El Cavallero Venturoso se recostó sobre su escudo a tomar un poco de reposo y descanso del trabajo passado y, como aún le durasse el dolor del golpe que el cavallo del jayán le avía dado, no podía bien dormir, antes estava despierto lo más de la noche y, siendo passada la media, oyó el sonido de unas voces que, por aquella parte donde el arroyo venía, salían como que de muger fuessen, por las quales manifestavan estar en harta fatiga; y como este cavallero fuesse uno de los más piadosos que en su linage uviesse, oyendo los gritos que de muger parecían, en un punto se levantó y, sin despertar su donzella, se llegó a una pequeña puente, por la qual el arroyo salía, poniéndose a oír lo que sería, los gritos oyó muy claros que¹⁵ [f. 98ra] en la huerta, sin ningún pavor, se metió por el agua y, con harto trabajo por ser la puente baxa, entró dentro en la huerta y, saliendo della, guía hazia donde los gritos sonavan y, con su espada en la mano y su fuerte escudo embraçado y llegando más cerca, más los gritos sonavan, y no porque viesse quién los dava, aunque parecía que los oía junto consigo, de lo qual estava muy espantado*, y como viesse ser su trabajo escusado, no viendo quién eran, se dio a andar por una calçada que estava hecha en la huerta, la qual le guió a una boca de una cueva, la cosa más espantosa* que en sus días uviesse visto, por la qual salía una tan espessa llama de fuego que no parecía sino boca

infernál, a la qual como el cavallero llegó, fue muy espantado* de ver cosa tan desatinada y, queriéndose bolver, se oyó llamar, diziendo:

– Cavallero Venturoso, pues tuviste osadía de entrar en esta huerta, tenla para entrar en esta cueva, si quieres gozar de la gloria de libertarnos; no te espante* el temeroso fuego, si quieres cumplir con la voluntad que aquí te traxo y con la osadía que a cavallero tú estás obligado.

Como estas palabras el Cavallero Venturoso oyesse y nombrarse dentro de aquel fuego y reconociesse ser voces de muger, bien creyó que la reyna Siliana y la infanta Angelina devían de estar en algún bravo encantamiento, por lo qual, como su osadía fuesse estremada y uviesse creydo ser verdad que las mugeres que los gritos davan eran las que él buscava, pospuesto todo temor por oýrlas dentro de aquella cueva, a ella con valentíssimo esfuerço* arremete, mas no le bastó tanto su esfuerço*, que como a las crueles llamas de fuego llegasse, no se retuviesse hazia fuera; por lo qual, estando entre temor y esfuerço*, considerando lo que a cavallero era obligado, estas palabras dixo:

– Si los dioses en su divino consistorio y determinada deydad tienen ordenado que yo estas señoras saque de donde están, ni la furia de los hombres ni sus falsas apariencias podrán quitarme [f. 98rb] de no cumplir con lo que a cavallero devo y con lo que los dioses serán servidos.

Y con estas palabras, tomó tanto esfuerço* que, abraçando su escudo y apretando el espada en la mano, por la boca y llamas se metió, con tanto coraçón como si ninguna cosa uviera que se lo defendiera, lo qual no fue así, que aunque la llama no le empeció cosa ninguna, de tan terrible golpe se sintió herir por cima de la cabeça que, si de tanto esfuerço* no fuera dotado, sin dubda cayera del gran poder con que le hirieron, mas como aquel que no quería que se fuesse quien tan mal le acogía, sin la respuesta, empeçó a tirar con su buena espada tantos golpes, que a mal de su grado, al que le avía herido –que era un bravo centauro–, llevó a cuchilladas hasta sacarle a un pequeño patio muy hondo, a manera de silo*, en el qual, como el centauro se viesse tan aquejado del Cavallero Venturoso, a él arremete y, abraçándose con él, le empeçó a apretar tan fuertemente que parecía quitarle el aliento; y entonces el Cavallero Venturoso, que nunca le faltava ánimo, como vido que no se podía aprovechar de su buena y cortadora espada, la dexó colgar de la su cadena y, sacando una pequeña daga, se la metió por las espaldas tres vezes y con esto el centauro quedó muerto y él, libre de sus braços y, mirando bien por el lugar donde estava, se halló muy maravillado del sitio y parte en que aquel silo* estava, porque verdaderamente parecía estar en otro mundo y, mirando hazia una parte del dicho silo*, vido estar una

pequeña puerta de hierro, a la qual guiando, sin ninguna dificultad abrió con mucha facilidad y, entrando por ella a una grande y espaciosa sala, vido en medio della una estatua de un jayán, hecha y formada de piedra, con una gran tabla en la mano, en la qual tenía escriptas unas letras que dezían: “Los soberviosos desseos del gran jayán Carpalión darán testimonio del mi encerrado laberintio, en el qual los amorosos desseos por la vista de la encantada [f. 98va] infanta empeçarán con más hervor a resplandecer en la obras del que con su esfuerço* sobrepujare las indomables fuerças de mis potentísimos compañeros.”

No pudo el Cavallero Venturoso por estas palabras entender ninguna cosa, mas de guiar hazia una entrada de unos arcos que de piedra hechos estavan, en los quales avía muchas figuras, que vivas parecían estar, de todos aquellos que de bien amar se avían presciado. Y estos arcos formavan tres puertas, que por qualquiera dellas parecía dende acá, que bien adentro ricos edificios uviesse; en cada una dellas, estavan dos figuras de aquellas que más firme avían amado y entre las dos de cada una destas puertas tenían su insignia, porque las de una puerta tenían entre sí un niño que, según los gentiles, era por dios adorado, con una letra en los pechos que desta manera dezía:

Yo soy Amor perfecto,
en lo público y secreto,
y a quien tiene firme fe
sin desconfiar de mi effecto,
yo jamás le dexaré.

Este⁵¹¹ niño, que dos figuras de damas muy hermosas tenía entre sí, estava todo desnudo y los ojos vendados y un arco en sus manos, que a los que la entrada buscavan con sus flechas parecía amenazar. Tenía la una de las dos figuras un pergamino en sus manos, en el qual estas letras estavan escriptas:

Quien con esta condición
quisiere entrar sin temor,
abonará su affición
en la mente del dios de Amor.

⁵¹¹ Este Mu, Y: En este BA, UV, M1, Maz, S, L.

En una de las otras puertas, estaban otras⁵¹² dos figuras, las quales entre sí tenían a la diosa Venus, la qual tenía en sus pechos un epitafio con una letra que así dezía: [f. 98vb]

Quien huyere del letijo
que contra mi bien no quadre,
gozará del bien del hijo
y de la gloria de la madre.

Y quien la entrada quisiere,
si bien amar no supiere,
aunque al entrar le combida,
mira bien lo que haziere,
si quiere acertar la salida.

En la otra puerta estaban otras dos ninfas, que al dios Mars en medio tenían, el qual estava armado de todas armas, con un escudo en una mano de fino azero y, en la otra, una espada que por extremo era riquíssima; en el escudo tenía unas letras que así dezían: “En el esfuerço* está la gloria y en las armas, la victoria.”

Estas entradas avía en esta morada, en las quales estaban estas y otras figuras, hechas por arte de encantamiento, que verdaderamente parecían estar vivas, de lo qual y de lo que en sus epitafios declaravan, el Cavallero Venturoso quedó muy espantado*, viendo cosas tan estrañas y, estando pensando lo que haría, ymaginando por quál de las tres puertas haría su entrada, se determinó en lo que agora oyréys.

CAP. LXV⁵¹³. En el qual se dize cómo el Cavallero Venturoso entró en el Encantado Laberintio del castillo, donde el jayán Carpalión habitava, y cómo él desencantó a la reyna Siliana y a la infanta Angelina.

⁵¹² otras Mu, Y: otros BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵¹³ CAP. LXIII BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

En estos varios encantamientos, este valiente cavallero estava pensando por cuál de las tres puertas entraría, pensando de hallar allí dentro lo que buscava, y como considerasse que la honra no se ganava con descanso y que la immortalidad de la fama consistía en esforçar el hombre su voluntad para complir con lo que tales aventuras demandavan, que no en el descanso de otros desseos, assí determinadamente, con su espada en la mano y su buen escudo abraçado, contra aquel gran cavallero que el dios Mars figurava ser, guía con valentíssimo [f. 99ra]^{m5} ánimo, al qual no halló perezoso, que como aquel que estava allí para ofender* y no temer, no dubdó la batalla que le pedía y tan bravos y espessos golpes se empeçaron a dar que espanto* pusieran a quantos la batalla pudieran mirar. Allí, aquella cruel fantasma le empeçó a herir tan bravamente que gran espanto* le ponía, viendo sobre sí cosa tan desatinada, mas como aquel que era estremado en todo extremo de cavallería y avía nacido para dar fin a esta y otras muchas aventuras, dava tales golpes a su contrario que, aunque insensible, de lo qu'él mucho sentía, le hazía revolver a una parte y a otra con la furia que le hería. Desta suerte anduvieron más de dos grandes horas sin que un punto de descanso recibiesen, al cabo de las quales, nunca vencer se pudieron; y como el Cavallero Venturoso viesse que tanto aquella terrible y espantosa* fantasma le durava y que con la espada no le podía herir, como hombre que de sus fuerças estava confiado, a él arremete y, asiéndose a braços el uno con el otro, creció tanto el coraje en este punto al Cavallero Venturoso, que poniendo todo su vigor, a su contrario puso en el suelo, lo qual no ovo buen hecho, quando se sintió abraçado con una hermosa donzella que una espada muy riquíssima y un azerado escudo en sus manos tenía y, levantándose de tierra porque el cavallero le dio para ello lugar, le dixo:

– ¿Y cómo,preciado cavallero, será tanta vuestra inhumanidad que contra una triste y flaca donzella queráys mostrar vuestro esfuerço*?

– No, por cierto –dixo el Cavallero Venturoso–, antes os serviré yo en todo lo que mandar me quisiéredes por ser muger y, por tanto, os suplico que me hagáys merced de me dezir qué morada es ésta y el remedio que yo tengo para salir della y cómo hallaré dos mugeres que acá dentro yazen, que son las por cuya causa yo soy aquí venido.

– Avéys de saber, señor cavallero –dixo la donzella–, esta morada que aquí véys, la edificó, juntamente⁵¹⁴ con un castillo que, antes que [f. 99rb] aquí viniéssedes, veriades, un jayán que se llamava Serpentino el Bravo, padre de otro que agora es señor del castillo, que Carpalión se llama, en la qual hizo este encantamento para meter una donzella que por

⁵¹⁴ juntamente Mu, Y: ujointamente BA, UV, M1, Maz, S, L.

estremo amava y ella a él aborrescía, y nunca jamás la pudo aver, porque ella se supo muy bien guardar hasta tanto que él murió, dexando este Encantado Laberintio (que assí le llamavan), de suerte que qualquier cavallero o donzella o dueña que aquí entrassen, fuessen atormentados por vengança de la que a él hazía andar tan penado; y ansí me dexó a mí aquí, encantada en la figura que me vistes, para que dixesse al cavallero que fuesse tan esforçado que me venciesse, que entrasse por esta puerta en su demanda y que hallaría lo que buscava, con tal que no desmayasse en los peligros de su Laberintio y procurasse de bolver por donde no errasse la una destas puertas, si quería salir vivo con qualquier persona que consigo truxesse; y mandome que dixesse este aviso al cavallero que me venciesse y uviesse tenido osadía de entrar por el fuego de la espantosa* gruta, que aquí le guiasse y le diesse esta espada y escudo, con los quales haría, si perseverasse en su ánimo, cosas immortales para su fama. Por tanto, si cobrar quisiéredes los que buscáys, procurad de entrar por donde os digo y hazer lo que soys obligado, que yo no quedé para más desto aquí ni tengo licencia para deziros más de lo que os he dicho, aunque quiera.

Y sin hablar más se quedó la donzella hecha de un duro mármol, que por mucho que le preguntó el cavallero, jamás le respondió palabra; antes él, tomando la espada y escudo, que bien avía menester porque el suyo estava muy mal parado de las batallas passadas, con presurosos passos y ánimo firme se metió por aquella gran puerta de Mars, por la qual no uvo bien andado hasta treynta passos, quando se halló al andar de un grandíssimo y encumbrado coliseo, que de innumerables puertas vido adornado y, llegando junto a la una, se oyó llamar [f. 99va] diciendo desta suerte:

– Noble cavallero, pues aquí veniste, danos entera libertad.

Y como el cavallero esto oyó, por la puerta se fue a meter, en la qual no ovo bien entrado, quando un poderoso tigre, alçándose en los dos pies traseros, contra él se viene, al qual no halló nada perezoso, antes con infinita presteza primero que el bravo animal baxasse a hazer su presa, le dio un terrible golpe por la barriga que, cortándole casi por medio, dio con él muerto en tierra. Mucho se holgó el Cavallero Venturoso viendo como su espada cortava tanto y de ay, queriendo mover más adelante, guió por un estrecho callejón, el qual le llevó a una escalera de husillo* que en medio de aquel gran coliseo estava, a cuyo principio estava un jayán muy viejo que para su guarda era puesto; las armas deste eran una porra muy grande de hierro y, como vido al Cavallero Venturoso, le dixo:

– Di, malaventurado hombre, quién te dio atrevimiento para entrar en nuestra morada, adonde ningún hombre, por atrevido que fuera, se atreviera entrar sin nuestra licencia.

– No otro, por cierto, sino el gran Júpiter que todo lo puede –dixo el cavallero.

– Pues aguarda –dixo el jayán– y verás cómo esse mismo no te podrá defender.

Y assí, alçando su descompassada maça, le arrojó un gran golpe y tal que si d'él no se guardara, el Cavallero Venturoso sin duda peresciera, el qual desviándose a una parte, no fue perezoso en le herir de una gran herida por cima de una rodilla que, cortándole toda la pierna, dio con él en tierra, el qual no ovo bien caydo, quando en esse punto desapareció, quedando en el principio de la escalera una donzella, como la que antes le avía a la puerta hablado, que le dixo:

– Cavallero dichoso y valiente, sube por aquí, que por tu esfuerço* te será otorgada la libertad de quien buscas.

Y así desapareció y el Cavallero Venturoso, tomando su consejo, por la bolteada escalera empeçó a subir y, antes que oviesse subido diez passos, se halló en una pequeña quadra* que de grandes [f. 99vb] riquezas, assí de tapicería como de razimos de oro, estava adornada. Al un cabo della, aunque ella era en redondo, en una de muchas ventanas que la sala a la redonda tenía, estava assomada una dueña, que solamente las espaldas se le parecían; ésta tenía puesta la mano en un cerrojo que una pequeña puerta cerrava y llegando el cavallero a esta puerta, leyó unas letras que assí dezían: “Tu mucho osar, si en algo no desmayas, te ha de salvar de aquí”.

Y desde las ovo leydo, el Cavallero Venturoso asió a la dueña de un hombro porque pensó que dormía, lo qual no ovo bien hecho quando ella, tirando del cerrojo, abrió la puerta por la qual baxaron –por la forma y manera de la escalera de husillo* que por allí a lo alto guiava–, dos grandes y espantosos* salvages que un bravo león consigo traían, el qual en un momento arremetió al Cavallero Venturoso; y él, como le vido venir, con gran coraçón le esperó, poniendo el espada delante, de miedo de la qual, el león dio un salto al través, que fue causa que el cavallero no le pudiesse herir. En este comedio, llegaron los dos furiosos salvages con dos ñudosos bastones y, alçándolos en alto, vinieron a herir al cavallero; aquí se vido el Cavallero Venturoso en muy gran peligro, porque el león, con increíble presteza, le tornó acometer y él, por guardarse d'él, no pudo guardarse bien de los salvages, que el uno descargó su golpe sobre el escudo y el otro le⁵¹⁵ dio un tal golpe sobre el yelmo, que casi le sacó de sentido; mas como aquel que no quería por falta de ánimo dexar de hazer lo que era obligado, al león que con las fuertes uñas le avía asido de una pierna y no le dexava menear, hirió de una estocada por la boca, que saliéndole la

⁵¹⁵ le nos: de BA, UV, M1, Maz, S, L. *Locum omittit Mu, Y.*

espada por el colodrillo, dio un gran bramido *que* pareció estremecerse toda la casa y así desapareció, y los salvages empezaron a herir al cavallero tan bravamente, que un punto de reposo no le davan; y eran tales los golpes, *que*⁵¹⁶ le hazían arrodillar o poner las manos en tierra, mas él *que* hasta [f. 100ra] allí por temor del león no avía⁵¹⁷ podido bien herillos, como desesperado por verse dellos tratar de tal suerte, acometió a dar al uno una cuchillada y, viniendo el otro, dexó de herir al *que* avía acometido y, al *que* venía a le herir, le dio de un tajo tal golpe por los pechos, *que* le abrió hasta las entrañas, del qual golpe, el grande salvaje, como herido se viesse, corriendo a una de las ventanas de la quadra*, se arrojó por ella, y su compañero, como le vido herido y lo *que* avía hecho, fue corriendo aquella ventana donde la dueña estava y, abraçándose con ella, se echó por la ventana abaxo, sin *que* más el cavallero los viesse, de lo qual quedó espantado* y harto cansado del trabajo de la batalla *que* aunque por el valor de sus armas, estas fantasmas no le herían, no dexavan sus carnes de lazerar con los terribles golpes.

Pues como él se vido solo en aquella quadra* *que* tan rica y bien adornada parecía, determinó, desde la ovo bien mirado, de subir por aquella escalera *que* la dueña avía abierto y así se metió por ella y salió a lo alto de aquel gran coliseo, *que* era una grande açotea⁵¹⁸, la qual estava descubierta de todas partes y, en medio della, estava una gran mesa de mármol blanco, la qual era redonda, y encima della estava un ýdolo *que* tenía una letra en los pechos *que* dezía: “Júpiter, vos sublimado, sobre los otros estimado.” Alrededor deste ýdolo, *que* de oro parecía ser hecho, estava sobre la mesa doze hachas ardiendo en muy ricos blandones* de plata; por la redonda de la grande açutea, estava muchas y muy bien adereçadas damas, *que* vivas parecían, entre las quales estava dos diferentes de las otras, la una era dueña y la otra, donzella, tan estremadas en hermosura *que* el Cavallero Venturoso quedó de las ver espantado*; estas dos señoras estava asidas de las manos y sentadas en dos muy ricas sillas de marfil y, como personas sin sentido, jamás quitavan los ojos del gran ýdolo, *que* ya diximos. Bien creyó en los trages y diferencias *que* de las otras tenían⁵¹⁹ [f. 100rb] ser esta la reyna de Inglaterra y su hija, la infanta Angelina, y así se llegó con mucho acatamiento a las hablar, mas no porque palabra le respondiessen, de lo qual quedó muy espantado*. Lo mismo hizieron todas las otras *que* sentadas a la redonda de unos corredores de verjas de hierro estava, de lo qual el cavallero quedó muy congoxado, viendo *que* no podía hallar quién recaudo de lo *que*

⁵¹⁶ golpes, *que* Mu, Y: golpes BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵¹⁷ Avia *non legitur in S maculae causa*.

⁵¹⁸ açotea Mu, Y: açute BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵¹⁹ tenían Mu, Y: itenan BA, UV, M1, Maz, S, L.

buscava le diesse; y assí se puso de rodillas delante del ydolo y con mucha humildad le empeçó a dezir estas palabras:

– Soberano y potentíssimo dios, si mis offensas contra vos hechas no son parte para que vuestra soberana deydad no dexede de me encaminar con vuestro servicio, en cumplimiento de mi desseo, suplico que seáys servido de me dar gracia como yo pueda sacar de aquí aquello *porque* vine, si en ello no soys offendido.

No por que el cavallero dixesse estas palabras, el falso ydolo hizo mudança ni le respondiò, por lo qual el cavallero, pensando estar enojado con él *porque* avía peleado con la figura del dios Mars o *porque* avía entrado en su morada, que pensó⁵²⁰ ser aquella, y por esso no le respondiá, se llegó junto a él por le besar los pies y al tiempo que se los estava besando, le acaesció lo *que* agora oyréys.

CAP. LXVI⁵²¹. En el qual se dize cómo el Cavallero Venturoso halló unas letras a los pies del gran ydolo, las quales leídas⁵²², sacó de allí a la reyna Siliana y a la infanta Angelina, su hija.

Pues como el Cavallero Venturoso viesse que por ninguna vía el gran Júpiter le respondiá, estava con su vano pensamiento muy triste, pensando que por sus culpas el gran ydolo no le hablava y, estándole besando los pies, vido unas letras a la redonda de la mesa esculpidas, que ansí de|zian [f. 100vaⁿ⁵]: “Quítale al que te crió, si de aquí quieres salir, aquello que le di yo, para que pudiesse vivir”.

No *porque* el cavallero aun leyese estas letras, entendiò por ellas lo que dezir querían y, andando especulando* lo *que* sería aquello *que* avía de quitar al *que* le crió, el qual entendiò ser aquel falso ydolo, que él pensava averle criado, y mirando todo lo que sobre sí tenía, acordó por remedio de salir de allí y de llevar lo que tanto desseava de ser desobediente contra su dios Júpiter, considerando la estremada hermosura de la infanta Angelina, para la qual guió, pensando que ella o su madre le dirían lo que al⁵²³ dios Júpiter avía de quitar y, hincándose de rodillas delante de aquella que en su ausencia y sin la aver visto tanto le avía lastimado*, agora que delante della se veía, con la nueva y más dominante reformación de sus amorosos desseos, por la estremada beldad della reformados, de puro temor no osava lo que la necesidad presente y Amor le demandavan,

⁵²⁰ pensó Mu, Y: pensando BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵²¹ CAP. LXV BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

⁵²² las quales leídas Tablas, Mu, Y: los quales leídos BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵²³ al Mu, Y: BA, UV, M1, Maz, S, L.

que era hablalla para ver si sabía ella algún remedio de lo que buscava y si quería el *que* desseava, con cuya necesidad, esforçado en su fatiga, desta suerte le empeçó a dezir:

– Excelente señora infanta Angelina, yo creo que otra⁵²⁴ que vos no lo es, porque tal extremo no le puede aver, sino en aquella *que* tan estremada por el mundo se publica, suplico a la Vuestra Grandeza, si los trabajos de mi largo viaje y varios acontecimientos en vuestro servicio guiados han merecido que la Vuestra Grandeza, con la de la reyna, vuestra madre, me habléys, que al presente me digáys cómo sea la forma en que yo de aquí os saque, para que yo cumpla mi obligación y Vuestras Grandezas tornen a la possession de su señorío.

Aunque con arta affición el penado cavallero estas palabras dezía, no le respondieron palabra, por lo qual, como desesperado, con mucha yra se levanta y contra el ýdolo guía y assí le dixo:

– Si vos que podéys, no me days remedio, yo, que no puedo, mal lo terné, si no es con seros desobediente, por tanto el verdadero⁵²⁵ Júpiter [f. 100vb] del cielo⁵²⁶ me perdone mi desacato, que donde la fuerça de mi libertad lo manda, vuestra deydad me perdone.

Y assí se llegó al gran Júpiter y aziendo de un gran cetro que en la mano derecha tenía, se le quitó y, como fuera della le tuvo, estendiendo la yzquierda, que cerrada tenía, se le cayó un pergamino, en el qual estavan escriptas estas letras:

Sí quieres buscar la salida,
procura bien acertar
por dónde fue la venida,
si más no quieres trabajar,
guarda bien las compañeras,
no escuches falsas razones,
si no, por falsas maneras
tornarás a tus passiones.

Esto era lo que estava escripto en el pergamino, y como el cavallero le oviesse leydo, el ýdolo se rodeó hazia aquella parte donde la reyna Siliana y la infanta Angelina

⁵²⁴ otra Mu, Y: otro BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵²⁵ verdadero Mu, Y. vedadero BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵²⁶ Cielo *non legitur in S maculae causa*.

estaban y, quitándose una forma de una ropa de brocado que vestida tenía, por delante de los pechos de aquella figura, que de oro parecía, se abrió, dentro de los cuales una redoma de agua parecía estar metida con un epitafio que así decía: “Salud de los encantados y enfermedad de los enamorados y quien la quisiere aver, deles de mí a beber”. Bien entendió el cavallero las letras, por lo qual vido que aquella agua que tan secreta estava, era la con que avía de desencantar⁵²⁷ las dos señoras porqu’él venía, y así sacó la redoma de los pechos del gran ydolo, lo qual no ovo bien acabado de hazer, quando en esse punto⁵²⁸, con un grande estallido, desapareció el ydolo juntamente con todas las otras figuras que os diximos estar por los corredores de la grande açutea, quedando solamente la reyna Siliana y la infanta Angelina en sus sillas sentadas, en formas de personas que dormían, a las quales llegando [f. 101ra] con la redoma, primeramente a la infanta Angelina dio por fuerça a beber del agua que tenía; y en beviendo, tornó en todo su sentido, como que de grande y pesado sueño recordasse* y como el valiente y amoroso cavallero ante sí en su acuerdo* viesse aquella verdadera señora, que su corazón avía en ausencia lastimado*, ni su valeroso esfuerço* pudo bastar a que con tan soberana hermosura, como delante de sí tenía, no enmudesciesse con la flaqueza que de Amor con tal vista le puso y, sin poder hablar palabra, se puso delante de ella de rodillas, le empeçó a pedir las manos para se las besar. Pues como la infanta Angelina viesse aquel cavallero tan bien⁵²⁹ criado delante de sí y tan comedido y que, al parecer, le avía dado libertad del encantamento y trabajo en que se avía visto, le dixo tales palabras, como aquella que era la más bien comedida del mundo:

– Señor cavallero, ni quien yo soy ni lo que vos avéys por mí hecho, consienten que ante mí estéys dessa suerte; por tanto, levantaos y procuremos por la libertad desta dueña, sin la qual no es justo que de aquí vamos, si por nosotras⁵³⁰ entrastes.

– Señora –dixo el Cavallero Venturoso–, mi venida no puede dexar de confessar que fue a otro fin, salvo en vuestro servicio y libertad, por tanto, aunque la Vuestra Grandeza no me conozca, avéys de saber que soy vuestro, por esso determinad a vuestra voluntad y querer, que no haré cosa, salvo lo que la Vuestra Grandeza mandare.

Y así se levantó, ayudándole la infanta con la mano y tomándole la redoma, dio de beber a la reyna Siliana, la qual, en beviendo del agua, tornó en todo su acuerdo* y, viendo

⁵²⁷ desencantar Mu, Y: desencantaar BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵²⁸ punto Mu, Y: punvo BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵²⁹ tan bien Mu, Y: también BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵³⁰ nosotras Mu, Y: nosotros BA, UV, M1, Maz, S, L.

a su hija libre del encantamento, su gozo fue muy crecido y, abraçándose con la infanta Angelina, le dixo:

– ¡Ay, hija mía! ¡Bendito sea Dios que te veo biva y libre de aqueste falso jayán Carpalión, que forçarte quería! Y aunque ayamos padecido trabajo, gracias a Dios que con la honra escapamos d'él.

Y porque es bien que sepáys la causa cómo la reyna estava con su hija en aquel [f. 101rb] encantamento, se os dirá. Avéys de saber que antes que el jayán Carpalión viniesse a señorear estas Yslas de la Desventura, habitava un gran señor moro, que con mucha pacificación las posseý por grandes tiempos; éste fue muy gran sabio en las artes mágicas, el qual amó por extremo una dueña de alta y generosa sangre, en extremo hermosa. Esta fue natural de Inglaterra, la qual por él seguida y por muger alcançada, por el gran valor deste poderoso señor, viviendo en mucha paz y sossiego, amándose el uno al otro por todo extremo, platicando muchas vezes en el reyno y señorío de Inglaterra y, por su gran saber, alcançó que avía de reynar en él un poderoso rey y que avía de tener una hija, la más hermosa que en el mundo oviesse, la qual avía de ser muy estremada y, por gran desdicha avía de venir a su señorío, en el qual se avía de ver en mucha congoja; y como este gran sabio amasse tanto a la dueña, su muger, y como viesse que esta donzella, su parienta tan estremada, en su propria tierra se avía de ver fatigada, con mucho cuydado trabajó de saber cómo y, alcançando algo de ello por sus signos y constelaciones, ordenó este Laberintio, en el qual estuviesse esta donzella encerrada, para que fuesse sacada por tal cavallero qual ella fuesse señora, y que, metida en él, estuviesse libre de todos los peligros. Y muerto que fue este gran señor, se empoderó de su señorío el jayán Carpalión, usurpándole y señoreándole por fuerça de armas, de do suscedió la guerra de Inglaterra, en la qual la reyna y infanta fueron presas y, como estos jayanes las tuviessen en su poder, un día, estando la infanta en una torre con su madre, el jayán Rinacaronte entró donde ellas estavan y, como viesse la estremada hermosura de la infanta, con palabras y por fuerça, procuró de cumplir su mala voluntad con ella; y como ella le viesse determinado en tan mal propósito, viéndole venir hazia sí, dio a huyr por una sala adelante y detrás de⁵³¹ ella, su madre, las quales viéndose [f. 101va] acossadas del falso jayán, llegando a una puerta que una entrada pequeña de otra quadra* formava, la una tras la otra se lançan, lo qual no fue bien hecho, quando la puerta se cerró como si fuera la misma pared, quedando ellas metidas en aquel Encantado⁵³² Laberintio. Y el jayán, medio atónito de ver cómo no podía abrir la puerta ni gozar de

⁵³¹ d *inversa cum signo compendii* BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵³² Encantado Mu, Y: Encantada BA, UV, M1, Maz, S, L.

aquella hermosa infanta que tanto le avía lastimado*, viéndose assí burlado, se salió del castillo, el más bravo hombre del mundo, y se fue a⁵³³ aquellas casas de plazer donde el Cavallero Venturoso le halló, quando peleó con él y le mató.

Pues bolviendo a nuestro propósito⁵³⁴, avéys de saber como la reyna y la infanta se viessen libres de tan grande encantamento por manos de aquel cavallero y supiesen d'él cómo por intercessión de su donzella Clariola avía venido de tan lexos tierras en su demanda y cómo avía muerto al jayán y todo lo demás que por él avía passado, no se hartavan de le dar gracias y señaladamente la infanta, que como ella viesse con⁵³⁵ cuánta gracia les contava lo que le avía acaecido en aquel Encantado Laberintio y como le viesse tan niño y tan hermoso y tan valiente, en todos los miembros de su cuerpo tan bien⁵³⁶ proporcionado y gracioso, no pudo su delicado corazón dexar de gustar el falso brebaje que debaxo de especie dulce Amor suele poner y desde allí le empeçó de amar muy ahincadamente. En esto la reyna Siliana dixo al Cavallero Venturoso:

– Señor cavallero, quien quiera que vos seáys, lo avéys hecho tan soberanamente en nuestra libertad y avéys tanto trabajado, que por malandante dueña me ternía si no os lo satisfiziesse en quanto las fuerças me bastaren, por tanto procurad de nos sacar de aquí, para que todos gozemos de lo que desseamos.

El Cavallero Venturoso en este comedio jamás quitava los ojos de la infanta, que tan cativo estava de su beldad que un punto no quería perder de dexar de miralla y, como viesse que la reyna le dezía aquello, dixo que se hiziesse todo lo que mandasse, que él no [f. 101vb] avía venido allí por otra cosa y así lo empeçaron a poner por obra, como agora oyréys.

CAP. LXVII⁵³⁷. Cómo el Cavallero Venturoso sacó estas señoras del Encantado Laberintio y de la brava⁵³⁸ y cruel batalla que con el jayán Carpalión ovo.

Con valiente y determinado esfuerzo* el Venturoso Cavallero hazia el escalera por donde avía subido, guió, llevando a la reyna Siliana y a la infanta Angelina consigo, con la qual yva el más contento hombre del mundo y, con la espada desnuda en la mano y su escudo embraçado, empeçó a baxar por aquella escalera hasta la sala donde avía peleado

⁵³³ a aquellas Mu, Y: aquellas BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵³⁴ propósito Mu, Y: propisito BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵³⁵ con Mu, Y: que con BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵³⁶ tan bien nos: también BA, UV, M1, Maz, S, L; tan Mu, Y.

⁵³⁷ CAP. LXVI BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

⁵³⁸ brava Tablas, Mu, Y: grava BA, UV, M1, Maz, S, L.

con los salvajes, en la qual halló dos donzellas⁵³⁹, que con sendas harpas, estremadamente tañían y cantavan y, como el cavallero y la reyna y la infanta a la sala llegassen y viessen las dos donzellas, por extremo se holgaron con la música; y como las donzellas viessen venir al cavallero y aquellas señoras, luego cessando de tañer, le dixeron:

– Señor cavallero, si soys tan galán quanto parecéys hermoso, dexad las armas, pues no ay aquí de qué temer y vos y vuestra *compañía* podéys reposar un poco y tomar plazer.

– No querría yo –dixo el Cavallero Venturoso– que en lugar de plazer hallasse su contrario, pues soy obligado en casa ajena, no fiarme de quien no conozco.

– Harto devéys de desconoçer –dixo la una de las donzellas– a las que vos traéys en guarda, pues a ruego de dos donzellas ponéys falta por no hazer a ellas el servicio ni a nosotras dar este contento y, si vos fuérades tan avisado en amores quanto os mostráys temeroso, no pusiérades escrúpulo en lo que mugeres os ruegan.

Pues como el Cavallero Venturoso viesse lo que aquella donzella le dezía y le pares[ciesse [f. 102ra] ser afrenta no hazer su ruego, dixo a la reyna y infanta:

– Mis señoras, reposen las Vuestras Grandezas un poco, que ya avrá tiempo para nuestro viaje.

– Sea así –dixo la reyna.

Y así se tornaron a un estrado que en la quadra* estava y, empeçando las donzellas a tañer y cantar muy dulcemente, así el cavallero como la reyna e infanta se durmieron con el suave son que las donzellas hazían, donde a pequeña pieça que así estuvieron, el Cavallero Venturoso con un rezió sobresalto recordó* y, mirando por la reyna y infanta, las vido que en poder de las donzellas, que en dos bravos jayanes se avían tornado, estaban y, tomando a cada una en los braços, por la finiestra en que la dueña de antes estava, se lanzaron con ellas, dando la infanta y su madre muy dolorosos gritos, con la gran turbación que de los jayanes y caída tomaron. Pues como el fiel enamorado delante de sus ojos y por su descuydo viesse llevar a la cosa del mundo que más amava, jamás rescibió fatiga semejante a la de tan breve peligro y, tomando su espada y escudo, se paró a la finiestra por donde los jayanes con las damas se avían echado y parecióle tan alta la decendida, que sin duda creyó que todos quatro llegaron abaxo hechos pedaços, por lo qual con lastimeras* palabras se empeçó a lastimar* y acuytándose mucho por tan gran desdicha, muchas vezes estuvo determinado a se echar de allí abaxo, mas como fuesse de

⁵³⁹ donzellas Mu, Y: donzelleas BA, UV, M1, Maz, S, L.

tanto ánimo, determinado a morir como cavallero, buscando el remedio a quien tanto lo avía menester, que era a su señora, la infanta Angelina y la reyna Siliana, su madre, con grandíssimo enojo guió por la escalera de husillo*, que a la pieça en que él estava, guiava, y baxando abaxo, donde las muchas puertas avía, por la una dellas vido entrar a la infanta Angelina encima de un bravo dragón que llamas de fuego por la boca y ojos venía echando y la reyna, su madre, a pie tras ella, dando muy fuertes gritos. Pues como el fiero dragón al cavallero llegasse, la infanta [f. 102rb] Angelina, con mucha cuyta, le dixo:

– Cavallero esforçado, socorredme en *tan gran* cuyta, pues que venistes de tan lexos tierras a lo hazer.

Pues como el penado cavallero viesse a la cosa del mundo *que* más amava en tan gran congoxa, hazia el fiero dragón con valiente ánimo guió, mas él passó por él tan ligeramente, que en breve espacio⁵⁴⁰ los perdió de vista y le dexaron muy acuytado por ver a su señora en tal peligro y no poder remedialla, para lo qual, *con* la mayor presteza *que* pudo, guió por aquella vanda* que las vido salir, que era una de las puertas del Encantado Laberintio, que a una espaciosa y grande huerta salía, poblada de grandes árboles, en la qual muchas fuentes parecían que de dulces aguas abundantemente la huerta regavan; por entre esta grande arboleda, vido el penado cavallero yr a la reyna Siliana que, dando todavía desatentados gritos, a la fiera serpiente seguía; la qual llegando cerca de unos altos y empinados cipreses que hazia la muralla estavan de aquel hermoso castillo, que se os dixo, en el qual los fieros jayanes solían habitar, como con ellos emparejasse, batiendo muy bravamente sus alas y, con mucha furia, hiriendo con su espaciosa y estendida cola en la dura tierra por tres vezes, hizo un grande hoyo, del⁵⁴¹ qual al Cavallero Venturoso parecía que, abriéndose la tierra, dos bravos toros salían, los cuales con arrebatada presteza, contra la misma sierpe guían y ella contra ellos buelve, poniendo en tierra a la infanta Angelina, que casi sin sentido del gran temor estava; y entre los tres animales empezaron la más brava batalla del mundo.

Pues como el Cavallero Venturoso viesse a la infanta en tierra y sin ningún sentido, a ella guía, dexando a la reyna Siliana atrás, que por miedo de los animales no osava llegar y, llegando junto donde estava la infanta por la tomar en sus braços, se oyó dar voces desde encima de una alta torre de las del castillo y, açando los ojos, vido estar a una finiestra a un jayán de muy fea y brava [f. 102va] catadura, que le dixo:

⁵⁴⁰ espacio Mu, Y: espacia BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁴¹ del Mu, Y: de BA, UV, M1, Maz, S, L.

– Cavallero desventurado, dexa essa falsa donzella, no la toques, que cumple que ella y essotra hechizera de su madre, juntamente contigo, mueran de mala muerte, por la que tú, a trayción, al mi amado hijo Rinacaronte por su causa diste.

Muy enojado quedó el Cavallero Venturoso de las desmesuradas palabras que aquel jayán contra aquellas señoras y contra él dezía y bien conosció por ellas ser este el bravo jayán Carpalión, por lo qual desta manera le dixo:

– Por los altos dioses, don desmesurado jayán, te juro de morir o sacarte essa maldita lengua, que tales blasphemias contra tan excelentes señoras has dicho; por esso procura, pues tú sabes el camino, de baxar acá, que yo te atenderé, si eres tal que oses tomar vengança de esse, tu hijo, que dizes aver yo muerto, por causa de quien publicas a trayción, a lo qual digo que mientes como falso y mal cavallero; y bien cerca estamos, si acá osas abaxar, de hazerte comprar caramente tan gran falsedad.

Lo qual oyendo, el jayán con mucha sobervia, se quitó de la finiestra donde estava, diziendo:

– Atiende vil y soez criatura, que por Júpiter te prometo*, si no huyes, de te dar a mis leones por pasto.

Y quitándose de la ventana, se fue a armar.

En este comedio, los otros tres animales se herían muy brava y desatinadamente; pues como el Cavallero Venturoso assí los viesse, no curando dellos, tomando en los braços a su señora, se quiso yr con ella hazia donde su madre estava, que era un grande y rico cenador*, mas no uvo dado tres o quatro passos, quando la brava serpiente y los dos fieros toros contra él guían y él, como los vido hazia sí⁵⁴² venir, en un punto puso a su señora, la infanta, en tierra, que ya estava en todo su acuerdo* y como ella assí se viesse, a mucha priessa se fue adonde su madre estava. En este punto, el Cavallero Venturoso se vido en muy gran fatiga, porque los dos toros se vinieron tan juntos a él y con tanta furia, que sin se poder guardar, de tal suerte le encontraron que le derribaron en [f. 102vb] tierra, donde llegando la fiera serpiente passó también por cima d'él, al tiempo que se empezava a levantar de rodillas, la qual no passó tan a su salvo, que con la cortadora espada del dios Mars le dio tal herida por las tripas, que en un punto, dando un grande bramido, dessorapareció, dexando un espesso humo en su lugar. En este aprieto, el valiente cavallero delante de su señora estava, la qual juntamente con su madre, que la batalla miravan, no hazian otra cosa sino rogar a Nuestro Señor que librasse aquel cavallero que por ellas

⁵⁴² hacia sí Mu, Y: hazia a sí BA, UV, M1, Maz, S, L.

peleava de tan terrible peligro; y señaladamente la infanta Angelina, que más que a sí le empeçava de amar; pues como el fiel enamorado se viesse delante de su señora y que peleava por su libertad y se hallasse cercano a la muerte, con presto y vivo coraçón se levantó y, viendo la virtud de su espada, a los bravos toros que contra él venían, esperó y, llegando cerca, se apartó a una parte, dando un ligero salto al través, y al passar hirió al uno dellos de tan bravo golpe por encima de los lomos, que partido en dos partes, dio con él en el suelo y a la hora desapareció.

En este comedio el jayán Carpalión, armado de unas fuertes armas y un gran cuchillo en sus manos, venía al tiempo que el otro toro llegava hazia aquella parte por donde él salía y, hallando al jayán delante, le dio con los cuernos un tan desapoderado* encuentro que, a mal de su grado, le hizo venir al suelo y, tornando sobre él, le asió con los cuernos y alçándole en alto, le batió otra vez por tierra, de forma que le brumó* muy malamente.

En este comedio llegó el Cavallero Venturoso al bravo toro y, sin que él le viesse, le hirió por una pierna trasera y, cortándosela del todo, en un punto desapareció como el otro, dexando al jayán de sus caídas bien brumado*, el qual con el grande enojo que tenía, sin hablar palabra ninguna al Cavallero Venturoso, que le avía esperado que se levantasse, y levantándose, se fue para él con muy grandíssima furia, el qual como fuesse [f. 103ra⁵⁴³] uno de los más animosos cavalleros de su tiempo y que más trabajos suffría, no le halló perezoso, antes con varonil y esforçado ánimo, le empeçó de herir de tal suerte que le hazía rebolver a una y a otra parte; y él andava muy ligero y animoso, guardándose con mucho tiento de los fieros y desatentados golpes de aquel bravo jayán, que eran tales que adonde quiera que a derecho con su cuchillo le alcançava, le hería muy malamente, por lo qual el Cavallero Venturoso también le dava otros tales, que por más de seys lugares al uno y al otro le corría la sangre.

Era tanto el corage que el jayán en este comedio tenía en ver que un solo cavallero le tratava tan malamente, que del gran corage le salía un humo tan espesso por la visera del yelmo, que no parecía sino una grande chimenea y dava tan grandes bufidos que espanto* ponían a la reyna Siliana y a la infanta Angelina, que al su buen cavallero veían andar tan malamente herido. Más de hora y media anduvieron el jayán Carpalión y el Cavallero Venturoso en esta tan cruel batalla, sin que el uno al otro se hablassen palabra, mas en esta hora, el bravo Carpalión se sintió tan cansado y afligido del trabajo de la batalla, qual

⁵⁴³ 103 nos: 104 BA (*a manu correctum*), UV, M1, Maz, S, L.

nunca en sus días se avía sentido y, aunque con otros bravos jayanes y esforçados cavalleros avía muchas vezes batallado, nunca en su vida en tal aprieto se halló que óbviese, a mal de su grado, de se tirar afuera, diziendo al Cavallero Venturoso:

– Espera un rato, cavallero, que ya avrá tiempo para poder dar fin a nuestra batalla, la qual te quitaré, con tal condición que vivas conmigo porque me paresces de buen ánimo.

– No me parece a mí que conforman tus obras con tus palabras –dixo el Cavallero Venturoso–, ni tampoco⁵⁴⁴ por lo que devo a la satisfacción de mi honra, no haré lo uno ni lo otro de lo que dizes, ni la poca necesidad que tengo de señor a quien servir me la pone de vivir contigo, por esso torna a la batalla, de la qual no me partiré hasta tanto que el uno de los dos [f. 103rb] quede muerto en el campo.

Y assí arremetió a él como si de nuevo la batalla empeçaran; y como el fuerte jayán Carpalió así le viesse venir, alçó su descompassado cuchillo en alto, pensando de le partir por medio, mas el cavallero se desvió del bravo golpe, el qual vino a dar en el suelo, con tanta fuerça que se le salió de las manos el pesado cuchillo. En este punto, le hirió el Cavallero Venturoso de un revés en el braço derecho de tan gran cuchillada, que cortándole hasta los huessos, le lastimó de suerte que no pudo asir más el cuchillo con la mano derecha, mas como aquel que era de fuerte coraçón, no dexó de aprovecharse de la otra mano y, asiendo con ella el cuchillo, hirió al Cavallero Venturoso al través del yelmo de un tan bravo golpe *que*, falsándosele, le hizo una mala herida en la cabeça, de la qual se sintió muy mal y, creciéndole el corage, arremetió a él, determinado de morir o vencer y diole tan brava estocada por la falda de la loriga, que le metió por la barriga más de la meytad de la espada, de la qual herida, el jayán, como se sintiesse mortalmente herido, dio un tan rezio bramido que a la reyna y a la infanta hizo caer en tierra abraçadas, de puro temblor y miedo, y alçando otra vez el jayán el cuchillo, fingiendo querer herir al cavallero por cima de la cabeça, rodeó los braços y le dio un golpe al través del costado derecho que, falsándole las armas, le hizo otra mala herida. Pues como el Cavallero Venturoso se viesse tan malamente herir y sintiesse que si muchos de aquellos golpes rescebía, que no le yría muy bien dello, determinó de guardarse dellos, y como viesse *que* el gigante desmayava por la herida de las tripas, *que* por ella se le salían y las traía arrastrando, con demasiada fuerça le hirió por cima de una rodilla, de suerte que cortándole más de la mitad de la pierna, dio con él en tierra, dando los mayores bramidos del mundo; pues como el cavallero assí le⁵⁴⁵ viesse, no fue perezoso en acaballe de matar, dándole muchos golpes,

⁵⁴⁴ tampoco *nos*: tan poco BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

⁵⁴⁵ le Mu, Y: se BA, UV, M1, Maz, S, L.

por los quales le hizo rendir el espíritu a [f. 103va] Lucifer y queriendo el Cavallero Venturoso⁵⁴⁶ yr donde la reyna Siliana y infanta Angelina con mucho gozo de su victoria le estaban aguardando, aunque era uno de los más animosos y valientes cavalleros que avía en su tiempo, no pudo tanto su esfuerço* *que* por la demasiada sangre que le avía salido, derramando gran cantidad della, que parecía que un arroyo corría *de* él, según la mucha que se le yva de sus heridas, no se tendiese en el suelo como muerto; y quando la reyna Siliana e infanta Angelina así le vieron, sin duda pensavan que muerto estava, por lo qual su gozo passado se volvió en demaziada tristeza, pesándoles en extremo de ver morir tanpreciado cavallero y de quien tanta esperança se podía tener y en la flor de su edad y dotado de tanta gentileza y hermosura, que demás del amor que le tenían por la buena obra que d'él avían recebido, se les acrecentava en gran manera su lástima y compassión, acordándoseles del peligro de que él las⁵⁴⁷ avía librado matando aquellos bravos jayanes que les tenían en guarda; y llegando junto al cavallero, le quitaron como mejor pudieron el yelmo, por ver si estava muerto, el qual estava tan desfigurado de la sangre que avía perdido, que viéndole tal, las dos señoras empeçaron, llorando agramente, a solenizar con piadosas lágrymas su muerte.

Y en este punto sucedió lo que agora oyréys y en el capítulo siguiente largamente os será mostrado particularmente, donde se os dirá lo que más sucedió por su orden.

CAPÍTULO. LXVIII⁵⁴⁸. En el qual se dize cómo la donzella Clariola, andando en demanda del Cavallero Venturoso, entró en el Encantado Laberintio, donde lo curó y de la manera en *que* de allí salieron y se fueron, con otras cosas notables, que en su prosecución les acontecieron. [f. 103vb]

Avéys de saber que, al tiempo que el Cavallero Venturoso, como se os ha contado, de la donzella Clariola se apartó por los gritos que oyó y la dexó durmiendo, quando recordó* y no le vido, siendo ya el día claro, se empeçó a cuytar, endemás desque vido el cavallo y la lança, por lo qual se halló la más triste muger de la vida, pensando que le avía acontecido alguna desdicha estando durmiendo. Y andando la donzella con esta cuyta de una parte para otra, oyó el grande estruendo que se hizo al tiempo que el Cavallero Venturoso sacó la redoma del pecho del gran Júpiter y, considerando en sí misma que

⁵⁴⁶ Venturoso Mu, Y: Venturo BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁴⁷ las nos: los BA, UV, M1, Maz, S, L. *Locum omittit Mu, Y.*

⁵⁴⁸ LXVII a manu correctum S.

podría aver el cavallero entrado dentro en la huerta del castillo y no viendo por dónde, estava muy afligida, por lo qual esperó todo lo más del día, escondiéndose entre las peñas de aquel arroyo que de la huerta salía.

Pues avéys de saber que al tiempo que el jayán Carpalión dio los gritos quando el cavallero le mató, la donzella Clariola, como cerca estuviesse de aquella puente por donde el Cavallero Venturoso avía entrado, el sonido de las voces bien claramente salieron por allí, por lo qual, con más ánimo que de donzella, se metió por aquella parte que el Cavallero Venturoso avía entrado, pareciéndole que no hazía lo que devía si solo le dexasse estar en peligro, con el gran desseo que de velle tenía y andando de una parte a otra, acertó a la boca de la cueva –que como oýstes, grandes llamas de fuego por ella salían–, la qual estava muy sossegada y sin ningún aparencia del fuego que de antes parecía tener y, con el gran desseo que de ver al Cavallero Venturoso tenía, se metió por ella sin ningún pavor. Y andando quanto pudo de una parte a otra, sin saber dónde yva a parar, con mayor ánimo que muger pudiera tener, no mirando lo que le podría suceder, se llegó a las puertas triumphales, donde las figuras estavan, de lo qual muy⁵⁴⁹ espantada* de ver, se metió por la del dios [f. 104ra] Mars, porque vido en ella menos embaraço que en las otras. Y andando a una parte y a otra, llegó a la gran torre *que* las muchas puertas tenía y, entrando por la una dellas, por aquella parte que la serpiente avía entrado con la infanta Angelina, vido la gran huerta donde la reyna y infanta con el cavallero estavan, lamentando su muerte, que⁵⁵⁰ por tal le juzgavan; y como la donzella⁵⁵¹ en el sonido de las voces reconociesse a sus señoras, con mucha confusión de gozo y espanto*, se metió por la huerta hasta donde las vido estar y llegando a ellas, se hincó de rodillas delante de la reyna y infanta y con muchas lágrimas que la experiencia presente le obligava, les pedía las manos. Pues como la reyna viesse a la donzella Clariola, que era una de las que más amava y avía en su palacio criado, le dixo:

– ¡Ay, amiga mía Clariola! ¡Y qué buena ha sido vuestra venida y vuestro trabajo si agora en el fin d’él no hallárades el fin presente, con el que vemos deste esforçado cavallero, que por su mal y nuestro provecho, para nuestro remedio vos traxistes!

– Mi señora –dixo la donzella–, el trabajo de averos servido y padecido algún affán por vuestro servicio es gloria para vuestros servidores, si la pena presente no lo mitigasse con ver a este cavallero en tan grande fatiga.

⁵⁴⁹ muy espantada Mu, Y: no espantada BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁵⁰ -te que *non legitur in L maculae causa.*

⁵⁵¹ donze- *non legitur in L maculae causa.*

Y así, llegándose al cavallero y tomándole el rostro y braços, le vido que todo el mal que tenía era de desmayo de la mucha sangre que le faltava y luego, sin más tardança, le quitó las armas, ayudándole la reyna y la infanta, su hija, y tomándole de presto la sangre con muchas vendas que de las mangas de sus camisas hizieron, le apretó las heridas y haziéndole muchos remedios, como aquella que se avía visto ya en aquellos estremos hartas vezes, le hizo tantos beneficios que le hizo bolver en su acuerdo*, el qual, dando un muy grande suspiro, dixo estas palabras:

– ¡O, soberanos dioses! ¿Por qué permiti[n]ten [f. 104rb] vuestras deydades que mis altos pensamientos fenezcan en tan breve espacio, sin cumplir lo que desseo y soy obligado, acabándose mi vida sin servir lo *que* ya en mi desseo tenía determinado?

– No cumple –dixo la donzella Clariola– que os desmayéys, cavallero, en tal tiempo donde el remedio tenéys⁵⁵², con ayuda del Alto Señor, para vuestra salud y para todo lo demás.

– ¡Ay, la mi amada compañera! –dixo el Cavallero Venturoso– ¿Y cómo llegáys a tiempo que con vos mi salud y desseos se remediarán?

Y así el cavallero se levantó y se sentó encima de una piedra, que cerca de una clara fuente estava y, sentándose encima, la donzella Clariola le empeçó a poner el remedio que mejor pudo para salir de allí, con el qual remedio y con la presencia de su señora, recibió grande alivio. Y assí procuraron de salir de allí, lo qual puesto por obra, yendo el cavallero delante, rodeando por la huerta, sin entrar en la casa, de la qual y de sus maravillas, se os hará mención en la quarta parte desta historia. Pues salieron al tino* que el cavallero y la donzella Clariola del arroyo tomaron hasta llegar al muro de la huerta y, como viesse el Cavallero Venturoso que la salida era dudosa, por no ser justo que la reyna Siliana y la infanta Angelina entrassen por el agua, mirando el remedio más conveniente, se subió sobre un árbol como mejor pudo y, desde allí al muro y de allí, echando las correas del espada y haziendo a la donzella Clariola que se assiesse dellas muy bien, la subió encima del muro y, juntamente ella y él, subieron a la reyna y a la infanta y, desque estuvieron encima, el cavallero abaxó del muro, dexándose colgar d'él y, viendo a su cavallo, que cerca de allí estava, le tomó de las riendas y, subiendo en él, las ayudó a baxar a todas, aunque con harto trabajo.

Pues como ellas se vieron salidas de aquel tan duro y cruel captiverio y el cavallero uviessse cumplido [f. 104va] con lo que tanto avía desseado, su plazer fue muy crecido; y

⁵⁵² donde el remedio tenéys Mu, Y: donde el remedio BA, UV, M1, Maz, S, L.

ansí se hablaban los unos a los otros, como si de nuevo se vieran. Allí acordaron de se yr al navío porque el Cavallero Venturoso fuesse curado de sus heridas, lo qual pusieron luego por obra, porque no fuesen sentidos de los criados de los jayanes, haziendo subir –por pura importunación– en el cavallo a la reyna y a la infanta, el cavallero y la donzella Clariola guiaron por donde avían venido con mucho afán.

De la suerte que oýs, este valiente cavallero con aquellas señoras empeçaron a caminar hazia donde su navío avía quedado y, yendo lo más secreto que podían, por causa de no toparse con algunos de los criados de los jayanes, passaron por aquellas huertas que oýstes, donde el jayán Rinacaronte avía muerto, llevando este esforçado príncipe, don Roselao de Grecia, la mayor victoria que en tan breve ninguno de sus tiempos avía alcanzado, mas a la verdad, nunca le quadró tan bien el nombre de Venturoso como agora, porque eran tantos los secretos del Encantado Laberintio⁵⁵³, según que después se os dirá en la quarta parte desta historia, en la qual después de la brava guerra que con los paganos los constantinos príncipes tuvieron y don Roselao fue conocido por hijo del emperador don Roserín de Risa, él entró en el gran Parayso de Amor y por fuerça de armas, vido las estrañas maravillas del sabio Atalante y los secretos de la encantada torre y los deste maravilloso Laberintio, porque la hermosa disposición⁵⁵⁴ de la tierra y la perseverancia de la guerra y que el rey Ángelo con los de la isla tuvo, le constriñió a bolver aquí y, por el semejante, fue venturoso en que pudiesse escaparse con su compañía, yendo tan mal herido, de ser topado de algunos cavalleros de los jayanes, y más venturoso y valiente en vencer y sobrepujar a tan esforçados jayanes, como fueron estos dos, padre y hijo, [f. 104vb] que si Artadelfo y Galtezino eran valientes, más abundavan de bienhadados que de esfuerço* y, como este esforçado cavallero a todos los de su tiempo sobrepujasse, tuvo tanto esfuerço* y ossadía que a todo esto y mucho más dio fin y cabo, como adelante se os contará.

Pues avéys de saber que con mucho afán llegaron a la cumbre de aquel empinado⁵⁵⁵ monte por el antiguo y viejo⁵⁵⁶ camino que allí los avía traýdo, en el qual reposaron aquella noche y, antes que amaneciesse, començaron a caminar, dándose tanta priessa que llegaron al navío a la hora que el sol se ponía y todos tan cansados y fatigados del camino, como aquellos que no avían comido salvo algunas frutas que la donzella Clariola en las huertas avía cogido. Y fue ansí que los marineros vieron venir a su cavallero con

⁵⁵³ Laberintio nos: laborintio BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

⁵⁵⁴ disposición Mu, Y: disposición BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁵⁵ empi- non legitur in *L maculae causa*.

⁵⁵⁶ -ejo non legitur in *L maculae causa*.

aquella compañía, aunque no conocieron a la reyna Siliana y a la infanta Angelina, le salieron a recibir en la barca con mucho gozo, aunque a la verdad, quando supieron que venía herido, se les mudó un su contrario y mucho se holgaron quando supieron de la donzella la muerte de los dos jayanes, de cuya hazaña [fueron] muy espantados* y de temor de los cavalleros y de la otra gente de la tierra, con consentimiento del Cavallero Venturoso, dieron las velas al viento y començaron a caminar la buelta de Ingalaterra, yendo la reyna y la infanta y su donzella, las más admiradas mugeres de la vida de la gran valentía y esfuerço*, juntamente con la ventura deste cavallero, viendo quán en breve avía passado por él solo un caso que el rey Ángelo no avía en tantos tiempos podido acabar.

Aveýs pues de saber que, como todos quatro, sus marineros en el navío entraron, luego la donzella Clariola mandó adereçar una cama, en la qual el Cavallero Venturoso fue echado, ayudándole aquellas señoras, porque a la verdad, él venía muy fatigado del trabajo del camino y de lo mucho [f. 105ra] que avía padecido dissimulando sus heridas, de las quales fue curado de mano de aquella donzella, que no tenía par en el mundo en aquel caso, por cuyos remedios recibió el cavallero mucho descanso y reposo.

CAPITUL. LXIX⁵⁵⁷. En el qual se dizen las cosas que la infanta Angelina passó con el Cavallero Venturoso estando herido en la cama y de cómo la nave en que yvan, con gran fortuna, aportó* a la Isla Deleytable y de las sabrosas cosas que allí hallaron.

Fueron tanto los remedios que la donzella Clariola⁵⁵⁸ al Cavallero Venturoso en sus heridas puso, que de puro descanso sobre el trabajo passado, después de aver algún tanto comido, se adurmió, por lo qual aquellas señoras le dexaron reposar y ellas también lo hizieron, que harta necessidad dello tenían. En este comedio, ya el navío se avía hecho a la vela y metido en alta mar, con próspero y favorable tiempo el desseado viage hazía, más sería passada de la medianoche, después que el cavallero se adurmió, quando con un congoxado sospiro de congoxa que de Amor y de sus heridas tenía, recordó*.

En este punto avéys de saber que la infanta, que cerca de allí dormía con la reyna, su madre, y con la donzella Clariola, el nuevo temor que de las heridas de aquel que ya por extremo amava, la tenía despierta y, con mucho cuydado que entre amor y honestidad con ella batallavan, sus altos sentidos suspensos estavan, lo uno⁵⁵⁹ imaginando que la obliga-

⁵⁵⁷ CAPITUL.LXVIII BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

⁵⁵⁸ Clariola Mu, Y: Clriola BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁵⁹ n *inversa* BA, UV, M1, Maz, S, L.

ción real oprimida desta falsa dolencia, su devida limpieza afeava, con el contrario, que Amor en sus pensamientos ponía, mas como la sensualidad en donde más virtud y grandeza moran, más sus velas desata, assí en esta honesta [f. 105rb] y amorosa señora más los desseos de affición *que* la devida obligación la ponían en estrecho*, por lo qual, forçada de aquel que a los más ossados acovarda, que es Amor, oyendo quejarse al que assí amava, a la cama muy quedo se llega y preguntándole *qué* avía; el Cavallero Venturoso, como reconociesse ser aquella la que *contino* presente en su alma tenía, levantándose y sentándose encima de la cama, le pidió las manos por tan gran merced como era visitalle a tal hora y, esforçándose *con* la necessidad de sus desseos y el aparejo presente, assí le dixo:

– Mi señora, si Vuestra Grandeza en este punto no me quitasse la ossadía y me pusiesse temor, yo cumpliría con lo *que* me mandáys, *que* es de deziros lo que me pedís, mas la grandeza de vuestra real persona, me quita la ossadía *que* Amor ossando me pone para, ante vuestra soberana persona, declarar mis altos pensamientos.

– ¿Cómo es esso –dixo la infanta– y qué ossadía es la que me pedís, donde tanta mostráys con dezirme lo *que* queréys negar?

– ¡Ay dioses! –dixo el cavallero– ¡Y cómo pienso *que* por mi mal, para mi mayor bien esta infanta formastes! Pues razón ninguna de altos pensamientos la ponen para merecer aun sólo servilla. Suplicos⁵⁵, mi señora, pues *que* el conocimiento de vuestra alta y encumbrada sabiduría no me niegan lo *que* vuestra honestidad no permite, que no seáys servida que de aquí no me levante con el mayor mal *que* la herida de vuestra hermosura en el sentimiento del alma haze⁵⁶⁰, para más deshazer el dolor de las menores heridas del cuerpo.

– Bien sé –dixo la infanta– *que* ni vos soys tal que lo que dezís os dexen de salir del alma, mas también *tengo* creydo que no dexaréys de considerar muchas cosas, la primera y principal, la obligación que la real prosapia, en lo que se deve a la honrra, me pone; la otra, la ley vuestra, diferente de la mía, y también la poca ocasión *que* para me amar en mí avéys hallado, fuera de ser los hombres determinados a mover|se^{p5} [f. 105va] con la voluntad que tomavan cada momento, aunque a la verdad, no quiero ser tan mal agradecida, que fuera de lo que me devo, os pague con lo que mi honrra salva, lo mucho que por mí avéys hecho offreciéndose para ello ocasión.

⁵⁶⁰ del alma haze Mu, Y: del alma BA, UV, M1, Maz, S, L.

– Mi señora –dixo el cavallero–, el mayor bien que Vuestra Grandeza me puede hazer, si tal mi dicha fuere que merezca con mis obras alguna cosa, y sea que la Vuestra Grandeza me admita en parte que *con* mi osadía, merezca llamarme vuestro.

– Bien sería –dixo la infanta– que esso se hiziesse, si haziendo vos lo que soys obligado, hiziéssedes en mí, con vuestra lealtad, lo que dezís.

– Mi señora –dixo el cavallero–, sola vos soys la que avéys de hazello, que yo no soy parte para más de lo *que* en mí Vuestra Grandeza hazer quisiere, por la determinación que, aún sin conoceros, en esta voluntad puse, a la hora que vuestra donzella me dio algunas nuevas de lo mucho *que* en la Vuestra Merced veo; y creedme que pudo tanto Amor con la fuerça que en mi imaginación con vuestro nombre hizo, que ansí os me representava a la memoria, como si presente os tuviera, y no padecía allí otra falta, salvo que mis flacos sentidos os me pintavan no tan hermosa quanto no podía más ser, de lo qual me arrepiento, *con* el agravio que, sin veros, entonces hize, con hazer lo que más pude, y deshazeros en lo que tan de hecho excede a nuestro pensamiento humano.

– No os fatiguéys en esso, señor cavallero –dixo la infanta–, que ni⁵⁶¹ mi grandeza suffre que ante mí os déys tanto, ni mi honestidad lo compadece; y por lo que por mí avéys hecho, de presente os suffrid en essa memoria que dezís de vuestros pensamientos, y pensad que jamás le faltó galardón⁵⁶² al buen servicio; y porque es justo que mi señora, la reyna, no me eche menos, quedaos a Dios y procurad de ser leal, que yo holgaré de os favorecer con el Rey, mi padre, quando en su corte seamos, en todo lo *que* se offriere.

– Pues [f. 105vb] suplico a Vuestra Grandeza –dixo el cavallero–, que me deys vuestras manos, para que tan gran merced como essa en algo muestre servirse, aunque a la verdad, la grandeza del favor en quererlas vos dar, me adeuda de nuevo a más serviros, porque lo menos que hazer podéys por mí, con lo más que merecéys de nuevo me pone nueva obligación para obedeceros.

– No quiero hazeros essa merced que dezís –dixo la infanta–, porque a la hora que os diesse el menor favor de mi persona os dava el de mi voluntad; y porque lo que yo podría hazer con sana intención, la vuestra podría condenar con su contrario. Y por el presente, os quedad y reposad, que yo me voy por lo que os tengo dicho.

Destá suerte se bolvió la infanta Angelina adonde la reyna, su madre, estava y el cavallero quedó en la cama, de nuevo imaginando en el saber y gracia y hermosura de su

⁵⁶¹ que ni mi Mu, Y: que mi BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁶² galardón Mu, Y: gualardón BA, UV, M1, Maz, S, L.

señora, hasta la mañana, que la donzella Clariola, juntamente con la reyna y infanta le curaron de sus heridas.

En este tiempo, el navío hazía su viage de Inglaterra, mas como las cosas de la mar sean tan inciertas, no dexó la Fortuna de perseguillos en tan buen successo como en la libertad de la reyna y infanta le avía venido, que *contrarios* y temerosos vientos y crecida Fortuna, los traxo *con* harta fatiga, de una vanda* a otra vacilando, seys días, en todos los quales aquellas señoras cada día pensavan ser su fin llegado, más verdaderamente el ánimo y esfuerço* que el Cavallero Venturoso les ponía, algún tanto les quitava el miedo.

De esta manera que digo, anduvieron perdidos, hasta tanto que un día, ya que era tarde, aportaron* a una isla que un grande y estendido puerto en sí tenía, en el qual tomaron con mucho contento tierra, y saliendo en ella, reposaron aquella noche de el gran trabajo que avían padecido, y a la mañana se levantaron todos y, muy espantados* de verse en tierra que no conos|cían⁵⁶³ q^s [f. 106ra] ni el cavallero ni sus marineros, les puso mucha cobdicia de saber adónde estavan, lo qual, por las heridas, lo dexó de hazer, mas muchos de los del navío se estendieron por la isla por sabello y por tomar algún refresco, dexando al Cavallero Venturoso y a las damas reposando en una enrramada* que les hizieron, de muchos árboles, por amor del sol, en la qual passaron gran pieça del día. Y bien sería ya passada la mitad d'él, quando de una cerrada arboleda que a la mano derecha de este puerto se hazía, vieron salir un carro triumphal, que quatro cavallos tiravan, encima de los quales venían muy ricamente vestidas quatro donzellas, que el rico carro guiavan, el qual venía todo adereçado de brocados muy galanos y hermosos; dentro d'él venía un cavallero, juntamente con una hermosa y bien compuesta donzella, y tan loçana que en extremo parecía bien. A la redonda del carro, venían un número de hasta veynte donzellas, todas vestidas de tela de plata acuchillada* sobre terciopelo encarnado, lo qual las hermoseava mucho; venían todas estas hermosas donzellas tañiendo y cantando con mucho concierto y gracia, y tanto que a quantos las oyan, davan muy gran contentamiento.

Esta compañía que oys, llegó bien cerca de donde el Cavallero Venturoso, que ya de la cama se levantava, con su compañía estava mirándolos; y como aquel cavallero y donzella que en el carro venían los viessen, mandando parar su carro, le embiaron una de aquella donzellas con el recaudo que se os dirá, la qual, como llegó a ellos, haziendo su mesura, dixo hazia el Cavallero Venturoso:

⁵⁶³ conocían Mu, Y: cononocían BA, UV, M1, Maz, S, L.

– Señor cavallero, mi señor, el príncipe don Lindarán con la princesa Fulmerina, os ruegan que seáys servidos de les hazer compañía, vos y vuestra compañía, en el viage que llevan a los Palacios Amorosos, donde las sagradas reliquias de Amor están depositadas, pa|ra [f. 106rb] que siendo más la universidad* de los muchos, alcancen con sus rogativas lo que han desseado y de sus tierras los traxo a esta Isla Deleytable; y que sepáys que si le avéys de hazer esta gracia, ha de ser que vays sin armas, porque la princesa, mi señora, ha votado esta romería de no la hazer, de suerte que los dioses se dessirvan con las batallas que los cavalleros soléys hazer.

Bien escuchó el Cavallero Venturoso lo que la donzella de parte de aquellos príncipes le dixo y, oyendo dezir de las reliquias de Amor, desseoso de saber qué cosa sería, se bolvió a la reyna Siliana y a la infanta y les dixo:

– Mis señoras, suplico a las Vuestras Grandezas que sean servidas de hazer este viage mientras la mar se amansa, que ya avrá tiempo para el nuestro.

– Sea como vos determináredes –dixeron ellas–, que no será tan largo el viage ni en tal compañía que nos estorve el nuestro.

– No lo es –dixo la donzella estrangera–, que a cien millas deste gran puerto son los Amorosos Palacios.

– Pues vamos a ellos –dixo el cavallero–, que el nombre les basta para assegurarnos de todo peligro y el dios es tal que, sacrificando los hombres por él sus vidas, ganan perpetua y amorosa gloria.

Pues como la donzella estrangera esto oyó, al cavallero dixo:

– Pues atended, me yré a dar nuevas de essa voluntad a mis señores, para que provean lo que cumple para vuestro viage.

Y assí se fue adonde el carro estava atendiendo y, dende a una pequeña pieça, las donzellas que los cavallos guiavan, los movieron hazia donde el Cavallero Venturoso y su compañía estavan y, llegando a ellos, los unos y los otros se hizieron muy grandes cortesías y como el príncipe don Lindarán y la princesa Fulmerina viessen tal estremo de hermosura en el Cavallero Venturoso y la donzella, por estremo fueron espantados* y casi como suspensos estuvieron una pieça sin hablar palabra; mas luego el príncipe don Lindarán dixo [f. 106va] estas palabras:

– Señor cavallero y hermosas señoras, yo pienso que sabréys nuestra voluntad, según que por nuestra donzella os fue declarada, por tanto os suplicamos, yo y la princesa, seáys servidos de nos hazer compañía adonde ya os dixo la nuestra donzella, que algún tiempo podría ser que se ofreciese caso en que nosotros hagamos lo que nos mandáredes.

– A nosotros nos plazte de os hazer este servicio –dixo el Cavallero Venturoso–, y por esso determinen las Vuestras Grandezas cómo vuestras voluntades vengan en effecto.

Y así se levantaron en el carro el príncipe y la princesa; y luego las donzellas que a la redonda venían, dexando los instrumentos que en sus manos tenían, se apearon de los palafrenes en que venían y pusieron, desde el suelo al carro, una forma de andamio, que por escalera traían, por la qual el Cavallero Venturoso y la reyna Siliana y la infanta Angelina con la donzella Clariola subieron, siendo recibidos por los príncipes con mucho amor y comedimiento, sentándose en un estrado que en el carro avía y la donzella Clariola a una vanda* de él.

El príncipe don Lindarán mandó que guiassen la buelta de los Palacios Amorosos y, subiendo las donzellas en sus palafrenes, sin tocar los instrumentos, porque así les fue mandado para poderles hablar; las que los cavallos guiavan, los empezaron a mover para donde les fue mandado. Con muchas y comedidas razones, los unos a los otros se recibieron, quedando muy maravillados de los extremos que de hermosura y gentileza en todos avía; y así el príncipe don Lindarán empezó a hablar con el Cavallero Venturoso y la reyna Siliana y infanta Angelina, diziendo desta manera:

– Bien cierto sé, señor cavallero y hermosas y agraciadas señoras, que estaréys desseosos de saber la causa del viage que hazemos y de nuestras personas y tierras y aun de la que estamos, si no lo sabéys [f. 106vb], por lo qual, yo os quiero de todo ello dar entera relación, porque el ánimo me dará razones para lo hazer con ver vuestras personas, las quales deven de ser de alto merecimiento. Y así avéys de saber que mi nombre es don Lindarán de Arcadia y el de esta dama que aquí veys, es Fulmerina, y somos hermanos, príncipes y herederos de los señoríos de Arcadia y de otras muchas provincias, cuya possession de presente, nuestros padres posseen; y avéys de saber que Amor, que todo lo puede, pudo hazer que, forçando la obligación fraternal que los soberanos dioses a mí y a esta dama avían puesto, que yo la amasse de amor tan entrañable, quanto mis desseos y obras lo han dado de mi intención verdadera y larga noticia. Y fue tal mi ventura, que así ella me amó tan determinadamente por la obligación que de hermano me devía, que jamás mis amorosos desseos, en la parte que yo desseava, ha querido admitir, salvo éste deste viage a esta Deleytosa isla, donde ay unos palacios que de las reliquias de Amor se nombran, para que con lo que allí nos succediere, yo tenga algún remedio y ella, según lo que publica, amarme por la parte que dize, penando gravemente, algún descanso darme. La determinación de nuestro viage ha sido ésta y la fortuna que entre mí y esta princesa passa es la que digo. La tierra en que estamos no compadece otra cosa si no es amor y consuelo y

deleyte, por lo qual, si alguno de vuestras mercedes algo deste cruel señor sabéys, os suplico que mientras al gran templo llegamos, algún consuelo entre los dos pongáys, porque há hartos días que d'él carecemos.

~~Muy espantados*~~ quedaron aquellos señores desde oyeron al príncipe don Lindarán hablar aquellas palabras con tanta affición, por lo qual, con consentimiento de la reyna Siliana, la infanta Angelina, después de muchas razones passadas, tomó la parte de la prin|cesa [f. 107ra] Fulmerina y el Cavallero Venturoso, la del príncipe don Lindarán, y assí empeçó el Cavallero Venturoso a dezir:

– Soberano príncipe, la grandeza de vuestro mal es tan sobrada por mayor bien nuestro, quanto la esperiencia del mío haze que yo lo conozca, con desconocerme a mí de quien solía ser conocido, por aver hallado en una señora tanto desconocimiento, quanto los dioses y yo y ella sabemos, por lo qual, yo como bien experimentado en tal negocio, me determino en causa agena alegar también de la mía, por tanto oýdme lo que dixere, con mucha atención.

CAPÍTUL. LXX⁵⁶⁴. En el qual se dize cómo puestos el Cavallero Venturoso y la infanta Angelina por juezes entre el príncipe don Lindarán y la princesa Fulmerina, litigaron sobre muchas razones de amor y de lo que más les succedió en el viage que llevavan de los Palacios Amorosos con muchos que, la misma demanda que ellos llevavan, traýan.

Pues como el Cavallero Venturoso se determinasse a ser juez entre el príncipe don Lindarán y la princesa, su hermana, y fundar con razones la sinrazón que Amor con ellos hazía, desta suerte empeçó a dezir:

– Excelente princesa Fulmerina, la soberana deydad de Cupido es tan potente en los ánimos de los hombres que, pospuesta toda obligación que a sus estados están obligados, siguen más su gusto y verdadera inclinación, que no lo que a la soberana magestad de su honra atañe. ¡Ay, señora! Si en Vuestras Grandezas uviesse lo que en nosotros mora, que es en medio de nuestros trabajos, glorificarnos con la memoria de nuestros pensamientos, cuánto más haríades en la libertad que contino gozáys, sino que permitieron los dioses de os hazer tan li|bres [107rb] y señoras de nosotros, que a costa de

⁵⁶⁴ CAPÍTUL. LXIX BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

nuestras propias angustias hemos de comprar el *dessasossiego* de nuestros *pensamientos*. Yo no sé la causa porque la Vuestra Grandeza usa de rigor con quien, con tanta obligación, tenéys la obligación de Amor, como el príncipe don Lindarán os tiene y la que vos os confesáys *tenelle*, de puro amor fraternal, y la otra de más verdadero, como a señora que a todos los otros excede y *traspassa*, os *constríñe*, por razón natural, que amor de Cupido a todas las cosas pone, para que seáys más obligada a le amar y conformar vuestra voluntad con la suya, porque si vos publicáys *tenérsela*, ninguna ocasión en vos misma hallaréys, si verdaderamente le amáys, para que un punto le veáys padecer, porque así os ha de doler su pena como os deve doler la vuestra. Si negáys querer su mal queriéndole como él os quiere y publicar querer su bien amándole como le amáys, ved cuánta diferencia va de lo uno a lo otro, ved las blanduras y regalos que amor con amor os muestra, ved los sabrosos gozos que con bien saber del gozar nos contentan y, en essotro amor, ved cuán pocos efectos por más encarecido que éste halláys, salvo de una sola forma querelle. Pues si me dezís que es virtud amar más a su honra que a su apetito y voluntad desordenada, no tenéys ninguna razón de lo hazer, porque allí está la honra donde Amor con sus regalos se inclina; y allí vive el sabor donde Cupido mata y no ay otra vida sino aquella que de sus manos herida de muerte sale. ¡O, con cuánta libertad y ventaja todos los otros dioses a éste se rindieron, que aun ellos mismos, en su *summa deydad*, consintieron ser de él lastimados*! Si el temor de seros el valeroso príncipe don Lindarán, hermano, os niega lo que por aventura Amor os concede, pensad que jamás los dioses a este dios pusieron *tassa*, antes por libre le dexaron, y libre le vemos, libre se [f. 107va] engendró y libre le hallamos. Por tanto, excelente señora, no niegue la Vuestra Grandeza lo que él permite –siendo vuestro hermano, el príncipe don Lindarán, su ministro–, con quererle amar como él os suplica, que ni es justo ni valedero negar con menos poder, lo que con tanto a ésse, que vos manifestáys, excede.

A estas palabras respondió la infanta Angelina de esta forma:

– Mucho me pesa, señor Cavallero Venturoso, que os perturbe la sensualidad la obligación real de las virtudes naturales. No creo que me negaréys vos que el amor de la princesa Fulmerina no sea tan estremado del que el príncipe don Lindarán, su hermano, le tiene: quanto la razón de la limpieza y honra se aventaja de sus contrarios, ¡quánto más es válido con devida honestidad repugnar el apetito con que *dissimula* seguir su querer, si la princesa Fulmerina, que presente está, al príncipe, su hermano, le ama como a tal, con aquella devida limpieza y honestidad que es obligada! ¿Quánta más razón halláys vos que exceda el amor que el príncipe don Lindarán a ella le tenga, tan desordenado y fuera de

razón? Menos mal me parece a mí que sería, ya, que fuesse amar un cavallero a una dama, fuera de ser su hermana y querer y allí el proprio provecho de su apetito, que, aunque⁵⁶⁵ allí fuesse malo, no dexaría de ser aquí doblado entre estos dos príncipes, si lo que el príncipe quiere, se hiziesse. Por lo qual yo, como diputada para la determinación de este negocio, conozco y digo que la verdad no quiere largo processo y que el caso presente, assí a Dios como a los hombres, no está ni parece bien, por lo qual no terná nadie razón de sustentar tal sinrazón.

– Bien me parece –respondió la princesa Fulmerina– que lo⁵⁶⁶ que esta señora ha determinado passe por justificación de mi justicia y desseos y, quedando esto ansí, no será malo que sepamos, de aquellos cavalleros y donzellas, qué es lo que atien|den [f. 107vb] en aquel prado, debaxo de los árboles, y saber si van nuestro viage para que nos hagan compañía.

– Sea ansí –dixo el príncipe don Lindarán–, que a parte vamos donde presto se determinará por mí, la justificación de mi causa por aquel gran dios de Amor, que todo lo sabe y vee.

– Sea ansí –dixo el Cavallero Venturoso–, y es bien que en los casos que ignoramos los hombres lo remitamos todo a los altos dioses.

Destá suerte que oýs, yvan estos señores platicando al tiempo que el triumphal carro salió a una gran vega, en la qual les fueron representadas infinitas huertas de muchas arboledas que, con su frescura, gran contentamiento a todos aquellos que lastimados* de Amor venían, davan; allí, de altas y artificiosas fuentes de christalinos mármoles fabricadas, las sonorantes y claríficas aguas, en las amaestradas⁵⁶⁷ pilas, con su despiçarradero* de alto abaxo hazían una entonada música. En este lugar, no faltavan infinitas avezicas que con sus cherriadoras y harpadas lenguas, su acostumbrado canto hazían; era tanta la hermosura de los bien ordenados jazmines, con los muchos rosales y frutíferos árboles, rodeados con las verdes y seguidoras yedras, que al más triste corazón del mundo pusieran contentamiento. Esta tal era la disposición de aquella tierra, en medio de la qual, entre todas estas grandes huertas, los reales y ricos Palacios Amorosos estavan, cuya disposición y galano edificio era por extremo estremada.

Antes que el carro, donde estos señores yvan, a los Palacios Amorosos llegasse, junto a una clara y hermosa fuente, que de umbrosos y hermosos árboles era rodeada,

⁵⁶⁵ aunque Mu, Y: anuque BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁶⁶ lo UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y; *macula in* BA.

⁵⁶⁷ amaestradas Mu, Y: amaestras BA, UV, M1, Maz, S, L.

estavan tres cavalleros y tres donzellas descansando del trabajo del camino, las dos dellas eran por extremo hermosas y la una tan fea quanto las otras le hazían por extremo ventaja. Las dos dellas tenían a sus cavalleros en sus faldas, solazándose y tomando plazer; y la de en medio⁵⁶⁸ y [f. 108ra] más fea le tenía de rodillas delante della, llorando y presentándole quejas.

Pues como el carro a ellos llegasse, maravillados de tal extremo, don Lindarán, como lastimado* de tan grave dolor como era el suyo, qualquiera otro le ponía en cuydado y, por tanto, mandó que el carro se parasse y a los cavalleros y donzellas de la fuente, así habló:

– Dezid, señores, ¿por ventura soys venidos en esta tierra por ver las maravillas de Amor?

– ¿Por qué lo dezís?–dixeron ellos.

– Porque si assí es –dixo el príncipe–, me haréys gran merced en que os vays en nuestra compañía, para que juntamente, este piadoso señor admita nuestros ruegos y aya piedad de nosotros.

– Pues que assí es –dixeron ellos–, vamos donde dezís, que no es otro nuestro viage sino el que lleváys.

Y luego de consentimiento de todos, tomando sus cavallos y palafrenes, empeçaron a caminar juntamente con el carro y, yéndose juntos, el príncipe don Lindarán les rogó que le contassen la ocasión de sus amores y ellos, por le complazer, lo hizieron. Y assí, el uno que a la una donzella de las hermosas amava, dixo así:

– La Vuestra Merced sabrá que todos tres como venimos y todas estas damas que aquí veys, somos naturales de España, en cuya provincia ay una región que a la diosa Venus es dedicada; dentro desta morada habitan muchas damas de alto y soberano linage, entre las quales estavan estas tres señoras y la Fortuna que lo permitió. Nosotros, guiados por el cruel hijo al templo de la piadosa madre, nos enamoramos destas donzellas y agora todos determinamos de venir a los Amorosos Palacios, con la intención que oyréys, porque yo y esse cavallero, que con essotra donzella hermosa veys, nos⁵⁶⁹ determinamos de venir a dar gracias a Cupido, por las mercedes recibidas y esotro cavallero y donzella fea, que aquí veys, a dar quejas de sus intenciones, para lo qual somos venidos a esta tierra. Esta es [f. 108rb] la razón que de las sinrazones de Amor nos avéys, señor cavallero, pedido y

⁵⁶⁸ medio Mu, Y: medo BA, UV, M1, Maz, S, L.X

⁵⁶⁹ nos Mu, Y: no BA, UV, M1, Maz, S, L.

porque ya llegamos al templo donde de cada uno más largamente sabréys lo que desseáys, callaré.

Y así era la verdad que llegavan bien cerca y, apeándose todos, juntamente entraron por aquellos sobervios y sumptuosos edificios, que grandes príncipes para honra de este falso Cupido avían edificado. Y eran tan sobervios y bien obrados que lengua humana no bastaría a dar relación de su falso y vano edificio, salvo que la entrada, por donde estos príncipes y señoras entraron, era por extremo grande y labrada de muy grandes y hermosas piedras, todas las quales, que jaspes parecían, eran tan coloradas como un lumbroso y fino rosieler*. Estava al un lado de la puerta un epitafio que así dezía: “La entrada es alegría y la salida es su contrario, teniendo tal adversario.”

– Así lo creo yo por cierto –dixo el Cavallero Venturoso.

Y después que todos uvieron leydo y notado la letra, el cavallero *que con la donzella fea venía*, dixo:

– Más creo yo deste soberano dios que para mí solo en el mundo ha querido obrar y es que, assí como en la salida manifiesta su displazer, a mí en la entrada y en toda la vida me ha querido dar pesar.

– No consiento yo en que vos le tengáys –dixo la donzella vieja–, porque no os quiero yo a vos tan mal, que por mí os veáys en tristeza.

– No puede ser esso –dixo él–, que harto es obligado a tener quien os ama.

–Y harta gloria –dixo ella– la que por vuestra se tiene, aunque vos no lo admitáys.

– ¡Ay! Que lo que por essa voluntad os devo –dixo él– no consiente la mía que, con lo que vos queréys, os lo pague, porque jamás pensé venderos lo que no tenía; y por esso para no amaros como devo a quien soys y yo soy, no querría que me pusiéssedes en tantos trabajos.

– No lo son para mí –dixo ella– en rodear por vos el mundo. No sé cómo os sentís tanto de lo que *tan poco* yo me queixo. [f. 108va]

Destá suerte hablando, entraron todos juntos con los príncipes que, sabido por todos quién eran, les hazían el comedimiento que a tales personas se devía. Y assí yvan por aquella morada, riendo mucho de lo que la donzella vieja y su cavallero passavan; y en entrando por aquella puerta a un grande patio, que de unas losas pardas y leonadas* era enlosado, en medio d’él vieron una estatua de nimpha que en sus manos un libro tenía, vestida toda ella de terciopelo verde y por extremo hermosa. Esta figura tenía el libro buelto a los que venían, en el qual avía estas letras: “En medio destes trabajos con que Amor congoxa, mi esperança los afloxa”

– ¡Ay de mí –dixo don Reduarte, que assí se llamava el cavallero que a la donzella vieja traía, y ella Doña Tarlacia de Castalia–; y cómo Amor pone a todos esperança y a mí solo⁵⁷⁰ me la quita! Porque quiso que con lo que los otros la tuviessen a mí me faltasse, que es con ver y amar a sus queridas, cuya hermosura acrecienta la fe de sus desseos, y a mí me los dobla su contrario.

– Aunque más os queráys –dixo Doña Tarlacia–, no creáys que tengo de desdezirme de lo dicho.

Passando deste gran patio, llegando a una segunda puerta que dos grandes leones, uno con otro de los braços asidos, formavan y en medio de sus uñas tenían un corazón que de viva carne parecía, al qual los leones con sus largas lenguas lamiendo estavan, avía en las hijadas del⁵⁷¹ uno, unas letras que ansí dezían: “Ved quan buen tratamiento que damos con nuestro halago al que buscamos tormento, huyendo de algún regalo”

– No deve de ser mío este corazón –dixo don Reduarte–, que ni yo busqué tormento ni le quiero.

– El mío es, no tengáys pena –dixo su dama–, que yo le busqué y le quiero.

– Assí lo creo yo –dixo don Reduarte–, que corazón tan duro como el vuestro, amando a quien no os ama, no podía ser menos, sino hallarle en poder de leones y no de hom|bres [f. 108vb].

De esto rieron todos mucho y, en entrando por la puerta, hallaron lo que agora oyréys.

CAPÍTUL. LXXI⁵⁷². En el qual se cuentan las cosas *que* todos estos cavalleros passaron con el gran Cupido y de la burla que el cavallero Aronte les hizo.

Entrando toda aquesta compañía por esta puerta que avéys oído, se hallaron en una sala muy rica, de la mayor estrañeza y hermosura que en aquellos tiempos avía; al cabo de la qual, estava una silla de riquíssima labor, obrada de muchas y ricas piedras sobre fino oro sembradas. En esta silla estava aquel grande dios y niño chico que Cupido se llama. Tenía en las manos las armas que a este dios antiguamente le ponían; y era hecho con tanto artificio y tan amaestradamente que, aunque fingido - el soberano edificio y el falso demonio- que, a los vanos amadores que allí yvan, con sus engaños cegava. Avía en

⁵⁷⁰ solo Mu, Y: sola BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁷¹ del Mu, Y: de el BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁷² CAPÍTUL. LXX BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

derredor de este falso dios de Amor, infinitas formas de antiguos que en amor se avían señalado, tan naturales y bien ordenadas que parecían vivas.

Antes que a este gran dios estos señores llegassen, la reyna Siliana y la infanta Angelina se apartaron por aquella gran sala, mirando las hermosas pinturas que por las paredes avía, comidiendo en sí la vanidad que todos aquellos cavalleros y donzellas traían, como personas apartadas del verdadero camino Y assí llegaron el Cavallero Venturoso y el príncipe don Lindarán y la princesa Fulmerina y los cavalleros de España y sus donzellas y, juntándose cerca del falso ydolo, las donzellas del príncipe don Lindarán empeçaron a tañer y cantar muy dulcemente y, tañendo por una pieça, el príncipe don Lindarán rogó al Cavallero Venturoso que la oración primera [f. 109ra] al gran Cupido intimasse; y él, como bien lastimado* de tal señor, empeçó a dezir desta manera, muy lastimado* de su pena y más quando vido a su señora por la gran sala apartada y con tan poco cuydado del mucho que él tenía.

– Soberano Cupido, señor y gran dios de las potencias divinas y humanas, yo, aunque indigno, ante ti me presento y, como a piadoso señor, suplico humildemente *que* seas servido de lastimar* a aquella por quien tan lastimado* me tienes, para que yualmente penando, la gloriosa memoria de mis pensamientos sustente con los trabajos de mi penosa vida, salidos del descuydo que mi señora en mis cuydados continuo muestra.

En este comedio, aquel grande y falso señor, que todo lo del⁵⁷³ mundo ciñe y abarca, respondió:

– Por justa justicia de mi poder, está determinado que vos sirváys hasta tanto que por méritos de vuestras hazañas consigáys el fin de vuestros desseos; por tanto, suffrid con paciencia lo que passáys, que allí está la gloriosa victoria donde con mayor esfuerço* se vence la Fortuna.

– Forçado avrá de ser lo que vuestra deydad determina y manda –dixo el Cavallero Venturoso–, porque querer otra cosa, no soy ya parte para hazer más de lo que me mandáys.

Y assí se apartó aparte y el príncipe don Lindarán y la princesa Fulmerina se allegaron y, con mucha humildad, el príncipe don Lindarán empeçó a dezir:

– La tu summa grandeza, poderoso Cupido, me mandó con la determinación de tu deydad que, por orden de Fortuna, amasse con tu sabroso amor a esta dama, que presente vees. Y dexástela a ella libre y tan peregrina de tus desseos, quanto de favorecerme en los

⁵⁷³ del Mu, Y: de el BA, UV, M1, Maz, S, L.

míos; por lo qual suplico a Vuestra Grandeza que seáys servido de lastimalla* con el bien de vuestro mal o permitir que el mío se acabe.

– Poderoso señor –dixo la princesa Fulmerina–, no dudo que la potencia de los dioses sea más eminente que todo el poder de [f. 109rb] los hombres, mas tampoco creo que vuestras summas potencias negaréys lo que ya una vez nos concedistes, que fue nuestro libre alvedrío, en el qual nos dexastes señores de nosotros y libres para escojer lo *que* más nos cumple. Y, pues esto es así y yo a mi hermano amo y quiero en aquella parte que de derecho nací obligada, pagándole a él lo que de derecho de mi honra y la suya nos viene y a mí, lo que a mi limpieza devo, por vuestro poder soberano y vuestro saber tan eminente, a la Vuestra Grandeza suplico, no permitáys mudar mi intención en el defecto de la que se me pide.

– Bien sería esso –dixo Cupido–, si no estuviesse mal para mí, porque es contradizeir mi potencia. Y porque esto es así y para que veáys cómo me sigo más por mi voluntad que no por la razón que me anteponéys, quiero que de aquí adelante améys al príncipe, vuestro hermano, como os ama y le queráys como os quiere. Y contra esta, mi voluntad y sentencia difinitivamente en mí solo determinada, no vays porque no os lo consentiré.

Así se apartaron el príncipe y la princesa a una parte y desde *aquel* punto la princesa Fulmerina empezó de amar al príncipe, su hermano, de cuyos amores os daremos entera relación en la quarta parte de esta historia.

Luego llegaron los tres cavalleros de España y las dos de las damas hermosas, dándole gracias por las que les avía hecho en hazerles amar a quien ygualmente los amava, se apartaron a una parte; y luego don Reduarte, como aquel que a par de sí tenía a su donzella fea y vieja, empezó a dezir desta manera:

– Gran dios de las potencias interiores, poseedor y señor de los altos pensamientos, deshazedor de las firmes voluntades, a tu grandeza suplico que la desigualdad que con tu potencia determinaste en hazerme amar a esta señora, *que* presente está, la comutes en dexalla a ella libre de sus desseos, para *que* yo tenga libertad de emplear los míos [f. 109va] donde con más excelencias de tus divinos secretos, por los firmes amadores, *con* la realeza de sus piadosas voluntades comunicadas, yo pague el justo tributo que a tu grandeza es devido.

Antes que Cupido al cavallero respondiessse, Doña Tarlacia de Castalia desta suerte le habló:

– Gran señor, si en parte de algún merecimiento mis continuos pensamientos y trabajos a tu servicio dirigidos ante tu acatamiento algo han merecido, yo te suplico la paga sea con pagarme la obediencia que te he tenido y, a este cavallero, el dessagradecimiento que contigo y conmigo tiene, para que yo pueda tenedle conmigo en aquel grado que él de mí se dessagrada.

Luego respondió Cupido, diziendo:

– Yo soy contento que ansí se haga; y yo le mando que él os ame en aquel grado que vos le amáys.

– No pienso yo –dixo don Reduarte– que Vuestra Grandeza dirá esso para hazello, porque no haréys lo que los dioses suelen hazer, que es guardar a cada uno su derecho.

– Más antes –dixo Doña Tarlacia– de tan bien hecho y mandado, la grandeza de este gran dios en la justificación de lo que una vez determina se parece, con mandar lo que aquí os manda. Y sabed, si no lo sabéys, que las reliquias que de estos Amorosos Palacios publican, son estas.

– Mas no pienso yo ya que sean –dixo don Reduarte– que se entienden por vos, porque días há ya que tal joya avía de estar para aquí diputada, si a alguno le uviérades cabido en suerte.

– No penséys –dixo ella– que se ha quedado hasta aquí por aver faltado alguno que lo hiziesse, sino por no sobrarme a mí voluntad para avello empeçado y por esto ha quedado.

– ¿Pues por qué queréys –dixo don Reduarte– que me quepa agora a mí la que a todos los otros negastes?

– Porque Amor lo manda –dixo ella.

– Pues aunque él lo permita, creed que antes passaré por la muerte que obedecelle.

Y ansí se levantaron de delante de Cupido y, juntándose to|dos [f. 109vb] con la reyna y la infanta Angelina, empeçaron de mirar todas aquellas figuras y imágenes que por aquel palacio estavan figuradas. Y eran tan excelentes y representavan tan formalmente aquellas personas que antes avían passado, que a los que miravan ponían embidia de su estremado efecto.

Pues como todos anduviessen mirando aquellas estremadas figuras, el príncipe don Lindarán, con el favor del divino mandamiento que Amor avía determinado, mandó a sus donzellas que estremadamente tañiessen y cantassen en loor y alabança de aquel gran dios de Amor, lo qual empeçaron a hazer muy suave y sabrosamente, tanto que a los que las oían, ponían gran consuelo, salvo a los que lastimados* de las respuestas de Amor yvan,

como eran don Reduarte y la princesa Fulmerina. Y assí todos juntos, después que uvieron mirado todas las particularidades de aquellos soberanos palacios, se salieron donde el triumphal carro avían dexado, juntamente con sus cavallos y palafrenes, y así empeçaron a caminar la buelta del⁵⁷⁴ puerto donde sus navíos avían dexado.

No serían apartados hasta dos tiros de vallesta de los Palacios Amorosos, quando azia ellos vieron venir un cavallero con unas armas negras, encima de un cavallo blanco, muy lacio y cansado del⁵⁷⁵ camino, que según su cansancio, bien parecía venir de largo viage. Y como junto a ellos llegó, ya que todos estavan subidos en el carro y en sus cavallos y palafrenes, llegando reparó el cavallo y rogándoles que le oyessen, así dixo:

– Señores cavalleros y hermosas donzellas, avéys de saber que vengo de un puerto que acá delante se haze y, según las señas me dieron, unos navíos que allí estavan, devían de ser vuestros, a los quales se les ha seguido una gran desgracia y es que esta madrugada, de gran mañana, llegaron tres naos que un fiero gigante con más de trecientos cavalleros traía, los quales metieron a todos los vuestros por [f. 110ra] el filo de sus espadas y les tomó los navíos; y, según supe, viniendo por este camino en demanda de todos los que a esta isla suelen venir, porque tiene nueva que suelen venir grandes príncipes y señores; y trae determinado de os robar y matar. Por tanto, procurad de os poner en salvo, si con él y los suyos no os queréys ver en peligro.

– Eso que dezís, dezid cavallero, ¿es así?

– Sí –dixo el cavallero–, sin duda lo podéys creer y creedme que por piedad os he venido a avisar.

– Pues que así es –dixo el Cavallero Venturoso–, procuremos poner en salvo las damas y nuestras personas, pues que nos faltan armas para defendernos.

– Sea así –dixeron todos.

– Entonces –dixo el cavallero de las armas negras–, pues seguidme, que yo os llevaré a un mi castillo que aquí cerca es y allí podréys ser salvos.

Assí guiaron todos tras él a más andar de los cavallos y no uvieron andado mucho quando, en un hondo valle, vieron el castillo que les avía dicho y, como llegaron junto, todos se apearon y metieron sus cavallos y el carro triumphal dentro; esto todo sería ya a la hora que la noche se cierra. Y, en entrando por la puerta, hallaron una dueña vieja, que los acorrió muy bien y mandó hospedar lo mejor que ella pudo, donde reposaron toda la noche hasta que el alba vino, la qual venida, procuraron de seguir su camino, la buelta del otro

⁵⁷⁴ del Mu, Y: de el BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁷⁵ del Mu, Y: de el BA, UV, M1, Maz, S, L.

puerto que la isla tenía en contrario de aquel, para ver si hallavan algunos navíos en que poder bolver a sus tierras. Mas queriendo las donzellas del príncipe adereçar el carro y los cavallos, no los hallaron, ni tampoco los de los cavalleros, de lo qual fueron muy espantadas* y más de no hallar a nadie de los del castillo para les preguntar por ellos, salvo a la dueña vieja, que encima del carro en el patio estava, despojado de todo quanto avía en él; la qual estava sentada en una silla y muy bien atada a ella, despojada de todas sus ropas y vestiduras, salvo de la ca|misa [f. 110rb], lo qual aviendo sido visto por aquellas donzellas, se lo fueron a dezir a estos príncipes, los quales, espantados* de tal cosa, salieron al patio donde hallaron la dueña que mostrava tener gran congoxa por verse de aquella manera y, así como llegaron, todos aquellos señores y damas le preguntaron por aquel cavallero que allí los avía guiado y ella, con mucha tristeza les respondió, diziendo:

– Mal aya el que así me ha tratado, porque esta noche, como él quisiesse hazer el engaño que ha hecho, de llevaros los cavallos y robaros este carro, me ligó a mí aquí, porque se lo contradezia, y me dexó qual me veys.

– ¿Y es posible –dixo el príncipe don Lindarán– que tal trayción passa así?

– Es así –dixo la dueña–; y aun me dixo que os dixesse que avisásedes de los descuydos de Amor, porque andáys muy descuydados, que si hoy camináredes la buelta de vuestros navíos, que el calor y el trabajo del camino os dava por muestra para tal aviso, porque no es justo que tales señores como vosotros os andéys en vanidades y dexéys vuestras tierras por buscar las agenas, por tan poco interés; y que, aunque no entró en vuestros navíos, se aprovechó de vuestras personas, que es lo principal que en ellos trayedes.

– Si esso es así –dixo don Reduarte–, él es ydo y nos ha llevado los cavallos.

– Así me parece –dixo el Cavallero Venturoso–, y más me pesa de las damas que de nosotros.

– Si algún plazer puedo tener –dixo don Reduarte–, esse es porque la mía pierda caminando todos los bríos de Amor.

– No pienso yo sino doblarlos –dixo Doña Tarlacia–, porque mientras más trabajos se me offrecieren en vuestro servicio, más crecerá mi fe.

– Tanto menos crédito avréys conmigo –dixo él.

Mucho rieron aquellos señores y señoras con las burlas de estos dos, aunque estavan tristes por la falta que los cavallos y carro les hazían. Mas el príncipe don Lindarán de Arcadia y sus donzellas y los otros [f. 110va] cavalleros, tomando a la princesa Fulmerina y a la reyna Siliana y a la infanta Angelina y a las otras donzellas de España en

los braços, como mejor pudieron, empezaron a caminar azia el puerto donde avían desembarcado, con harto trabajo y cansancio. Y aquí se os dirá cómo llegaron y lo que más sucedió.

CAPÍT. LXXII⁵⁷⁶ y último. Cómo aquellos señores llegaron a las naos muy cansados del trabajo del caminar a pie y cómo, después de hechos a la vela, el Cavallero Venturoso llegó a Inglaterra con la reyna Siliana y la infanta Angelina.

De la suerte que oýs, caminaron estos señores y con harto trabajo, hasta tanto que llegaron bien noche al puerto donde la nao del⁵⁷⁷ Cavallero Venturoso avía quedado. Y desde allí fueron todos, la reyna Siliana mandó a la donzella Clariola que entrasse en el navío y que sacasse algún refresco para aquellos señores, lo qual ella hizo con gran diligencia y, con lo que sacó del navío, ella y los marineros, se refrescaron aquellos señores. Y, descansando allí lo que de la noche sobraba, otro día de gran mañana, se despidió de ellos el príncipe don Lindarán y la princesa Fulmerina del⁵⁷⁸ Cavallero Venturoso y de la reyna Siliana y, con ellos, los cavalleros de España con sus donzellas, quedando todos en muy grande amistad con el Cavallero Venturoso y la reyna Siliana y la infanta Angelina, cuya amistad duró por muchos días, según después se os contará. Assí se despidieron los unos de los otros y el príncipe y la princesa con su compañía llegaron a su navío, donde fueron de los suyos muy bien recibidos y, embarcándose, se hizieron a la vela, do lo dexaremos hasta su tiempo.

Pues avéys de saber que el Cavallero Venturoso y la reyna [f. 110vb] Siliana y infanta Angelina, en apartándose de aquellos señores, se embarcaron y con próspero viento, navegando por su mar adelante, llegaron al grande puerto de Inglaterra, donde en llegando, la donzella Clariola, por ganar las albricias al rey Ángelo y por darle relación de lo que passava, por acuerdo de la reyna y Cavallero, salió en tierra y con mucha priessa de su palafrén, caminó la buelta de la gran ciudad de Colofnia, donde el rey Ángelo estava haziendo gran gente para passar en las ínsulas Vasandres, viendo que sus donzellas tardavan tanto con los cavalleros que avían ydo.

En este cuydado estava el buen rey Ángelo, quando llegó la donzella Clariola a la ciudad y, llegando con mucha furia a los reales palacios, se apea del palafrén. Y como esta

⁵⁷⁶ CAPÍT. LXXI BA, UV, M1, Maz, S, L, Mu, Y.

⁵⁷⁷ del Mu, Y: de el BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁷⁸ del Mu, Y: de el BA, UV, M1, Maz, S, L.

donzella fuesse de todos tan conocida y la viessen al cabo de tantos días venir y de tal forma, muchos cavalleros de la casa real la siguieron, hasta que llegó a ponerse de rodillas delante del rey Ángelo, pidiéndole las manos; el qual, como la vido, luego la conoció y, mandándola levantar, le pidió si traía recaudo de lo que avía ydo a buscar; entonces la donzella Clariola dixo:

– Poderoso señor, la Vuestra Grandeza sabrá que, con la memoria de vuestro mandamiento, yo he caminado gran parte del mundo en demanda de algunos cavalleros que la batalla por mis señoras quisiessen tomar y, aunque a muchos lo rogué, en diziéndoles los nombres de los jayanes, si algún⁵⁷⁹ desseo de mi remedio mostraron, a la hora mudavan su intento y, desta suerte tornava de nuevo a mi camino, en el qual anduve con harto trabajo, hasta tanto que la buena ventura me guió a la isla que de la Ventura se llama y en ella hallé al Donzel Venturoso. Teniendo desseo de salir de aquella isla, con venturoso ánimo, se metió conmigo en mi varca, en la qual por nuestro mar adelante navegando, nos topamos con un valentíssimo [f. 111ra]⁵⁸⁰ cavallero, que en una torre encantada venía, el qual armó cavallero a este donzel que conmigo yva; y después los dos uvieron una cruda batalla, de la qual quedaron tales que yo pensé sin duda que en su alto principio avía dado fin a su hermosa persona. Y porque la Vuestra Grandeza sabrá de espacio sus altas cavallerías y dellas y de lo demás, daré a Vuestra Grandeza larga relación, con dezirle que este valiente cavallero fue por mí rogado para que fuesse uno de los que la batalla avian de hazer y él lo concedió con tan buena voluntad, quanto lo ha mostrado en lo passado. Y es que, sin consentir que viniéssemos a Inglaterra, en un navío fuymos a la Isla Desventurada, en la qual, con valeroso ánimo, dio fin a las mayores aventuras, quales otros jamás intentaron; por cuyo esfuerço*, la reyna Siliana y la infanta Angelina, mis señoras, fueron libres y están en una nave en el puerto, que diez millas de aquí Vuestra Alteza tiene. Y os embía por mí a suplicar que Vuestra Alteza seáys servido de las yr a ver y acompañar hasta vuestra corte y que honréys a este cavallero, pues que ha sido el todo de su libertad.

– ¡Sancto Dios –dixo el rey Ángelo– y ¿es posible que la reyna, mi muger y la infanta [f. 111rb], mi hija, están en mi reyno, libres⁵⁸¹?!

– Por cierto –dixo la donzella.

⁵⁷⁹ algún Mu, Y: alguu BA, UV, M1, Maz, S, L.

⁵⁸⁰ *Deest folium in S.*

⁵⁸¹ reyno libres *non legitur in BA scissurae causa.*

– Pues tales⁵⁸² nuevas como essas –dixo el rey–, no son dignas⁵⁸³ de pagarse con dessagradecimiento⁵⁸⁴, por esso, levantaos de tierra, con título⁵⁸⁵ de condesa del primer condado que⁵⁸⁶ en mis señoríos vacare, y vamos presto⁵⁸⁷ donde la reyna y infanta están.

Assí con⁵⁸⁸ grande alegría, el rey Ángelo y su corte⁵⁸⁹, a la hora que estas nuevas supieron, tomando⁵⁹⁰ cavallos a mucha furia caminaron⁵⁹¹ la buelta del puerto, donde llegaron⁵⁹² con mucha alegría y hallaron a la reyna⁵⁹³ Siliana y a su hija, juntamente con el Cavallero⁵⁹⁴ Venturoso, que ya estaban en tierra⁵⁹⁵, apossentados en una villa que en el puerto⁵⁹⁶ avía, en la qual el rey entró. Y yéndose⁵⁹⁷ derecho a unas casas principales de⁵⁹⁸ un su criado, donde la reyna estava, y ella⁵⁹⁹ y su hija con el Cavallero Venturoso le salieron⁶⁰⁰ a recibir.

Donde passaron cosas⁶⁰¹ estrañas de plazer y contentamiento⁶⁰² con verse los unos a los otros. Allí el rey Ángelo⁶⁰³ rogó al Cavallero Venturoso que se⁶⁰⁴ quedasse en su corte, el qual lo hizo por⁶⁰⁵ algunos días.

Y con esto se pone fin a esta⁶⁰⁶ tercera parte y se dará principio a la⁶⁰⁷ quarta.

Laus Deo.

⁵⁸² -lla pues tales *non legitur in BA scissurae causa.*
⁵⁸³ rey no son dig- *non legitur in BA scissurae causa.*
⁵⁸⁴ -gradecimient- *non legitur in BA scissurae causa.*
⁵⁸⁵ -rra con titu- *non legitur in BA scissurae causa.*
⁵⁸⁶ -dado que *non legitur in BA scissurae causa.*
⁵⁸⁷ -mos presto *non legitur in BA scissurae causa.*
⁵⁸⁸ Assí con *non legitur in BA scissurae causa.*
⁵⁸⁹ su corte *non legitur in BA scissurae causa.*
⁵⁹⁰ -eron to- *non legitur in BA scissurae causa.*
⁵⁹¹ camina- *non legitur in BA scissurae causa.*
⁵⁹² llegaron *non legitur in BA scissurae causa.*
⁵⁹³ la reyna *non legitur in BA scissurae causa.*
⁵⁹⁴ el Cava- *non legitur in BA scissurae causa.*
⁵⁹⁵ en tierra *non legitur in BA scissurae causa.*
⁵⁹⁶ en el puer- *non legitur in BA scissurae causa.*
⁵⁹⁷ y yendo- *non legitur in BA scissurae causa.*
⁵⁹⁸ -cipales de *non legitur in BA scissurae causa.*
⁵⁹⁹ estava y ella *non legitur in BA scissurae causa.*
⁶⁰⁰ Venturoso le sa *non legitur in BA scissurae causa.*
⁶⁰¹ passaron cosas *non legitur in BA scissurae causa.*
⁶⁰² -tamiento con *non legitur in BA scissurae causa.*
⁶⁰³ Allí el rey An- *non legitur in BA scissurae causa.*
⁶⁰⁴ -roso que se *non legitur in BA scissurae causa.*
⁶⁰⁵ hizo por *non legitur in BA scissurae causa.*
⁶⁰⁶ fin a esta *non legitur in BA scissurae causa.*
⁶⁰⁷ a la *non legitur in BA scissurae causa.*

Del nacimiento de Nuestro Salvador de mil y quinientos y ochenta y cinco años. ^{r5}

Notas finales

^a *No todos lo pueden todo*, frase del poeta Cayo Lucilio (149–103 A.C.), conocido por sus sátiras, con la que indica que las aptitudes no son las mismas en todos. Virgilio la cita en la *Égloga VIII*, lo que contribuyó a su divulgación.

^b El anciano rey de Garavanta, famoso astrólogo, en el cap. XLIX de la Primera Parte (f. 64vb y ss) acude con otros reyes a la corte del rey Agramante, para planear un ataque a Francia. Allí el rey de Garavanta revela que Apolo no les es propicio y serán vencidos, a menos que los acompañe su primo hermano, Rugiero, verdadero paladín que había sido llevado en secreto por el nigromante Atalante al monte Carena, donde lo crió con esmero y lo alimentó con “nervios de leones y los tuétanos dellos” (f. 65ra). En el cap. LIII (f. 68rb y ss) se cuentan los intentos fallidos del rey Agramante por encontrar a Rugiero, ya que el monte Carena está oculto por fuertes encantamientos que impiden hallarlo, excepto con un anillo encantado. Encontrado éste y descubierto el monte y su castillo, en el cap. LXII (f. 98 y ss.) se explica que Atalante escondió allí a Rugiero porque los astros indican que será asesinado a traición, a menos que él lo protegiera hasta que la posición de algunos planetas cambiara. Pero Rugiero ve un torneo desde su castillo y decide salir a pesar de las advertencias de Atalante.

^c Atalante, en el capítulo LIX de la Segunda parte, fol. 115 y ss., se presenta frente al Emperador de Constantinopla para informarle que ya podían desencantar unas salas del palacio, porque se habían reunido “la flor de los cavalleros de todo el mundo y la flor de la hermosura” (f. 115rb), Roldán, Roserín, Florimena, Melisandra y Doña Alda, requisito para que la sala principal pudiera ser abierta, acceder por ella a otras y poder así enfrentar sendos peligros, tarea que sólo Roserín podía acometer. Vencidos numerosos seres fantasmales, esculturas que arrojan flechas, monstruos y un formidable gigante, se encuentra un fabuloso tesoro de figuras en oro y plata, todo tipo de piedras preciosas, monedas de oro, telas y brocados. Pero lo más importante para Roserín es que halla una puerta muy bien disimulada que le permitirá entrar en el jardín de Florimena. (Cap. LXX, fol. 117 y ss.)

^d Los escudos con figura y lema, tan habituales en los libros de caballerías, tienen un antecedente literario en *Siete contra Tebas* de Esquilo. (vv. 375- 675)

^e En el capítulo LXX, fol. 117rb, de la Segunda parte, Roselín “vio al cabo de la cámara un sol de oro tamaño como una rueda de carreta, el qual sobre quatro colonas de oro se sostenía”. También allí estaban las figuras de Febo, Diana, Júpiter, Mars y otros dioses que se mencionan en las líneas siguientes.

^f El jayán Belerofonte, señor de las Islas Desiertas, llega a la corte con intención de vengar las muertes de Agracán y Gradaso de Sericania, para lo cual pide sostener sendos duelos con Roldán y Reynaldos; como éstos no están, decide retar a los otros pares (Cap. XLVIII, fol. 65va y ss.). Vence a Dudón, Oliveros y otros, entre ellos, a la reina Brandamonte, a quienes toma prisioneros para sacrificarlos en su tierra. Cuando es desafiado por Roserín, Belerofonte queda tan impresionado por su juventud y hermosura que prefiere no combatir con él, pero Roserín lo reta a que, si lo vence, el jayán deberá liberar a los prisioneros y él y su señorío quedarán en su poder. Acabado el combate (fol. 71), Roserín oye una descripción de la belleza y abundancia de las Islas y decide dárselas a Espinel de Ungría como agradecimiento por haberle enseñado el uso de las armas. Como su padre, el rey Rugero, había muerto antes de que el infante naciera, no pudo recibir esta instrucción hasta llegar a la corte de Carlomagno, quien decide confiarlo a Espinel.

^g Ver introducción.

^h Antes apareció con ligeras variantes: “El bien que mal no se mira, acuerda a estar avisado al

⁶⁰⁸ Año nos: ano BA, UV, M1, Maz, S, L.

que bien no le ha mirado" [f. 2 ra]

ⁱ Reclamo "ome" BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

^j Reclamo "estava" BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

^k Reclamo "la infan" BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

^l Reclamo "xaremos" BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

^m Reclamo "preciava" BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

ⁿ Cabecera y número de folio cortados en M2.

^o Los últimos renglones se reducen en forma de triángulo para completar la columna

^p Aquí y en el fol. 21 va, se habla de las mismas armas: aquellas que el infante Roserín recibió luego de sus primeras aventuras caballerescas porque las suyas estaban deterioradas por los muchos combates librados, uno de los cuales había sido con Roldán, sin haberse reconocido hasta avanzado el mismo: Roserín, en el capítulo LXII (fol. 103 y ss), lamentaba el no estar en condiciones de presentarse ante la corte de Constantinopla, de la cual ya estaba muy cerca; entonces una doncella con un enano le traen armas de parte de Atalante, que lo protegerán de toda herida y le explican que no se las dio antes para que probara la fuerza de su brazo sin esta ayuda.

^q Reclamo "lo que", BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

^r Cabecera y número de folio cortados en M2.

^s Cuadernillo C, BA, M1, Maz, S, L. Este cuadernillo falta en UV.

^t Cabecera y número de folio cortados en BA y M2.

^u Durante dos meses de tregua pactados con los moros, estos envían a sus mujeres e hijos a sus reinos; Doralice, hija del rey de Granada, parte con Flordelisa, hija del rey Marsilio de España. (fol. 17r). En esta Tercera parte, aparece como hija de Marsilio.

^v Cabecera y número de folio cortados en M2.

^w Roselín recibe esta espada (Segunda parte Cap. XLII, fol. 64 –corregido a mano, 63–) de manos de Atalante en el momento en que es armado caballero. Si bien Falerina es quien la hizo, allí se explica que Atalante la perfeccionó.

^x Cabecera y número de folio cortados en M2.

^y Ver nota w.

^z Un caballero llega a la ciudad de Constantinopla y sostiene que Argiana de Grecia es la más hermosa doncella del mundo y desafía a quien no esté de acuerdo; lleva consigo un retrato de su amada y de todas las damas a cuyos caballeros venció, entre los que está el de Melisandra, que había sido llevado por el príncipe Reduardo y la infanta Coronea, llevado por Bisobel de Orlán. Roserín lo vence y regala todos los retratos a Florimena como testimonio de su superior belleza. El caballero desconocido era Escardín de Risa, hijo del rey Escardaso y de la reina Marfisa y, por lo tanto, primo de Roserín.

^{a2} Cabecera y número de folio cortados en M2.

^{b2} Cabecera y número de folio cortados en M2.

^{c2} Reclamo: "junto" BA, M1, M2, Maz, S, L.

^{d2} Cabecera y número de folio cortados en M2.

^{e2} La figura de Virgilio fue adornada en la Edad Media con el relato de varios hechos ingeniosos o poco verosímiles; aquí se refiere a unos amores ilícitos que habría tenido con una dama patricia de singular hermosura, pero muy dura de corazón y muy dada a bromas pesadas. Ante los pedidos de Virgilio, le propone subir a sus habitaciones, que estaban en una torre. Para ser más discretos, le pide que entre en una cesta, que la dama izaría hasta la ventana; Virgilio lo hace, pero a mitad de camino, la cesta se detiene y queda expuesto a las burlas de los transeúntes. Esta burla y la no menos graciosa venganza del poeta son narradas por el Arcipreste de Hita en las coplas 261-265

^{f2} Cuadernillo D, BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

^{g2} Cabecera y número de folio cortados en M2.

^{h2} En el fol XL, Cap. XXIX, de la Primera Parte, se cuenta el enfrentamiento entre Roldán y el rey tártaro Agricán; cuando todavía el combate no estaba definido, Agricán ve que sus hombres son atacados por el Rey Galafrón y le pide a Roldán que le otorgue la gracia de ir a ordenar a sus huestes, a cambio de lo cual le ofrece el reino de Moscana. Roldán acepta postergar el duelo, pero no el regalo; poco después, Angélica la Bella, hija de Galafrón, le pide que intervenga en la batalla contra los hombres de Agricán (fol. 43v, cap. XXXII). Los dos caballeros se alejan del campo de

batalla y confiesan su amor por Angélica; Roldán lo vence y Agricán le pide que lo bautice antes de morir. Por último, Roldán reconoce a Bayarte, el caballo de Reynaldos, que era montado por Agricán, y se lo lleva. (fol. 46r, corregido a mano, 45)

¹² En el Cap. XIII, durante la tregua pactada entre los moros y el emperador Carlomagno, se presenta en la tienda del rey Marsilio un caballero de armadura y caballo negros, que se presenta como Mandricardo y pide que le permitan desafiar a Roldán, al que acusa de haber matado a su padre a traición y deja que éste decida el lugar y las armas, para evitar que se excuse del enfrentamiento (fol. 17v); se decide enviar un trompetero con el desafío y los motivos del mismo para no quebrar la tregua. Roldán acepta y decapita a Mandricardo. Varios caballeros habían ido a asegurar el campo, pero la reina doña Brandamonte no pudo hacerlo, como hubiera deseado, porque ya estaba en el séptimo mes de su embarazo de don Rugerín, luego llamado Roserín.

¹² Para poder desencantar una sala que contiene tesoros fabulosos deben reunirse en Constantinopla las tres mujeres más hermosas de su tiempo –Doña Alda, Florimena y Melisandra– y los dos más valientes caballeros –Roldán y Roserín–. Para traerla, parte Roldán hacia Sericania y, sin darse a conocer, participa de los torneos, durante los cuales Melisandra se enamora de él y Roldán finge amarla (cap. L y ss., fol. 75 corregido a mano 78 y ss.); antes de ser proclamado vencedor, llega una carta del traidor Galalón en la que avisa al rey Leopardo sobre la verdadera identidad de ese caballero (cap. LII, fol. 84), Melisandra lo alerta y huye con él durante la noche, hasta llegar adonde los esperaba una nave enviada por Atalante. (Ver nota c)

¹² En BA, UV, M1, M2, Maz, S, L, numerado en romanos. Sobre las columnas, se lee “de Espejo de cvallearias”.

¹² La redacción es algo confusa; luego narrará la muerte de Reduardo y el matrimonio de Melisandra con Finarán el Ligero (cap. LXI, f. 94).

^{m2} Cabecera y número de folio cortados en M2.

ⁿ² Estas letras no son leídas en esta Tercera parte del *Espejo de Cavallerías*; quizá sea un anticipo de la prometida cuarta parte. El lunar con letras como forma de anagnórisis aparece ya en las *Sergas de Esplandián*.

^{o2} Cabecera y número de folio cortados en M2.

^{p2} Ver nota j2.

^{q2} Cuadernillo E, BA, UV, M1, Maz, S, L.

^{r2} Cabecera y número de folio cortados en M2.

^{s2} Cabecera y número de folio cortados en M2.

^{t2} Cabecera y número de folio cortados en M2.

^{u2} La leyenda de los doce pares no tiene respaldo en hechos históricos; sus proezas son cantadas en todos los poemas del ciclo carolingio y algunos de ellos han dado pie a poemas enteros. Los nombres más antiguos de esta tradición son: Roldán, Oliveros, el arzobispo Turpin, Walter de Hum, el Conde Geres, Otón, Berenguer, Ástor, Anséis, Gerardo de Rosellón, Gerín y el duque Gaiferos. Creaciones tardías manejan con libertad a los caballeros que acompañaban a Carlomagno e incluyen a Reinaldos de Montalbán, Ogier el Danés, Gerardo de Viana, etc.

Reinaldos de Montalbán alcanzó igual popularidad que Roldán; la versión más antigua de su leyenda es de fines del s. XII o principios del XIII y se recoge en un poema del ciclo carolingio que lleva su nombre, el *Reinaldo de Montalbán*. Allí aparecen sus hermanos Alardo, Ricardo y Guichardo –estos últimos son los Ricardo y Ricardeto del *Espejo*– y su primo Mangis de Aigremont –el Malgesi del *Espejo*–, quien es presentado como un sabio encantador, capaz de infundir un sueño letárgico a Carlomagno con sus artes.

^{v2} Cabecera y número de folio cortados en M2.

^{w2} Lisuarte es el primero de los caballeros que, por diversas circunstancias, usan del travestismo (*Lisuarte de Grecia*, Feliciano de Silva, 1525.)

^{x2} Ver nota w.

^{y2} Cabecera y número de folio cortados en M2.

^{z2} Cabecera y número de folio cortados en M2.

^{a3} Esta aparición resulta sorprendente por varias razones; mientras aquí se afirma que aprecia a Roldán y su linaje, en el cap. XXXIII de la *Segunda Parte* una doncella de Falerina dice a Roldán que ella “tiene con vos tanta enemistad que daría por bien empleada su muerte por veros a vos

morir primero” (f. 46vb); Roldán mata a Falerina para evitar que cometa nuevas maldades (f. 47va). Además de este odio a Roldán, la muerte de Falerina se produjo mucho antes de que existiera el Castillo Cruel, por lo que no podía conocer sus secretos.

^{b3} Cuadernillo F BA, UV, M1, M2, Maz, S, L.

^{c3} El comentario aparece en el fol. 29rb, cap. XV.

^{d3} En el cap. XX (fol 35va y ss.) se dice que eran no más de seis caballeros.

^{e3} Entiéndase “no se nos vaya”.

^{f3} Cap. XIX, fol. 33vb y ss.

^{g3} Este episodio de travestimiento se inicia en el cap. VIII, fol. 17va y ss.

^{h3} Por “venidme”.

ⁱ³ Cabecera manchada en BA.

^{j3} Cuadernillo G BA, UV, M1, Maz, S, L.

^{k3} Reclamo “trava” BA, UV, M1, Maz, S, L.

^{l3} Cabecera manchada en BA.

^{m3} La descripción de la Isla de la Ventura es contradictoria; en el cap. XVIII, f. 32va y vb, se la presenta como un *locus amoenus* con fuentes, huertas y jardines, se explica que “era pequeña de sitio y muy plana”, “poblada de grandes y frondosas arboledas”, “tenía en largo y ancho no más que seys leguas de tierra, la más deleytosa y agradable que en todo el mundo avía” y se sumergió poco después de que Roselao se marchara. Sin embargo, aquí aparece con montañas, una gruta espantosa, un hondo valle, una isla agreste y llena de peligros.

ⁿ³ Reclamo “vallero” BA, UV, M1, Maz, S, L.

^{o3} Estas bodas se habían anunciado en el Cap. XXIV, fol. 43va.

^{p3} Reclamo “el estruen” BA, UV, M1, Maz, S, L.

^{q3} Por “decid”.

^{r3} La partida de Arminda está en el cap. XXVI, fol. 45va y vb.

^{s3} Cap. XVI, fol. 30 ra a 31 rb.

^{t3} Cuadernillo H BA, UV, M1, Maz, S, L.

^{u3} Cap. XXVII, fol. 48vb.

^{v3} Cap. XXVI, Fol. 45rb.

^{w3} Por “decidme”.

^{x3} Cap. XXXIII, Fol. 56 vb.

^{y3} Se llamaba ‘electores’ a los nobles que tenían la facultad de elegir al rey de Alemania y al emperador del Sacro Imperio. Los electores del Imperio eran siete: el arzobispo de Maguncia, el de Colonia, el de Tréveris, el conde Palatino, el duque de Sajonia, el marqués de Brandeburgo, el rey de Bohemia, quienes eligieron a los emperadores a partir de 911, al extinguirse la dinastía carolingia.

^{z3} Cap. XXXI, fol. 54rb.

^{a4} Es decir, no avezado, poco acostumbrado.

^{b4} El personaje cambia de nombre sin razón aparente. Hasta el fol. 52rb era Silvano; desde aquí y hasta el final, será Paciano.

^{c4} Cap. XXVII, fol. 48vb.

^{d4} Cuadernillo I BA, UV, M1, Maz, S, L.

^{e4} Cap. XXXII, fol. 55ra.

^{f4} Ver nota f.

^{g4} Cap. XXVII, fol. 48vb.

^{h4} En el Cap. XIII (f. 25vb), Malgesi comenta con Ricardo y Ricardeto, hermanos de Reynaldos de Montalbán, que, por pedido de un sabio, debe reunir a todos sus amigos en cierto lugar. El narrador indica (f. 26rb, “Agora avéys de saber”...) que Malgesi había recibido una carta de Atalante en que le avisaba que, si quería evitar la pérdida de Reinaldos y otros amigos, debía reunir todos los caballeros posibles para cierta fecha. El comentario que ahora hace Atalante explica por qué no sólo el plan falló, sino que contribuyó a la captura de estos paladines.

ⁱ⁴ Por “oídmme” y “decid”.

^{j4} Cap. III, fol. 5vb y 6ra.

^{k4} Cap. XXVII, fol. 49ra.

^{l4} Por “suplícios”.

^{m4} Por “idos”.

ⁿ⁴ Cap. XIX, fol. 33rb.

^{o4} Cuadernillo K BA, UV, M1, Maz, S, L.

^{p4} Cap. XXVII, fol. 47 va y vb.

^{q4} Ver nota u.

^{r4} Por “decidme”.

^{s4} Por “hágoos”.

^{t4} Por “suplícios”.

^{u4} Por “Idos”.

^{v4} Cap. XLIII, fol. 66ra.

^{w4} Cap. XLII, fol. 65rb.

^{x4} Varias veces se dice sátiro para referirse al centauro.

^{y4} Inusual cierre del diptongo *au* en *o*.

^{z4} Al llegar al Valle Peligroso (Primera Parte, cap. XLI, fol. 54 y ss.) Roldán decide emprender una nueva aventura; una hermosa doncella le da un libro mágico y un cuerno y le dice que deberá hacer sonar el cuerno tres veces, tras cada son aparecerá un peligro, pero el libro le explicará cómo vencerlo; si logra superar las tres pruebas, será afortunado, si las abandona una vez empezadas, padecerá hasta la muerte. Luego del segundo toque, debe enfrentar un gigantesco dragón, matarlo y enterrar sus dientes, según las indicaciones del libro, y de allí saldrá un “fruto no muy sabroso” para él. Roldán así lo hace y de cada diente surge un caballero totalmente armado, más de cien en total, a los que Roldán vence en ardua batalla.

^{a5} Por “haced”.

^{b5} Cuadernillo L BA, UV, M1, Maz, S, L.

^{c5} En la Primera Parte (cap. LVII, fol. 75 y ss.) se cuenta cómo Roldán entra a unos jardines encantados, hechos por Falerina, para matar a un dragón que había devorado a muchas personas, lo cual logra de forma inmediata. Luego intenta salir del jardín, pero para eso debe superar otras aventuras, la última de las cuales es enfrentar un gigante, de quien un libro mágico le avisó que no debía herirlo porque de su sangre saldría otro. Roldán no cree que esto sea posible y lo corta al medio, pero los restos se prenden fuego y de allí salen dos gigantes; entonces Roldán busca una cadena y los ata con ella. Luego encuentra la forma de romper el hechizo del jardín y los gigantes desaparecen. Falerina, a cambio de su vida, ofrece ayuda a Roldán para librar a unos caballeros y damas cautivos y le pide que partan juntos para mostrarle dónde están. *Flor de caballerías* (1599) incorpora la idea de los caballeros que se multiplican cuando reciben heridas de sangre en el episodio de la Torre de la Puente.

^{d5} Por “no os”.

^{e5} Se reanuda el estilo directo como si continuara la infanta Doralice.

^{f5} Cuadernillo M BA, M1, Maz, S, L.

^{g5} Ver nota i2.

^{h5} Cap. LII, fol. 81vb.

ⁱ⁵ Indicación de cuadernillo L 4; debería decir M4: BA, M1, Maz, S, L.

^{j5} A partir de aquí, UV está completo.

^{k5} Cuadernillo N BA, UV, M1, Maz, S, L.

^{l5} En BA, UV, M1, Maz, S, L, aparece el reclamo “hasta”, palabra que no está en el folio siguiente.

^{m5} Números tumbados BA, UV, M1, Maz, S, L; en BA, hay corrección a mano.

ⁿ⁵ En este folio y en el 101v, dice Libro segundo: BA, UV, M1, Maz, S, L.

^{o5} Por “suplícios”.

^{p5} Cuadernillo O BA, UV, M1, Maz, S, L.

^{q5} Reclamo “cían” BA, UV, M1, Maz, S, L.

^{r5} Deseo dar las gracias a los Dres. Joseph Snow y Leyla Rouhi por haberme ayudado en mis gestiones ante el Williams Collage; a la Dra. María Estela González de Fauve y al Dr. Daniel Torres por traerme material de Europa en sendos viajes; a todos y cada uno de los integrantes del Secrit por permitirme consultar su excelente biblioteca y la amabilidad con que siempre fui atendida. Mi más profundo agradecimiento para mi director, el Dr. Pablo A. Cavallero, quien no sólo me brindó guía, conocimientos y constantes sugerencias, además me apoyó y confortó en momentos difíciles.

Diccionarios y siglas

Al.: Alonso, Martín, *Diccionario del español medieval*, Salamanca, Universidad Pontificia, 1986.

Cov.: Covarrubias Orozco, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, edición de Felipe C.R. Maldonado revisada por Manuel Camarero, Madrid, Castalia, Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, 1995.

NDHE: Lapesa, Rafael, *Nuevo Diccionario Histórico del Español*. <http://www.frl.es>

Alf. Kasten, Lloyd A. y Nitti, John, *Diccionario de la prosa castellana del Rey Alfonso X*. Seminary of Hispanic Medieval Studies, New Cork, 2002.

Aut.: REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de Autoridades* (edición facsímil), Madrid, Gredos, 3 vols., 1963.

RAE.: REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española*, 24ª edición, Madrid, Espasa-Calpe, 2005.

Se coloca sólo la acepción que corresponde al sentido con que el término está usado en el texto. En algunos casos, se consigna las definiciones de distintos diccionarios para aclarar algunos matices.

Vocabulario

Aborrido, -da. (1. *ab* y *horreo*, estar *erizado*) tr. s. XIII y XIV. Odiar o tener aversión. || Adj. Lo propio que despechado, ir descontento de sí mismo. (Aut.)

Abrumar. V. a. Afligir, oprimir y molestar con algún peso ó carga desapacible y grave. (Aut.)

Acuchillar. V. Hacer pequeñas giras y abertúras, como cuchilladas, en alguna cosa como en un vestido, mangas, ú otra ropa, como se usaba antiguamente en los trages, assí de hombres como de mugerés, que llamaban acuchillados. (Aut.)

Acuerdo. 4. s. XIV y XV. Recuerdo o memoria en sentido de recordación || 5. s. XIII XV. Díc. de su uso o del acto de recobrarlo. (Al.) || VOLVER EN SU ACUERDO. Fr. Volver en sí, recobrar el conocimiento, el uso de los sentidos trastornados por algún accidente. (RAE.)

Adestrar. Guiar a alguno, llevándole de la diestra, o porque es ciego o porque va por lugar oscuro que él no ha andado; 2. y destrón llamamos al mozo del ciego por esta razón. 3. Vale, en otra significación, advertir, aconsejar, enseñar al que va en algún negocio a tienta como ciego. (Cov.)

- Albarda.** *Latine clitella, stragulum*, es la cobertura y el fuste de la bestia de carga, para que con ella no se mate o maltrate. (Cov.)
- Aljuba.** (ár. *al-chubba*, la túnica). f. s. XIII al XV. INDUM. Especie de gabán con mangas cortas y estrechas, con faldas de poco vuelo que usaron los moros y cristianos españoles. (Al.)
- Almalafa.** Diego de Urrea dice ser ropa que se pone sobre todo el demás vestido y comúnmente es de lino. || 2. Vestidura morisca. (Cov.)
- Anegarse.** Es perecer en la mar, ahogándose en ella. Díjose de *a* privativa, y del verbo *no, nas, navi*, por nadar, por cuanto el que cae en el mar, si no sabe o no puede nadar sustentándose encima del agua, se va luego a lo hondo y se ahoga. Los arábigos dicen ser verbo suyo, corrompido de *ahneque*, que vale ahogarse. (Cov.)
- Aportar.** (de *puerto*). intr. s. XIII al XV. Tomar puerto o arribar a él. (Al.) || Es tomar puerto, y muchas veces llegar a parte no pensada, sino que acaso yendo perdido llegaron a aquel lugar. (Cov.)
- Arreciar.** tr. s. XIII al XV. Dar fuerza y vigor || 3. s. XIII al XV cobrar fuerza, vigor o gordura. (Al.) || Convalecer. (Cov.)
- Arredrar.** Echar alguna cosa detrás de sí o hacer que vuelva atrás, del adverbio latino RETRO, de donde se dijo también retraer. || Arredrarse, retirarse. (Cov.)
- Arrodear.** V.a. antiq. Lo mismo que rodear. Rox. Viag. Entret. Fol 150 .b. No importa nada, que poco es lo que se *arrodea*. (Aut.)
- Arzón.** (b. l. *arcio, -onis*, y este del l. *arcus*) m. s. XII al XV. Fuste delantero o trasero de la silla de montar. (Al.)
- Banda.** Lo mismo que lado. Dícese de algunas cosas, como de la *banda* de acá o de la *banda* de allá del río, del monte, etc.
- Basquear.** 1. tr. Producir bascas. 2. intr. Tener o padecer bascas. **Basca.** (Quizá del celta **waskā*, opresión; cf. galés *gwâsg* y bretón *gwask*). 1. f. Ansia, desazón e inquietud que se experimenta en el estómago cuando se quiere vomitar. U. m. en pl. 2. f. Agitación nerviosa que siente el animal rabioso. 3. f. coloq. Arrechucho o ímpetu colérico o muy precipitado, en una acción o asunto. (Cov.)
- Blandón.** El hachero que hay en las casas de los príncipes y grandes señores; los tales son de plata donde se ponen las hachas, de donde tomaron el nombre, porque en lengua francesa BRANDON vale hacha, lo que en latín *fax, cis*. (Cov.)

- Brumar.** Apesgar, quebrantar a golpes sin hacer rotura ni herida en el cuerpo; de BRO-
MA, que comúnmente vale en español peso y carga desahacible y trabajosa.
(Cov.)
- Cenador.** En las huertas y jardines hay ciertas lonjetas, cubiertas unas de tejado, otras
de árboles, parras, jazmines y arrayanes. (Cov.)
- Conjornea.** *Vid.* Jornea.
- Conservarse.** (l. *conservare*). tr. s. XV. Mantener en cierto estado. (Al.)
- Contrastes.** Desgracias, impedimentos opuestos, estorbos, embarazos. (Cov.)
- Criança.** 2. La urbanidad. Deprender crianza, enseñarse a ser corteses. (Cov.)
- Cuadra. Quadra.** La pieza de la casa que está más dentro de la sala, y por la forma que
tiene, de ordinario cuadrada, se llamó cuadra. (Cov.)
- Desapoderado, da.** Desatinado, furioso, desenfrenado. Significa asimismo sumamente
excesivo en su línea, cosa que no hai fuerza ó poder para resistirla. (Aut.)
- Descabullirse.** Escaparse entre la bulla, conviene a saber, entre la mucha gente bullicio-
sa, que suele concurrir en las plazas que, con el movimiento de una parte a otra,
parece que está bullendo. (Cov.)
- Despiques.** m.pl. Mús. Nombre que dan los portugueses a ciertas canciones equivalen-
tes a los diálogos improvisados que se estilan en Valencia y a las enchoyadas ga-
llegas. (Alf.)
- Destrar.** Intr. s.XIV. Ir a la parte derecha. (Al.) || Ver adestrar
- Diferencia.** (l. *differentia*) f. s. XII al XV. Cualidad o accidente por el cual una cosa se
distingue de otra. || 2. s. XV. Distinción, desconformidad. (Al.) || Diversidad, va-
riedad. (RAE)
- Embebecer/ embevecer.** Divertir. 2. **Embebecerse**, divertirse y pasmarse mirando o
considerando alguna cosa, sin echar de ver el tiempo, ni lo que se ofrece delante
de los ojos. 3. **Embebecido.** El divertido en la dicha manera. (Cov.)
- Empachar.** Es término italiano, *IMPACIARE*, *latine impedire, fastidire* (Cov.)
- Enconarse.** Es propio de la herida cuando se encrudelece, y por translación decimos en-
conarse un negocio cuando se vuelve a empeorar y hacer más dificultoso y peli-
groso. (Cov.)
- Enramada. Enramar.** tr. s. XV. Enlazar y entretejer varios ramos, colocándolos en un
sitio para adornarlo o para hacer sombra. (Al.) || Ver ramada.

Epulón. (Del lat. *epulo*, *-onis*.) m. El que come y se regala mucho.// Cualquiera de los sacerdotes de la antigua Roma cuyo ministerio era disponer los banquetes que se ofrecían a los dioses o al pueblo. (RAE)

Escalera de huzillo. *Carp.*, *Cant.* y *A. urb.* ant. Lo mismo que escalera de caracol. Decíase también sólo *husillo*. || Escalera que da vuelta ascendiendo en forma helicoidal. (RAE)

Esfuerzo. El ánimo, brío, valor. (Cov.)

Espantar. Causar horror, miedo o admiración; y díjose espantar, cuasi espasmar, de pasmo. **2. Espantarse**, maravillarse. **3. Espantado**, atónito, medroso, maravillado. **4. Espantable**, el que pone espanto. (Cov.)

Espacio. Caminar de espacio, Hablar de espacio, etc. No hay espacio, no hay tiempo. No hay espacio, no hay lugar. (Cov.)

Especular. (l. *speculari*). tr. s. XV. Registrar, mirar con atención. | (l. *specularis*) adj. s. XV. Transparente, diáfano. (Al.) || fig. Meditar, contemplar, considerar, reflexionar. (RAE)

Estado. Es cierta medida, de la estatura de un hombre, y miden por estados las paredes de cantería, y entre ellos hay **estados comunes** que hacen tantos pies, y **estados** o **tapias** reales que son mayores. La profundidad de pozos o otra cosa honda, se mide por estados. (Cov.)

Estrecho. Estar puesto en estrecho, estar en necesidad y en peligro. (Cov.)

Falsar. 2. s. XII al XV. Romper o atravesar las armas defensivas. (Al.) || Romper la armadura o cualquiera de sus elementos, atravesándola, o, simplemente, estropearla o abollarla; a veces, sortear, esquivar, regir; incluso errar fallar, equivocar. (RAE)

Fornaça. Horno pequeño, FORNAX, CIS. (Cov.)

Gorjal. (de *gorja*) s. m. Parte de la vestidura del sacerdote que circunda y rodea el cuello. (Al.) || Armadura que defiende el cuello o garganta. (RAE)

Hacera | **Hazera.** Cuasi faciera, a FACIE; es el un lado de las casas de una calle, que es la delantera. (Cov.)

Impedir. (l. *impedire*). tr. s. XV Estorbar, imposibilitar la ejecución de una cosa. (Al.)

Jalde. Es un amarillo encendido; vocablo toscano, de *giallo*, que vale amarillo jalde. (Cov.)

Jornea. 7. Descripción histórica. En 1788, Juan Loperraez escribe en su obra *Descripción histórica del Obispado de Osma*, “Jornea es un traje cerrado pero tan

estrecho y de hechura tan extraña que, para ponérselo, entran primero la cabeza y, para quitárselo, tienen en la espalda una lazada, y entrándola en una escarpia, que está a prevención clavada en la pared del dormitorio, van sacando poco a poco el cuerpo de la jornea, quedando colgada y en disposición de vestirse a la mañana siguiente.” (NDHE)

Lastimar. Fig. Hablando del alma o del corazón, mover, excitar algún afecto.

Leñame. De Leño. *Arquit. nav.* Nombre que en general se daba a toda embarcación antigua, aun cuando tal denominación parece se aplicaba más particularmente a las embarcaciones más pequeñas que las naos. En las Ordenanzas de don Alfonso el Sabio, parece que dicho nombre se concreta a un tipo de embarcación definido, por cuanto en el título 23 de la segunda parte aparece nombrado del mismo modo que las naos, galeras, etc., después de las *fustas*. (Alf.)

Leonado. Es una color rubia del pelo del león. (Cov.)

Lienzo. 2. Se llama también el espacio de muralla, que corre en línea recta de baluarte a baluarte, o de cubo a cubo. Llámase más comúnmente Cortina.// Se toma asimismo por la fachada del edificio, o pared que corre de un ángulo a otro en cualquier aposento. (Aut.)

Mancilla. Cualquier llaga o herida que nos mueve a compasión. Es diminutivo de mancha o mácula. (Cov.)

Mantener. (de *manutener*) 3. s. XIV. Conservar una cosa en sus ser; darle vigor y permanencia || 7. s. XIV y XV. Sostener un torneo, justa; “mantener campo”, enfrenar, ofrecer lucha. (Al.)

Menestril. Ministril. M. s. XIV. 2. El que por oficio tocaba, tañía instrumentos de cuerda. (Al.)

Morcillo, lla. Adj. que se aplica al caballo o yegua de color totalmente negro. (Aut.)

Mutance. Mutación. f. s. XIII cambio. || 2. s. XIV. Cambio, alteración. (Al.)

Obsequias. Las honras que se hacen a los difuntos, del nombre latino EXEQUIAS, que en rigor habíamos de decir exequias. (Cov.)

Ofender. Hacer daño a otro, *latine* OFFENDERÉ; **ofendido**, el que ha recibido ofensa. (Cov.)

Oro de tibar. Oro puro, sin manchas ni impurezas. (RAE) || tibar (ár. *tibr.*, oro puro). adj. s. XV. De oro puro. (Al.)

- Pertenecer.** (l. *pertinere*). intr. s. XIV y XV. Ser una cosa del cargo, ministerio u obligación de uno || 2. s. XIV y XV. Referirse o hacer relación una cosa a otra, o ser parte integrante de ella || 3. s. XII y XIII. Ser conveniente (Al.)
- Pesadumbre.** La molestia, de peso, *pondus*. (Cov.)
- Placer.** (l. *placere*, agradar). m. s. XIII al XV. Contento del ánimo. || 2. s. XII y XIII Favor || tr. s. XII al XV. Agradar o dar gusto. (Al.)
- Portazgo.** (De *portadgo*). 1. m. Derechos que se pagan por pasar por un sitio determinado de un camino. 2. m. Edificio donde se cobran. (Aut.)
- Proferirse.** Ofrecerse a hacer alguna cosa voluntariamente, como yo me profiero a proveer de trigo la ciudad. (Cov.)
- Prometer.** (l. *promittere*). tr. s. XIII al XV. Obligarse a hacer, decir o dar alguna cosa. || 2. s. XIII al XV. Asegurar. (Al.)
- Prosupuesto.** Intención, propósito. (RAE)
- Ramada.** Conjunto de ramas de árboles espesas y entrelazadas naturalmente || Cobertizo hecho de ramas de árboles para sombra o abrigo || Tejido hecho con ramas verdes para adornar un jardín, preservar del sol, etc. (RAE)
- Recordar.** Despertar el que duerme o volver en acuerdo, del verbo RECORDAR. (Cov.)
- Recuesto.** s.m. El sitio o paraje que está en pendiente o declive. (Aut.)
- Reptado.** Desafiado a duelo o combate. (Cov.)
- Rosicler.** s. m. El color encendido y luciente, parecido al de la rosa encarnada. Pudo tomar el nombre de las voces *rosa* y *claro*. (Cov.)
- Sandio.** Vale tanto como loco y hombre fuera de su juicio; vocablo español antiguo desusado. (Cov.)
- Serao.** La junta de damas y galanes en fiesta principal y acordada, particularmente en los palacios de los reyes y grandes señores, adonde en una sala muy adornada y grande se ponen los asientos necesarios para la tal fiesta, y se danza al son de muchos instrumentos músicos. (Cov.)
- Silo.** Lugar subterráneo y enjuto, a donde se guarda el trigo. (Cov.)
- Simulacro.** s. m. Imagen hecha á semejanza de alguna cosa venerable o venerada. || Vale también aquella especie que forma la phantasia de lo que en sueños se le representa. (Aut.)
- Sota.** Soto adv. Lo mismo que debaxo, y se usa en composición. (Aut.)
- Súpito, ta.** Ant. Lo mismo que súbito, imprevisto, repentino. Es voz anticuada, que solo tiene uso en el estilo familiar (Aut.)

Surgir. Término náutico, vale tomar puerto o echar áncoras en la playa. (Cov.)

Surto, ta. Part.pass. del verbo surgir. Lo así dado fondo|| surgir v.a. Dar fondo la nave
(Aut.)

Temporal. Lo que pertenece al tiempo, TEMPORALIS. (Cov.)

Tino. s. m. Hábito ó facilidad de acertar á tiento con las cosas de que antes se tenía noticia, y del orden en que estaban. (Aut.)

Trompas: Trompeta bastarda, la que media entre la trompeta que tiene el sonido fuerte y grave y entre el clarín, que le tiene delicado y agudo. **Trompeta italiana.** La que se tocaba en la fiesta de la *Befana* en Roma. (NDHE)

Turar. Es perseverar una cosa en su ser, y díjose de durar, porque la D y la T se permutan, trocando *media pro tenue*; por la duración, *latine duratio*. Ser una cosa de dura, es tener calidad de no gastarse fácilmente. (Cov.)

Universidad. Vale comunidad y ayuntamiento de gentes y cosas, y porque en las escuelas generales concurren estudiantes de todas partes, se llamaron universidades, como la universidad de Salamanca, Alcalá, etc. (Cov.)

Vestiglo. (l. *besticulum*, d. de *bestia*, bestia). M.s. XV. Monstruo fantástico, horrible.
(Al)

Xaropes. Jarabe, bebida dulce que se trae de la botica para el enfermo. (Aut.)

Zabullir. Çabullir. Vale esconderse debajo del agua. El za, vale SUB, y del verbo EBU-LLIO; porque cuando alguna cosa cae en el agua, y se va a lo hondo, envía arriba aquella parte del aire que llevó tras sí, y ésta hace bullir la superficie del agua.
(Cov.)

Principales personajes

En aquellos casos en que los personajes actúan siempre de forma conjunta, se puso la información pertinente junto al primero alfabéticamente y luego se remite a éste. Cuando el pseudónimo de algún personaje es usado con mucha frecuencia, se indica a quién se refiere.

Agricán: emperador de Tartaria, padre de Mandricardo e Ysifilea. Murió a manos de Roldán, en la *Primera parte del Espejo de Cavallerías*. Para vengar su muerte, Ysifilea promete su mano a quien logre matar a Roldán.

Aleandro: Hijo del rey Leodemo de Hungría. Por sus numerosas hazañas y su papel destacado en la historia, es el segundo caballero de su generación, después de Roselín de Risa. Derrota al jayán Nitridonte para rescatar a la infanta Roselinda, a quien desea servir como caballero. Restablecido de sus heridas, entra en el Paraíso de Amor y logra ver parte de sus secretos. En Boecia, al enterarse de la muerte de Reduardo y el secuestro de Roselinda y otras damas, inicia una búsqueda de más de diez años, durante la cual se hace llamar Cavallero de la Dubdosa Demanda. Luego de una tormenta en el mar, es alcanzado por el barco de Atalante, quien le informa –en una reunión con otros caballeros– dónde se hallan las damas cautivas. Llega a la ciudad de Tartaria, donde enfrenta un dragón y jayanes que se multiplican a partir de la sangre de sus heridas. Encuentra a Florimena y Rosalinda en una cueva encantada, con sigue liberar a su amada, pero un nuevo hechizo los retiene en una habitación cercana. Atalante los rescata y, junto con los demás caballeros y damas, regresan a Constantinopla, donde Alejandro y Roselinda se casan. De esta unión nacen don Roselián de Hungría y Filispinela, de quienes el narrador anuncia grandes aventuras para la cuarta parte de la obra.

Angelina: hija del rey Ángelo y la reina Siliana de Irlanda e Inglaterra. Los jayanes Carpalión y Rinacaronte la secuestran junto con su madre y encierran a ambas en un castillo aislado. El Cavallero Venturoso –enamorado de oídas de la princesa– las libera de los jayanes luego de superar los numerosos encantamientos del lugar.

Ángelo: rey de la isla de Irlanda, esposo de Siliana y padre de Angelina. Combate contra los jayanes Carpalión y Rinacaronte, pero no puede evitar que éstos se lleven presas a su mujer e hija.

Aquilante: adalid de la corte de Carlomagno. Cuando Espinel de Ungría es atacado, acude en su ayuda. Después de permanecer un tiempo en Constantinopla, es apresado

junto a Reynaldos y otros caballeros, por el rey moro Nembrot. Tras muchos años, es liberado por don Roldán y Malgesi. Viaja junto a los demás caballeros y damas en el navío de Atalante y llega a Constantinopla.

Arcantisa: nombre que adopta Finarán el Ligero cuando va disfrazado de doncella. [ver Finarán]

Argiana: hija del rey Argilao de Grecia, acompaña a Florimena. Entre las numerosas bodas que se efectúan en Constantinopla, ella se casa con Escardín de Risa.

Argilao de Grecia: rey, padre de Argiana.

Arismeno: rey de Macedonia; está casado con Licencia, sobrina del emperador, y es padre de Flamíneo. Por estar en la corte de Constantinopla, designa gobernador de Macedonia a su hermano Rodoriso, para que ejerza el poder en su lugar. Al morir el Emperador de Constantinopla, se hace cargo temporalmente de la gobernación del imperio griego.

Arlando de Baviera: hijo del duque Naymo de Baviera y hermano de Hispalián de Ungría. Ambos hermanos se hallan enamorados de la infanta Roselinda, por lo cual, mantienen frecuentes y duras batallas. Una de estas peleas es interrumpida por la intervención de Roselao de Grecia, el cual les aconseja que dejen la decisión en manos de la dama.

Arminda: doncella de Florimena; mensajera entre Roserín y la princesa, a quien acompaña y ayuda cuando da a luz a Roselao. Tras la muerte de Reduardo y el secuestro de la princesa Florimena y las infantas Roselinda y Melisandra, Arminda sale resueltamente a buscar a Roserín de Risa para comunicarle lo ocurrido y pedirle que rescate a su señora.

Aronte: Caballero burlón y ladrón. Roba las armas y caballos del duque Estolfo y del conde Galalón, a los que deja en una situación ridícula. Más tarde se encuentra con Malgesi, Ricardo de Ayamonte y Ricardeto de Montalván, de los que debe huir al ser descubierto, aunque ya les había quitado algunas prendas. Reaparece en el Encantado Navío, cuando intenta engañar a Florinarda y Arcantisa –nombres supuestos de Claros de Floridelis y Finarán el Ligero– y es echado. Por último, roba sus pertenencias a los caballeros y damas que habían acudido al palacio de Cupido junto a Roselao de Grecia.

Artadelfo: jayán de la insula de Forvace, hermano de Galtezino. Ambos son convocados por el rey Nembrot Almançor, con el fin de vengar la muerte de su padre, Nembrot Almançor de Tolometa. Llegados a Constantinopla, matan al príncipe Reduardo y se llevan presas a las infantas Roselinda y Melisandra y a la princesa Florimena. Descubiertos accidentalmente por Roldán y Malgesi, Artadelfo y Galtezino, al verse supera-

dos por los caballeros cristianos, se hacen invisibles. Mueren al enfrentar a Roselao de Grecia.

Atalante: Sabio y mago, favorece a Rugiero y a Roselín de Risa. Con sus artes, hace el Paraíso de Amor, un bello edificio que sirve para probar a los enamorados. Construye el Encantado Navío, gigantesco barco que en parte simula una isla, para rescatar a los caballeros y damas secuestrados; en el viaje, desencanta a Roldán y auxilia a Roselao, a quien regala armas para su nueva etapa de caballero. Reunidos varios caballeros en la nave, por medio de encantos, muestra en un espejo la ciudad de Tartaria, las figuras de Florimena y Roselinda, los caballeros apresados con cadenas en una torre y, por último, una huerta donde se hallan cautivas Madama Brandamonte y la infanta Melisandra. Rescata a la emperatriz Ysifilea, quien había sido secuestrada por un viejo con grandes poderes. Crea una doncella con la apariencia de Ysifilea para que la reemplace ante los suyos, mientras la verdadera queda en el navío. Libera de los encantos a Florimena, Roselinda y Aleandro. Por último, hace que la torre del Encantado Navío se ubique junto a la entrada de Constantinopla, con una inscripción que resulta incomprensible para los presentes.

Belerofonte: Aparece en la *Segunda parte del Espejo de caballerías*. Roserín lo desafía a duelo, lo vence y conquista su señorío, el cual entrega a Espinel de Ungría. Belerofonte es el padre del jayán Nitridonte.

Bisobel de Orlán: hijo del duque de Brandamonte y la duquesa Milorena. Integra el grupo de caballeros amigos de Roserín. Junto a Escardín de Risa, va en busca del lugar donde se hallan cautivos los caballeros. Liberados estos y las damas, viaja a Constantinopla, donde contrae nupcias con la infanta Coronea.

Bruzaferonte: señor de Arabia. Caballero que, por conseguir la mano de Ysifilea, sale en busca de Roldán, al que encuentra en forma casual en el camino hacia Constantinopla. Roldán lo mata tras horas de combate.

Carlomagno: figura emblemática de la literatura caballeresca. Ante los ataques y secuestros que ocurren a personas de su conocimiento, decide enviar a varios caballeros en su ayuda. Llega a Constantinopla; corona a Roserín de Risa como emperador y lo reemplaza cuando él sale a buscar a Florimena. Por último, organiza las fiestas y ceremonias nupciales de los flamantes emperadores y de varios caballeros e infantas.

Carpalión: jayán de las islas de Vasandres, padre de Rinacaronte. Se enfrenta a Ángelo, rey de Irlanda. Junto con Rinacaronte, su hijo, rapta a Siliana y Angelina, esposa e hija de Ángelo, y las encierra en un castillo recóndito. Roselao, conocido como el Cavallero

Venturoso, ingresa al lugar encantado donde las damas se hallan cautivas, enfrenta y mata a Carpalión y Rinacaronte.

Cavallero de la Dubdosa Demanda: Ver Alejandro.

Cavallero Venturoso: Ver Roselao de Grecia.

Claricia: esposa de Reynaldos de Montalván y madre de Claros de Flordelís y Finarán el Ligero.

Clariola: Doncella de la reina Siliana y la infanta Angelina. Cuando ellas son secuestradas, sale en busca de caballeros que las rescaten; encuentra a Roselao –por entonces, el Doncel Venturoso– y parten juntos. Diestra en el arte de curar heridas, varias veces debe atender a Roselao. Salvadas sus señoras, visita el palacio de Cupido, junto con varios caballeros y damas. Por último, anuncia al rey Ángelo la liberación de Siliana y Angelina y es nombrada condesa como premio.

Claros de Flordelís: Hijo de Reynaldos de Montalván y la señora Claricia. Enamorado de la emperatriz Ysifilea, huye de su casa con su hermano Finarán, ambos disfrazados de doncellas. En el Encantado Navío se entera que Reynaldos está con vida y parte con Finarán en su busca. En el camino, enfrentan a un viejo hechicero que pretendía forzar a Ysifilea, a quien vencen con ayuda de Atalante. Rescatado su padre y vuelto a Constantinopla, el viejo hechicero se libera de prisión y se lo lleva por los aires junto con Ysifilea.

Conde de Braba: noble de la corte alemana de Colonia. Recibe a Roserín a su llegada a Colonia y lo conduce a presencia de la emperatriz Corisalda.

Constantino: príncipe de Rodas, sobrino del emperador de Constantinopla y amigo de Roserín, a quien acompaña en algunas aventuras. Acude al Castillo Cruel para rescatar a Listarán de Tracia y a la infanta Filomela; allí es retenido por un encantamiento. Roserín lo salva con su espada Balisarda. En un enfrentamiento, mata al mago Sarraceno, lo que permite que sea descubierto el lugar de cautiverio de caballeros y damas. Se arrodiilla ante Roserín para que todos lo reconozcan y deba asumir el trono imperial.

Corisalda: emperatriz de Alemania, madre de Filomela. Envía a la doncella Dalfina, a buscar a Roserín para que éste supere el encantamiento del Castillo Cruel, donde están encerrados su hija Filomela y Listarán de Tracia.

Coronea: hija del rey Coroneo. Amiga y acompañante de Florimena. Coronea se casa con Bisobel de Orlán en las bodas múltiples que se efectúan en Constantinopla.

Crispanel: escudero de Roserín, a quien acompaña por Alemania y Tartaria.

Danés: ¿Quizá Ogier el Danés, par de Francia? Este caballero forma parte del séquito del emperador Carlomagno, en su viaje a Constantinopla.

Dalfina: criada de la emperatriz Corisalda. Pide a Roserín que libre del encantamiento a Filomela y Listarán de Tracia, encerrados en el Castillo Cruel.

Doncel Venturoso: Ver Roselao de Grecia.

Doralice: también llamada Linda Doralice; hija de un rey moro. Por estar enamorada de Roserín, huye de su tierra vestida de hombre. Empieza a servir como escudero a Roldán con el nombre de Lenicio. Luego, como escudero de Roserín, lo acompaña a buscar a Florimena; se hace llamar Serindo o Sirindo. Una noche se hace pasar por Florimena y tiene relaciones con Roserín, de las que nacerá Doralice de Arcadia. Como escudero, ayuda a Roserín a ingresar con engaños en la corte de Nembrot, donde están cautivas Melisandra y Madama Brandamonte. Viste de mujer, se presenta ante el rey como hija del rey Marsilio y le cuenta una falsa historia que lleva a que Roserín sea encarcelado. Visita a las prisioneras y les cuenta su plan para liberarlas. Gracias a su astucia, el grupo escapa y todos son perseguidos por Nembrot y sus hombres. Con la ayuda de Malgesi y otros caballeros, Doralice y los demás llegan al Encantado Navío y van a Constantinopla. En el trayecto, ella revela su identidad.

Dragontino: carcelero que, junto a un feroz tigre, custodia una de las puertas de la torre de Tartaria, donde se hallan presos Reynaldos y los otros caballeros. Ambos son aniquilados por don Estolfo y el conde Galalón.

Dudón: caballero francés. Acude en ayuda de Espinel de Ungría. Al salir de Constantinopla, es apresado, junto a Reynaldos y otros caballeros, por el rey Nembrot. Después de muchos años, es liberado por don Roldán y Malgesi.

Duque de Alafonte: padre de Libanor el Ligero.

Duque de Antilla: padre de Riarán de Falco.

Duque de Austria: noble de la corte de Colonia; junto con el Conde de Braba, acompaña a Roserín a ver a Corisalda, emperatriz de Alemania.

Duque de Brandimarte y Duquesa Milorena: padres de Bisobel de Orlán.

Emperador de Grecia: padre de Reduardo y Florimena y esposo de Salamina. Muere de tristeza al conocer la cruel muerte de su hijo y el rapto de su hija. Deja momentáneamente el imperio en manos de la emperatriz y del rey Arismeno hasta que Roserín de Risa sea coronado nuevo emperador de Grecia.

Escardasso: rey, esposo de Marfisa y padre de Escardín de Risa y Roselinda. Combate con el príncipe Alejandro al creer erróneamente que él tenía secuestrada a Roselinda.

Escardín de Risa: hijo de los reyes de Risa, Escardasso y Marfisa, hermano de Rose-linda. Primo y amigo de Roserín. Tras ver las revelaciones del espejo del Encantado Na-vío, parte junto a Bisobel de Orlán en busca del lugar donde se hallan cautivos varios caballeros. Cerca de Siricania, ayuda a Roserín y las damas a las que había rescatado. En Constantinopla se casa con la infanta Argiana.

Esmerildo: escudero de Roserín, a quien acompaña a Alemania y Tartaria.

Espinel de Ungría: sobrino del rey Liolemo y señor de las Islas Desiertas. Cuando sus tierras son invadidas por el jayán Nitridonte, pide ayuda a las cortes de Francia y Hun-gría. Aleandro, el príncipe húngaro, derrota y mata al gigante.

Estolfo: duque que acompaña a Carlomagno. Al enterarse de la desaparición de varios caballeros franceses, parte en su busca junto con el conde Galalón. Es engañado por Aronte y ayudado por Roldán. Forma parte del grupo de caballeros que llega a Alejan-dría y a la isla de la Ventura, donde lucha con varios centauros y un jayán. Después de la reunión en la nave de Atalante, va a Tartaria con Galalón con el objetivo de liberar a los cautivos y ambos luchan con jayanes y fieras.

Falerina: sabia encantadora a la que se menciona varias veces por haber forjado la má-gica espada Balisarda de Roserín, a quien se le aparece en el Castillo Cruel para darle consejos sobre las pruebas que va a enfrentar.

Filomela: hija de los emperadores de Alemania, Corisalda y Gilberto. Rechaza compro-meterse con el príncipe de Escocia, por hallarse enamorada de Listarán de Tracia. Cuan-do el príncipe muere a manos de Listarán, ambos son confinados por el rey de Escocia en el Castillo Cruel, donde sufren terribles tormentos, sin dejar de amarse. Son liberados por Roserín, se casan y suben ambos al trono.

Finarán el Ligero: hijo de Reynaldos de Montalván y hermano de Claros de Flordelís. Junto con Claros, huye de su casa disfrazado de doncella. Llega al navío de Atalante y, al saber que su padre sigue con vida, decide irse con su hermano en busca del lugar don-de se halla cautivo. Cerca de Tartaria se enfrenta con un viejo de grandes poderes que quiere forzar a Ysifilea. Al regresar a Constantinopla, se casa con la infanta Melisandra.

Flamíneo: hijo del rey Arismeno de Macedonia y sobrino del Emperador de Constan-tinopla. Su tío Rodoriso queda a cargo de su educación y guarda. Ambos son secuestra-dos por Rodolano y Galiando, quienes los encierran en el Castillo de la Desierta Ribera, de donde son liberados por Roserín.

Florimena: hija del Emperador de Alemania y de la emperatriz Salamina, hermana de Reduardo. Es amada por Roserín, por quien —luego de un matrimonio secreto— queda

embarazada de Roselao de Grecia. Para ocultar su gravidez, va a la Casa del Deleyte donde da a luz con ayuda de Roselinda y Arminda. Pocos días después, es secuestrada por los jayanes Artadelfo y Galtezino, junto a Roselinda y Melisandra y llevada a un castillo del sabio Sarraceno y luego –sólo con Roselinda– es trasladada a una cueva cerca de la ciudad de Tartaria. Aleandro intenta liberarla, sin éxito. Atalante deshace el encantamiento que la retiene. De regreso en Constantinopla, se casa con Roserín y ambos son coronados emperadores.

Florinarda: nombre adoptado por Claros de Flordelís cuando va disfrazado de doncella. [Ver Claros de Flordelís]

Fulmerina: princesa de Arcadia, hermana de Lindarán de Arcadia. Ambos acuden a los Palacios Amorosos con el propósito de buscar una solución al enamoramiento que Lindarán siente por ella. En el camino se encuentran con el Cavallero Venturoso, Siliana, Angelina y Clariola, a quienes invitan a acompañarlos en su visita. Cupido aconseja a Fulmerina que ame a su hermano, lo que cumple de inmediato.

Galalón: conde de la corte de Carlomagno; en el Cap. III se desmiente su fama de traidor. En compañía del duque Estolfo, va en busca de Reynaldos; en el camino es engañado por el caballero burlón Aronte, quien lo deja colgado de una cuerda, de la que lo libera Roldán. Llegado a Alejandría y a la isla de la Ventura, él y el duque Estolfo luchan con varios centauros y un jayán. Cuando Atalante le hace ver en un espejo el lugar donde se hallan cautivos varios caballeros, parte a rescatarlos a la ciudad de Tartaria, donde lucha con carceleros y fieros animales. Liberados los cautivos, regresa a Constantinopla en el Encantado Navío.

Galiando: hijo de Rodolano y hermano de Galimedes. Rodolano y él secuestraron a Rodoriso y Flamíneo y los llevaron al Castillo de la Desierta Ribera. Roserín los derrota, libera a los presos y los envía a Constantinopla, donde permanecen presos hasta las nupcias de Roserín y Florimena, en que son puestos en libertad y perdonados.

Galimedes: hijo del sabio Rodolano y hermano de Galiando. Traiciona a una señora principal de Macedonia, por lo cual es ajusticiado por Rodoriso.

Galtezino: jayán de la ínsula de Forvace, hermano de Artadelfo. [Ver Artadelfo]

Grifón de Mongrana: caballero de la corte de Carlomagno. Va en socorro de Espinel de Ungría. Al partir de Constantinopla es apresado, junto a Reynaldos y otros caballeros, por los hombres del rey Nembrot. Años después, es liberado por Roldán y Malgesi. Regresa a Constantinopla junto a Atalante y el resto de caballeros y damas, en el Encantado Navío.

Hechicero de Tartaria: no tiene nombre propio, es un anciano con poderes mágicos, cabecilla de un grupo armado que entra en Tartaria con la intención de conquistarla, por pedido de su señor, el heredero del trono de Persia, quien está enamorado de Ysifilea. El anciano se transforma en grifo y se lleva en sus garras a la reina Ysifilea, a la que intenta forzar. Claros de Flordelís consigue salvar a la reina y el viejo es apresado y encerrado en el Encantado Navío. Cuando llegan a Constantinopla, logra escapar, se transforma en vestiglo y se lleva por los aires a la reina y a don Claros.

Hispalián de Ungría: hijo del duque Naymo de Baviera y hermano de Arlando de Baviera. [Ver Arlando de Baviera]

Lenicio: nombre usado por la Linda Doralice cuando se disfraza de escudero. [Ver Doralice]

Leopardo: rey de Siricania, hermano de Melisandra.

Libanor el Ligerio: hijo del duque de Alafonte. Prueba el Paraíso de Amor, pero no logra pasar el primer obstáculo. Acude al Castillo Cruel para rescatar a Filomela y es dominado por un encantamiento. Roserín lo salva y le devuelve la cordura con su espada Balisarda. Acompaña a Roserín por Alemania y Tartaria.

Lindarán de Arcadia: príncipe de Arcadia, hermano de Fulmerina. [Ver Fulmerina]

Liolemo: rey de Hungría y padre del príncipe Aleandro.

Liombordo: padre del rey moro Orofanto.

Listarán de Tracia: caballero de Tracia, enamorado de Filomela, hija de los emperadores de Alemania. Se enfrenta y mata al príncipe de Escocia, prometido forzoso de la princesa. [Ver Filomela]

Litencia: sobrina del Emperador de Constantinopla, casada con el rey Arismeno de Macedonia y madre de Flamíneo.

Madama Brandamonte: reina de Cerdeña, Mallorca y Menorca, esposa de Ruggiero de Risa y madre de Roserín. Durante un viaje, Orofanto se acerca a ella y la engaña haciéndose pasar por cristiano, la apresa y la deja en la Isla de la Ventura. Más tarde, ella y Melisandra son trasladadas a Siricania, donde Nembrot se encarga de vigilarlas. Finalmente, las damas y Roserín consiguen huir gracias al plan trazado por la Linda Doralice.

Malgesi: primo de los hermanos Montalván. Muestra dominio de las artes mágicas, si bien muy por debajo de Atalante. Mientras busca a los caballeros cautivos, llega junto con Roldán a la Isla de la Ventura, combate contra los jayanes Artadelfo y Galtezino, pero es víctima de un hechizo de Sarraceno del que luego es liberado por Atalante. En el espejo del Encantado Navío, ve la prisión de los caballeros y parte con Roldán a la ciu-

dad de Tartaria; al llegar, ve que la ciudad es atacada por un ejército liderado por un mago. Ingresan a la torre donde están presos sus amigos, a quienes quitan sus cadenas y acomodan hasta que la intervención de Atalante consigue liberarlos. Cerca de Tartaria, encuentra a Roserín, las damas, Escardín de Risa y Bisobel de Orlán, quienes son atacados por Nembrot y sus hombres; hace aparecer un ejército con sus artes mágicas y vuelve a la nave junto con los demás, hasta llegar a Constantinopla.

Mandricardo: hijo de Agricán de Tartaria y hermano de Ysifilea. Resulta vencido por Roldán, según relata el narrador, en la *Segunda Parte del Espejo de Cavallerías*. Para vengar su muerte, Ysifilea promete su mano a quien le lleve la cabeza de Roldán.

Marfisa: reina guerrera, esposa de Escardasso, madre de Escardín de Risa y Roselinda y tía de Roserín de Risa.

Marsilio: rey moro de España que estuvo invitado en la corte de Carlomagno en la *Segunda Parte del Espejo de Cavallerías*, donde se habla de la belleza de su hija, Florde-lisa. Su hija huye, por eso pide ayuda al mago Sarraceno para encontrarla. Cuando Roserín llega a Siricania, la Linda Doralice se presenta como hija del rey Marsilio.

Melisandra: hermana del rey Leopardo de Siricania; fue llevada a la corte de Constantinopla por Roldán porque se necesitaba de las tres damas más hermosas de su tiempo para desencantar unas habitaciones. Es amada por Reduardo, quien muere al intentar evitar que ella y otras doncellas sean secuestradas. Primero es encerrada en el castillo de Sarraceno y luego –junto con Madama Brandamonte– es trasladada a Siricania, donde el rey Nembrot pretende casarse con ella. Liberada por Roserín y Doralice, regresa a Constantinopla y contrae nupcias con Finarán el Ligerero.

Naymo de Baviera: duque del séquito del emperador Carlomagno al que acompaña en su viaje a Constantinopla.

Nembrot Almançor: rey de Siricania; es nombrado sucesor de Leopardo, hermano de Melisandra. Captura a varios caballeros, a quienes lleva a la Isla de la Ventura; junto con Orofanto, captura a Madama Brandamonte, de la que luego se hará cargo. Custodia también a Melisandra, a la que ama y con quien pretende desposarse. Años más tarde, Roserín y su escudero Sirindo –Doralice disfrazada– lo engañan y liberan a las damas. El rey los persigue, pero Malgesi logra distraerlo con sus poderes mágicos. Envía una carta al emperador Roserín en la que le declara la guerra al imperio griego.

Nitridonte: jayán, hijo de Berolofonte. Invade las Islas Desiertas de Espinel de Hungría, mata a muchos habitantes y apresa a los restantes. Enamorado de Roselinda, la se-

cuestra ante el estupor de la corte griega. El príncipe Aleandro lo persigue y el jayán es vencido y ajusticiado.

Oliveros: gran marqués de la corte de Carlomagno, a quien acompaña en el viaje a Constantinopla.

Orofanto/Orosanto: rey de Albania, hijo del rey Liombordo y tío del jayán Rinoferonte. Nembrot lo llama a su corte para vengar la muerte de éste y otros caballeros moros a manos de los franceses. Al emprender viaje, decide descansar en Mallorca, allí se encuentra con Madama Brandamonte, a quien engaña haciéndose pasar por cristiano. En el reparto que hace Sarraceno de los caballeros y damas apresados, Orofanto se lleva a Reynaldos, don Dudón y los hermanos Aquilante y Grifón de Mongrana.

Paciano: el ermitaño Silvano es llamado así cuando llega al Encantado Navío de Atalante. [Ver Silvano]

Príncipe de Escocia: hijo del rey de Escocia, comprometido en matrimonio con Filomela de Alemania. Al descubrir que Listarán de Tracia ama a la princesa se enfrenta con él y muere a sus manos.

Reduardo: hijo del emperador de Constantinopla. Ingresas al Paraíso de Amor, con un lema en su escudo en que declara su amor por Melisandra. Muere a manos de los jayanes Artadelfo y Galtezino.

Reduarte: caballero español que es pretendido por una doncella vieja y fea llamada Tarlacia de Castalia. Decide visitar los Palacios Amorosos para que Cupido lo libere de su palabra de matrimonio. Cupido ordena que ame a Talarcia, pero él se niega.

Rey de Escocia: rey con conocimientos de artes mágicas. Pretende casarse con la Emperatriz Corisalda y que su hijo despose, a su vez, a la infanta Filomela. Cuando su hijo muere a manos de Listarán de Tracia, hace surgir el Castillo Cruel, donde encierra a Listarán y a Filomela. Al poco tiempo, muere de tristeza.

Reynaldos de Montalván: uno de los más importantes caballeros de Carlomagno, padre de Claros de Flordelís y Finarán el Ligero. Va a ayudar a Espinel de Ungría. Vive un tiempo en Constantinopla; a su regreso a Francia es capturado por Nembrot, llevado a la Isla de la Ventura y luego a la ciudad de Tartaria. Es liberado por Roldán, Malgesi y Atalante, con quienes regresa a Constantinopla.

Riarán de Falco: hijo del duque de Antilla. Su trayectoria es igual a la de Libanor el Ligero. [Ver Libanor]

Ricardeto de Montalván: hermano de Reynaldos de Montalván y Ricardo de Ayamonte. Ricardeto y Ricardo salen en busca de Reynaldos; integran el grupo que alcanza Ale-

jandría, entre dos brazos del Nilo, aunque luego se la denomina Isla de la Ventura. Llegan a un valle con seres monstruosos; encuentran una ermita habitada por Silvano, quien resulta ser un caballero francés, miembro de su propia familia. Los hermanos son capturados por Sarraceno, liberados por Atalante y llevados por éste al Encantado Navío. Tras la reunión junto al espejo encantado, deciden ir a buscar el lugar donde se hallan los caballeros cautivos. En Tartaria enfrentan a jayanes y fieras; logran liberar a los caballeros y damas con la ayuda de Atalante. Regresan a Constantinopla en el Encantado Navío.

Ricardo de Ayamonte: Ver Ricardeto de Montalván.

Rinacaronte: jayán, hijo de Carpalión de las islas Vasandres, con quien enfrenta al ejército de Ángelo, rey de Irlanda. Los dos jayanes secuestran a Siliana y Angelina, esposa e hija de Ángelo, y las encierran en un castillo. El Cavallero Venturoso –futuro Roselao de Grecia– supera los distintos obstáculos del lugar encantado donde se hallan las cautivas y aniquila a los dos jayanes.

Rinofronte: señor de la isla de Epiro, sobrino del rey Orofanto de Albania. Se enfrenta a Reynaldos, Dudón, Aquilante y Grifón con cien hombres; pese a la diferencia numérica, está a punto de ser derrotado, cuando recibe ayuda de Nembrot Almançor, quien captura a los caballeros franceses.

Rodolano: encantador, padre de Galimedes y Galiando. [Ver Galiando]

Rodoriso: gobernador de Macedonia, hermano del rey Arismeno y tío de Flamíneo, heredero del reino, a quien tiene a su cargo. Junto a éste, es secuestrado por Rodolano y Galiando, para vengar la muerte de Galimedes, y encerrado en el Castillo de la Desierta Ribera. Roserín los libera, luego de vencer varios peligros.

Roldán: Adalid francés; mientras busca a Reynaldos, ve un bello doncel que se lamenta de un amor imposible –en realidad, Doralice vestida de hombre–, como ambos se dirigen a Constantinopla, Roldán se ofrece a acompañarlo, el doncel acepta y se convierte en su escudero, Lenicio. En la Isla de la Ventura, con Malgesi y Lenicio, ve a los jayanes Artadelfo y Galtezino, quienes llevan por la fuerza a tres doncellas hasta un castillo, esperan a que regresen y los enfrentan; los jayanes, ante su inminente derrota, se vuelven invisibles y huyen. Roldán ingresa al castillo donde, tras algunos incidentes, es encantado, junto con Malgesi, por el sabio Sarraceno, quien los transforma en defensores del castillo. Todavía en esta tarea, muchos años después arma caballero y enfrenta a Roselao, pero interviene Atalante, que lo libra del hechizo. En el Navío averigua dónde se hallan los caballeros cautivos y parte hacia Tartaria en compañía de Malgesi. Tras va-

rios combates, consigue entrar en las mazmorras, libera a los caballeros y damas prisioneros y los cuida hasta que Atalante los conduce a todos hasta su nave.

Roselao de Grecia: nacido del matrimonio secreto de Roserín de Risa y la princesa Florimena; tiene unas letras en su espalda que las damas presentes en el parto no logran entender. A las pocas horas, mientras la doncella Arminda lo lleva a un lugar en que pueda ser criado ocultamente, el niño es secuestrado por Sarraceno y llevado a la Isla de la Ventura por quince años. Al desconocer su identidad, el joven se hace llamar Doncel Venturoso y luego Cavallero Venturoso. Un día, la doncella inglesa Clariola le pide ayuda para liberar a la reina Siliana y su hija, la infanta Angelina, cautivas de Carpalión y Rinacaronte. Durante su viaje, ve un enfrentamiento entre caballeros y pide al vencedor –Roldán, todavía bajo el hechizo de Sarraceno– que lo arme caballero; logrado esto, lo desafía a duelo. El combate dura horas, hasta que los dos caen desvanecidos por el cansancio. Aparece Atalante, el cual libera a los caballeros que estaban en la torre custodiada por Roldán. Clariola cura las heridas de Roselao; llegan al puerto de Marsella y se quedan hasta que el caballero termina de restablecerse. Atalante le dio una espada, una armadura dorada y leonada y una carta en que le dice que cree que es familiar de Roldán. Roselao y Clariola parten hacia Bolonia; en el camino, se encuentran con Artadelfo y Galtezino, a quienes derrota. Conoce a don Arlando de Baviera y don Hispalián de Hungría, hermanos enamorados de Roselinda. Tras varios días de viaje en barco, llega a la Isla de la Desventura, donde están Siliana y Angelina –de quien se enamoró de oídas–; sostiene un combate singular con Rinacaronte, cuyo caballo lo tira y le provoca la muerte. Roselao continúa hacia el castillo, pero como es de noche, decide que Clariola debe descansar. Mientras ella duerme, Roselao oye unos gritos de mujer que lo conducen a una cueva; dentro de ella enfrenta a un centauro. Ya en el castillo, pelea con una imagen de Mars, un tigre, un jayán, dos salvajes y un león. Finalmente, junto a una imagen de Júpiter, encuentra a las damas, víctimas de un hechizo. Roto éste y luego de numerosos combates, aparece Carpalión, al que mata en ardua lucha, pero queda gravemente herido. Aparece Clariola y entre las tres cuidan de Roselao; van todos hasta el barco y salen hacia Inglaterra; durante el viaje Roselao le declara su amor a Angelina. Llegan a una isla desconocida, donde Lindarán de Arcadia y su hermana, Fulmerina, les piden que los acompañen a los Palacios Amorosos. Luego se les unen tres caballeros y tres damas españoles. Visitan a Cupido, quien le aconseja a Roselao que persevere si desea el amor de Angelina. Más tarde, el grupo de viajeros se encuentra con un caballero, quien los conduce a un castillo; a la noche el caballero –el burlón Aronte– les roba los

caballos y el carro en que viajaban. Roselao y las damas llegan a Inglaterra, el rey Ángelo agradece a Roselao sus servicios y lo invita a quedarse en su corte.

Roselinda: hija de Escardasso y Marfisa, hermana de Escardín de Risa. Nitridonte la rapta; es liberada por el príncipe Aleandro, quien se ofrece como su caballero. En Constantinopla acompaña y ayuda a Florimena cuando ésta da a luz a Roselao. Es apresada junto a Melisandra y Florimena por los jayanes Artadelfo y Galtezino y encerrada en el castillo de Sarraceno y luego trasladada con Florimena a las afueras de la ciudad de Tartaria. Aleandro consigue liberarla, pero los retiene un nuevo hechizo. El narrador anuncia que tendrán dos hijos, don Roselián de Ungría y Filispinela, quienes aparecerán en la prometida cuarta parte del *Espejo*. Interviene Atalante para rescatarlos; van a Constantinopla, donde Roselinda contrae matrimonio con Aleandro.

Roserín de Risa: hijo de los reyes Ruggiero de Risa y Madama Brandamonte, sobrino de Carlomagno, esposo de Florimena y padre de Roselao de Grecia. Roserín contrae matrimonio secreto con Florimena; poco después se encuentra con una doncella, Dalfina, quien le pide que acuda a socorrer a su señora, en Alemania. Roserín y Florimena se despiden de forma temporal, sin que sepan todavía que ya son padres. En el trayecto a Macedonia, ve una gran barca donde están presos un anciano y un doncel, quienes le gritan pidiendo ayuda. Son Rodoriso y Flamíneo, a los que rescata, junto con otros caballeros prisioneros, luego de entrar al Castillo de la Desierta Ribera de Rodolano y Galiando. Se enfrenta con Galiando, al que vence fácilmente, y envía a él y a su padre a Constantinopla para que el Emperador decida su suerte. Cuando llega a Colonia, la emperatriz Corisalda le pide que supere las pruebas del encantado Castillo Cruel, para liberar a su hija, Filomela, y a Listarán de Tracia. Una vez en él, enfrenta prodigios diversos y también a Constantino, Riarán de Falco y Libanor el Ligero, quienes están bajo un hechizo; todos estos encantamientos los deshace con su mágica espada Balisarda. Con el consejo de Falerina, libera a los príncipes. Mientras se celebran las bodas de Listarán y Filomela, llega la noticia de la desaparición de varios caballeros y de su madre, la reina de Cerdeña; emprende el regreso a Constantinopla acompañado por sus amigos. En el camino enfrentan un grupo de paganos, muere el sabio Sarraceno y derrotan a los demás; los vencidos son vasallos de Nembrot y le dicen que una gran señora cristiana y algunos caballeros se hallan cautivos en la Isla de la Ventura. Deciden ir allí, pero se presenta la doncella Arminda, quien les cuenta que Reduardo ha muerto y Florimena, Roselinda y Melisandra fueron secuestradas. Él y los otros llegan a Constantinopla; allí su tío Carlomagno, preside la ceremonia en que la emperatriz Salamina le entrega la

corona del imperio griego. Roselao se marcha de la ciudad para rescatar a Florimena, y le pide a Carlomagno – a quien deja una carta– que gobierne el imperio en su ausencia. Parte con Sirindo –en realidad, Doralice vestida de escudero–; en el camino auxilia a un caballero herido, al que lleva hasta el castillo de su madre. Con ayuda de ésta, esa noche Doralice engaña a Roselín, a quien le hace creer que es Florimena, y concibe un hijo. Roserín se enoja, pero no sabe que la mujer que le mintió es su fiel Sirindo. Luego de años de vagar, ve a Melisandra en la corte de Nembrot y averigua que también está allí su madre, Madama Brandamonte. Con ayuda de Doralice –que se viste de mujer para concretar su plan–, es encarcelado en el sector en que están las damas; una vez reunido el grupo, huyen, perseguidos por Nembrot y sus hombres, de los que son rescatados por Malgesi. Roserín y las damas llegan a la nave de Atalante, donde él se reúne con Florimena; viajan a Constantinopla, allí, él y su amada son jurados como emperadores, luego de contraer nupcias

Ruggiero de Risa: rey, esposo de Madama Brandamonte y padre de Roserín. Su imagen aparece en el Paraíso de Amor, derrota a todos los caballeros que lo desafían, sólo el príncipe Aleandro consigue igualarlo, aunque no vencerlo.

Salamina: emperatriz de Grecia, madre de Reduardo y Florimena. Se hace cargo del imperio cuando el emperador muere. Su nombre aparece justo cuando decide renunciar al gobierno del imperio y dejarlo en manos de Roserín, que es nombrado oficialmente emperador, y a quien le pide que rescate y contraiga matrimonio con Florimena.

Salomón: rey del séquito de Carlomagno, con quien viaja a Constantinopla. Es uno de los nobles que sale a recibir a Roserín como nuevo emperador.

Sarraceno: sabio tártaro, el más hábil maestro de artes mágicas de su tiempo. Avisa a Ysifilea del nacimiento de un niño que será capaz de derrotar a Roldán; el niño es Roselao a quien el mago secuestra a horas de nacido y lo lleva a su castillo. Sarraceno derrota con sus poderes mágicos a Roldán y Malgesi y los obliga a ser guardianes de la torre en que tiene presas a las infantas y también a algunos caballeros. Muere a manos de Constantino en un enfrentamiento casual, cuando iba a ayudar al rey Marsilio a encontrar a Doralice. Antes de partir de la Isla de la Ventura, Sarraceno organiza el reparto de los prisioneros entre sus diferentes aliados.

Siliana: reina de la isla de Irlanda y de Inglaterra, esposa de Ángelo y madre de Angelina. Los jayanes Carpalión y Rinacaronte, la secuestran junto con su hija y las encierran en un castillo lleno de peligrosos encantamientos. El Cavallero Venturoso las libera de los jayanes y del hechizo que las tenía sujetas al lugar.

Silvano: Tío de Reynaldos, Ricardo y Ricardeto, es un viejo ermitaño a quien Ricardo y Ricardeto encuentran en una hermita. Se presenta como un caballero francés cuya nave naufragó, muchos años antes, en la entrada del Nilo, en la Isla de la Ventura; de la conversación surge que tienen parentesco, para alegría de todos. El mago Sarraceno, en forma de dragón, atrapa a Silvano y lo lleva a las cárceles donde están los demás caballeros cristianos. Cuando los caballeros son rescatados y se reúnen en el Encantado Navío de Atalante, recibe el nombre de Paciano.

Sirinda: doncella de Roselinda. Ayuda al príncipe Aleandro a ganar el favor de su señora.

Sirindo o Serindo: nombre de la bella Doralice cuando va disfrazada de escudero de Roserín. [Ver Doralice]

Tarlacia de Castalia: doncella fea y vieja que requiere de amores a don Reduarte, el cual la rechaza con grandes desplantes; ambos acuden a los Palacios Amorosos en busca de una solución. Cupido le dice al caballero que debe amar a la vieja, pero éste se niega, por su parte Tarlacia no duda en ser ella quien sirva a su caballero.

Vestiglón: jayán que custodia la puerta de las mazmorras de la ciudad de Tartaria en las que se hallan presos varios caballeros. Roldán lo derrota y lo mata tras ardua batalla.

Ysililea: hija de Agricán de Tartaria y hermana de Mandricardo, muertos ambos a manos de Roldán, por lo cual, promete casarse y entregar su señorío a quien consiga traerle su cabeza. Retiene a Florimena, Roselinda y a varios caballeros. Cuando un ejército invade la ciudad, es raptada por un viejo con poderes mágicos, que se transforma en grifo y se la lleva por los aires. El viejo intenta forzarla, pero es salvada por don Claros de Flordelís, don Finarán el Ligero y el grifo de Atalante. Atalante agasaja a la emperatriz, la aloja en un rico aposento y la reemplaza frente a los suyos con una imagen falsa. Don Claros le confiesa su amor y le ofrece sus servicios. Cuando el viejo se libera, se transforma en vestiglo volador y se la lleva junto con don Claros; Atalante anticipa que ya tendrán noticias de ellos y que no sufrirán daño.